

El Colegio de México

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

# Los cuentos del Inca: semillas de América

Tesis

que para optar al grado de

Doctor en Literatura Hispánica

presenta

Dante Ortiz López

Asesora

Dra. Martha Elena Venier

Ciudad de México, 2018



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	5
RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I: EL IMPERIO INCA	43
1. El origen de los incas (I, I, 15-17)	43
2. Los indios pertinaces (I, III, 2-3)	53
3. El príncipe desterrado (I, IV, 20-24, y V, 17-20)	60
CAPÍTULO II: DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA	81
1. Los dos náufragos (I, I, 8)	81
2. La agudeza de Atahualpa (II, I, 38)	88
3. El huésped asesino (II, IV, 7)	96
4. El ardid de los araucos (I, VII, 20-24)	100
5. La batalla contra las ratas (I, IX, 22)	116
CAPÍTULO III: LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ	121
1. El maestro burlado (II, IV, 29)	121
2. El devoto temerario (II, V, 9-10)	126
3. Los cuentos de Francisco de Carvajal (II, V, 41-42)	131
4. Los galeotes prófugos (II, VI, 8-9)	152
5. Los azotes vengados (II, VI, 17-18)	160
6. El padrino impertinente (II, VI, 20)	168

CAPÍTULO IV: LOS FUNDAMENTOS DEL VIRREINATO	173
1. El indio soberbio (II, VIII, 1)	173
2. El papagayo delator (I, VIII, 21)	177
3. Los melones hurtados (I, IX, 29)	183
4. El jugador arrepentido (I, III, 20)	186
5. La mujer interesada (II, II, 1)	189
6. Los caballeros perezosos (II, VIII, 12)	193
CONCLUSIONES	199
BIBLIOGRAFÍA	211
APÉNDICE: LOS CUENTOS DEL INCA	215

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es, en gran medida, consecuencia de la generosidad de diversas personas e instituciones. Agradezco, antes que a nadie, a El Colegio de México, porque me abrió sus puertas en un momento crítico de mi vida y me brindó estabilidad, confianza y la mejor educación que, en México o el extranjero, puede recibir un filólogo de la lengua española. Agradezco también a Martha Elena Venier, mi asesora, quien, después de inculcarme su correctísimo español y mostrarme que el único camino posible hacia la sabiduría son (serán siempre) los clásicos grecolatinos, me dio absoluta libertad para desarrollar mis ideas. Igualmente, a los profesores del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios que siempre me respaldaron y, seminario tras seminario, no escatimaron sus conocimientos ni su tiempo para mejorar estas páginas o darme alguna palabra de aliento: Martha Lilia Tenorio, Rafael Olea y James Valender. Asimismo, a Carlos Garatea y Sergio Ugalde, quienes leyeron la versión final del trabajo con tanta pasión como rigor.

Aunque orgulloso egresado de El Colegio, aprovecho estas líneas para reconocer también la deuda que siempre tendré con la Universidad Nacional Autónoma de México. Me es imposible recordar los nombres de todos los profesores que allí me formaron (en las aulas del Colegio de Ciencias y Humanidades, de la Facultad de Ingeniería, del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto de Investigaciones Filológicas), pero no puedo dejar de consignar algunos: Javier Centeno (†), Ernesto García, Juan Antonio Rosado, Carmen Galindo, Patricia Cabrera, Aurora Ocampo (†) y María Stoopen. Mención aparte merece Alberto Paredes: aunque el amor por la literatura y la complicidad en la difícil tarea de conciliar el trabajo creativo con el

académico nos han hecho amigos, jamás dejará de ser mi maestro, a cuyas manos de prodigioso artífice llegué con todo el candor y la ignorancia de la juventud a cuestas. Lo mismo Lourdes Santiago, a quien debo la dicha de conocer el Colegio de Letras Clásicas, el más noble recinto de las humanidades en México.

Más que a nadie, agradezco a Yuliana Flores, mi mujer, pues mis escasos logros y mis muchas ilusiones como filólogo, poeta y hombre se han nutrido en el fecundo diálogo que durante diez años hemos mantenido, “marcando mi camino tu pisada pequeña, tus ojos enredándose en todo lo que miro”, y, entre los innumerables dones que me has dado, quizá ninguno tan oportuno y solidario como el cariño de Verónica Flores y Juan Bermúdez. Agradezco también a los pocos amigos que, a pesar del tiempo y los vaivenes de la fortuna, persisten con obstinación a mi lado: a Adrián Martínez, Modesta García, Felipe Ortega, Araceli Martínez, Bernardo Fragoso y, muy especialmente, a Jesús Dávila, el hermano que el destino me regaló. Doy gracias, por último, a mi familia: a mis padres, María López y Everardo Ortiz; a mis hermanos, Alejandro y Janet Ortiz; a mi tía, Guillermina López, y a mi sobrino, Christopher Thielen, con la esperanza de que, algún día, las Erinias que nos persiguen se transformen, por fin y para siempre, en Euménides.

Durante los cuatro años de estudios doctorales, recibí una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; sin ella, esta investigación no habría sido posible.

## RESUMEN

El tema de los *Comentarios reales* (primera parte, 1609; segunda parte, 1617), del Inca Garcilaso de la Vega (Cuzco, 1539-Córdoba, 1616), es la historia del Perú desde el reinado de Manco Cápac (primer emperador del Tahuantinsuyo según la tradición) hasta la consolidación del poder español bajo el régimen del virrey Francisco de Toledo (quien gobernó entre 1569 y 1581). Como es común en la historiografía, el asunto principal de los *Comentarios* son hechos colectivos, protagonizados ya por indios, ya por españoles. No obstante, el hilo de la narración es con frecuencia interrumpido para dar lugar a relatos particulares, irrelevantes desde el punto de vista histórico y que pueden leerse como cuentos en el sentido actual de la palabra. En el presente trabajo, he seleccionado veinte de esos relatos (los que me han parecido de mayor calidad estética) y, a partir del análisis filológico, he tratado de dilucidar su sentido retórico y poético en la obra del Inca, así como su relevancia para la literatura hispanoamericana posterior.





Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Éste es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, “La soledad de América Latina”



## INTRODUCCIÓN

Gómez Suárez de Figueroa nació en el Cuzco el 12 de abril de 1539. Habían transcurrido apenas seis años desde la captura de Atahualpa en Cajamarca y dos desde la huida de Manco Inca a Vilcabamba. Puede afirmarse, por lo tanto, que la conquista del Perú era todavía un hecho presente. Sus padres pertenecían a las clases hegemónicas de los dos imperios en pugna. El capitán Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas estaba emparentado con algunos de los escritores españoles más eminentes del fin de la Edad Media y el inicio del Renacimiento: Pero López de Ayala, Íñigo López de Mendoza, Jorge Manrique y el poeta toledano Garcilaso de la Vega. La palla Isabel Chimpu Ocllo, por su parte, era nieta del inca Túpac Yupanqui y sobrina de Huayna Cápac. Gómez Suárez de Figueroa pasó los primeros veinte años de su vida en el Perú, donde fue testigo de las rebeliones contra la corona española encabezadas por Gonzalo Pizarro, Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. Asistió a su padre como escribano en el período en que fue corregidor del Cuzco y en 1560, pocos meses después de la muerte de Sebastián Garcilaso, partió a España. Quiso obtener en la corte algún beneficio por los servicios de su padre y la restitución patrimonial de su madre, pero fracasó: según las autoridades españolas, Sebastián Garcilaso había apoyado la rebelión de Pizarro, lo que lo convertía en traidor a la corona. El joven mestizo no tuvo otra alternativa que renunciar a sus pretensiones y abandonar Madrid. Siguió durante algún tiempo la carrera militar: bajo las órdenes de Juan de Austria, peleó contra los moriscos de Granada en la rebelión de las Alpujarras. Vistió también el hábito eclesiástico, aunque “al parecer fueron sólo las órdenes menores y, por lo

tanto, no llegó a decir misa”.<sup>1</sup> En 1570 heredó los bienes de su tío y protector Alonso de Vargas y Figueroa, los cuales pudo gozar plenamente a partir de 1586, cuando murió la viuda, doña Luisa Ponce de León. Ya nunca regresó al Perú, pues (aunque siempre se quejó de ser pobre) en España alcanzó una situación económica holgada que le permitió consagrar a la escritura las últimas décadas de su vida, primero en Montilla y después en Córdoba, donde murió el 23 de abril de 1516.<sup>2</sup>

Si muy pocos saben quién fue Gómez Suárez de Figueroa, esto se debe a que, poco después de cumplidos los veinte años, el hijo del capitán Sebastián Garcilaso y la palla Chimpu Ocllo cambió su nombre. Consta que el 17 de noviembre de 1563 fue padrino de bautizo de un niño montillano y firmó la partida como “Gómez Xuárez de la Vega”, y que el 22 de noviembre (apenas cinco días más tarde) consignó en otra partida bautismal el nombre, ya definitivo, de “Garcilaso de la Vega”. Raúl Porras Barrenechea atribuye el cambio de nombre a razones completamente prácticas:

Había en Montilla un magnate, que incluso tenía un censo sobre la casa de don Alonso de Vargas y del que hay numerosas escrituras y firmas en los registros montillanos de la época, que lleva el nombre de Gómez Suárez de Figueroa, y éste era, además, el apelativo que le correspondía a los primogénitos de los Condes de Feria, ligados íntimamente con los Marqueses de Priego. El nombre de Gómez Suárez de Figueroa —que usaba en esos días el segundogénito de los Marqueses de Priego— era inoportuno en Montilla, y se prestaba a confusiones, para ser usado por un mancebo humilde y desconocido.<sup>3</sup>

Aurelio Miró Quesada sospecha otras causas:

---

<sup>1</sup> Aurelio Miró Quesada, *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, Madrid, Cultura Hispánica, 1971, p. 136.

<sup>2</sup> La principal fuente a la que recurro para aspectos biográficos del autor es el célebre estudio de Aurelio Miró Quesada, simple y llanamente titulado *El Inca Garcilaso* y recogido en el libro recopilatorio *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas* (pp. 7-320). Es también muy importante la biografía que escribió en inglés John Grier Varner: *El Inca: The Life and Times of Garcilaso de la Vega*, Austin-London, UT Press, 1968. Menos exhaustivos (útiles como un primer acercamiento a la vida y obra del autor) son los trabajos que escribieron, respectivamente, Carmelo Sáenz de Santa María y Max Hernández: *G. de la Vega el Inca*, Madrid, Historia 16, 1987, y *Memoria del bien perdido: Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*, Lima, IEP, 1993.

<sup>3</sup> *El Inca Garcilaso en Montilla (1561-1614): Nuevos documentos*, Lima, UNMSM, 1955, p. XV.

Pero también puede pensarse en motivos más nobles. Como los personajes de Cervantes, que iban a rebautizarse también a su modo (Alonso Quijano se convierte en “Don Quijote de la Mancha”, Aldonza Lorenzo se trasmuta en “Dulcinea del Toboso”), así el cambio de vida a que las circunstancias, o su propia y resuelta voluntad de asimilación, llevan al Gómez Suárez nacido en el Perú determina también un cambio de nombre y que se llame desde entonces —y ya para siempre— “Garcilaso”.<sup>4</sup>

Dos décadas más tarde, decidido ya su destino de escritor y a poco tiempo de publicar su primera obra, la traducción de los *Diálogos de amor*, adoptó el apelativo con que suele designársele hasta nuestros días, el cual “le correspondía como perteneciente a la familia imperial de los Incas”.<sup>5</sup> En la primera de las dos dedicatorias a Felipe II que hay en el libro (fechada en Montilla, el 19 de enero de 1586), se lee: “S.C.R.M. Defensor de la Fe / B.L.R.M.D.V.C.M. vuestro criado / Garcilaso Inca de la Vega”.<sup>6</sup>

A lo largo de su vida, el Inca Garcilaso dio a la imprenta cuatro libros: la *Traducción del indio de los tres diálogos de amor de León Hebreo* (Madrid, 1590), *La Florida del Inca* (Lisboa, 1605), la *Primera parte de los Comentarios reales* (Lisboa, 1609) y la *Historia general del Perú* (Córdoba, 1617, póstumo). Los dos últimos son en realidad las partes complementarias de una misma obra, cuya complicada ejecución exigió al autor un riguroso adiestramiento técnico, el cual consistió, precisamente, en escribir los dos primeros. Por lo tanto, puede afirmarse sin hipérbole que el Inca escribió con un solo propósito: “pretendo pasar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra,

---

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 92. Difícilmente influyó en esta decisión el prestigio literario de su pariente el poeta, pues parece muy poco probable que el joven mestizo proyectara ya su carrera de escritor en fecha tan temprana como 1563: tenía entonces veinticuatro años y sólo publicó su primera obra cumplidos los cincuenta, en 1590. En cambio, la leyenda “con la espada y con la pluma”, que flanquea su escudo de armas en la edición *princeps* de la parte primera de los *Comentarios reales* (1609), sí es con seguridad un homenaje al Garcilaso de Toledo, cuyo verso “tomando ora la espada, ora la pluma” (égloga III) aparece citado en la *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*, texto de 1596 concebido como parte inicial de *La Florida* y finalmente suprimido.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 362.

<sup>6</sup> Garcilaso Inca de la Vega, *Traducción de los diálogos de amor de León Hebreo*, ed. Andrés Soria Olmedo, Madrid, José Antonio de Castro, 1996. Todas las citas de la *Traducción* están tomadas de esta edición. El Inca reprodujo las dos dedicatorias a Felipe II en el “Prólogo” a la parte segunda de los *Comentarios*.

alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias de ella y en sus antiguallas”, según él mismo declara en la citada dedicatoria al rey de España. Porras Barrenechea considera que su timidez es la causa de que su primera obra haya sido una simple traducción: “Como todo tímido, comienza por una tarea humilde. Se dedica a traducir, del toscano al español, un libro que le ha seducido: *Los tres diálogos de amor de León el Hebreo o Abarbanel de Nápoles*”.<sup>7</sup> Más razonables me parecen las opiniones de Miró Quesada y Enrique Pupo-Walker. El crítico cubano considera que esta primera obra es el “taller en el que Garcilaso comenzó a refinar su imaginación creadora”,<sup>8</sup> en tanto que el peruano opina que “esta delicada empresa le sirvió para adiestrarse en los secretos de la lengua española y de los menesteres literarios”<sup>9</sup> y compara la actitud del Inca con la de Miguel de Cervantes, quien al inicio de *La Galatea* asegura que una buena razón para escribir poesía bucólica es “enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe, para empresas más altas y de mayor importancia”.<sup>10</sup> Sobra ponderar la eminencia del modelo elegido por el Inca: tanto prestigio como las églogas tenían en el siglo XVI los diálogos humanistas; si en aquéllas resonaban los hexámetros de Teócrito y Virgilio, en éstos se traslucía la convincente elocuencia de Platón y Cicerón.

Garcilaso conquistó la prosa en lengua española con su traducción de León Hebreo, pero esto no bastaba para la empresa que deseaba acometer: debía convertirse, además, en un narrador eficaz. El propósito de *La Florida* es, justamente, aprender el arte de la narración y, en particular, las convenciones específicas del género en que habría de

---

<sup>7</sup> *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos*, Lima, BCP, 1986, p. 395 (en adelante, *Los cronistas*).

<sup>8</sup> *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982, p. 128.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, p. 362.

<sup>10</sup> Eds. Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy, Madrid, Cátedra, 1995.

inscribirse su obra maestra: las crónicas e historias de Indias.<sup>11</sup> En este caso, la interpretación de Porras Barrenechea es muy atinada: “El Inca está posesionado de su estilo, pero desconfía de sus propias luces para atraer el interés sobre los relatos que todavía guarda avaramente. Ahora, va a contar cosas ajenas en su prosa experimentada y dúctil para el relato, hasta que, ganadas esas dos trincheras de su desconfianza, se sienta apto para llevar a cabo la inmortal tarea de escribir los *Comentarios reales*, que serán íntegramente suyos por el alma indígena y la magistral forma española”.<sup>12</sup> El tema de *La Florida* es la desastrosa expedición española, capitaneada por Hernando de Soto, al sur de lo que hoy son los Estados Unidos. Para escribirla, Garcilaso se sirvió de un soldado que participó en aquella jornada, a quien había conocido en el Perú y reencontrado en España. Aunque el Inca mantiene en secreto la identidad de su informante, ésta ha podido conocerse gracias a José de la Riva-Agüero: “Para describir *La Florida* disfrutó Garcilaso de las muy largas y frecuentes relaciones de un amigo suyo, que había sido compañero de Hernando de Soto en la frustrada conquista y residía en los alrededores de Córdoba. No da el nombre de este caballero, pero sus señas no convienen ni son aplicables sino a Gonzalo Silvestre, capitán distinguido en la Florida y luego en el Perú”.<sup>13</sup> Miró Quesada subraya también “el modo frecuente y descollante como aparece al ser citado en la relación de los sucesos”.<sup>14</sup> Casi al final de *La Florida* (VI, 9), Garcilaso hace explícito el propósito de su obra: convencer a la corona española de no desatender los vastos territorios norteamericanos, recientemente amenazados por las expediciones protestantes de los hugonotes Jean Ribault y René de

---

<sup>11</sup> A diferencia del historiador, el cronista suele escribir poco después de ocurridos los hechos narrados y, por lo tanto, difícilmente cuenta con una perspectiva capaz de ordenarlos más allá de la caótica sucesión cronológica; el historiador, en cambio, en tanto que posee perspectiva, puede dar a su texto una organización causal. No obstante, en el caso de la historiografía de Indias, los límites entre crónica e historia son muy difusos y, por tal razón, los términos son prácticamente intercambiables.

<sup>12</sup> *Los cronistas*, p. 395.

<sup>13</sup> *Obras completas*, t. 4: *La historia en el Perú*, Lima, PUCP, 1965, pp. 40-41.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 145.

Goulaine de Laudonnière. Si admitimos que Garcilaso dice la verdad, su obra sería, como el célebre tratado de Maquiavelo, un obsequio (un consejo) para un príncipe. No obstante, Miró Quesada sospecha que ese propósito pudo ser “meramente literario”.<sup>15</sup>

Cuando dio fin a *La Florida*, Garcilaso era ya un prosista virtuoso y un narrador eficiente, capaz de afrontar la escritura de su obra maestra: una historia del Perú que abarcara desde el origen de los incas hasta la consolidación del virreinato bajo el régimen de Francisco de Toledo. La parte primera de la obra estaría dedicada a los incas, desde Manco Cápac hasta la guerra civil entre los hermanos Huáscar y Atahualpa tras la muerte de Huayna Cápac, y la segunda, a los primeros años de dominio español en el Perú, desde la conquista hasta la ejecución del último inca de Vilcabamba, Túpac Amaru I, en 1572.<sup>16</sup> El título de la obra deriva de la metodología utilizada en el proceso de escritura: Garcilaso cita y *comenta* a los historiadores que lo precedieron, avalando o corrigiendo sus opiniones, para, de esa manera, reconstruir ante los lectores lo que, según él, pasó *realmente*. Al respecto observa Porras Barrenechea: “Entre las diversas formas históricas adoptadas por la historia clásica —historias, anales, memorias, comentarios—, la elegida por el Inca es la de menor categoría. [...] Los comentarios son breves notas o glosas a noticias ajenas, que no requieren gran ingenio ni preparación”.<sup>17</sup> Roberto González Echevarría agrega:

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 329.

<sup>16</sup> Miró Quesada propone una explicación muy sugestiva sobre la evolución del Inca en tanto escritor: “El orden en que el Inca Garcilaso realiza su obra es expresivo. Primero es el tributo a lo abstracto y general, con la traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo. Luego, es el comienzo de su narración de los casos concretos —aunque conocidos en forma indirecta— con la composición de *La Florida*. Más tarde es el relato de lo concreto y de lo próximo: la historia del Perú, que él divide en dos partes. Primero los *Comentarios Reales*, o sea la historia de los Incas, a los que él no alcanzó, pero a quienes se aproximó por el camino de la tradición oral y por el conocimiento de su campo geográfico. Y, en seguida, la *Historia general del Perú*, con sucesos acaecidos en la tierra peruana en que él nació, con protagonistas a muchos de los cuales había visto y tratado en su infancia y con problemas raciales, sociales, espirituales y económicos que él había tenido que sufrir y que experimentar en carne propia. Es de tal modo un paso de lo lejano a lo cercano, del vuelo metafísico a la escena vivida”. *Ibid.*, p. 288.

<sup>17</sup> *Los cronistas*, p. 397.



One cannot take lightly the title Garcilaso gave his most sustained narrative enterprise: *Comentarios*. As a genre, the commentary spanned both the humanistic and the notarial sides of the work. Commentaries were often written to explicate a classical text or even a fairly contemporary one like the commentary on the poetry of Garcilaso's namesake that Fernando de Herrera published. There is an inherent humility in the genre that fits in with the narrative situation of the *relación*. The commentary is an answer to an authoritative text: a fragment that depends for its form on that of the mastertext. A commentary is a parasitic relationship with the texts of his predecessors. But a commentary is also a legal text, the sort of text composed by a *relator* who, culling from the available record, submits a summary of a case to test its validity. And that is very much the mode of the entire *Comentarios reales*.<sup>18</sup>

Si González Echevarría aclara que la obra debe considerarse por entero (*entire*), es porque la recepción de una y otra parte ha sido muy dispar. Con frecuencia solamente se lee (y se edita) la parte primera, en tanto que pocas veces se presta atención a la segunda, lo cual provoca una comprensión muy parcial de la obra. Esta situación se debe a que la parte segunda fue publicada con el título de *Historia general del Perú*, lo que no fue decisión del Inca, sino de quienes, tras su muerte, asumieron la tarea de publicar la obra. Miró Quesada enumera las siguientes pruebas de que Garcilaso jamás pensó en título alguno para la parte segunda que no fuera el de *Comentarios reales*:

En todos los documentos directos del Inca Garcilaso el autor llama a su obra: *Segunda parte de los Comentarios Reales*, como había llamado a su historia de los Incas *Primera parte de los Comentarios*. El último capítulo del libro IX de la Primera parte anuncia la continuación sin otro título: “Y con esto entraremos en el libro décimo”. El contrato de Garcilaso con Francisco Romero, su solicitud al Obispo Mardones, las aprobaciones religiosa y civil, los encabezamientos de todas las páginas, la tasa de Núñez de León, dicen sin excepción: “Segunda parte de los Comentarios Reales”. Sólo en la fe de erratas, Murcia de la Llana menciona su nuevo título: “Historia general del Perú”, lo que hace posible suponer que, en el último instante, por una conveniencia editorial o un motivo económico, se decidió cambiar el nombre, tal vez para evitar una temida confusión con la Primera parte o con el significado de la palabra “Reales”.<sup>19</sup>

Todo parece indicar que la obra no se vendió bien con el título original. De otra manera no se habrían encontrado, en el inventario de la biblioteca del Inca realizado el 29 de abril de

---

<sup>18</sup> *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*, Cambridge, University Press, 1990, p. 83.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 252.

1516 (una semana después de su muerte), “Quinientos libros, poco más o menos, en papel de la «Primera parte de los Comentarios reales»”.<sup>20</sup> Es muy probable, por lo tanto, que los editores aprovecharan que Garcilaso ya había muerto para cambiar el título por uno más llamativo. Quizá la decisión tuvo éxito en ese momento, pero de ninguna manera fue conveniente a largo plazo. Tiene más sentido editar conjuntamente las dos partes de los *Comentarios reales* que las de *Don Quijote de la Mancha* o *Guzmán de Alfarache*, pues el Inca concibió la parte segunda por lo menos desde 1586, cuando ya planeaba “tratar sumariamente de la conquista de mi tierra”, y, para la época en que escribía los últimos capítulos de la parte primera, la segunda tenía ya una forma muy definida en su cabeza. En cambio, Cervantes y Mateo Alemán sólo escribieron las continuaciones de sus obras como respuesta a estímulos externos (para defender la autoría de sus personajes, respectivamente usurpados en las obras firmadas por Alonso Fernández de Avellaneda y Mateo Luján de Sayavedra). Paradójicamente, casi nunca se editan de manera aislada el *Quijote* de 1605 o el *Guzmán* de 1599 y sí, con mucha frecuencia, los *Comentarios* de 1609.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> José Durand, “La biblioteca del Inca”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2 (1948), p. 243 (en adelante, “La biblioteca”).

<sup>21</sup> Menos perjudicial que seguir llamando *Historia general del Perú* a la parte segunda, aunque igualmente erróneo, es llamar a la primera *Comentarios reales de los incas*. En la portada de la primera edición se lee: “PRIMERA PARTE DE LOS COMMENTARIOS REALES, QUE TRATAN DEL ORIGEN DE LOS YNCAS, REYES QUE FVERON DEL PERV, DE SV IDOLATRIA, LEYES Y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los Españoles passaran a el”. La referencia a los incas, pues, no se encuentra en el título propiamente dicho, sino en la descripción de la obra, en tipografía más pequeña y separada del título por una significativa coma. El título general de la obra no es otro que *Comentarios reales*, y llamar a la parte primera *Comentarios reales de los incas* es tan poco pertinente como llamar a la segunda *Comentarios reales de los españoles*, *Comentarios reales del descubrimiento del Perú* o *Comentarios reales de los Pizarros y Almagros*, pues, de no haber muerto Garcilaso en 1616, en la portada probablemente se habría leído: “Segunda parte de los Comentarios reales, que tratan el descubrimiento del Perú y cómo lo ganaron los españoles, las guerras civiles que hubo entre Pizarros y Almagros sobre la partija de la tierra, castigo y levantamiento de tiranos y otros sucesos particulares que en la historia se contienen”, ya que en la portada original, de 1617, se lee: “HISTORIA GENERAL DEL PERV TRATA EL DESCVBRIMIENTO DEL; y como lo ganaron los Españoles. Las guerras ciuiles que huuo entre Piçarros, y Almagros, sobre la partija de la tierra. Castigo y leuantamiento de tiranos: y otros sucessos particulares que en la Historia se contienen”.

A pesar de su unidad esencial, hay notables diferencias entre cada parte de los *Comentarios*. Esto se debe, en primer lugar, a que en todo escritor hay un proceso natural de maduración (o, si se prefiere, de evolución), visible a veces no sólo en su trayectoria completa, sino incluso en una misma obra si ésta es suficientemente larga o si el proceso de escritura no es continuo. El *Quijote* de 1605, por ejemplo, es menos orgánico que el de 1615 (y no debe ser casual que Cervantes escribiera entre uno y otro las concisas *Novelas ejemplares*); también lo es *Du côté de chez Swann* en comparación con los siguientes tomos de *À la recherche du temps perdu*. Miró Quesada recoge minuciosamente las referencias temporales ofrecidas por el Inca en distintos pasajes de la parte primera y, a partir de ellas, deduce que el proceso de escritura debió ser muy irregular:

Por sus propias informaciones se sabe [...] que desde 1590 recibía habitualmente cartas del Perú con noticias de la patria lejana; que en 1595 pedía datos a un sacerdote criollo y escribía sobre el tamaño de las hortalizas del Perú, que después de 1598 aprovechó los “papeles rotos” del Padre Valera, con los que no sólo amplió, sino, al parecer, reelaboró fundamentalmente varios capítulos de su obra; que en 1600 escribió una vez más sobre el nombre Perú y comentó el desmedro en que se hallaba el templo del Sol en el Cuzco; que en 1602 redactó y revisó otros capítulos, especialmente “La descripción de la imperial ciudad del Cuzco”; que en 1603 relató los sucesos del Reino de Chile, y los Incas del Perú le enviaron la carta de poder para que les ayudara a probar su ascendencia, y que en 1604 el Padre Francisco de Castro le entregó copia de la carta de los Padres jesuitas sobre los mismos sucesos de Chile, y que en marzo de este año escribió, por fin, el último capítulo de su historia, lo que indica que la fue redactando en un orden variado, de acuerdo con los datos que le llegaban, o con sus recuerdos o sus inclinaciones del momento.<sup>22</sup>

Mucho menos trastabillante parece el progreso en la parte segunda:

Es probable que, con más madurez y más destreza en la técnica histórica, el Inca Garcilaso haya avanzado en esta Segunda parte más ordenadamente que en la variable y a veces vacilante elaboración de la Primera. Hay referencias a los años de 1603 y 1604 en los capítulos iniciales, por ejemplo. La ya citada carta del Padre Francisco de Castro al hijo del Licenciado Vaca de Castro, de mayo de 1605, revela que por entonces Garcilaso terminaba el libro III y comenzaba el IV. Poco después, en los días del Corpus Christi de ese mismo año de 1605, recordó el Libro de Horas que Pedro Maldonado llevaba en el pecho y que lo salvó de morir de un arcabuzazo.

---

<sup>22</sup> *Op. cit.*, pp. 184-185.

“Lo escribimos (entonces) originalmente”, aclara, lo que supone una vez más las correcciones y reelaboraciones frecuentes en el Inca. “Oy, que es ya el fin del año de mil y seyscientos y diez quando esto se escriue”, dice más adelante. Y, aunque hay mención de 1611, al parecer, intercalada en el libro III, todas las demás citas de aquel año son de los libros VII y VIII, y es del final del libro VII la referencia a 1612 cuando lo visitó el huamanguino Padre Oré, lo que confirma la creencia de que procedió con un orden bastante más estricto.<sup>23</sup>

Pero más interesantes que las diferencias circunstanciales entre una parte y otra son aquellas debidas a la voluntad del autor. Por tratar temas tan distintos, cada parte de los *Comentarios* requirió estrategias discursivas diferentes.

Las mayores dificultades para escribir la parte primera eran la falta de testimonios escritos y lo monótono de la historia incaica (por lo menos de la tradición cuzqueña más ortodoxa, que fue la versión recogida por Garcilaso). Como bien observa Miró Quesada, “puede decirse que el Inca Garcilaso compulsó todo lo que se había escrito antes que él sobre temas peruanos. Porque sería temeraria injusticia reprocharle no haber conocido lo que entonces quedó inédito, lo que estuvo guardado en los archivos, o los documentos privados o extraños que le era imposible conseguir en su modesto retiro de Córdoba”.<sup>24</sup> Aun así, fuera de testimonios orales y documentos privados (entre los que pueden contarse las páginas del manuscrito de Blas Valera que lograron sobrevivir al saqueo de Cádiz y que Pedro Maldonado de Saavedra le hizo llegar), las fuentes de historia inca que Garcilaso tuvo en sus manos fueron prácticamente dos: la *Parte primera de la crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León (1553), y la *Historia natural y moral de las Indias*, de José de Acosta (1589). Cieza y Valera fueron particularmente útiles porque recabaron información en el norte del Tahuantinsuyo, que el Inca no conoció, y de Acosta aprovechó sobre todo sus conocimientos de botánica y zoología. En cuanto a la otra dificultad (evitar la monotonía),

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 250.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 203.

Garcilaso mismo explica (y es evidente a lo largo del texto) que entre la historia propiamente dicha intercaló la descripción de costumbres: “seguiremos la conquista que cada Rey hizo y, entre sus hazañas y vidas, iremos entremetiendo otras leyes y muchas de sus costumbres, maneras de sacrificios, los templos del Sol, las casas de las vírgines, sus fiestas mayores, el armar cavalleros, el servicio de su casa, la grandeza de su corte, para que, con la variedad de los cuentos, no canse tanto la lección” (I, II, 9).<sup>25</sup>

Por lo contrario, la materia de la parte segunda se caracteriza por su abundancia, tanto de sucesos como de fuentes. Al respecto comenta Miró Quesada:

Llegado tardíamente al anchuroso campo de las crónicas de Indias, relator del descubrimiento y de la conquista del Perú al cabo de ochenta años de realizados los sucesos, su labor no podía ya tener el mérito de la información original (como, por sus circunstancias personales, era original e insustituible el cuadro del Imperio de los Incas de la Primera Parte de sus *Comentarios Reales*), sino [que] debía lucir, en cambio, las virtudes de la ordenación, el debate de temas y la vida. Basado en los historiadores y cronistas anteriores a él, su interés principal iba a radicar precisamente en el comento y en la glosa, en la labor severa de la comparación y el cotejo, en la constante rectificación o en la armonía. La amenidad y la galana limpieza de su estilo iban a hacerlo sobresalir en el conjunto.<sup>26</sup>

González Echevarría opina más o menos lo mismo:

By the time Garcilaso wrote his masterpiece, the history of America had been told and retold by numerous historians, explorers, and discoverers, so that what the Inca undertook was, of necessity, a revisionist task. But, while the freshness of the story he told may have been lost, that of Garcilaso's perspective as a writer was not. Writing from his dual point of view as Indian and European, Garcilaso offered a dramatic account of the history of America that not only told the story but also reflected upon the telling.<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> *Comentarios reales de los incas*, ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 2 ts., 1943. Todas las citas de la parte primera de los *Comentarios* están tomadas de esta edición. “En una curiosa estadística, Luis E. Valcárcel ha señalado que, de los 262 capítulos de la Primera parte de los *Comentarios Reales*, 58 se ocupan de Economía, 38 de Religión, 17 de Política, 14 de Organización social, 10 de Arte, 7 de Educación, 6 de Ciencia, 4 de Mito, 3 de Derecho, 3 de Lenguaje, 2 de Técnica, 2 de Magia, 1 de Moral y 1 de Filosofía”. A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 425.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 253.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, p. 46.

A pesar de la multitud de fuentes, el Inca sólo se concentra en tres, las que considera más prestigiosas: la *Historia general de las Indias*, de Francisco López de Gómara (1552); la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, de Agustín de Zárate (1555), y las *Primera y segunda parte de la historia del Perú*, de Diego Fernández de Palencia (1571).<sup>28</sup> Tanto Zárate como Fernández tienen la ventaja de haber estado en el lugar de los hechos: uno acompañó como contador al virrey Blasco Núñez Vela; el otro escribió su obra a petición expresa del virrey Andrés Hurtado de Mendoza, quien personalmente le proporcionó los documentos necesarios para llevarla a cabo. Gómara, por lo contrario, jamás puso pie en el Nuevo Mundo, pero su *Historia* destaca por la excelencia de la escritura (que el Inca reconoce, aunque no deja de evidenciar sus errores).<sup>29</sup> Como bien observa Miró Quesada, Garcilaso adereza las citas ajenas (abrumadoras a ratos) con testimonios personales sabrosamente relatados:

Si tales son las crónicas que Garcilaso cita y utiliza, rectifica o comenta en la Segunda parte de sus *Comentarios*, lo que da más vivacidad al aprovechamiento de esas fuentes escritas es el constante tono personal de su obra y el animado apoyo de las fuentes orales. Por sus páginas pasan caballeros que conoció, soldados y “vecinos” que vio actuar en el Cuzco, lugares por los que discurrió en su infancia lejana, anécdotas en las que intervino o que escuchó y con las que tiene el fino acierto de sazonar y esmaltar su relato. Como los *Comentarios Reales* de los Incas no eran historia fría, porque su emoción y su nostalgia le asignaban una categoría de poema, así la *Historia general del Perú* tiene el sabor de lo visto o lo vivido, de lo oído contar a los mismos actores del suceso o lo reconstruido fervorosamente a la distancia por el doble camino de la información y del recuerdo.<sup>30</sup>

Miró Quesada comenta también el contraste entre la repetitiva historia de los incas y la abigarrada sucesión de eventos durante las guerras civiles: “En la Primera parte, la razón declarada para los cambios de tema y los recortes era evitar la monotonía que podía

---

<sup>28</sup> En su libro *Garcilaso de la Vega, el Inca and His Sources in Comentarios Reales de los Incas* (The Hague, Mouton, 1971), Frances G. Crowley analiza la relación de Garcilaso con cinco de los historiadores de Indias citados por él: Cieza, Zárate, Gómara, Valera y Acosta.

<sup>29</sup> A diferencia de estos historiadores, Valera, Cieza y Acosta apenas son citados en la parte segunda de los *Comentarios*.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 258.

producirse con la narración de costumbres iguales o de conquistas y luchas semejantes. En la Segunda parte, la abundancia y la movilidad de los sucesos hacía que no corriera ese peligro, y la dificultad estaba, en cambio, en ordenar los hechos o en abarcar al mismo tiempo diversos episodios o lugares geográficos”.<sup>31</sup> Nuevamente es Garcilaso mismo quien expresa las dificultades técnicas de su obra (en este caso con un símil espléndido tomado del maestro de campo Francisco de Carvajal): “nos conviene trocar muchas veces las manos de una parte a otra, como texedor, para que de ambas se haga la tela” (II, V, 33).<sup>32</sup>

Como bien observa Porras Barrenechea respecto de la parte segunda de los *Comentarios*, “lo que más atrae la simpatía hacia el Inca [...] es la altiva independencia de sus opiniones, en las que apunta ya la rebeldía criolla. Entre la cohorte áulica de los cronistas de las guerras civiles, Garcilaso es el único que se atreve no sólo a disculpar, sino a elogiar a Gonzalo Pizarro y a paliar su delito de insurrección, desafiando todos los prejuicios de la época”.<sup>33</sup> Esto se debe a que los *Comentarios reales* son, ante todo, una denuncia contra el despojo de que fueron víctimas tanto los imperios que dominaban nuestro continente en la época prehispánica como los conquistadores que con sus armas lo ganaron para España. Las grandes obras de la humanidad son siempre consecuencia de complejos fenómenos sociales, y ningún autor (ni siquiera el más genial) es otra cosa que un medio de expresión de esas ingentes fuerzas colectivas (“l’écriture est un acte de solidarité historique”, afirma Roland Barthes).<sup>34</sup> No obstante, para que un ser humano pueda asumir la responsabilidad de convertirse en portavoz de la historia, es necesario un primer motor, forzosamente de carácter personal. En el caso del Inca Garcilaso, ese primer

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 428.

<sup>32</sup> *Historia general del Perú: Segunda parte de los Comentarios reales de los incas*, ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 3 ts., 1944. Todas las citas de la parte segunda de los *Comentarios* están tomadas de esta edición.

<sup>33</sup> *Los cronistas*, p. 402.

<sup>34</sup> *Le degré zéro de l’écriture*, Paris, Seuil, 2.ª ed., 2002, p. 11.

motor que al cabo de su vida lo llevaría a ver terminadas las dos partes de los *Comentarios reales* fue su fracaso en la corte. Según su propio testimonio, cuando en 1563 se presentó ante el Consejo de Indias a solicitar mercedes, Lope García de Castro (entonces miembro del consejo y más tarde gobernador del Perú), le preguntó: “¿Qué merced queréis que os haga Su Majestad, habiendo hecho vuestro padre con Gonçalo Piçarro lo que hizo en la batalla de Huarina y dádole aquella tan gran victoria?” (*Comentarios*, II, V, 23). Garcilaso (entonces Gómez Suárez de Figueroa) aseguró que lo escrito por Gómara en el capítulo 181 de la *Historia general de las Indias* (que “Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo”)<sup>35</sup> era “testimonio falso”, a lo que García de Castro respondió: “Tiénelo escrito los historiadores, y ¿queréislo vos negar?”<sup>36</sup> Pupo-Walker considera que, en aquella ocasión, “Garcilaso sintió, sobre su propia existencia, el peso ineludible de la palabra escrita y la autoridad que se concedía entonces a lo que habían asentado en sus relaciones los cronistas oficiales”,<sup>37</sup> en tanto que González Echevarría ve en el diálogo con García de Castro la génesis misma de los *Comentarios*: “The *Comentarios reales* are woven around

---

<sup>35</sup> *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho, 1979. Todas las citas de la *Historia* de Gómara están tomadas de esta edición.

<sup>36</sup> Aunque Sebastián Garcilaso acompañó a Gonzalo Pizarro durante varios meses, el Inca asegura (y es probable que diga la verdad) que fue contra su voluntad, como prisionero y no como aficionado. La corona debía saber, además, que Sebastián Garcilaso apoyó la causa imperial en el momento definitivo, durante la batalla de Jaquijahuana. “En diciembre de 1547 y el 7 de mayo de 1548 (o sea, después de Xaquixahuana) La Gasca escribió al Consejo de Indias a favor de Garcilaso y en el mismo sentido de su versión”. A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 90, n. 71. En la “Relación de lo que escribió el Licenciado Gasca acerca de lo sucedido en el Perú y en el desbarato de Gonzalo Pizarro”, se lee: “Tirados los tiros de una parte y otra y puesto el ejército de S. M. en toda buena orden, llegó Garcilaso y un su primo con otros que con él huyeron de los enemigos del campo de S. M. y luego el Licenciado Cepeda y otros muchos”. *Ibid.*, p. 38, n. 53. Además, tres parientes de Sebastián Garcilaso murieron durante las guerras civiles peleando a favor de la corona: “No le quedaba [a Sebastián Garcilaso] ya sino el recuerdo de su hermano Juan de Vargas, uno de los Capitanes de Centeno en Huarina, donde perdió la vida herido por cuatro arcabuzazos; de su primo hermano Gómez de Tordoya (hijo de su tío Hernando de Vargas y nieto de su abuelo común Alonso de Vargas), muerto en septiembre de 1542 en la sangrienta batalla de Chupas, y de su otro primo, Gómez de Luna, a quien, tildándolo de amotinador, le hizo cortar la cabeza, en La Plata, el Teniente de Gobernador por Gonzalo en los Charcas, Francisco de Almendras”. *Ibid.*, pp. 74-75. La acusación contra Sebastián Garcilaso en el Consejo de Indias, basada en el testimonio de un historiador que ni siquiera viajó al Nuevo Mundo (Gómara), es una prueba más de que la corona buscaba cualquier pretexto para no compartir con los conquistadores las ganancias obtenidas.

<sup>37</sup> *Op. cit.*, p. 17.



that scene of the horseless traitor being offered a mount by Garcilaso's father. In this sense, the book is actually a *relación*, a letter of appeal to the Council of the Indies to have Sebastián's name cleared and Garcilaso's petitions granted. It also resembles a *relación* in the sense that it is a summary of the record, a culling of the written evidence and a commentary on it".<sup>38</sup> Los *Comentarios reales* son, pues, la respuesta del Inca a García de Castro (y, por extensión, a Gómara), pero esta respuesta no se ciñó al asunto particular que lo embargaba, sino que abarcó aspectos mucho más generales, lo que, con el paso del tiempo, la volvió relevante para toda Hispanoamérica. Garcilaso no habló exclusivamente en nombre de sus padres, sino a favor de las dos clases sociales a las que ellos pertenecían: los incas y los primeros conquistadores (incluidos los que, como su padre, no llegaron al Perú con Francisco Pizarro, sino después, con Pedro de Alvarado, pero excluidos quienes, como Francisco Hernández Girón, llegaron aún más tarde). Observa González Echevarría: "The *Comentarios* were conceived as part of the record in legal petition that required the Inca to give proof of his worthiness. Such worthiness could only be proven by furnishing evidence of the noble lineage of his father and mother and of the former's service to the Crown in the New World".<sup>39</sup> En la parte primera de los *Comentarios*, Garcilaso da pruebas de la nobleza de su familia materna; en la segunda, de su padre y el resto de los conquistadores. Muchos años después, al poner punto final a su obra, Garcilaso pudo responder al fin a García de Castro: "Sí, señor, quiérola negar y puedo hacerlo, porque yo también soy historiador".

En tanto que contradice la versión de los hechos que a fines del siglo XVI y principios del XVII se consideraba oficial, el texto del Inca implicó, necesariamente, un

---

<sup>38</sup> *Op. cit.*, p. 73.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p 76.

acto de rebeldía. Es inevitable preguntarnos cómo pudo él publicar algo así en un estado tan enemigo de la libertad de expresión como lo era entonces España. Las dos primeras obras de Garcilaso no sólo le sirvieron como adiestramiento literario: también le enseñaron a lidiar con la censura. Como el Inca mismo lo expresa en el prólogo a la parte segunda de los *Comentarios*, su traducción de los *Diálogos de amor* fue prohibida por “la Santa y general Inquisición destos reinos”. Garcilaso aclara, eso sí, que la decisión del tribunal fue “con justo acuerdo”, pues él había traducido a una lengua vulgar una obra que “no era para vulgo” (aunque los *Diálogos* se escribieron originalmente en otra lengua vulgar: el italiano). “Sin embargo de su aparente aceptación”, advierte Miró Quesada, “el Inca no quedó conforme, porque en el mismo Prólogo cita en su abono los nombres de quienes habían aprobado y alabado su traducción: Don Maximiliano de Austria, el maestrescuela de la Iglesia Catedral de Córdoba Don Francisco Murillo y el franciscano Fray Juan Ramírez que lo había calificado por mandato del Santo Oficio de Córdoba”.<sup>40</sup> De hecho, hasta poco antes de su muerte, Garcilaso siguió tratando de conseguir licencia para la reimpresión. En cuanto a *La Florida*, se cree que terminó de escribirla antes de 1600, pero no pudo publicarla sino hasta 1605 debido a obstáculos legales. Esta situación era entonces común en España y no sólo para las crónicas de Indias, sino para toda clase de libros. Sin embargo, Miró Quesada señala un escollo particular en el caso de *La Florida*:

los inconvenientes personales que puede haber puesto, por interés o temperamento, el Cronista Mayor Antonio de Herrera. El cargo de Cronista de Indias se había creado en 1571, y cuando lo ejerció Juan López de Velasco no se presentó mayor problema, sino [que], al contrario, se favoreció la redacción de crónicas y de relaciones de carácter geográfico. Pero el nombramiento de Antonio de Herrera en 1596 y el carácter vanidoso y difícil de éste hicieron que se acentuara la tendencia a la centralización de los informes y a que las historias perdieran la espontaneidad inicial de las crónicas de Indias y se inclinaran hacia un camino de cortesanía y panegírico. [...] Herrera tuvo un excesivo celo profesional, [...] se sintió casi único dueño de las

---

<sup>40</sup> *Op. cit.*, p. 121, n. 39.

noticias, crónicas, memoriales, relaciones oficiales, papeles de la Real Cámara, impresos y manuscritos que se le proporcionaron, y [...] es muy presumible que a él se debieran en buena parte las dificultades para la impresión de *La Florida*, que se sabe definitivamente que él conoció manuscrita.<sup>41</sup>

A fin de cuentas, el Inca sólo pudo publicar *La Florida* fuera de España, en Lisboa, donde publicaría también (cuatro años más tarde y al parecer sin mayores contratiempos) la parte primera de los *Comentarios*. Ambas obras fueron dedicadas, respectivamente, a prominentes nobles portugueses: el duque Teodosio II de Braganza y su madre, la duquesa Catalina de Portugal. Sobre esta situación, advierte Miró Quesada: “La simpatía por los Braganza es sugestiva, porque Garcilaso sólo había estado ocasionalmente en Portugal y porque los Duques, a pesar de su aparente conformidad con la anexión a España, representaban ciertamente un símbolo de afirmación nacionalista y eran, por lo tanto, vistos con recelo por la Corona española”.<sup>42</sup> ¿Qué mejores receptores de las obras del Inca que unos nobles despojados, como él, por el imperio español?

Pero las páginas más atrevidas que escribió Garcilaso no se encuentran en la parte primera de los *Comentarios*, sino en la segunda. A pesar de ello (y aunque no alcanzó a verla publicada), el Inca no quiso que se imprimiera fuera de España, sino en Córdoba. Esto se debió a que, cuando terminó de escribirla (hacia 1612), Garcilaso era amigo de los intelectuales cordobeses de mayor renombre, en particular de quienes pertenecían a la Compañía de Jesús. Como señala Miró Quesada, “desde mucho antes de trasladarse a Córdoba, cuando preparaba en Montilla su traducción de León Hebreo, recurrió al docto hebraísta jesuita Padre Jerónimo de Prado, natural de Úbeda, para que le resolviera ciertas dudas”.<sup>43</sup> Era asimismo jesuita Pedro Maldonado de Saavedra, quien le había entregado el

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 185-186.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 167.

manuscrito del también jesuita Blas Valera, fuente de información fundamental para la parte primera de los *Comentarios*. El caso fue que, cuando el Inca entregó el manuscrito de la parte segunda a Diego de Mardones, entonces obispo de Córdoba, éste encargó la censura al jesuita Francisco de Castro, quien era uno de los mejores amigos de Garcilaso e incluso le había dedicado, en 1611, sus *De arte rhetorica dialogi quatuor*.

El Padre Castro no sólo lo aprobó con laudatorios términos el 26 de enero de 1613 (“muy agradable”, sin “superfluidad de palabras ni sobra de razones”, con “orden de los tiempos”, “digno de toda fe”), sino que, al parecer, permitió al Inca que hiciera dos nuevas adiciones. En todo caso, el Obispo concedió su licencia el día 6 de marzo. De allí pasó la obra al Real Consejo de Castilla, en Madrid, para recibir la aprobación de Pedro de Valencia el 6 de enero de 1614 y el real privilegio de impresión quince días después.<sup>44</sup>

Finalmente, previendo que la vida no le alcanzaría para ver publicada la parte segunda de los *Comentarios*, el Inca hizo responsable de la publicación al cabildo de la catedral de Córdoba, previamente beneficiado por el cuzqueño con la remodelación de la capilla de las Benditas Ánimas del Purgatorio (donde yacen sus restos hasta la fecha). “El 29 de octubre de [1616], el Cabildo de la Catedral de Córdoba, como patrono y administrador de la capellanía fundada por el Inca, comisionó al racionero Licenciado Andrés Fernández de Bonilla para que hiciera cumplir las escrituras de impresión de la obra”.<sup>45</sup> De esta manera, protegida por el beneplácito de los jesuitas y por los intereses de la catedral de Córdoba, la irreverente parte segunda de los *Comentarios* no encontró dificultades para imprimirse ni divulgarse. Tanta fue la astucia de Garcilaso.

Con todo, el medio más eficaz al que recurrió el Inca para proteger su osadía no fueron sus amistades ni su habilidad política, sino su espléndido dominio de la retórica. Como bien observa José Durand, “para la exposición de su pensamiento sabía manejar

---

<sup>44</sup> A. Miró Quesada, *op. cit.*, pp. 250-251.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 376.

hábilmente la alusión velada o la sugestión maliciosa, a fin de poder expresarse sin dar lugar a la censura inquisitorial. De este modo pasaron libres de reparo muchas opiniones audaces de Garcilaso acerca de la conducta de los reyes o incluso juicios adversos sobre la política de Felipe II”.<sup>46</sup> Pupo-Walker opina lo mismo: “los espacios literales y connotativos de sus relaciones frecuentemente se enlazan para dar un sesgo, al parecer equívoco, a sus palabras. Es esa variedad de recursos y significados la que determina, en muchas ocasiones, la ambigüedad y también la riqueza considerable de sus textos”.<sup>47</sup> El Inca es, pues, un maestro de la ironía, entendida ésta como figura y no como tropo, pues se manifiesta en el texto completo de los *Comentarios reales* y no sólo en palabras puntuales. Sobre las dos formas de ironía, comenta Quintiliano (*Instituciones oratorias*, IX, II, 44-46):

Igitur εἰρωνεία, quae est schema, ab illa, quae est tropos, genere ipso nihil admodum distat; (in utroque enim contrarium ei quod dicitur intellegendum est) species vero prudentius intuenti diversas esse facile est deprehendere. Primum, quod tropos apertior est et, quanquam aliud dicit ac sentit, non aliud tamen simulat. Nam et omnia circa fere recta sunt: ut illud in Catilinam, “A quo repudiatus ad sodalem tuum, virum optimum, Metellum demigrasti”. In duobus demum verbis est ironia, ergo etiam brevior est tropos. At in figura totius voluntatis fictio est apparens magis quam confessa, ut illic verba sint verbis diversa, hic sensus sermoni et voci et tota interim causae conformatio; cum etiam vita universa ironiam habere videatur, qualis est visa Socratis; nam ideo dictus εἰρων, agens imperitum et admiratorem aliorum tanquam sapientium; ut, quemadmodum ἀλληγορία facit continua μεταφορά, sic hoc schema faciat tropos ille contextus.<sup>48</sup>

---

<sup>46</sup> *El Inca Garcilaso, clásico de América*, México, SEP, 1976, p. 58 (en adelante, *El Inca*).

<sup>47</sup> *Op. cit.*, p. 112.

<sup>48</sup> Trans. H. E. Butler, London-New York, William Heinemann-G. P. Putnam’s Sons, 1921, v. 3. “Entonces, la εἰρωνεία que es figura en nada dista, en cuanto al género mismo, de aquella que es tropo, pues en ambas debe entenderse lo contrario de eso que se dice, pero para el que observa las especies con mayor atención es fácil comprender que son diferentes. Primero, porque el tropo es más evidente y, aunque se dice y se piensa otra cosa, aun así no se simula otra cosa. En realidad, todo es también sobre asuntos muy claros, como aquello contra Catilina: «Repudiado por él, fuiste a tu amigo Metelo, varón excelente». A fin de cuentas, hay ironía en dos palabras; por lo tanto, el tropo es ciertamente más breve. Pero en la figura el fingimiento de toda la voluntad es más aparente que declarado, de manera que, en aquel caso, las palabras son diferentes respecto de las palabras; en éste, el significado (y, a veces, toda la conformación de la causa) lo es respecto del discurso y del tono, porque incluso parece que una vida entera tiene ironía, tal como pareció la de Sócrates, pues por ello fue llamado εἰρων, fingiéndose ignorante y admirador de los otros, como si fueran sabios, de manera que, tal como la ἀλληγορία vuelve continua la μεταφορά, así aquel entramado vuelve los tropos en esta figura”. La traducción es mía.

Si, como dice Quintiliano, ya se ha visto que la ironía cubra por completo la vida de un hombre (la de Sócrates), no debe extrañarnos que pueda abarcar también toda una literatura: la hispanoamericana. Como los *Comentarios reales*, la *Respuesta a sor Filotea* exige, para ser comprendida a cabalidad, que el lector sea capaz de recorrer su suntuoso velo irónico. Tiene razón Jorge Aguilar Mora al encontrar el carácter distintivo de la literatura hispanoamericana en “el resultado del cruce fortuito y afortunado de la modernidad irónica —sea romántica, simbolista o vanguardista— y de la sensibilidad barroca, exclusiva de la tradición hispánica”.<sup>49</sup>

A esta sensibilidad barroca ya se aproxima el Inca en los *Comentarios reales*, alejándose al mismo tiempo (inevitablemente) de la equilibrada expresión renacentista. Esto es evidente sobre todo a la luz de las primeras obras de Garcilaso: la exacta traducción de León Hebreo y el ordenado relato sobre Hernando de Soto (donde a cada año de la expedición corresponde un libro).<sup>50</sup> Leídos con ingenuidad, los *Comentarios* parecen una obra menos homogénea que *La Florida* (como lo parece *L'Éducation sentimentale* comparada con *Madame Bovary*). Nada más equivocado: pocas obras en la historia se han escrito con mayor escrupulosidad que los *Comentarios reales*, cuyas formidables asimetrías son, sin lugar a dudas, voluntad del autor. Sobre el barroquismo de los *Comentarios*,

---

<sup>49</sup> “La literatura infinita”, en Rafael F. Muñoz, *Que me maten de una vez: Cuentos completos*, México, Era-Conaculta, 2011, p. 27.

<sup>50</sup> Como el Inca mismo lo dice en el “Proemio al lector”, *La Florida* “va escrita en seis libros, conforme a los seis años que en la jornada se gastaron. El libro segundo y el quinto se dividieron en cada dos partes. El segundo, por que no fuese tan largo que cansase la vista, que, como en aquel año acaecieron más cosas que contar que en cada uno de los otros, me pareció dividirlo en dos partes, por que cada parte se proporcionase con los otros libros, y los sucesos de un año hiciesen un libro entero. El libro quinto se dividió por que los hechos del gobernador y adelantado Hernando de Soto estuviesen de por sí aparte y no se juntasen con los de Luis de Moscoso de Alvarado, que fue el que le sucedió en el gobierno, y así, en la primera parte de aquel libro, prosigue la historia hasta la muerte y entierros que a Hernando de Soto se le hicieron, que fueron dos, y, en la segunda parte, se trata de lo que el sucesor hizo y ordenó hasta el fin de la jornada, que fue el año sexto de esta historia”. *La Florida: Historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios*, ed. Emma Susana Speratti Piñero, México, FCE, 1956. Todas las citas de *La Florida* están tomadas de esta edición.

reflexiona Durand: “se ha hablado frecuentemente del Inca Garcilaso como hombre renacentista y como representante del humanismo de su tiempo. Quizá convendría hablar en él de Renacimiento tardío, por guardar mejor la cronología y también porque en sus obras, sobre todo en las últimas, se acentúa la idea del desengaño del mundo, hondamente emparentada con el pensamiento barroco”.<sup>51</sup> Miró Quesada, por su parte, imagina que esta forma de comprender el mundo pudo surgir durante su infancia, cuando el Inca contempló en la plaza mayor del Cuzco las fiestas por la victoria de Pedro de la Gasca sobre Gonzalo Pizarro: “Desde el corredorcillo largo y angosto que daba al antiguo Cusipata («altura o andén del regocijo»), el pequeño mestizo hijo de Garcilaso, que acababa de cumplir en esos días sus nueve años, pudo haber meditado precozmente sobre la fugacidad de las cosas humanas, al ver que, ante diferentes vencedores, iguales o parecidos caballeros volvían a lucir en la misma plaza los mismos hermosos viejos lances”.<sup>52</sup>

En los *Comentarios reales*, empero, no sólo hay retórica, sino también literatura; es decir que, además de ser una obra políticamente eficaz (atrevida y cautelosa a la vez), busca causar placer. Pupo-Walker ve en el Inca “señales inequívocas de un excepcional talento literario”,<sup>53</sup> en tanto que González Echevarría lo considera el segundo mejor prosista en la España de su tiempo (sólo superado por Cervantes):

One of the truisms about Garcilaso de la Vega, el Inca, is that he wrote well. No matter what we make of the *Comentarios reales de los Incas*, the fact remains that, by any standards —whether of his time or ours— Garcilaso was indeed a great stylist. He had a penchant for using just the right word, his sentences have a measured cadence, an inner rhythm leading toward a logical resolution, and there is, more often than not, an elegant touch of irony. Only Cervantes, Garcilaso’s contemporary, with whom he shared a crepuscular humanism, was a better prose writer in Spanish at the end of the sixteenth and the beginning of the seventeenth century.<sup>54</sup>

---

<sup>51</sup> *El Inca*, pp. 136-137.

<sup>52</sup> *Op. cit.*, p. 40.

<sup>53</sup> *Op. cit.*, p. 1.

<sup>54</sup> *Op. cit.*, p. 44.

Las virtudes literarias de los *Comentarios* son, sin embargo, un elemento esencial dentro de la estrategia retórica del Inca. En ello concuerdan tres de sus más importantes críticos. Durand afirma: “Para que tal testimonio quedase, como ha quedado, de pie ante los siglos, el arte literario no era una gala, sino estricta necesidad”<sup>55</sup> (Garcilaso hace suya, pues, la convicción de León Hebreo, a quien traduce de la siguiente manera: “la escritura no es para servir a los presentes, sino a los que están lejos en el tiempo y ausentes de los escritores”). Pupo-Walker, por su parte, opina que “el testimonio que recogían sus libros sería aún más estimado y sorprendente si sus textos poseían el rango literario y el refinamiento expositivo necesarios para conquistar la admiración de sus lectores más cultivados”.<sup>56</sup> Finalmente, González Echevarría sostiene: “The better the Inca wrote, the closer he came to gaining the ever-elusive legitimacy that writing, as a mediation between the source of power and the individual, promised”.<sup>57</sup>

Las virtudes literarias, por lo demás, no eran algo ajeno a los historiadores del Renacimiento italiano, quienes fueron para el Inca un modelo de enorme importancia. Como bien lo advierte González Echevarría, es indudable que Garcilaso sigue las huellas de Francesco Guicciardini “in the descriptions of battles, in the account of political maneuvering, and in the eloquence of some of the speeches”.<sup>58</sup> Al respecto, apunta Durand: “el historiador-poeta, híbrido detestable a ojos del científico positivista, resultaba casi un ideal durante el Renacimiento”.<sup>59</sup> Garcilaso conocía también la historiografía medieval española (lo que queda demostrado al inicio de la parte segunda de los *Comentarios*, en los

---

<sup>55</sup> *El Inca*, p. 81.

<sup>56</sup> *Op. cit.*, p. 60.

<sup>57</sup> *Op. cit.*, p. 71.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, p. 81.

<sup>59</sup> *El Inca*, p. 135.



capítulos dedicados a la economía de España durante el siglo XV), de manera que es admisible la aseveración de Porras Barrenechea sobre la influencia en el Inca de “las antiguas crónicas de Castilla, que le darán aliento castizo de historiador”.<sup>60</sup> No obstante, la base metodológica de su escritura no es medieval, sino renacentista y, por lo tanto, clásica. Salvadas las brechas idiomáticas, es más fácil reconocer a Heródoto o Tucídides en los *Comentarios reales* que a los cronistas alfonsíes. Como bien observa Pupo-Walker, la historiografía renacentista (tanto italiana como española) buscó “superar y enriquecer el mísero logos expositivo de la crónica medieval”.<sup>61</sup> Sin embargo, el mayor modelo estilístico del Inca no son los historiadores italianos ni los latinos (mucho menos los griegos), sino los cronistas de Indias que lo precedieron. “Aunque la relación del Inca se nutre directa y tácitamente de la historiografía clásica y renacentista, es claro, sin embargo, que los modelos más inmediatos los encontró en las grandes crónicas de Indias. [...] Aparte del contenido, el diseño de aquellos libros había sentado ya nuevos precedentes metodológicos y formales para la narración historiográfica en la cultura de Occidente”.<sup>62</sup> La historiografía de Indias es ecléctica por naturaleza. “How could this new story be told in a language burdened by old stories?”, se pregunta González Echevarría.<sup>63</sup>

Writing in the Middle Ages and the Renaissance was not conceived as an activity whereby a naked consciousness, faced with a fresh empirical or spiritual phenomenon, expresses its reaction *ex nihilo*. Writing was then an activity that took place within a grid of strict rules and formulae which comprised what could loosely be called rhetoric. Therefore, writing the story of America had to take place through such a network, which had connections to broader systems that regulated social activity.<sup>64</sup>

---

<sup>60</sup> *Los cronistas*, p. 395.

<sup>61</sup> *Op. cit.*, p. 72.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>63</sup> *Op. cit.*, p. 43.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 44.

Es cierto (por eso el Inca leía con tanta atención lo mismo a Guicciardini que a Salustio y Tucídides o, incluso, a Fernando del Pulgar), pero, irremediablemente, la novedad de la materia resquebraja las reglas. El descubrimiento de América no fue sólo un hecho de enorme trascendencia social, económica y política, sino también discursiva. Hasta entonces, las lenguas europeas sólo habían dado cuenta de una porción muy pequeña del planeta (la mayor parte de Asia y África seguía siendo, a pesar de Marco Polo, territorio virgen a los ojos de Europa, más imaginado que conocido), de manera que, enfrentadas al vasto continente americano, esas lenguas (el español en primer lugar) tuvieron que extenderse en todos los niveles: lo mismo adoptaron palabras indígenas que dieron a luz nuevos géneros de escritura. No sólo con oro el Nuevo Mundo enriqueció al Viejo.<sup>65</sup> Los cronistas de Indias, afirma Miró Quesada, “aportan ese criterio sensorial, esa importancia fundamental del testigo, a la evolución de la historiografía”.<sup>66</sup> Pupo-Walker comenta al respecto:

La posibilidad de efectuar una representación creativa de la historia era aún mayor en la crónica de Indias; por su contenido esas relaciones no estaban rigurosamente sujetas a las normas de géneros establecidos. Aunque persisten las fórmulas básicas que había instituido la tradición historiográfica, la crónica de Indias asumía responsabilidades inusitadas que permitieron al relator la integración de simbologías, tropos y planos alegóricos que con frecuencia se remontan a períodos y géneros muy diferentes. Narrar algo que no tenía precedentes conocidos era quizá el hecho que mayor libertad concedía al relator. En contraste con sus antecesores, el cronista de Indias podía invocar al mismo tiempo testimonios directos y todos los referentes que

---

<sup>65</sup> Entre los grandes cambios que modificaron definitivamente la conciencia del hombre occidental durante el siglo XVI, Erich Auerbach subraya la importancia de “los grandes descubrimientos, que ensancharon impetuosamente el horizonte geográfico-cultural y, con él, las ideas acerca de los modos posibles de vida humana”. *Mimesis: La representación de la realidad en la cultura occidental*, trads. I. Villanueva y E. Imaz, México, FCE, 1950, p. 301. En seguida añade: “Despierta en los diferentes pueblos de Europa el sentimiento nacional, de modo que empiezan a darse cuenta de sus peculiaridades; [...] el cisma eclesiástico contribuyó por su parte a confrontar unos con otros los distintos grupos humanos, así que, en lugar del contraste relativamente sencillo entre griegos o romanos y bárbaros, o entre cristianos y paganos, se difundió una imagen de la sociedad humana muchísimo más compleja. [...] La realidad en la que viven los hombres se transforma: se hace más amplia, más rica en posibilidades sin límites, con lo cual se transforma también, en sentido idéntico, en tanto que objeto de representación. El círculo de vida representado cada vez ya no es el único posible o una parcela del único posible y sólidamente circunscrito; muy a menudo, se pasa de un círculo de vida a otro y, hasta en los casos en que no ocurre esto, se percibe, como base de la representación, una conciencia más libre y que abarca un mundo ilimitado”. *Ibid.*, pp. 301-302.

<sup>66</sup> *Op. cit.*, p. 393.

fuesen necesarios para solventar sus revelaciones. En los términos enunciados por Ferdinand de Saussure el cronista fundía, en su léxico, *langue* y *actes de parole* por ser depositario de la tradición y a la vez ente creativo y productor de un discurso singularizado.<sup>67</sup>

Como Macondo en el recuerdo del coronel Aureliano Buendía, en el siglo XVI el Nuevo Mundo era algo tan reciente que “muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”.<sup>68</sup>

Mención especial entre los cronistas que influyeron a Garcilaso merece el capellán Francisco López de Gómara. Pocos escritores del siglo de oro español tienen en nuestra época tan mala reputación como él. Se le acusa básicamente de dos crímenes: escribir una crónica llena de “mentiras” (porque jamás pisó el Nuevo Mundo) y trabajar para un personaje tan poco carismático como Hernán Cortés. Son célebres las refutaciones (justificadas, desde luego) que le hicieron Bernal Díaz del Castillo y el Inca Garcilaso (los dos cronistas de Indias mejor afianzados en el canon literario hispánico), pero suele perderse de vista, en cambio, que fue precisamente Gómara quien ofreció a los dos historiadores un modelo de escritura, quien (como diría Jorge Aguilar Mora) les sirvió “de guía en la entrada al laberinto de su estilo”.<sup>69</sup> Advierte con agudeza González Echevarría: “Bernal’s commentary of López de Gómara’s *Historia* is a clear case where the text’s existence depends on its polemical relation with another. López de Gómara’s text, though criticized, serves as *aide mémoire* for Bernal, and in a very real sense structures it”.<sup>70</sup> Gómara era un eminente humanista, poseedor de una vasta cultura y de una prosa admirable. Era natural que un hombre con sus cualidades se hallara en una capellanía

---

<sup>67</sup> *Op. cit.*, pp. 67-68.

<sup>68</sup> Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Madrid, Cátedra, 17.ª ed., 2005, p. 83.

<sup>69</sup> “El silencio de Nellie Campobello”, en N. Campobello, *Cartucho: Relatos de la lucha en el Norte de México*, México, Era, 7.ª reimp., 2013, p. 9.

<sup>70</sup> *Op. cit.*, p. 198, n. 44.

española y no entre los rústicos monjes que venían a evangelizar el Nuevo Mundo, “gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación”.<sup>71</sup> A pesar de contradecirlo con frecuencia, el Inca respeta a Gómara, lo cual puede resultar desconcertante en una primera consideración, pues fue por la *Historia general de las Indias* que Garcilaso no obtuvo las mercedes que pretendía en la corte (hay que tomar en cuenta, además, que el Inca suele lanzar juicios muy duros contra otros cronistas, como Diego Fernández). No obstante, si se mira la situación con más cuidado, puede no ser tan extraña como parece. En el ejemplar de la *Historia general de las Indias* que Garcilaso poseyó, leyó y anotó (el cual se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional del Perú y es, sin duda, uno de los documentos más valiosos para la historia literaria de América), hay una glosa particularmente reveladora. Cuando Gómara cuenta (en el capítulo 181 de su *Historia*) que “Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo”, el Inca escribe al margen: “Esta men//tira me ha // quitado el // comer”.<sup>72</sup> Pero agrega de inmediato (“con resignada y serena medida”, subraya Miró Quesada):<sup>73</sup> “quiça // por mejor”.<sup>74</sup> Acaso el Inca no sólo reconocía la deuda estilística con Gómara; acaso también le agradecía haber despertado su vocación de historiador. De la misma manera que fue una gran fortuna para Hispanoamérica que viniera entre los conquistadores un poeta de las dimensiones de Alonso de Ercilla (a dejar en nuestra

---

<sup>71</sup> Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac, Las vísperas de España, Calendario*, México, FCE, 3.<sup>a</sup> reimp., 1995, p. 30.

<sup>72</sup> José Luis Rivarola, “Para la génesis de los *Comentarios reales*: Edición y comentario de las apostillas del Inca Garcilaso (y otros) a la *Historia general de las Indias* de F. López de Gómara”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50 (2002), p. 119. *Stricto sensu*, Garcilaso nunca padeció hambre; por lo contrario, llegó a tener bienes cuantiosos, criados que lo sirvieran e, incluso, una esclava mora que ganó como botín de guerra en las Alpujarras. Hay que entender la queja del Inca como una hipérbole, lo que era muy común en la época. Recuérdense, por ejemplo, las continuas quejas de Luis de Góngora (vecino de Garcilaso en Córdoba) sobre su pobreza y necesidad, que Juan José Arreola condensó, con gracia admirable, en “Los alimentos terrestres”.

<sup>73</sup> *Op. cit.*, p. 195.

<sup>74</sup> J. L. Rivarola, *op. cit.*, p. 119.

literatura su huella “de águila rubia”, como dijo Pablo Neruda),<sup>75</sup> también lo fue que, “del lado de allá”, un humanista como Gómara escuchara con paciencia el relato (seguramente hiperbólico y parcial) de Hernán Cortés, y que, con las “mentiras” que tuvo a mano, escribiera uno de los libros más fascinantes de la historia. Basta (creo yo) leer las dos primeras oraciones de la dedicatoria a Carlos V para que su escritura nos seduzca: “Muy Soberano Señor: La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crio, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Nuevo Mundo”.<sup>76</sup>

Pero no es el propósito de este trabajo elogiar las virtudes de Gómara, sino las del Inca Garcilaso, y analizar, entre todos los recursos literarios que conducen y engalanan los *Comentarios reales*, uno en particular: los relatos que interrumpen el hilo del discurso.<sup>77</sup> Como en toda obra historiográfica, lo normal en los *Comentarios* es la narración de hechos colectivos (relevantes para toda la comunidad y basados en diversos testimonios, como pueden ser las obras de otros historiadores, la tradición oral o los recuerdos personales). Sin embargo, esta forma del discurso es con frecuencia interrumpida por relatos de hechos particulares (sin relevancia aparente para la comunidad y, lo más importante, presentados mediante escenas imaginadas por el autor, sin posibilidad de sustento testimonial). Como

---

<sup>75</sup> *Canto general*, Madrid, Cátedra, 12.ª ed., 2009, p. 175.

<sup>76</sup> Toda la dedicatoria es de una elocuencia admirable. Copio a continuación, como muestra, algunas líneas más: “y no tanto le dicen nuevo por ser nuevamente hallado, cuanto por ser grandísimo y casi tan grande como el viejo, que contiene a Europa, África y Asia. También se puede llamar nuevo por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro. Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera: los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, hierbas y grano de la tierra, que no es pequeña consideración del Criador, siendo los elementos una misma cosa allá y acá. Empero, los hombres son como nosotros, fuera del color, que de otra manera bestias y monstruos serían y no vendrían, como vienen, de Adán, mas no tienen letras ni moneda ni bestias de carga, cosas principalísimas para la policía y vivienda del hombre, que ir desnudos, siendo la tierra caliente y falta de lana y lino, no es novedad”.

<sup>77</sup> El garcilasista que mayor atención ha prestado a los relatos particulares en los *Comentarios reales* es, sin duda, Enrique Pupo-Walker, quien dedica al fenómeno todo el capítulo V de su libro *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*: “La ficción intercalada: su relevancia y funciones en el discurso de la historia”. Aunque interesado en otros aspectos de la obra del Inca, varios de los fragmentos que incluye Ricardo González Vigil en su antología *Comentemos al Inca Garcilaso* ([Lima], BCRP, [1989]) son relatos particulares.

bien observa Pupo-Walker, el Inca se refiere a estos relatos con diversos nombres (dependiendo del tema que traten):

las distinciones que hace el Inca al referirse a formas variadas de la narrativa breve nos indican, oblicuamente, su interés y la percepción crítica que mantuvo ante las tipologías del relato, a pesar de que en su época esas distinciones eran, por lo demás, muy imprecisas. A unas designará como “fábulas” porque sin duda le recuerdan las del mundo clásico y también porque quería aproximar las narraciones de los Incas a la cuentística greco-romana. Pero, al comentar las que resumían el pasado incaico, casi siempre las distinguirá como “antigüedades” o “fábulas historiales”. Con otras miras reservará los términos “cuento” y “caso historial”, para designar, casi siempre, sucesos excepcionales ocurridos durante la Conquista o en circunstancias que él conoció.<sup>78</sup>

Es evidente, empero, que todos estos relatos tienen rasgos en común y que incluso pueden leerse, separados del resto de los *Comentarios*, como cuentos en el sentido actual de la palabra.<sup>79</sup> Pupo-Walker los agrupa bajo el nombre de “ficción intercalada”, que no me parece el más adecuado porque parece negar la veracidad del texto histórico. Creo, por lo tanto, más pertinente llamarlos “relatos particulares”. Pese a la imprecisión terminológica, Pupo-Walker identifica muy bien el fenómeno textual y considera que cada uno de los relatos particulares es una “unidad que posee vida propia, aunque se mantenga vinculada a los lineamientos generales de los *Comentarios*”,<sup>80</sup> pues “alcanza un grado de desarrollo y amplitud que le lleva a sobrepasar el relato ocasional para convertirse en un espacio caracterizado por su autonomía constitutiva”.<sup>81</sup> El crítico cubano ofrece, además, una explicación sintáctica:

En sus postulados fundamentales la lingüística moderna considera al cuento intercalado como una ampliación de las relaciones sintácticas que se dan en los esquemas de las oraciones coordinadas y subordinadas. Visto así, el relato interpolado sería, en términos lingüísticos, una suerte de macrofrase que genera el discurso y que

---

<sup>78</sup> *Op. cit.*, p. 159

<sup>79</sup> El propósito principal del apéndice de este trabajo es justamente ofrecer a los lectores una selección de “cuentos” del Inca extraídos de su contexto, a manera de antología.

<sup>80</sup> *Op. cit.*, p. 178.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 162.

se engendra en las posibilidades combinatorias que habitualmente desarrolla la sintaxis. Esa posibilidad de análisis es particularmente sugestiva cuando se toma en cuenta la estructura envolvente y a veces tortuosa que desarrolló la prosa castellana en los siglos XVI y XVII.<sup>82</sup>

En cuanto a las fuentes literarias en que bebió Garcilaso para elaborar estos relatos, Pupo-Walker menciona “los esquemas de la cuentística popular, del refrán y hasta de los ecos del romancero”.<sup>83</sup> Más sugestiva me parece la observación de Miró Quesada, quien ve detrás de ellos “artificios aprendidos no ya de los historiadores de la Antigüedad o del Renacimiento, sino de autores de un género distinto, más libre, más vario, más abierto y de más espontánea creación: la novela”.<sup>84</sup> González Echevarría es más específico y los relaciona con un género particular de novela:

He often recounts individual cases, which turn out to be like short stories, describing the lives of the protagonists, large and small, of the conflict. This part reads like a picaresque novel, not only because it is full of characters and incidents that appear to have come out of the *Guzmán de Alfarache*, but because the style itself, with its emphasis on the concrete, the quotidian, the base, is very much like that of Mateo Alemán and other novelists, and also because the narrative perspective is that of a child.<sup>85</sup>

Los relatos particulares pueden considerarse, además, otro rasgo distintivo del incipiente barroquismo de los *Comentarios*. No es casual que el fenómeno ocurra con menos frecuencia y de manera menos evidente en *La Florida*, obra mucho más apegada a la linealidad renacentista.<sup>86</sup>

---

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 156

<sup>84</sup> *Op. cit.*, p. 334.

<sup>85</sup> *Op. cit.*, p. 82.

<sup>86</sup> Los relatos particulares, por lo contrario, se vuelven más recurrentes en los cronistas posteriores al Inca. Observa Pupo-Walker: “no todas las relaciones de Indias contienen un registro comparable de interpolaciones imaginativas o anecdóticas. Como el lector podrá sospechar, la ausencia o abundancia del material intercalado con frecuencia fue determinada por la naturaleza del tema, las experiencias personales y vocación narrativa del relator. Pero en general puede afirmarse que la inserción de relatos y anécdotas es un aspecto muy sobresaliente en las crónicas tardías”. *Op. cit.*, pp. 150-151. González Echevarría considera que *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, es un claro ejemplo de esta situación: “In *El Carnero* history, presumably the essence of the book, becomes a pretext, whereas the stories, the gossip, which could have

Si, como ya dije, las virtudes literarias de los *Comentarios reales* no son meros adornos, sino “estricta necesidad”, ¿qué función retórica cumplen los relatos en la obra? Como bien advierte Pupo-Walker, “el análisis histórico que percibe la materia interpolada como mera espuma retórica o como residuos insignificantes de la actividad humana nos conducirá, sin quererlo, a una lectura empobrecida”.<sup>87</sup> Los relatos son parte fundamental de los *Comentarios* porque dan cuenta de una dimensión histórica que (por paradójico que esto parezca) el discurso historiográfico corriente no puede captar debido a su impersonalidad. El Inca “comprendió, con justificada inquietud, que las páginas severas de los cronistas oficiales no habían revelado plenamente los rasgos diferenciales del proceso histórico americano ni los del entorno en que se gestó aquel acontecer”,<sup>88</sup> así que se propuso construir escenas en las que fuera posible “contemplar los hechos y no el mero registro de los mismos”.<sup>89</sup> Mediante los casos particulares, Garcilaso ilustra fenómenos sociales generalizados. ¿Para qué dar cuenta, por ejemplo, de todos los naufragios que ocurrieron en el Nuevo Mundo? Es suficiente relatar uno solo (el de Pedro Serrano y su compañero) con tal dramatismo que el lector pueda “contemplar” lo que padecieron todos los náufragos. ¿Para qué referir todos los problemas entre conquistadores y autoridades coloniales? El caso del soldado Aguirre basta como ejemplo. Los relatos particulares, pues, “conforman un espacio que incrementa considerablemente la dimensión testimonial de la obra”.<sup>90</sup> Si sintácticamente pueden definirse como “macrofrases subordinadas” dentro del discurso, desde una perspectiva semántica funcionan como símbolos o, mejor aún, como tropos: “el discurso literario adopta, como elementos primordiales, formas paradigmáticas de la

---

been a mere rhetorical ornament or *exempla*, became central and more substantial. [...] In many ways Rodríguez Freyre's book is a sort of colonial *Decameron*". *Op. cit.*, p. 90.

<sup>87</sup> *Op. cit.*, p. 154.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 182.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 193.



comunicación (planos metafóricos, metonímicos), que permiten otro significado de la narración”.<sup>91</sup> Si nos atenemos al principio aristotélico (*Poética*, 9, 1451a), el Inca se comporta en estos pasajes más como poeta que como historiador:

no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder; esto es lo posible según la verosimilitud o necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto, y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía dice más bien lo general, y la historia, lo particular.<sup>92</sup>

En busca de dar el testimonio más completo y argumentar con la mayor eficacia, el Inca Garcilaso asumió al mismo tiempo las tareas que en la sociedad contemporánea corresponden a la historia y a la literatura.

---

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>92</sup> Trad. Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1974.



# I. EL IMPERIO INCA

## 1. EL ORIGEN DE LOS INCAS (I, I, 15-17)

Luego de catorce capítulos sobre asuntos secundarios, el Inca Garcilaso entra a la materia principal de la parte primera de los *Comentarios reales*: la historia de los incas. Lo hace evocando una conversación que, supuestamente, tuvo de joven con uno de sus tíos maternos, el “más anciano dellos”. Éste le cuenta que, pues los hombres vivían como animales, el Sol mandó a la tierra a dos hijos suyos y de la Luna: el inca Manco Cápac y la coya Mama Ocllo Huaco. Les ordenó asentarse en el lugar donde una barra de oro pudiera hundirse completamente en la tierra con facilidad y, una vez establecidos, enseñar a los hombres la vida civilizada. Manco Cápac y Mama Ocllo Huaco caminaron del lago Titicaca hacia el norte y, en el sitio donde la tierra cedió a la barra de oro, fundaron la ciudad del Cuzco. En seguida convocaron a los hombres de los alrededores, a quienes, junto con la religión del Sol, el inca enseñó “los oficios pertenecientes a varón”, y la coya, “los oficios femeniles”. Después de seis o siete años, “el Inca tenía gente de guerra armada e industriada para se defender de quien quisiese ofenderle, y aun para traer por fuerza los que no quisiessen venir de grado”. Cuando Manco Cápac murió, el imperio se extendía, al oriente, hasta el río Paucartampu; al poniente, hasta el río Apurímac, y al sur, hasta Quequesana. El viejo da fin a su relato, y Garcilaso aclara que, aunque ha resumido sus palabras, también ha sacado “el verdadero sentido dellas”.

Lo primero que salta a la vista en el relato (cuyas páginas se encuentran entre las más célebres de los *Comentarios*) es el doble marco narrativo que rodea el asunto central. Antes

que nada, Garcilaso se presenta a sí mismo en el momento de la creación verbal, ensayando distintas formas de comenzar su obra: “Después de haver dado muchas traças y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, Reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traça y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñezes oí muchas vezes a mi madre y a sus hermanos y tíos y a otros sus mayores acerca deste origen y principio”. Como observa Pupo-Walker, “los amplios espacios imaginarios hacen posible que en los *Comentarios* el Inca desempeñe el doble papel de relator y sujeto. La suya es, de esa manera, una función que le desdobra en creador y personaje”.<sup>93</sup> En ese primer plano mimético, Garcilaso-personaje recuerda las visitas que hacían a su casa sus parientes maternos y, entre éstas, una en particular, en la que él y un anciano tío suyo conversaron largamente sobre el origen de los incas. Dentro de este diálogo, que es el eje del segundo plano mimético, el inca viejo cuenta la historia de los primeros incas, el tercer plano. Miró Quesada ve “cierta franqueza impresionante” en el hecho de que Garcilaso haga explícitas “las vacilaciones que tuvo para redactar, como un todo orgánico, su obra”.<sup>94</sup> Creo que, antes que una confesión sincera, se trata de un recurso retórico para captar la benevolencia del lector, dándole a entender que el asunto de la obra, en tanto de difícil exposición, es algo eminente, digno de ser leído. Nótese la semejanza entre la imagen inicial del relato de Garcilaso y la que Cervantes ofrece en el prólogo a la parte primera del *Quijote*:

aunque me costó algún trabajo componer [la historia de don Quijote], ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría, y, estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no

---

<sup>93</sup> *Op. cit.*, p. 102.

<sup>94</sup> *Op. cit.*, p. 371.

encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote [...]»<sup>95</sup>

La imagen de Cervantes tiene mayor plasticidad, y su tono es mucho más lúdico, pero la inquietud expresada por ambos autores es la misma: ¿cómo se ha de dar inicio a un relato? La manera de expresar tal inquietud es también idéntica: el autorretrato.

La breve conversación entre el joven Garcilaso y el inca viejo es, también, de evidente estirpe literaria. Se trata de una pieza retórica fuertemente vinculada con los diálogos que, siguiendo los modelos de Cicerón, escribían los humanistas durante el Renacimiento (no debe olvidarse que el Inca dio sus primeros pasos en las letras con la traducción de los *Diálogos de amor*). Nada hay más lejano de una conversación real que la serie de preguntas del joven Garcilaso o su razonamiento sobre las dificultades de conservar la memoria en una sociedad sin escritura:

Inca tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas passadas, ¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros Reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones, sus comarcas, como tienen historias divinas y humanas, saben por ellas cuándo empezaron a reinar sus Reyes y los ajenos, y el trocarse unos imperios en otros, hasta saber cuántos mil años ha que Dios crio el cielo y la tierra, que todo esto y mucho más saben por sus libros. Empero, vosotros, que carecéis dellos, ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas? ¿Quién fue el primero de nuestros Incas? ¿Cómo se llamó? ¿Qué origen tuvo su linaje? ¿De qué manera empezó a reinar? ¿Con qué gente y armas conquistó este grande Imperio? ¿Qué origen tuvieron nuestras hazañas?

Igualmente artificiosa es la descripción del viejo sobre la vida que llevaban los indios antes de que los incas gobernarán el Perú (la cual resume la información que Garcilaso dio con detalle en los seis capítulos previos):<sup>96</sup>

Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que vees eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y

---

<sup>95</sup> *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. John Jay Allen, Madrid, Cátedra, 22.<sup>a</sup> ed., 2004. Todas las citas de la parte primera del *Quijote* están tomadas de esta edición.

<sup>96</sup> La variación de un mismo mensaje con diferentes estilos literarios es común en la obra del Inca. Véase *infra* IV.1.

animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hazer de vestir. Vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, yervas del campo y raíces de árboles y la fruta inculta que ellos davan de suyo y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales. Otros andavan en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas, y aun en las mujeres se havían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas.

No sin razón bromeó Alfonso Reyes sobre la máxima del *Diálogo de la lengua*: “Tampoco dice la verdad Juan de Valdés al afirmar ligeramente «Escribo como hablo». Nadie habló nunca como él escribe”.<sup>97</sup> Con toda seguridad, Garcilaso recibió de sus parientes maternos relatos que, desde la perspectiva estética europea, eran caóticos, incoherentes, contradictorios, más semejantes al *Popol Vuh* o la *Primer nueva corónica y buen gobierno*, que reflejan con mayor fidelidad en la escritura las concepciones del tiempo y el espacio propias de los indios. Garcilaso no reproduce estos rasgos, sino que capta el significado de los relatos recibidos y lo vierte en los moldes escriturales de la retórica renacentista.<sup>98</sup> “Garcilaso no sólo pretendía narrar un proceso histórico, sino que además quiso traducir para el lector europeo lo fundamental de la cultura incaica”, observa Pupo-Walker.<sup>99</sup> González Echevarría, por su parte, considera que la parte primera de los *Comentarios* es “a traslation of oral records and personal recollection into the language of Renaissance

---

<sup>97</sup> *La experiencia literaria, Tres puntos de exegética literaria, Páginas adicionales*, México, FCE, 1.<sup>a</sup> reimp., 1983, p. 90.

<sup>98</sup> Este trabajo de ninguna manera pretende explorar la posible influencia de la tradición quechua en la escritura del Inca Garcilaso. Mi absoluto desconocimiento del quechua es el mayor obstáculo para tratar ese tema. No obstante, lo que sé sobre tradición clásica y literatura española del siglo de oro me permite deducir que los principales modelos discursivos del Inca no son precolombinos, sino europeos (españoles, italianos y latinos, griegos sólo de manera indirecta). Entre los defensores del sustrato quechua en la escritura de Garcilaso, es fundamental el trabajo de José Antonio Mazzotti: *Coros Mestizos del Inca Garcilaso: Resonancias andinas*, Lima, BVL-Otorongo Producciones-FCE, 1996. Por su parte, Margarita Zamora y Mercedes López-Baralt tratan el problema de la “traducción de culturas”; es decir que ambas estudiosas reflexionan sobre lo que implica verter en la rígida retórica renacentista una tradición sin escritura: la historia quechua: M. Zamora, *Language, Authority, and Indigenous History in the Comentarios reales de los Incas*, Cambridge, CUP, 1988; M. López-Baralt, *El Inca Garcilaso, traductor de culturas*, Madrid-Fankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2011.

<sup>99</sup> *Op. cit.*, p. 132.

historiography”.<sup>100</sup> Tanto le importa a Garcilaso que las palabras del viejo sean patentes y agradables para el lector que lo interrumpe en un par de ocasiones: para aclarar el sentido de la frase “guardar en el corazón” (que significa “guardar en la memoria”) y para advertir que “Nuestro Padre el Sol” es fórmula recurrente entre los incas. Hechas estas dos observaciones metalingüísticas, cede por completo la palabra al viejo, a quien sólo interrumpiré de nuevo (mínimamente) al inicio del capítulo 16 (donde aclara “dixo el Inca” para recordar a los lectores que es aquél quien está hablando, lo que no se repetirá en el capítulo 17, pues los lectores ya deben suponer que el discurso del viejo continúa).

En cuanto a la identidad del inca viejo, Garcilaso no consigna su nombre en todo el relato sobre Manco Cápac y Mama Ocllo Huaco, lo que contribuye a darle un aura de ancestralidad. Mucho más adelante (casi al final de la parte primera de los *Comentarios*), Garcilaso precisa que aquel inca viejo “había nombre Cusi Huallpa” (I, IX, 14). A pesar de este dato (por el que estudiosos como Porras Barrenechea y Miró Quesada afirman la existencia histórica del personaje),<sup>101</sup> el viejo funciona a lo largo del texto más como estrategia retórica que como sujeto histórico. Fuera del relato sobre el origen de los incas, las intervenciones de Cusi Huallpa serán breves, pero siempre expresarán la tradición inca más ortodoxa; por ejemplo, cuando vitupera a Atahualpa (I, IX, 39). Es curioso, además, que Garcilaso consigne su nombre en una sola ocasión y que el resto de las veces se refiera a él de manera perifrástica: “el Inca viejo que contava las antigüedades y fábulas de sus Reyes” (I, V, 28), el “Inca viejo, tío de mi madre, de quien al principio desta historia hezimos mención, que contava las antiguallas de sus passados” (I, IX, 1), “aquel Inca viejo” (I, IX, 15), “el Inca viejo, tío de mi madre” (I, IX, 38), “el Inca viejo de quien otras vezes

---

<sup>100</sup> *Op. cit.*, p. 79.

<sup>101</sup> R. Porras Barrenechea, *Los cronistas*, p. 392, y A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 198.

hemos hecho mención” (I, IX, 39). A mi juicio, el viejo es, ante todo, un símbolo de la tradición inca y un instrumento retórico que permite al autor agrupar información de diversas fuentes y enunciarla de forma coherente y estilizada. Cuando un novelista escribe una obra inspirada en hechos reales, es común que, por razones estéticas, haga confluir en un solo personaje literario a dos o tres sujetos históricos.<sup>102</sup> El Inca, un historiador que razonaba como artista, pudo recurrir a una estrategia semejante.

Unas cuantas páginas después de la larga intervención del viejo, Garcilaso propone una explicación racional sobre el origen de Manco Cápac:

Lo que yo, conforme a lo que vi de la condición y naturaleza de aquellas gentes, puedo conjeturar del origen deste príncipe Manco Inca, que sus vassallos por sus grandezas llamaron Manco Cápac, es que devió de ser algún indio de buen entendimiento, prudencia y consejo, y que alcanzó bien la mucha simplicidad de aquellas nasciones y vio la necesidad que tenían de doctrina y enseñanza para la vida natural y, con astucia y sagacidad, para ser estimado fingió aquella fábula, diziendo que él y su mujer eran hijos del Sol, que venían del cielo y que su padre los embiava para que doctrinassen y hiziesen bien a aquellas gentes.

¿Por qué, entonces, si Garcilaso pudo ceñirse a esta explicación racional, escribió también el relato mítico, al que, evidentemente, otorga mayor importancia dentro del texto? Cualquier registro histórico se desvanece en algún punto (cuánto más uno sin soporte escrito, como la tradición incaica), de manera que Garcilaso no tenía otra opción que rastrear en los relatos míticos los fundamentos históricos que pudieron provocarlos. “Las más antiguas noticias son, inevitablemente, fabulosas”, escribe atinadamente Miró Quesada.<sup>103</sup> Garcilaso sabía, además, que esos relatos eran parte esencial de la cultura inca y que de ninguna manera podía contar al mundo quiénes habían sido sus ancestros sin dar noticia de su cosmogonía. Él mismo justifica la inclusión de elementos maravillosos en su

---

<sup>102</sup> Es lo que hizo Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo*: el personaje literario Ignacio Aguirre es una mezcla de los sujetos históricos Francisco Serrano y Adolfo de la Huerta.

<sup>103</sup> *Op. cit.*, p. 422.



obra (en el capítulo 19 del libro I, significativamente titulado “Protestación del autor sobre la historia”): “aunque algunas cosas de las dichas y otras que se dirán parezcan fabulosas, me pareció no dexar de escribirlas por no quitar los fundamentos sobre que los indios se fundan para las cosas mayores y mejores que de su Imperio cuentan”. Como apunta Porras Barrenechea, “Garcilaso distinguió bien, en su condición de historiador documentado y sagaz, entre la verdad y la fábula, pero su intuición del pasado le enseñaba que ambas eran necesarias para la reconstrucción del espíritu de un pueblo y de una época”.<sup>104</sup> Por su parte, Miró Quesada observa que las “fábulas” son pertinentes para Garcilaso “cuando considera que pueden insinuar un camino o que, bajo la forma legendaria y poética, se puede vislumbrar la reacción mental o las características anímicas de un pueblo”.<sup>105</sup> Pupo-Walker relaciona esta actitud del Inca con “los razonamientos que expone la antropología moderna”<sup>106</sup> y, al mismo tiempo, con los métodos de la historiografía antigua: “Como Heródoto, Tucídides y Plinio, muchos siglos antes, Garcilaso comprendió, con agudeza ejemplar, que el valor de las fábulas no radicaba en la historicidad rigurosa de lo narrado. Apoyándose tanto en sus conocimientos historiográficos como en su intuición, el Inca entendió que en el mito y la leyenda subyace una vivencia colectiva y un concepto de la sabiduría que sí puede tener sentido histórico”.<sup>107</sup>

Sin embargo, el interés del Inca en el relato cosmogónico que reproduce no es sólo referencial: también le importa que cumpla con los ideales estéticos que perseguía la prosa de ficción del Renacimiento. “Garcilaso contempló aquellas fábulas ancestrales de los incas como materia seminal de la historia. Pero es igualmente cierto que esas y otras narraciones

---

<sup>104</sup> *Los cronistas*, p. 404.

<sup>105</sup> *Op. cit.*, p. 211.

<sup>106</sup> *Op. cit.*, p. 157, n. 23.

<sup>107</sup> *Ibid.*, pp. 114-115.

fueron trabajadas intencionalmente para embellecer numerosas páginas de sus relaciones”, observa Pupo-Walker.<sup>108</sup> El relato que cuenta el inca viejo podrá ser increíble, pero no inverosímil. Si la narración no bastara por sí misma para mostrar al lector que está en consonancia con la estética de su tiempo, Garcilaso ofrece en el capítulo siguiente (I, I, 18) algunos ejemplos de relatos cosmogónicos sin méritos artísticos. Cuenta una “fábula” en la que hay un diluvio y se queja de que los relatores “no advierten a dezir si el diluvio los había ahogado o si los indios habían resuscitado para ser conquistados y adoctrinados”. Garcilaso no reprueba que pueda haber en el relato un hecho imposible, como la resurrección, pero sí que haya anfibologías. Cuenta otra en la que cuatro hermanos se dividen las cuatro partes del mundo y se molesta de que, repentinamente, tres de los hermanos desaparezcan del relato sin justificación alguna:

Apretando a los indios sobre qué se hizieron aquellos tres hermanos y hermanas de sus primeros Reyes, dizen mil disparates y, no hallando mejor salida, alegorizan la fábula, diziendo que por la sal, que es uno de los nombres, entienden la enseñanza que el Inca les hizo y, por el pimiento, el gusto que della recibieron y, por el nombre regozijo, entienden el contento y alegría con que después vivieron, y aun esto lo dizen por tantos rodeos, tan sin orden y concierto, que más se saca por conjeturas de lo que querrán dezir que por el discurso y orden de sus palabras.

Ninguna contradicción semejante se asoma en el relato del inca viejo, lo que, por supuesto, se debe al cuidadoso trabajo de Garcilaso. La simetría estructura el relato: Manco Cápac va al norte y Mama Ocllo Huaco al sur, una parte de sus seguidores se hace responsable de obtener alimentos y la otra de construir viviendas, el inca enseña a los hombres la agricultura y la coya a las mujeres los trabajos textiles y domésticos, el Cuzco queda dividido en dos barrios. Las palabras que el Sol dirige a sus hijos, con la enumeración de todos los beneficios que da a los hombres, son, al igual que las pronunciadas por el joven Garcilaso o las del inca viejo, de clara filiación humanista-ciceroniana:

---

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 157.

Cuando hayáis reducido esas gentes a nuestro servicio, los mantendréis en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre, haziendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados, a imitación y semejança mía, que a todo el mundo hago bien, que les doy mi luz y claridad para que vean y hagan sus haciendas y les caliento cuando han frío y crío sus pastos y sementeras, hago frutificar sus árboles y multiplico sus ganados, lluevo y sereno a sus tiempos y tengo cuidado de dar una buelta cada día al mundo por ver las necessidades que en la tierra se ofrescen, para las proveer y socorrer como sustentador y bienhechor de las gentes. Quiero que vosotros imitéis este exemplo como hijos míos, embiados a la tierra sólo para la doctrina y beneficio de esos hombres, que viven como bestias, y desde luego os constituyo y nombro por Reyes y señores de todas las gentes que assí dotrináredes con vuestras buenas razones, obras y gobierno.

El único detalle que, a mi juicio, resulta chocante para el decoro estético de Garcilaso es que, durante su viaje del lago Titicaca al Cuzco, in inca y la coya encuentren una “venta o dormitorio pequeño” en un mundo donde sólo hay salvajes.

El relato del inca viejo es muy lento y detallado al principio, pero poco a poco se va volviendo más rápido y superficial: vemos a Manco Cápac y Mama Ocllo Huaco intentar que la tierra ceda al empuje de la barrita de oro, reunir a sus primeros vasallos, asignarles tareas y enseñarles oficios; vemos también a los indios adoctrinados comunicar a otros los beneficios de estar sujetos a los hijos del Sol. Aun con la paulatina aceleración, a ese ritmo Garcilaso habría tardado demasiado para terminar el relato de la formación del imperio, así que recurre a la elipsis. La ejecuta con tal destreza que ni siquiera necesita emplear la coordinación o yuxtaposición de dos oraciones; le basta subordinar una oración consecutiva e indicar el tiempo que pasó mediante una frase de ablativo absoluto, lo que transforma el mundo imaginario en un abrir y cerrar de ojos: “se juntó en pocos años mucha gente, tanta que, passados los primeros seis o siete años, el Inca tenía gente de guerra armada e industriada para se defender de quien quisiesse ofenderle”. Irrumpe entonces ante nuestros ojos todo el imperio, que, si bien más pequeño, tiene ya la misma forma que conservará a lo

largo de los nueve libros que componen la parte primera de los *Comentarios* (se ha extendido varias leguas alrededor del Cuzco, y lo defiende un poderoso ejército):

Enseñóles hazer armas ofensivas, como arcos y flechas, lanças y porras y otras que se usan agora, y, para abreviar las hazañas de nuestro primer Inca, te digo que hazia el levante reduxo hasta el río llamado Paucartampu y al poniente conquistó ocho leguas hasta el gran río llamado Apurímac y al mediodía atraxo nueve leguas hasta Quequesana. En este distrito mandó poblar nuestro Inca más de cien pueblos, los mayores de a cien casas y otros de a menos, según la capacidad de los sitios.

Garcilaso usa también la elipsis para pasar rápidamente, de la descripción (en pretérito imperfecto) de las visitas que hacían los incas a su madre cuando él era niño, a la narración (en pretérito perfecto) de la plática que tuvo con el inca viejo siendo ya adolescente, pero en ese caso el salto es menos violento, pues al cambio de tiempo verbal corresponde también un cambio de período sintáctico: “En estas pláticas yo, como muchacho, entrava y salía muchas veces donde ellos estaban y me holgava de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas. Passando, pues, días, meses y años, siendo ya yo de diez y seis o diez y siete años, acaesció que [...]”.

El relato termina tal como empezó: Garcilaso cierra con sumo cuidado los tres planos miméticos abiertos. El inca viejo da fin a su discurso, que comenzó con la llegada de Manco Cápac y Mama Ocllo Huaco al Tahuantinsuyo, una vez que el imperio ha nacido. Regresamos entonces al segundo plano. Los lamentos que pronuncia el viejo ante su sobrino al ver el imperio perdido y a sus reyes acabados corresponden con los que, al inicio, Garcilaso atribuye, en general, a los incas y pallas que visitaban a su madre (condensados en la célebre frase, tan significativa y poderosa, “Trocósenos el reinar en vassallaje”): “Creo que te he dado larga cuenta de lo que me la pediste y respondido a tus preguntas y, por no hazerte llorar, no he recitado esta historia con lágrimas de sangre, derramadas por los ojos, como las derramo en el corazón, del dolor que siento de ver nuestros Incas

acabados y nuestro Imperio perdido”. Finalmente, aparece de nuevo el Inca en el momento de la escritura y da las últimas explicaciones sobre el texto que está terminando. Si al inicio dijo que contaría la historia de los incas con “las propias palabras” de ellos, aclara ahora que debió hacer modificaciones, pues, al ser la lengua quechua más polisémica que la española, trasladar la plenitud significativa de sus palabras habría provocado una narración prolija (“odiosa”, dice él). Por lo tanto, para dar belleza a su relato, Garcilaso tuvo que comprender el significado de las narraciones incas y verterlo en un texto regido por las normas estéticas europeas:

Esta larga relación del origen de sus Reyes me dio aquel Inca, tío de mi madre, a quien yo se la pedí, la cual yo he procurado traducir fielmente de mi lengua materna, que es la del Inca, en la ajena, que es la castellana, aunque no la he escrito con la majestad de palabras que el Inca habló ni con toda la significación que las de aquel lenguaje tiene, que, por ser tan significativo, pudiera haberse estendido mucho más de lo que se ha hecho. Antes la he acortado, quitando algunas cosas que pudieran hazerla odiosa. Empero, bastará haver sacado el verdadero sentido dellas, que es lo que conviene a nuestra historia.

## 2. LOS INDIOS PERTINACES (I, III, 2-3)

Durante el reinado de Maita Cápac (cuarto inca), los indios de un lugar llamado Cac-yauiri (pertenecientes al pueblo colla) se niegan a someterse a los incas. Para defenderse de ellos, construyen un fuerte sobre un cerro y se resguardan en él. Maita Cápac ordena a sus hombres que sitien el cerro y que, en caso de ser atacados por los collas, sólo se defiendan y no les hagan daño. Atribuyendo a cobardía la pasividad de los incas, los collas los atacan cada día con más atrevimiento, hasta que, después de una batalla desastrosa para los collas, finalmente se rinden y ofrecen sus vidas a Maita Cápac, quien, misericordioso, los perdona. El Inca Garcilaso ofrece dos explicaciones de la derrota colla (una maravillosa, la otra

realista). En la primera, las armas de los collas atacan a sus propios portadores. En la segunda, los capitanes incas desobedecen en secreto a Maita Cápac y ordenan a sus soldados tratar con rigor a los collas, a quienes derrotan fácilmente.

En este relato, como en todos los que narran conquistas incas, es evidente la ideología imperial de Garcilaso. Los incas son siempre bondadosos y tratan de convencer pacíficamente a los demás indios de ser sus vasallos.<sup>109</sup> Casi todos los pueblos aprecian los beneficios de pertenecer al imperio y aceptan gustosos el vasallaje. Sin embargo, hay algunos indios tan bestiales (como estos collas) que se resisten obstinadamente y obligan a los incas a usar su fuerza contra ellos. Relatos como éste (difíciles de admitir no sólo entre los incas, sino en cualquier imperio de cualquier época o lugar) fueron los que hicieron afirmar a Marcelino Menéndez y Pelayo:

la celebridad de Garcilaso, como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras historiales, que mejor calificadas estarían [...] de historias noveladas, por la gran mezcla de ficción que contienen [...]. Los *Comentarios Reales* no son texto histórico: son una novela tan utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington, pero no nacida de una abstracción filosófica, sino de tradiciones oscuras que indeleblemente se grabaron en una imaginación rica, pero siempre infantil.<sup>110</sup>

El primero que reaccionó ante tan arbitrarias afirmaciones fue José de la Riva-Agüero, quien defendió acaloradamente los incuestionables méritos del Inca en tanto historiador, aunque no negó que en su versión de los hechos hubiera también una evidente manipulación ideológica (inseparable del quehacer historiográfico): “Indiscutida y evidente es la parcialidad y apasionamiento de Garcilaso por los Incas, pero, ¿basta comprobar la

---

<sup>109</sup> En los *Comentarios reales*, los incas actúan con orden hasta para expandirse geográficamente, lo cual, como advierte Miró Quesada, no corresponde con el “avance por saltos e irregular que señalaron los «quipucamayoc» o guardadores de anales, en sus informaciones a Vaca de Castro”. *Op. cit.*, p. 214.

<sup>110</sup> *Orígenes de la novela*, t. 2: *Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Santander, Aldus, 1943, pp. 152-153.

parcialidad de un autor para anular su crédito? Desde Herodoto y Tucídides, Tito Livio y Tácito, hasta Macaulay y Mommsen, parciales son los más reputados historiadores. Sin cierto género de parcialidad, manifiesta u oculta, consciente o inconsciente, es imposible escribir la historia”.<sup>111</sup> Porras Barrenechea concuerda con Riva-Agüero y, aunque también defiende acaloradamente las virtudes de Garcilaso, hace notar el “desprecio para los pueblos que antecedieron a los Incas y para las tribus sometidas por éstos, aun las contemporáneas”.<sup>112</sup> En el caso de los collas sitiados, es evidente que Garcilaso los menosprecia y les atribuye rasgos primitivos, pues adoran un cerro al que hacen sacrificios y, a la hora de enfrentar a los incas, “como gente bestial, se metían por las armas contrarias”. Porras Barrenechea desprecia asimismo del expansionismo pacífico de los incas: “En cuanto a la tesis de la conquista pacífica y persuasiva, no hay duda que los parientes cuzqueños de Garcilaso se guardaron de contarle muchas de las crudezas de la guerra entre los Incas y la supervivencia de muchas de las costumbres bárbaras que ellos imputaron privativamente a los pueblos de la costa”.<sup>113</sup> En Mariano Ibérico y José Durand sí tuvo eco la afirmación de Menéndez y Pelayo (aunque muy atenuada y desprovista de sentido peyorativo). Ibérico considera que el Inca “construyó, para proponerla a la admiración universal, lo que podríamos llamar la forma ideal del Imperio, forma esencialmente estética y platónica, en el sentido de arquetípica y perfecta, y frente a cuya radiante majestad pierden toda importancia así las confirmaciones como las rectificaciones de la historia”.<sup>114</sup> Durand, por su parte, afirma que “Garcilaso tiende irresistiblemente a ofrecer una utópica

---

<sup>111</sup> *Op. cit.*, p. 54.

<sup>112</sup> *Los cronistas*, p. 399.

<sup>113</sup> *Loc. cit.*

<sup>114</sup> Miró Quesada, *op. cit.*, p. 216, n. 134. Miró Quesada compara las palabras de Ibérico con las de Jean Baudoin, primer traductor del Inca al francés: “En quoy certes leurs Roys, qu’ils apelloient Yncas, ont tellement excellé, qu’en la vraye institution des Loix & des Coustumes de leur Empire, il se treuve que leur Genie admirable s’est rencontré avec celuy de Platon, por former d’idée d’un parfait Gouuernement, & mettre à son plus haut poinct la tranquillité publique”. *Loc. cit.*

idea general del imperio, que penetra en el lector no sólo por su continua insistencia en la bondad de los incas y la sabiduría de sus leyes, sino porque esta idea es la atmósfera entera del relato. Garcilaso convierte el Tahuantinsuyo, es innegable, en una verdadera *edad de oro*".<sup>115</sup> Pero hay una diferencia esencial entre la idea de utopía en Durand y en Menéndez y Pelayo: más que a la validez o invalidez de la información, el filólogo peruano se refiere a la forma que da el Inca a esa información. Esto lo lleva a formular una sugestiva teoría de los modelos textuales o géneros literarios que estructuran las tres obras historiográficas de Garcilaso: "En un caso, los *Comentarios*, la idealización será una utopía; en la *Florida*, epopeya, y tragedia en la *Historia general del Perú*".<sup>116</sup> González Echevarría, finalmente, resume la cuestión en dos oraciones: "The *primera parte* is a lengthy plea attempting to establish the splendor of Inca (not Indian) culture. [...] Garcilaso is arguing in favor of a caste —the Incas— not a race".<sup>117</sup>

En la utopía de Garcilaso hay también un claro sentido providencialista: los incas son la segunda edad (el punto intermedio o, mejor aún, el eslabón necesario) entre la barbarie primera y el triunfo definitivo del cristianismo. Observa Miró Quesada: "Los Incas civilizan y dan orden a los pueblos preincaicos, y al unificarlos por la lengua y las leyes no sólo siembran su propia cultura, sino [que] los preparan, como hazas desbrozadas, para sembrar la cultura española y recibir la luz espiritual del Cristianismo. La Segunda Edad

---

<sup>115</sup> *El Inca*, p. 41.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p. 44. Garcilaso mismo señala la condición trágica de la parte segunda de los *Comentarios* hacia final de su obra: "Executada la sentencia en el buen Príncipe, executaron el destierro de sus hijos y parientes a la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del nuevo mundo y viejo, como atrás se dixo, que lo antepusimos de su lugar por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, por que en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros desta segunda parte de nuestros *Comentarios*. Sea Dios loado por todo" (II, VIII, 19).

<sup>117</sup> *Op. cit.*, p. 77. Una actitud muy semejante tiene Garcilaso con los conquistadores: para él son dignos de recompensas y honores solamente aquellos que derrotaron a los incas (quienes llegaron al Perú antes del sitio del Cuzco, como los hermanos Pizarro, Diego de Almagro y su propio padre), y no los que, como Francisco Hernández Girón, aparecieron en escena años después. El Inca consideraba a estos últimos unos vulgares arribistas que pretendían enriquecerse sin esfuerzo. Véase *infra* III.6.



asume y eleva a la Primera, pero no es la culminación, sino el preludio de una Edad posterior”.<sup>118</sup> Eugenio Asensio, por su parte, vincula esta concepción histórica del Inca con las ideas de Agustín y Jean Bodin:

La concepción de las tres edades que sirve de esqueleto a los *Comentarios* recuerda, claro es, la idea agustiniana de una construcción gradual de la ciudad de Dios; trae a la memoria el plan de la historiografía eclesiástica con la sucesión de las tres leyes —ley de natura, ley mosaica, ley de gracia—, pero quizá se explique mejor por una combinación del gradualismo difundido por los glorificadores medievales del Sacro Romano Imperio con la negación de una Edad de Oro anterior al Estado, que pudo tomar de Jean Bodin.<sup>119</sup>

Atribuir rasgos utópicos a las sociedades precolombinas no es, por lo demás, algo exclusivo de Garcilaso, sino un tópico entre los cronistas de Indias. A propósito de los araucos o mapuches (un pueblo considerablemente más primitivo que los incas), Alonso de Ercilla escribe en el canto I de *La Araucana* (vv. 121-136):

y, desde la niñez, al ejercicio  
los apremian por fuerza y los incitan  
y en el bélico estudio y duro oficio,  
entrando en más edad, los ejercitan;  
si alguno de flaqueza da un indicio,  
del uso militar lo inhabilitan  
y al que sale en las armas señalado,  
conforme a su valor, le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia  
no son por flacos medios proveídos  
ni van por calidad ni por herencia  
ni por hacienda y ser mejor nacidos,  
mas la virtud del brazo y la excelencia,  
ésta, hace los hombres preferidos:  
ésta ilustra, habilita, perficiona  
y quilata el valor de la persona.<sup>120</sup>

---

<sup>118</sup> *Op. cit.*, p. 215.

<sup>119</sup> “Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7 (1953), p. 589.

<sup>120</sup> Ed. Isaiás Lerner, Madrid, Cátedra, 4.<sup>a</sup> ed., 2005. Todas las citas de *La Araucana* están tomadas de esta edición.

Las sociedades precolombinas eran admirables en muchos sentidos, pero esto no excluye que los cronistas les atribuyeran con frecuencia sus propios ideales de humanistas, consecuencia de la pasión con que leían a los clásicos grecolatinos y de los defectos que encontraban en las sociedades europeas contemporáneas.

La perspectiva del relato sobre los collas es la predominante a lo largo de los *Comentarios*: Garcilaso cuenta un hecho general, protagonizado por una multitud (no uno particular). A pesar de esta condición, su estructura cerrada permite que pueda leerse aisladamente: la narración comienza con la llegada de los incas a Cac-yauiri y termina con el perdón de los rendidos. Quizá lo más relevante del relato desde el punto de vista literario sea la “fábula” y su “declaración”. Al contrario de lo que ocurre en la narración cosmogónica puesta en boca del inca viejo, en este caso la explicación mítica tiene, evidentemente, menos importancia que la realista. Garcilaso la expone muy rápido: “Fue común fama entonces entre los indios del Collao, y después la derramaron los Incas por todos sus reinos, que, un día de los que assí salieron los indios cercados a pelear con los del Inca, que las piedras y flechas y otras armas que contra los Incas tiravan se bolvían contra ellos mismos, y que assí murieron muchos Collas, heridos con sus proprias armas”. La explicación “historial”, en cambio, es mucho más dilatada:

Declarando la fábula, dizen los Incas que lo historial della es que, viendo los capitanes del Inca la desvergüença de los Collas, que cada día era mayor, mandaron de secreto a sus soldados que estuviessen apercebidos para pelear con ellos a fuego y a sangre y llevarlos por todo el rigor de las armas, porque no era razón permitir tanto desacato como hazían al Inca. Los Collas salieron como solían a hazer sus fieros y amenazas, descuidados de la ira y apercibimiento de sus contrarios. Fueron recibidos y tratados con gran rigor. Murieron la mayor parte dellos, y, como hasta entonces los del Inca no havían peleado para matarlos, sino para resistirles, dixeron que tampoco havían peleado aquel día, sino que el Sol, no pudiendo sufrir la poca estima que de su hijo hazían los Collas, havia mandado que sus proprias armas se bolviessen contra ellos y los castigassen, pues los Incas no havían querido hazerlo. Los indios, como tan simples, creyeron que era assí, pues los Incas, que eran tenidos por hijos del Sol, lo afirmavan.

Esto es lo normal en los *Comentarios reales*: por increíbles que parezcan los hechos, el Inca siempre busca la explicación más razonable (sólo se abstendrá de hacer dilucidaciones lógicas cuando se trate de milagros efectuados por alguna divinidad cristiana, como la virgen María o el apóstol Santiago, lo que, a mi juicio, obedece más a una estrategia política que a una convicción auténtica). Además de las dos explicaciones, Garcilaso ofrece, al final, una interpretación alegórica (metafórica en realidad, pues la traslación semántica es simple, no múltiple): “Los amautas, que eran los filósofos, alegorizando la fábula, dezían que, por no haver querido los Collas soltar las armas y obedescer al Inca cuando se lo mandaron, se les havían buuelto en contra, porque sus armas fueron causa de la muerte dellos”. Estas variaciones enriquecen notablemente el significado del relato. El hecho es que, tras varios días de lucha, los incas derrotaron a los collas. Los indios creyeron que las armas de los collas habían atacado a sus portadores, que por eso perdieron la batalla (explicación maravillosa). Lo que debió pasar fue que los incas al principio no querían atacar, sino sólo resistir, pero, cuando los collas los exasperaron, mostraron su verdadero poder (explicación realista, aunque muy probablemente falsa). Pero, si se considera con calma la situación, las armas de los collas sí fueron las responsables de su desgracia, pues con ellas hostigaron a los incas hasta acabar con su paciencia (interpretación metafórica). A diferencia de la torpe alegoría de la sal, el pimiento y el regocijo en el mito de los cuatro hermanos, el Inca aprecia el tropo en esta ocasión, que no atribuye a unos indios cualesquiera, balbuceantes y confundidos, sino a los “amautas, que eran los filósofos”.

### 3. EL PRÍNCIPE DESTERRADO (I, IV, 20-24 Y V, 17-20)

Tras la muerte de Inca Roca, asume el poder su hijo Yáhuar Huácac, quien se distingue de sus predecesores por emprender pocas conquistas, ya que lo acobarda el mal agüero de haber llorado sangre al nacer. Además de esos temores que lo acompañan siempre, Yáhuar Huácac se siente afligido porque su hijo primogénito (y, por lo tanto, heredero al trono) muestra “indicios de aspereza y crueldad”. Desesperado de no poder corregirlo, lo envía a Chita a pastorear los rebaños del Sol y le prohíbe volver al Cuzco sin autorización. Un día, recostado bajo una peña, sin saber si está despierto o dormido, el príncipe ve ante sí un fantasma, quien se presenta como Viracocha Inca, hijo del Sol y hermano de Manco Cápac, el primer inca. El fantasma advierte al príncipe que los indios chancas están conspirando para atacar a los incas y le ordena que vaya al Cuzco a dar la noticia a su padre. El príncipe lo obedece, pero no es bien recibido por su padre, quien lo cree mentiroso y le ordena volver a su destierro. Meses después del aviso del príncipe, se certifica la noticia de la rebelión de los chancas, pero es demasiado tarde para intentar remediarla: los enemigos son demasiados y están ya muy cerca. Yáhuar Huácac decide entonces abandonar el Cuzco. Enterado de la situación, el príncipe va a su encuentro, le reprocha su cobardía y persuade a los incas de morir defendiendo la ciudad imperial antes que verla asolada por bárbaros. Mientras los incas esperan a los invasores, llegan a auxiliarlos los quechuas, aliados suyos y enemigos de los chancas. Unidos incas y quechuas logran vencer a los chancas después de una larga batalla. El príncipe (quien a partir de entonces adopta el nombre de Inca Viracocha) perdona a los chancas sobrevivientes, vuelve victorioso al Cuzco y desposee a su padre del imperio tras entrevistarse con él en privado.

A pesar del regodeo con que el Inca Garcilaso se refiere a la urbanidad y a la supremacía militar de los incas, es evidente que llega a aburrirse ante la monotonía de la paz y las victorias fáciles, ante “el cuadro homogéneo e imposible de la sucesión de los monarcas”.<sup>121</sup> Como él mismo lo aclara, ésa es la razón por la que alterna los hechos de los incas y la descripción de sus costumbres: “por que la historia no canse tanto hablando siempre de una misma cosa, será bien entretexer entre las vidas de los Reyes Incas algunas de sus costumbres, que serán más agradables de oír que no las guerras y conquistas, hechas casi todas de una misma suerte” (I, II, 20). “Como Miguel de Cervantes Saavedra, que en la primera parte del *Quijote* intercala otros episodios novelescos para evitar —con egregia modestia— un posible hastío del lector, el Inca Garcilaso corta constantemente la línea de su historia”, observa Miró Quesada.<sup>122</sup> Sin embargo, aun entreteniendo continuamente al lector con los primores de una civilización admirable, habría sido desesperante tratar sólo sucesos dichosos durante ocho libros y medio, hasta llegar a la guerra entre Huáscar y Atahualpa, la única catástrofe que sobrevino a los incas según Garcilaso. Por tal razón, a la mitad de su relato, en los libros IV y V, construye un episodio muy dramático en el que, si bien todo termina de manera positiva para los incas, el imperio corre gran peligro de perderse. Se trata de la rebelión de los chancas, sometida por el Inca Viracocha. Al respecto escribe Durand: “Los dos sucesos bélicos que mejor podía explotar literariamente, la rebelión de los chancas y las guerras civiles entre Huáscar y Atahuallpa, serán tratados morosamente. [...] Se nota que Garcilaso respira al tener sucesos de la historia política

---

<sup>121</sup> A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 424.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 425.

incaica dignos de relatarse al pormenor, ricos en matices que escapan a la versión de los amautas, rígida y uniforme”.<sup>123</sup>

¿De qué manera podía alcanzar el Inca toda la información necesaria para construir un relato detallado y dramático si sólo tenía a su disposición archivos tan precarios como la tradición oral y los quipus? Al confesar que ignora el primer nombre que tuvo Viracocha, Garcilaso lamenta (una vez más) que, pues los incas “no tuvieron letras, se les olvidava para siempre todo lo que por su tradición dexavan de encomendar a la memoria”. Para una narración cosmogónica, conformada por los mitemas más elementales (como la de Manco Cápac y Mama Ocllo Huaco) bien le bastó la oralidad, las leyendas que escuchó cuando era niño en boca de sus parientes maternos. Para una narración histórica de acontecimientos que no estaban todavía lejos en el tiempo, como la guerra entre Huáscar y Atahualpa, los amautas y sus quipus pudieron darle información suficiente. La historia de Viracocha, empero, no es un relato mítico, reducido a los elementos más abstractos, ni trata tampoco hechos cercanos a Garcilaso, de los que aún sobrevivieran testigos. Por lo tanto, la única posibilidad que tenía el Inca para volverla un relato detallado y dramático era imaginar: suponer lo que pudo pasar y, también, expresar estas suposiciones mediante imágenes (como los novelistas). Pupo-Walker considera que el Inca cede “a la tentación de imaginar lo que no supo”<sup>124</sup>; que su visión histórica “emana, a menudo, de la experiencia imaginativa”,<sup>125</sup> y que hay en él una necesidad “de subsanar deficiencias informativas con los recursos de su espléndida imaginación”<sup>126</sup>. Hace notar, además, la procedencia clásica de este fenómeno: “esas ampliaciones imaginarias del texto se apoyan en modelos clásicos

---

<sup>123</sup> *El Inca.*, p. 40.

<sup>124</sup> *Op. cit.*, p. 160.

<sup>125</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 196.

que Garcilaso evoca sin vacilar. Éstos son [...] procedimientos retóricos que él conoció en los textos de Salustio y Tito Livio, entre otros”.<sup>127</sup> Miró Quesada también llama la atención sobre los “vacíos que él suple —sin alterar la verdad fundamental— con el recurso de la conjetura o las galas amables de los adornos literarios”.<sup>128</sup> Por su parte, Porras Barrenechea encuentra en *La Florida* los siguientes rasgos estilísticos (extensibles, a mi juicio, a toda la obra del Inca): “la técnica demorada del relato, [...] la gracia de los detalles y [...] la técnica en cierto modo novelesca con que el autor maneja los personajes y las escenas”.<sup>129</sup> Si el relato del origen de los incas es mítico, el de Viracocha (como el de Pedro Serrano o el del azotado Aguirre) es novelesco: Garcilaso lo construyó casi sin otro instrumento que su imaginación. Estamos, por lo tanto, en pleno terreno de la expresión literaria.

Desde el inicio del relato, el Inca se transforma, del relator corriente en la historiografía, que especula sobre la información que recogió o recuerda lo que atestiguó, en un narrador omnisciente, que sabe absolutamente todo lo sucedido en el universo mimético y que no necesita justificar a sus lectores cómo se enteró de tal o cual detalle. Este narrador omnisciente conoce perfectamente lo que piensa y siente Yáhuar Huácac, tanto lo relacionado con el mal agüero de su nombre como con la condición áspera de su hijo; es capaz de contemplar a Viracocha “lleno de polvo y sudor, con una lanza en la mano” y con “semblante triste y grave”, cuando reclama a su padre entregar el Cuzco a los enemigos, y puede repetir, incluso, las palabras exactas que el príncipe dijo a su padre en tal ocasión y también las que pronunció después de haber soñado al fantasma. Como observa Pupo-Walker respecto de *La Florida*, la escritura del Inca en este episodio “accede sin vacilar a los privilegios [...] de la omniscencia. Así [...], su relación procura establecer

---

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>128</sup> *Op. cit.*, p. 407.

<sup>129</sup> *Los cronistas*, p. 396.

la inmediatez del testigo presencial que no le correspondía, desplazamiento ése, dicho sea de paso, que súbitamente ubica al narrador en un plano imaginario”.<sup>130</sup>

La transformación del narrador afecta, naturalmente, las características de los personajes. Yáhuar Huácac y Viracocha se asemejan más a los seres imaginarios de la literatura, cuya intimidad develan sin mayores problemas los escritores ante nuestros ojos, que a los sujetos históricos, de quienes los historiadores sólo pueden captar los actos superficiales, sin tener jamás acceso a las razones íntimas de esos actos. Un historiador puede saber con certeza que alguien, en una circunstancia determinada, ejecutó tal acción o pronunció tales palabras, pero nunca podrá estar seguro de los motivos personales que tuvo para actuar así (aunque, por supuesto, podrá suponerlos). Yáhuar Huácac y Viracocha son, quizá, los personajes más complejos y entrañables en toda la parte primera de los *Comentarios* (como Francisco de Carvajal lo será en la segunda). El Inca no construye con tal detenimiento ni a Huayna Cápac ni a Huáscar ni al cruel Atahualpa. Era más difícil hacerlo, pues, en estos casos, mucho más próximos a su época histórica, Garcilaso estaba muy limitado por los datos del archivo, por los amautas que preservaban la tradición cuzqueña. En el relato de Yáhuar Huácac y Viracocha, en cambio, el archivo ofrece muy poco, de manera que el Inca puede otorgar a su imaginación, prácticamente, el control absoluto del texto.

A mi juicio, el cobarde Yáhuar Huácac es un personaje más interesante. Su incertidumbre, que “lo traía sobre olas tan dudosas y tempestuosas que de donde le arrojaban las del desseo lo retiraban las del temor”, lo aproxima a los contradictorios protagonistas de las novelas modernas (descritos por teóricos como Georg Lukács y Lucien Goldmann). Además, su cobardía es paulatina: primero ordena conquistas mediocres y se

---

<sup>130</sup> *Op. cit.*, p. 58.



entretiene visitando su imperio; después detiene las conquistas y no se atreve ya a salir del Cuzco, y finalmente, enterado de que se acercan sus enemigos, desampara la ciudad. El Inca Viracocha, en cambio, es un héroe simple, como los que aparecen en las formas literarias más primitivas: Viracocha transgrede las normas de comportamiento que debe seguir un príncipe heredero; su padre, como castigo, lo destierra, lo que él obedece; en el destierro, su tío el fantasma le anuncia la invasión de los chancas y promete ayudarlo; Viracocha sigue sus consejos y derrota a los chancas, con lo que repara el mal comportamiento que había tenido de joven; finalmente, regresa al Cuzco y asciende al trono. Como puede observarse, todos sus actos caben en las funciones propuestas por Vladimir Propp para los cuentos populares (una forma literaria primitiva): transgresión, mediación, aceptación, partida, regalo, lucha, victoria, enmienda y regreso.<sup>131</sup>

Desde su planteamiento, la historia de Yáhuar Huácac y Viracocha supone un reto para el autor. Si, según Garcilaso, el imperio inca era una sociedad utópica donde todo funcionaba a la perfección, donde todos los reyes eran valientes y todos los príncipes obedientes, donde todos los vasallos amaban a los incas, sus señores, ¿cómo podía haber entonces una crisis? El Inca ofrece dos justificaciones: una psicológica y otra política. Para ésta basta el discurso historiográfico; para aquélla, en cambio, es necesario el lenguaje literario. La justificación político-histórica es que los chancas eran poderosos antes de que los incas los conquistaran y, por lo tanto, no se sometieron con gusto, sino que siempre desearon volver a dominar a sus pueblos vecinos. La justificación psicológico-literaria es que Yáhuar Huácac había llorado sangre cuando nació (de ahí su nombre: *yáhuar* significa “sangre”, y *huácac*, “llora”), de manera que siempre estuvo temeroso de que cayera sobre

---

<sup>131</sup> V. Propp, *Morphologie du conte*, trad. Marguerite Derrida; *Les transformations des contes merveilleux*, trad. Tzvetan Todorov; E[léazar]. Mélétsinski, *L'étude structurale et typologique du conte*, trad. Claude Kahn, Paris, Poétique-Seuil, 1970, pp. 35-80.

él alguna desgracia; por su parte, Viracocha era inexplicablemente rebelde durante su mocedad, razón por la que su padre le dio como castigo cuidar los rebaños del Sol. Lo natural en un texto historiográfico (aun de los siglos XVI o XVII) sería dar mayor importancia a los hechos políticos y apenas aludir a las intimidades del palacio real. Sin embargo, Garcilaso hace justamente lo contrario: sólo explica las causas de la rebelión cuando ya ha dedicado tres capítulos al relato imaginario de las desavenencias entre el rey y el príncipe. De cualquier manera, con una u otra justificación, el Inca intenta salvar el honor de sus antepasados: no es que Yáhuar Huácac fuera cobarde por naturaleza, sino que el mal agüero de su infancia lo volvió temeroso, y no es que los incas fueran malos con sus vasallos, sino que los chancas no querían someterse. La crisis, pues, es consecuencia de un sujeto particular señalado por la desgracia (aunque inca) y de un grupo de bárbaros, no del eficaz sistema político incaico. Algo muy semejante hará Garcilaso cuando relate la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa. Desde su perspectiva, un tirano como Atahualpa no podía ser inca, así que, en los *Comentarios*, su madre será una princesa del reino de Quito (condición con la que muchos historiadores no están de acuerdo). Pero, si los incas eran el pueblo más poderoso del Tahuantinsuyo, ¿cómo pudo derrotarlos un quiteño? La respuesta del Inca es que Atahualpa, aprovechándose del cariño que Huayna Cápac le tenía, adquirió mucho poder y atacó luego a Huáscar arteramente.

El relato del Inca Viracocha está dividido en dos partes: la primera corresponde a los últimos capítulos del libro IV, y la segunda, a los centrales del V. Lo desconcertante de esta interrupción es que Garcilaso la efectúa en el momento más emocionante del relato: cuando Viracocha aún no tiene noticia del socorro quechua y sale con sus hombres para morir defendiendo el Cuzco. Durand compara esta estrategia narrativa del Inca con la pausa que hace Cervantes en los capítulos 8 y 9 de la parte primera del *Quijote*: “Es como la lucha de

don Quijote con el vizcaíno, cuando, al final del primer libro, Cervantes los deja con las armas en alto, prontos a asestarse la mortal herida. Entonces intercalará Garcilaso hasta dieciséis capítulos sobre la vida económica del imperio incaico, para gran impaciencia del lector”.<sup>132</sup> Al reanudar el relato, el Inca resume las circunstancias en que dejó a Viracocha y, en seguida, explica la solución a la crisis del imperio. Esta solución es completamente verosímil, como lo pedía el decoro renacentista: Garcilaso cuenta que los quechuas (con los cotapampas, cotaneras y aimaras) llevaron “un socorro de casi veinte mil hombres de guerra” y explica que, aparte del amor que les tenían por ser tan buenos señores, los quechuas ayudaron a los incas “por el odio y enemistad antigua que siempre hubo entre Chancas y Quechuas, de muchos años atrás, y por no bolver a las tiranías de los Chancas, si por alguna vía venciessen”; aclara, además, que, aunque los chancas trataron de mantener en secreto la rebelión, los quechuas la descubrieron a tiempo por ser vecinos suyos. Una vez que Garcilaso ha justificado los hechos racionalmente, se permite enunciar una explicación maravillosa que dieron los incas al socorro quechua: “lo atribuyeron a la promesa que su tío, la fantasma Viracocha Inca, [...] había hecho [al príncipe] cuando le apareció en sueños”. Garcilaso incluye también una leyenda muy semejante a la que se encuentra en la conquista de los collas: las piedras y las plantas se transforman en guerreros para ayudar a los incas, lo que, según Garcilaso, es la explicación maravillosa del hecho de que muchos incas que huían por los caminos se incorporaron poco a poco a la batalla. Aunque descartada como posibilidad real, la explicación maravillosa enriquece el sentido del texto. El hecho es que los incas, pese a estar inicialmente en desventaja, reprimieron la rebelión de los chancas. Muchos creyeron que intervino la deidad que protegía al Inca Viracocha, la cual transformó las piedras y plantas en guerreros (explicación maravillosa).

---

<sup>132</sup> *El Inca*, p. 40.

Pero lo que de verdad pasó fue que, por una parte, los quechuas y otros pueblos lucharon también contra los chancas y que, por otra, muchos incas se incorporaron a la batalla después de iniciada (explicación realista).

El relato contiene dos discursos pronunciados por Viracocha: la exposición de su sueño (donde repite, además, las palabras del fantasma) y el reclamo a su padre por huir del Cuzco. Garcilaso cuenta también la reacción de Yáhuar Huácac tras el sueño de su hijo y la reprehensión que un tío del príncipe da a los rebeldes, pero en estos casos recurre al estilo indirecto. El reclamo de Viracocha a Yáhuar Huácac es, pese a su brevedad, una pieza oratoria admirable que puede contarse, sin exageración, entre las mejores páginas de la literatura hispanoamericana:

Inca, ¿cómo se permite que por una nueva, falsa o verdadera, de unos pocos de vassallos rebelados desampares tu casa y corte y buelvas las espaldas a los enemigos aún no vistos? ¿Cómo se sufre que dexes entregada la casa del Sol, tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados y hagan en ella las abominaciones que tus antepassados les quitaron de sacrificios de hombres, mujeres y niños y otras grandes bestialidades y sacrilegios? ¿Qué cuenta daremos de las vírgines que están dedicadas para mujeres del Sol, con observancia de perpetua virginidad, si las dexamos desamparadas para que los enemigos brutos y bestiales hagan dellas lo que quisieren? ¿Qué honra havremos ganado de haver permitido estas maldades por salvar la vida? Yo no la quiero y, assí, buelvo a ponerme delante de los enemigos para que me la quiten antes que entren en el Cozco, porque no quiero ver las abominaciones que los bárbaros harán en aquella imperial y sagrada ciudad que el Sol y sus hijos fundaron. Los que me quisieren seguir vengan en pos de mí, que yo les mostraré a trocar vida vergonçosa por muerte honrada.

El estilo clásico del discurso es notable: podríamos cambiar el Cuzco por Roma, al Sol por Júpiter y al inca por el César y hacerlo pasar por un fragmento de Tito Livio o Cornelio Tácito; también podríamos imaginar que palabras muy semejantes a éstas fueron las que, lira en mano, pronunció Solón antes de la batalla de Salamina para convencer a sus compatriotas de defender Atenas de corintios y megarenses. Es evidente también la oposición entre incas y bárbaros. Para Garcilaso los incas son gentiles, jamás bárbaros (esta

categoría está reservada a los otros indios): como los griegos y romanos antes del cristianismo, los incas no tuvieron la oportunidad de conocer la religión verdadera, pero, aun con esa condición desfavorable, fueron capaces de crear una gran civilización. Sobre los discursos en la historiografía clásica, Erich Auerbach hace notar que sus funciones sociales predominantes son, ante todo, la estética y la ideológica (no la referencial): “Los grandes discursos, en su mayor parte ficticios, son apropiados al estilo de la gran historiografía, sirven para la dramatización intuitiva (*illustratio*) del episodio, y a veces también para explayar grandes pensamientos políticos y morales; en todo caso deben ser las piezas retóricas brillantes de la exposición”.<sup>133</sup> Lo mismo sucede en los discursos del Inca, construcciones retóricas que evidencian sus ideas políticas y que antes obedecen a la verosimilitud literaria que a la probabilidad histórica. Le ofrecen, además, la oportunidad de dar a su prosa un tono más grave. A propósito de la influencia clásica en los discursos de Garcilaso, apunta Miró Quesada:

si la persecución de la verdad y la necesidad de grabar lo importante en el recuerdo constituyen el fondo de las historias clásicas, hay en ellas también, desde el punto de vista de la forma, una acentuación del valor de amenidad, que se revela sobre todo en la elocuencia de arengas y discursos y en la intercalación de consejos morales. La verdad escueta puede parecer a veces fría, y, para evitar una disminución del interés y procurar al mismo tiempo un medio de exponer los pensamientos y los motivos íntimos de los protagonistas, se consideraba conveniente recurrir a tal procedimiento, que no sólo servía para aclarar los hechos, sino para entusiasmar o mover a los lectores. Hay ya ejemplos en la obra de Tucídides, pero fueron los historiadores latinos quienes acentuaron y aun llegaron a hacer imprescindible este artificio literario.<sup>134</sup>

Entre ellos, Miró Quesada deduce que “el modelo que ha seguido el Inca Garcilaso no ha de haber sido ni el profundo Tácito, ni el fluido y ameno Tito Livio, ni el ornamentado

---

<sup>133</sup> *Op. cit.*, pp. 44-45.

<sup>134</sup> *Op. cit.*, p. 327.

Quinto Curcio, sino el convincente y concreto Salustio”.<sup>135</sup> Pupo-Walker, en cambio, propone a los historiadores griegos como modelos principales del Inca: “Garcilaso, siguiendo de cerca a sus modelos clásicos, construye el discurso según los cánones de la oratoria, que pudo haber asimilado en la *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides, o en la *Historia de Roma*, de Polibio”.<sup>136</sup>

Me parece evidente que quien tiene la razón en este punto es Miró Quesada. Es cierto que el mundo griego se manifiesta en la obra del Inca (en cuya biblioteca se encontraban, efectivamente, los dos libros mencionados por Pupo-Walker, al parecer en traducciones españolas).<sup>137</sup> Al describir el valle de Rímac (I, VI, 30), por ejemplo, Garcilaso recurre a un feliz símil helénico para explicar el topónimo: “El nombre Rímac es participio de presente. Quiere dezir «el que habla». Llamaron así al valle por un ídolo que en él hubo en figura de hombre, que hablava y respondía a lo que le preguntavan, como el oráculo de Apolo Delfico y otros muchos que hubo en la gentilidad antigua”. La justificación para escribir *La Florida* (consignada en la segunda dedicatoria a Maximiliano de Austria de su traducción de los *Diálogos de amor*) evoca a Heródoto. Escribe el Inca: “la lástima que tengo de que cosas tan grandes, acaecidas en nuestros tiempos, queden en perpetuo olvido, me levanta el ánimo a que intente lo que las fuerzas, como defectuosas de lo que para tal demanda más habían menester, rehusan”, y Heródoto comienza el libro I de sus *Historias*: “En lo que se sigue Heródoto de Halicarnaso expone el resultado de sus investigaciones, para evitar que con el tiempo caiga en el olvido lo ocurrido entre los hombres y así las hazañas, grandes y admirables, realizadas en parte por los griegos y en parte por los bárbaros, se queden sin su

---

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 328.

<sup>136</sup> *Op. cit.*, p. 137.

<sup>137</sup> Las obras de Tucídides y Polibio se encuentran en el inventario de los libros del Inca (números 152 y 168, respectivamente). J. Durand, “La biblioteca”, pp. 239 y 264.

fama, pero ante todo para que se conozcan las causas que les indujeron a hacerse la guerra”.<sup>138</sup> En el relato de Viracocha, por su parte, la protección que el fantasma ofrece a su sobrino no es muy distinta de la que otorgan los dioses olímpicos a los mortales que aman (como Atenea a Odiseo): “no dexes”, le aconseja, “de acometer cualquiera hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu Imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo y te buscaré los socorros que hubieres menester”, y en los temores de Yáhuar Huácac por los malos agüeros y la decisión del príncipe de enfrentar a los enemigos pese a tener casi segura la derrota resuenan las supersticiones de Polidamante y las palabras con que las ataja Héctor en el canto XII de la *Ilíada* (v. 240): “Un solo agüero hay que sea excelente: / combatir en defensa de la patria”.<sup>139</sup>

No obstante, la presencia de Roma en la obra del Inca es mucho mayor (fueron también más los libros latinos hallados en su biblioteca, algunos en la lengua original).<sup>140</sup>

Observa Miró Quesada:

De Roma admiró la jerarquía; la orgullosa consideración de las conquistas como una necesidad de expansión de los más fuertes; la disminución del valor cultural de los vencidos (tan patente en Tito Livio y Salustio); el carácter de afianzamiento militar, pero al mismo tiempo de centro de educación de las colonias; la centralización política, administrativa y religiosa; la instauración de la capital como núcleo de la vida espiritual y material del Imperio.<sup>141</sup>

En la ya citada “Protestación del autor sobre la historia” (I, I, 19), Garcilaso afirma:

---

<sup>138</sup> Trad. Manuel Balasch, Madrid, Cátedra, 7.<sup>a</sup> ed., 2011.

<sup>139</sup> Trad. Antonio López Eire, Madrid, Cátedra, 12.<sup>a</sup> ed., 2005.

<sup>140</sup> Los autores latinos registrados en el inventario fueron Terencio, Cicerón, César, Salustio, Vitruvio, Virgilio, Ovidio, Séneca, Persio, Lucano, Tácito, Juvenal, Suetonio, Curcio, Gelio y Claudiano (consigno únicamente escritores latinos de la época clásica; excluyo cristianos y renacentistas). Los griegos, por su parte, fueron Tucídides, Aristóteles, Polibio, Josefo, Plutarco, Herodiano y Heliodoro. J. Durand, “La biblioteca”, pp. 243-261. Sobre los libros que poseía el Inca, comenta Miró Quesada: “la lista es de tan indudable calidad y tan extensa que revela la profunda cultura, la formación mental armoniosa y severa, la ceñida y segura disciplina a que se había sometido deliberadamente Garcilaso y que hacen que su obra se levante desde una sólida base intelectual y sea no una floración espontánea y amable, sino producto de una intensa y organizada concepción”. *Op. cit.*, p. 243.

<sup>141</sup> *Op. cit.*, p. 213.

en todo lo que desta república, antes destruida que conocida, dixere, será contando llanamente lo que en su antigüedad tuvo de su idolatría, ritos, sacrificios y ceremonias, y en su gobierno, leyes y costumbres, en paz y en guerra, sin comparar cosa alguna destas a otras semejantes que en las historias divinas y humanas se halla, ni al gobierno de nuestros tiempos, porque toda comparación es odiosa. El que las leyere podrá cotejarlas a su gusto, que muchas hallará semejantes a las antiguas, assí de la Sancta Escritura como de las profanas y fábulas de la gentilidad antigua.

Más adelante, sin embargo, al describir “la imperial ciudad del Cozco” (I, VII, 8), no puede evitar la “odiosa” comparación:

el Cozco, en su Imperio, fue otra Roma en el suyo, y assí se puede cotejar la una con la otra, porque se assemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal, en haver sido fundadas por sus primeros Reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su Imperio. La tercera, en las leyes tantas y tan buenas y bonísimas que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta, en los Varones tantos y tan excelentes que engendraron y con su buena doctrina urbana y militar criaron.

En mi opinión, Miró Quesada no sólo acierta al percibir la gran importancia de Roma en la obra del Inca, sino también al intuir la preeminencia de Salustio sobre los otros historiadores latinos. La confrontación de los siguientes pasajes de la *Guerra de Catilina* (III, 3-IV, 2) y *La Florida* (“Prólogo al lector”) ratifica, a mi juicio, la suposición de Miró Quesada. Escribe Salustio:

Sed ego adulescentulus initio sicuti plerique studio ad rem publicam latus sum, ibique mihi multa advorsa fuere. Nam pro pudore, pro abstinentia, pro virtute audacia, largitio, avaritia vigeabant. Quae tametsi animus aspernabatur insolens malarum artium, tamen inter tanta vitia imbecilla aetas ambitione corrupta tenebatur; ac me cum ab reliquorum malis moribus dissentirem, nihilo minus honoris cupido eadem qua ceteros fama atque invidia vexabat.

IV. Igitur ubi animus ex multis miseriis atque periculis requievit et mihi reliquam aetatem a re publica procul habendam decrevi, non fuit consilium socordia atque desidia bonum otium continere, neque vero agrum colundo aut venando servilibus officiis intentum aetatem agere; sed a quo incepto studioque me ambitio mala detinuerat, eodem regressus statui res gestas populi Romani carptim, ut quaeque memoria digna videbantur, perscribere; eo magis, quod mihi a spe, metu, partibus rei publicae animus liber erat.<sup>142</sup>

---

<sup>142</sup> Trans. J. C. Rolfe, London-New York, William Heinemann-G. P. Putnam's Sons, 2.<sup>nd</sup> ed., 1931. “Pero yo, adolescente, fui llevado en el inicio, como muchos, del estudio a la república, y allí hubo muchas cosas adversas para mí. Pues, en vez del pudor, en vez de la abstinencia, en vez de la virtud, reinaban el



Garcilaso, por su parte, declara:

confesando toda verdad, digo que, para trabajar y haberla escrito [*La Florida*], no me movió otro fin sino el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se extienda la religión cristiana, que ni pretendo ni espero por este largo afán mercedes temporales, que muchos días ha desconfié de las pretensiones y despedí las esperanzas por la contradicción de mi fortuna, aunque, mirándolo desapasionadamente, debo agradecerle muy mucho el haberme tratado mal, porque, si de sus bienes y favores hubiera partido largamente conmigo, quizá yo hubiera echado por otros caminos y senderos que me hubieran llevado a peores despeñaderos o me hubieran anegado en ese gran mar de sus olas y tempestades, como casi siempre suele anegar a los que más ha favorecido y levantado en grandezas de este mundo, y con sus disfavores y persecuciones me ha forzado a que, habiéndolas yo experimentado, le huyese y me escondiese en el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y pobreza, donde, consolado y satisfecho con la escaseza de mi poca hacienda, paso una vida, gracias al Rey de los Reyes y Señor de los Señores, quieta y pacífica, más envidiada de ricos que envidiosa de ellos, en la cual, por no estar ocioso, que cansa más que el trabajar, he dado en otras pretensiones y esperanzas de mayor contento y recreación del ánimo que las de la hacienda, como fue traducir los tres *Diálogos de Amor*, de León Hebreo, y, habiéndolos sacado a luz, di en escribir esta historia, y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y limando la del Perú, del origen de sus reyes incas, sus antiguallas, idolatría y conquistas, sus leyes y el orden de su gobierno en paz y en guerra.

Compárense, por ejemplo, “honoris cupido” y “ambitio mala” en Salustio con las “pretensiones” y “esperanzas” del Inca; “ex multis miseriis atque periculis”, con “la contradicción de mi fortuna” y “sus disfavores y persecuciones”; “a re publica procul”, con “el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y pobreza”; “non fuit consilium socordia atque desidia bonum otium tenere”, con “por no estar ocioso, que cansa más que el trabajar”, y, finalmente, “statui res gestas populi Romani”, con “di en escribir esta historia, y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y

---

atrevimiento, el dispendio, la avaricia. Aunque el ánimo, desdeñoso de las malas artes, rechazaba éstos, aun así, entre tantos vicios, la edad endeble era poseída por la ambición corrupta, y, así como disentía de las malas costumbres restantes, el mismo deseo de honor en nada me afligía menos que la fama y la envidia a los otros. Entonces, cuando el ánimo reposó de las muchas miserias y peligros y decidí sobrellevar lejos de la república la edad restante para mí, la decisión no fue reducir el buen ocio a la indolencia y la desidia, ni tampoco fue lo razonable destinar la edad para cultivar el campo o para cazar, oficios serviles, sino que, pues la ambición mala me había alejado de lo iniciado y del estudio, apenas retirado decidí escribir los hechos del pueblo romano por partes, tal como cada uno parecía ser digno de memoria, con mayor razón porque el ánimo era libre para mí de la esperanza, el miedo, los deberes de la república”. La traducción es mía.

limando la del Perú, del origen de sus reyes incas, sus antiguallas, idolatría y conquistas, sus leyes y el orden de su gobierno en paz y en guerra”.

El Inca incluye en el relato de Viracocha una breve cita de la *República de las Indias Occidentales*, de Jerónimo Román, y otra, muy extensa, de la *Historia natural y moral de las Indias*, de José de Acosta. Copio a continuación la de Acosta:

Pachacuti Inga Yupanqui reinó sesenta años y conquistó mucho. El principio de sus victorias fue que un hermano mayor suyo, que tenía el señorío en vida de su padre y con su voluntad administrava la guerra, fue desbaratado en una batalla que tuvo con los Changas, que es la nasción que posseía el valle de Andaguailas, que está obra de treinta leguas del Cuzco, camino de Lima, y assí desbaratado se retiró con poca gente. Visto esto, el hermano menor, Inga Yupanqui, para hazerse señor, inventó y dixo que, estando él solo y muy congoxado, le havia hablado el Viracocha criador, y quexándosele que, siendo el señor y criador de todo y habiendo él hecho el cielo y el Sol y el mundo y los hombres y estando todo debaxo de su poder, no le davan la obediencia devida, antes hazían veneración igual al Sol y al trueno y a la tierra y otras cosas, no teniendo ellas ninguna virtud más de la que les dava, y que, para que creyessen que esto era verdad, que, aunque estava solo, no dudasse de hazer gente con este título, que, aunque los Changas eran tantos y estavan victoriosos, que él le daría victoria contra ellos y le haría señor, porque le embiaría gente, que, sin que fuesse vista, le ayudasse, y fue assí que con este apellido començó a hazer gente y juntó mucha cantidad y alcançó la victoria y se hizo señor y quitó a su padre y a su hermano el señorío, y desde aquella victoria estatuyó que el Viracocha fuesse tenido por señor universal y que las estatuas del Sol y del trueno le hiziessen reverencia y acatamiento, y desde aquel tiempo se puso la estatua del Viracocha más alta que la del Sol y del trueno y de las demás guacas, y, aunque este Inca Yupanqui señaló *chac-ras* y tierras y ganado al Sol y al trueno y a otros guacas, no señaló cosa ninguna al Viracocha, dando por razón que, siendo señor universal y criador, no lo havia menester. Havida, pues, la victoria de los Changas, declaró a sus soldados que no havían sido ellos los que havían vencido, sino ciertos hombres barbudos que el Viracocha le havia embiado, y que nadie pudo verlos, sino él, y que éstos se havían después convertido en piedras y convenía buscarlos, que él los conocería, y assí juntó de los montes gran suma de piedras, que él escogió y puso por guacas, y las adoravan y hazían sacrificios, y éssas llamavan los *pururaucas*, las cuales llevavan a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda, y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto que con ella alcançó victorias muy notables.

El rigor del Inca para citar es, como bien observa Porras Barrenechea, uno de los rasgos más distintivos de su escritura: “Con prolijidad y honradez meticulosa, no muy frecuente en otros cronistas de la época, acostumbrados a plagiarse implacablemente, él cita a Acosta, a

Gómara o a Zárate, cuidándose de mencionar el número del capítulo y el punto en que comienza la cita, con la especificación de que es «sacado a la letra» y, al terminar el párrafo, la anotación: «Hasta aquí es de Zárate o de Cieza o de Valera».<sup>143</sup> Como puede observarse, Garcilaso copia incluso las variantes léxicas de los autores que cita, a las cuales él (que sólo conoció la variante cuzqueña del quechua) considera errores en la pronunciación, como son “Inga” y “Changas”. Además del rigor documental del Inca, la cita de Acosta revela, por contraste, otros rasgos de los *Comentarios*. Lo más evidente es la sintaxis: Acosta recurre poco a la yuxtaposición y muchísimo a la coordinación: el fragmento citado por Garcilaso contiene 458 palabras, y la conjunción copulativa y se repite 48 veces (más de 10% de las palabras totales). En cambio, un texto del Inca un poco más extenso (de 569 palabras) contiene apenas 27 veces la misma conjunción (menos de 5% del total).<sup>144</sup> Pero no sólo hay diferencias estilísticas entre el Inca y Acosta: también hay

---

<sup>143</sup> *Los cronistas*, p. 406.

<sup>144</sup> El texto de Garcilaso que tomo como muestra pertenece también al relato de Viracocha. Lo transcribo a continuación: “A Sacsahuana embió mensajeros el Inca Viracocha a los enemigos, con requerimientos de paz y amistad y perdón de lo passado, mas los Chancas, habiendo sabido que el Inca Yáhuar Huácac se había retirado y desamparado la ciudad, aunque supieron que el príncipe, su hijo, estava determinado a defenderla y que aquel mensaje era suyo, no lo quisieron escuchar, por parecerles, conforme a la soberbia que traían, que, habiendo huido el padre, no había por qué temer al hijo y que la victoria era dellos. Con estas esperanças despidieron los mensajeros, sin les oír. Otro día, bien de mañana, salieron de Sacsahuana y caminaron hazia el Cozco y, con priessa que se dieron, habiendo de caminar en escuadrón formado, según orden de guerra, no pudieron llegar antes de la noche a donde el príncipe estava. Pararon un cuarto de legua en medio. El Inca Viracocha embió nuevos mensajeros, y al camino se los había embiado muy a menudo con el mismo ofrecimiento de amistad y perdón de la rebelión. Los Chancas no los habían querido oír. Solamente oyeron los postreros, que era cuando estavan ya alojados, a los cuales, por vía de desprecio, dixeron: «Mañana se verá quién merece ser Rey y quién puede perdonar». Con esta mala respuesta, estuvieron los unos y los otros bien a recaudo toda la noche, con sus centinelas puestas, y luego, en siendo de día, armaron sus escuadrones y, con grandíssima grito y bozería y sonido de trompetas y atabales, bozinas y caracoles, caminaron los unos contra los otros. El Inca Viracocha quiso ir delante de todos los suyos y fue el primero que tiró a los enemigos el arma que llevaba. Luego se travó una bravíssima pelea. Los Chancas, por salir con la victoria que se habían prometido, pelearon obstinadamente. Los Incas hizieron lo mismo, por librar a su príncipe de muerte o de afrenta. En esta pelea anduvieron todos con grandíssimo coraje hasta medio día, matándose unos a otros cruelmente, sin reconocerse ventaja de alguna de las partes. A esta hora assomaron los cinco mil indios que habían estado emboscados y, con mucho denuedo y grande alarido, dieron en los enemigos por el lado derecho de su escuadrón y, como llegassen de refresco y arremetiessen con gran ímpetu, hizieron mucho daño en los Chancas y los retiraron muchos passos atrás, mas ellos, esforzándose unos a otros, bolvieron a cobrar lo perdido y pelearon con grandíssimo enojo que de sí mismos tenían, de ver que estuviessen tanto tiempo sin ganar la victoria, que tan prometida se tenían. Después desta segunda

significativas discrepancias semánticas. El texto de Acosta no corresponde con la visión imperial de Garcilaso: según el jesuita, los chancas derrotan a un inca, el hermano mayor de Viracocha. El honor de Viracocha (que en esta versión se llama Pachacuti Inga Yupanqui) tampoco sale bien librado, pues Acosta da a entender que tomó el poder de manera ilegítima. En la obra de Garcilaso esto es inconcebible, ya que los incas sólo son derrotados cuando sus enemigos los atacan a traición, como los indios de Puna (I, IX, 5) o Atahualpa y sus secuaces (I, IX, 25). Un inca, además, es incapaz de usurpar el poder: Viracocha tiene razones para desposeer a su padre, y Atahualpa no es inca, sino quiteño. Garcilaso mismo señala otra diferencia entre su texto y el de Acosta: “Dezir que pusieron la estatua de la Viracocha más alta que la del Sol es invención nueva de los indios, por adular a los españoles, por dezir que les dieron el nombre del Dios más alto y estimado que tuvieron, no siendo assí, porque no tuvieron más de dos dioses, que fueron el Pachacámac, no visto ni conocido, y el Sol, visible y notorio”. Finalmente, para que los lectores den la razón a él y no a Acosta, el Inca subraya su conocimiento de la lengua quechua (que él llama “lengua general del Perú”) y su condición de mestizo. Los otros autores pueden tener erudición, pero sólo en Garcilaso confluyen la erudición y la experiencia vital. Ellos pudieron alcanzar las fábulas de los incas, “mas no en las mantillas ni en la leche, como yo”. A propósito de las diferencias entre el Inca y Acosta, advierte Miró Quesada: “Las noticias mayores que aprovecha el Inca Garcilaso de su lectura detenida de la *Historia Natural y Moral* del Padre

---

arremetida, pelearon más de dos horas largas, sin que se reconociese ventaja alguna, mas de allí adelante empeçaron a afloxar los Chancas, porque a todas horas sentían entrar nueva gente en la batalla, y fue que los que se ivan huyendo de la ciudad y los vezinos de los pueblos comarcanos a ella, sabiendo que el príncipe Viracocha Inca havía buelto a la defensa de la casa del Sol, juntándose de cincuenta y de ciento en ciento y más y menos, como acertavan a hallarse, ivan a morir con el príncipe y, viendo la pelea travada, entravan en ella dando grandísimos alaridos, haziendo más ruido de lo que era la gente. Por estos nuevos socorros desconfiaron los Chancas de la victoria, entendiendo que eran de mucha más gente, y assí pelearon de allí adelante más por morir que por vencer”.

Acosta no son [...] las que se refieren al gobierno de los Incas o a la descripción de sus obras materiales, sino las que atañen a la flora, la fauna y el reino mineral”.<sup>145</sup>

El afán del Inca por enaltecer a sus ancestros lo condujo a presentarlos no sólo como hombres civilizados, sino como una especie de proto-cristianos. Garcilaso, como afirma Porras Barrenechea, “se empeñó en demostrar el monoteísmo incaico y la creencia entre los Incas en la idea del Dios invisible, creador y todopoderoso. Negó por esto, en contradicción con cronistas más imparcial y directamente informados, el politeísmo y el fetichismo incaicos y, particularmente, los sacrificios humanos, atestiguados uniformemente por cronistas indios y españoles”.<sup>146</sup> Garcilaso titula el capítulo 2 del libro II de la parte primera “Rastrearon los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor”. El tema de este capítulo es el Pachacámac, “que era el que dava vida al universo y le sustentava, pero que no le conocían porque no le habían visto, y que por esto no le hazían templos ni le ofrescían sacrificios, mas que lo adoravan en su corazón (esto es mentalmente) y le tenían por Dios no conocido”. El Inca asegura incluso que, “si a mí, que soy indio cristiano católico por la infinita misericordia, me preguntassen ahora «¿cómo se llama Dios en tu lengua?», diría «Pachacámac», porque en aquel lenguaje general del Perú no hay otro nombre para nombrar a Dios sino éste”. Los siguientes capítulos (I, II, 3-4) se titulan, respectivamente, “Tenían los Incas una † en lugar sagrado” y “De muchos dioses que los historiadores españoles impropriamente aplican a los indios”. Según Garcilaso, delante de los españoles, los incas daban la más alta jerarquía a Viracocha para adularlos, porque el fantasma era barbado como ellos. En realidad, él también aduló a los españoles, aunque con fines más

---

<sup>145</sup> *Op. cit.*, pp. 207-208.

<sup>146</sup> *Los cronistas*, p. 400.

sutiles: al aproximar la religión de los incas al cristianismo, buscaba que en España se reconociera que la civilización destruida era digna de respeto.

Los relatos que incluye el Inca en los *Comentarios* suelen dar a sus lectores una lección moral (como las *Novelas ejemplares* o las narraciones intercaladas en el *Quijote*). Los dos primeros relatos tratados en este capítulo son pobres en este sentido: difícilmente puede sacarse lección moral alguna de un mito cosmogónico, y del episodio de los collas apenas puede deducirse la nada alentadora conclusión de que lo mejor para los débiles es rendirse ante los poderosos. La historia del Inca Viracocha, en cambio, es muy rica moralmente, como lo muestran los comentarios finales que Garcilaso atribuye a la voz pública: que Yáhuar Huácac debió envenenar al joven príncipe para no perder su reino; que peor habría sido para él caer en manos de los chancas, pues su hijo sólo lo desposeyó, pero éstos lo habrían matado; que todos los incas fueron enemigos de venenos, y que, por lo tanto, aunque supiera lo que ocurriría, Yáhuar Huácac jamás habría usado algún veneno. Garcilaso no toma partido explícito ni por el padre desposeído ni por el hijo usurpador. Sin embargo, mediante el relato hace evidente que los actos de Viracocha están respaldados por el bienestar colectivo. Por lo tanto, es preferible un hijo irrespetuoso a un rey cobarde. Pero ésta es sólo una lectura entre muchas. El Inca deja abierto el relato para que cada lector tenga la libertad de concluir lo que quiera. Por eso, al final del texto Garcilaso renuncia a la omnisciencia que lo dominó prácticamente todo el tiempo. Al inicio, el narrador conocía con precisión cuáles eran los pensamientos de Yáhuar Huácac, qué temores y esperanzas lo movían, y podía observar todo lo que sucedía en el palacio real, en los campos donde el príncipe apacentaba los rebaños del Sol e, incluso, en las tierras de los chancas. Al final, en cambio, no sabe qué provoca la melancolía del rey (si la envidia, la vergüenza o el temor) y, aunque nos presenta el encuentro público entre padre e hijo, nada dice de la entrevista

secreta, pues “no lo saben dezir los indios”. Ha desaparecido el narrador omnisciente, el novelista que posee libertad absoluta para llegar hasta donde se lo permita su imaginación. Estamos de nuevo ante el historiador y su archivo.





## II. DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

### 1. LOS DOS NÁUFRAGOS (I, I, 8)

Tras hundirse su barco en el mar Caribe, Pedro Serrano llega nadando a una isla deshabitada. Allí se sustenta con carne de tortuga, peces, mariscos y agua de lluvia; incluso logra producir fuego para cocer sus alimentos. Después de tres años, otro español náufrago llega a la isla. Serrano y él sobreviven juntos cuatro años más, hasta que, finalmente, un barco los rescata y ambos son llevados a España. El compañero muere en el viaje de ida. Pedro Serrano, en cambio, consigue entrevistarse con Carlos V, quien personalmente le concede una renta en el Perú. Regresa a América y, antes de llegar a su destino, muere también (en Panamá).

Sin contar la pequeña introducción (donde el Inca Garcilaso justifica la inclusión del episodio en los *Comentarios* y describe el lugar de la acción) y la también breve conclusión (donde da noticia del fin de Pedro Serrano y de cómo se enteró de su historia), el relato puede dividirse en dos partes: las acciones de Serrano en soledad y lo que le sucede en compañía del segundo náufrago. El tema de la primera parte es la lucha del hombre contra la naturaleza. En ella, el Inca refiere detalladamente todas las acciones que Serrano debió realizar para sobrevivir: primero come mariscos crudos; después mata tortugas para comer la carne, beber la sangre y recoger agua de lluvia en los caparazones; finalmente busca guijarros para producir fuego y, una vez que lo ha obtenido, cuida que no se apague. No sin razón Miró Quesada llama a Serrano “antecesor de Robinson Crusoe”.<sup>147</sup> La segunda parte,

---

<sup>147</sup> *Op. cit.*, p. 199.

en cambio, trata las dificultades que, inevitablemente, surgen al vivir en sociedad (aunque, en este caso, la sociedad se reduce al número mínimo: dos individuos). Después de que el segundo náufrago aparece en la isla, él y Serrano se dividen las tareas que anteriormente eran responsabilidad única de éste. Irrumpe entonces un nuevo problema: la discordia. Uno de los náufragos (no se aclara cuál) no está conforme con la manera como el otro lleva a cabo sus obligaciones. El Inca aprovecha la ocasión para lanzar una adolorida sentencia moral: “cuán grande es la miseria de nuestras passiones”. Garcilaso adelanta aquí sutilmente lo que lamentará una y otra vez en la parte segunda de los *Comentarios*: que la historia no es sino una sucesión desdichada de disputas absurdas.

Los rasgos literarios del episodio son notables. Hay en él imágenes admirables; por ejemplo, en la cacería de tortugas:

Assí se entretuvo hasta que vio salir tortugas. Viéndolas lexos de la mar, arremetió con una dellas y la volvió de espaldas. Lo mismo hizo de todas las que pudo, que para bolverse a endereçar son torpes, y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el medio para escapar de la muerte, la degolló y bevió la sangre en lugar de agua. Lo mismo hizo de las demás. La carne puso al sol para comerla hecha tassajos y para desembaraçar las conchas, para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa. Desta manera se sustentó los primeros días con matar todas las tortugas que podía, y algunas había tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles, de manera que las había de todos tamaños. Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas, porque le vencían de fuerças, y, aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechava nada, porque con él a cuestas se ivan a la mar, de manera que la experiencia le dezía a cuáles tortugas había de acometer y a cuáles se había de rendir. En las conchas recogió mucho agua, porque algunas había que cabían a dos arrovas y de allí abaxo.

Como bien observa Pupo-Walker, el Inca debe servirse de “recursos que acercaban la singularidad inusitada del mundo americano a los conocimientos y vivencias del hombre europeo”.<sup>148</sup> Para facilitar la comprensión de sus lectores (europeos que difícilmente habrían visto alguna vez una tortuga), el autor ofrece tres símiles que evocan la forma y los

---

<sup>148</sup> *Op. cit.*, p. 156.

diversos tamaños de los caparazones: unos son como adargas; otros, como rodela, y otros más, como broqueles (paradójicamente, para el lector contemporáneo resulta más fácil conocer un caparazón de tortuga que distinguir una adarga de una rodela o broquel).

Pupo-Walker encuentra también, a lo largo de todo el relato, “una mutación en la postura narrativa del relator, que nos sirve para constatar la presencia del discurso ficcionalizado. Absorto en los detalles de la trama, el narrador asume un plano omnisciente que le induce a penetrar, inclusive, en los procesos mentales del personaje”.<sup>149</sup> Considera, asimismo, que el “naufragio, los infortunios y tropiezos que conocerá el protagonista, así como las alusiones a lo milagroso, son elementos característicos de la *novella* de aventuras, que tanto admiró la sensibilidad renacentista”,<sup>150</sup> y también subraya “el cuidado que Garcilaso pone en demorar el desarrollo de los hechos y la manera en que lleva el personaje hasta los límites mismos de la demencia y la alucinación”.<sup>151</sup> Este efecto estético es, en mi opinión, consecuencia de la atención que presta el Inca a la verosimilitud del relato. Antes de que aparezca el otro náufrago, Garcilaso describe la gradual transformación física de Serrano: “Con las inclemencias del cielo le creció el vello de todo el cuerpo tan excesivamente que parecía pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí. El cabello y la barva le passava de la cinta”. De esta manera se preparan las condiciones necesarias para que pueda haber dramatismo en la escena del encuentro, que magistralmente ilustra el problema de la alteridad, fundamental en la historia de América. Es la naturaleza del hombre temer lo desconocido. En el caso de Pedro Serrano, que había pasado tres años solo en la isla, es normal que la presencia de otro ser humano lo asuste y que atribuya el hecho a causas sobrenaturales (el demonio que tienta al hombre en soledad

---

<sup>149</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>150</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>151</sup> *Ibid.*, p. 191.

es un tópico en la tradición occidental desde los Evangelios). En el caso del nuevo náufago, también es comprensible que sienta miedo ante una figura de aspecto tan deshumanizado según la idea de ser humano que tenían los europeos del siglo XVI. Garcilaso subraya mediante el paralelismo sintáctico la correspondencia entre las reacciones de ambos personajes: “Serrano imaginó *que era el demonio* que venía *en figura* de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió *que Serrano era el demonio* en su propia *figura*, según lo vio cubierto de cabellos, barvas y pelaje”.<sup>152</sup> No obstante, ante las confusiones que pueden surgir de las apariencias, el Inca opone la palabra (en este caso, de sentido religioso) como instrumento de identificación y concordia: Serrano invoca a Jesús, y el segundo náufago comienza a rezar el Credo. Al final del relato, los personajes repiten el ardid cuando son descubiertos por la tripulación de un barco que pasa: los dos llaman al redentor y rezan la misma oración para que los marineros que conducen el batel hacia ellos se sobrepongan al miedo que causa su aspecto.

En cuanto a las fuentes del relato, Garcilaso aclara que supo el cuento de un caballero llamado Garci Sánchez de Figueroa, quien conoció en persona a Pedro Serrano. Este personaje aparece dos veces más en los *Comentarios*: el Inca cuenta que, viviendo ya en España, “me escribió un cavallero, que se dezía Garci Sánchez de Figueroa, que las gallinas sacavan ya pollos en el Cozco, en gran abundancia” (I, IX, 23), y, más adelante, lo presenta como “primo hermano de mi padre, que no era vezino, sino soldado antiguo y benemérito en la tierra” (II, VII, 4). Miró Quesada documenta, además, que Sánchez de Figueroa fue “testigo del testamento del Capitán Garcilaso de la Vega”.<sup>153</sup> No se trata, por lo tanto, de un individuo cualquiera que el Inca pudiera inventar como mera justificación del relato, sino

---

<sup>152</sup> El subrayado es mío.

<sup>153</sup> *Op. cit.*, p. 100.

de alguien íntimamente ligado a su familia y cuya existencia está probada. Aun así, el relato del Inca es, ante todo, obra de la imaginación. De la misma manera que Garcilaso ajustó a los modelos renacentistas las leyendas que le contaban de niño sus parientes incas, también dio forma literaria a las noticias que llevaban los amigos de su padre sobre los hechos de los españoles en distintos lugares del Nuevo Mundo.

El relato no termina, empero, con la declaración de las fuentes, sino con una imagen cómica. Contada de otra manera, la historia de los dos naufragos podría ser trágica: dos españoles vienen al Nuevo Mundo; tras el hundimiento de sus respectivas embarcaciones, llegan a una isla desierta donde pasan varios años viviendo como salvajes; finalmente, luego de muchos trabajos, un barco lo rescata, pero mueren poco tiempo después. Sobre lo arduos que debieron ser el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo para los europeos (no para quienes simplemente gozaron las ganancias del saqueo, sino para los que llevaron a cabo estas empresas y dieron su vida por ellas), Pablo Neruda nos regaló una imagen espléndida en su poema “Llegan al mar de México (1519)”, perteneciente al *Canto general*. Neruda hace a un lado por un momento su acalorada defensa de los indios y se detiene a observar los rostros maltrechos de los conquistadores:

El hambre antigua de Europa, hambre como la cola  
de un planeta mortal, poblaba el buque,  
el hambre estaba allí, desmantelada,  
errabunda hacha fría, madrastra  
de los pueblos, el hambre echa los dados  
en la navegación, sopla las velas:  
“Más allá, que te como, más allá,  
que regresas  
a la madre, al hermano, al juez y al cura,  
a los inquisidores, al infierno, a la peste.  
Más allá, más allá, lejos del piojo,  
del látigo feudal, del calabozo,  
de las galeras llenas de excremento”.

Y los ojos de Núñez y Bernales  
clavaban en la ilimitada  
luz del reposo,  
una vida, otra vida,  
la innumerable y castigada  
familia de los pobres del mundo.<sup>154</sup>

Si una desolación semejante no se impone al final del relato de Garcilaso, es porque en la imagen última hay una comicidad deliberada que atenúa el sentido trágico y es capaz de dejar en los lectores una sonrisa: Pedro Serrano, “después de haver visto al Emperador, se había quitado el cabello y la barva y dexádola poco más corta que hasta la cinta, y para dormir en la noche se la entrençava, porque, no entrençándola, se tendía por toda la cama y le estorbava el sueño”. Me atrevo a ver en ese testimonio del sufrimiento, tan extravagante, ostentoso e hiperbólico, un antecedente del realismo mágico.

Pero, descontadas sus virtudes, lo más desconcertante del relato es el lugar tan destacado que le otorga el Inca en los *Comentarios* a pesar de no tener una relación evidente con los temas principales de la obra. Garcilaso comienza la parte primera de su obra siguiendo los pasos de Gómara en la *Historia general de las Indias*: como él, reflexiona si hay muchos mundos o uno solo (I, 1), explica lo que son las antípodas (I, 2) y relata, aunque con menor prolijidad, los viajes de Alonso Sánchez de Huelva y Cristóbal Colón (I, 3). Después dilucida el origen del nombre Perú (I, 4-6) y da noticia también de otros nombres curiosos que se han impuesto a diversas regiones de América (I, 7). El capítulo 8 se titula “La descripción del Perú”. Parece, por lo tanto, que Garcilaso ha concluido los preámbulos y relatará por fin la historia de los incas. Pero no es así: apenas ha nombrado los límites geográficos del Tahuantinsuyo, recuerda que en el capítulo anterior prometió contar un “caso historial” y, considerando que ya es momento oportuno de

---

<sup>154</sup> *Op. cit.*, p. 148.

hacerlo, dedica prácticamente todo el capítulo a este relato marginal. En efecto, entre las curiosidades toponímicas del capítulo anterior, el Inca había escrito (I, I, 7):

La isla Serrana, que está en el viaje de Cartagena a la Havana, se llamó assí por un español llamado Pedro Serrano, cuyo navío se perdió cerca della, y él solo escapó nadando, que era grandíssimo nadador, y llegó [a] aquella isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo para tener leña y agua y sacar fuego (es un caso historial de grande admiración; quicá lo diremos en otra parte), de cuyo nombre llamaron la Serrana aquella isla y Serranilla a otra que está cerca della, por diferenciar la una de la otra.

Parece que el Inca no tiene siquiera la certeza de incluir el relato de Pedro Serrano en la obra, pero no sólo lo escribe, sino que, además, lo hace de inmediato, en el capítulo siguiente, “por que no esté lexos de su lugar y también por que este capítulo no sea tan corto”. Ninguna de estas razones puede ser satisfactoria: en primer lugar, hay historias que se prometen y no se cumplen de inmediato, sino en otro libro o incluso en la otra parte de los *Comentarios*; en segundo, hay capítulos realmente muy breves (como el 4 del libro V de la parte primera, de apenas dieciocho líneas en la edición de Ángel Rosenblat). Como bien indica Pupo-Walker, “las razones que el Inca aduce para justificar la presencia de relatos, inclusive muy extensos, podrían parecernos ligeras o de carácter accidental. Sería erróneo, sin embargo, juzgarle de ese modo”.<sup>155</sup>

¿Cuál es entonces el sentido del relato en los *Comentarios reales*? ¿Por qué un episodio marginal sobre dos naufragos perdidos en el Caribe y que nunca conocieron el Perú es la puerta de entrada a la colosal obra de Garcilaso? El caso particular de Serrano y su compañero ilustra una situación histórica generalizada (las adversidades que padecieron los muchos naufragos que hubo en el Nuevo Mundo durante los primeros años de exploración europea), pero puede leerse también como símbolo de toda la experiencia española en América. En los pocos años que pasa en la isla, Serrano revive los procesos

---

<sup>155</sup> *Op. cit.*, p. 158.

fundamentales de la civilización: la cacería y la pesca, la obtención del fuego y su cuidado, la distribución de tareas en una sociedad incipiente. De la misma manera que Serrano, todos los españoles que se afincaron en el Nuevo Mundo debieron ajustarse a condiciones de vida completamente nuevas, impuestas por una naturaleza del todo desconocida; como él y su compañero, tuvieron disputas entre sí (no se debe olvidar que el Inca estaba obsesionado con las guerras civiles que asolaron el Perú) y, también como él, casi todos ellos ya no quisieron (o ya no pudieron) volver a Europa. El relato de los dos naufragos se encuentra en un lugar tan visible de los *Comentarios* porque es, en pocas palabras, una alegoría de toda la historia de América.

## 2. LA AGUDEZA DE ATAHUALPA (II, I, 38)

Atahualpa no sabía si leer era una habilidad natural o aprendida, así que, para descubrirlo, pidió a un español que le escribiese el nombre de su dios en la uña del dedo pulgar. Después, por separado, preguntó a otros cuatro o cinco españoles lo que decían aquellas letras, y todos le dieron la misma respuesta. Finalmente, hizo la pregunta a Francisco Pizarro, quien no supo qué responder. “Entonces entendió el Inca que no era cosa natural, sino aprendida, y desde allí adelante tuvo en menos al gobernador”. El Inca Garcilaso aprovecha este relato para recomendar a los padres atender la educación de sus hijos.

La crítica garcilasista suele coincidir en que las páginas menos apasionantes de los *Comentarios reales* se encuentran en el libro I de la parte segunda. Son, paradójicamente, las que corresponden a dos acontecimientos de importancia central para la historia del Perú: el descubrimiento y la conquista. Escribe Porras Barrenechea: “La glosa de textos ajenos es



en esta parte más frecuente y extensa que en las otras, mereciendo bien el título de *Comentarios*. Reproduce textos de Zárate, el Palentino o del Padre Acosta, que ni siquiera fueron testigos presenciales [...]. Es la parte acaso menos leve y hasta fastidiosa de los *Comentarios reales*".<sup>156</sup> Miró Quesada coincide con él: "Es indudablemente débil la parte de la *Historia general del Perú* que se refiere a las etapas del Descubrimiento y la Conquista, que el Inca Garcilaso personalmente no alcanzó".<sup>157</sup> Durand comparte la opinión de ambos y ofrece, además, una explicación a esta inconsistencia de la obra: "lo menos valioso de sus escritos, tanto desde el punto de vista histórico como desde el literario, son los primeros capítulos de la *Historia general del Perú*. ¡Rara coincidencia! Son precisamente aquellos en que narra sucesos ocurridos antes de su nacimiento, en los que su padre, recién llegado, tuvo poquísima participación. Lo que no atañe a su propia vida poco relieve tendrá en su obra".<sup>158</sup> Es muy comprensible, por lo demás, que en una obra compuesta por diecisiete libros haya pasajes con poco brío. Ya lo dijo Horacio (*Arte poética*, vv. 359-360): "indignor quandoque bonus dormitat Homerus, / verum operi longo fas est obrepere somnum".<sup>159</sup> Con todo, aun en el libro I de la parte segunda hay notables excepciones, y una de las más felices es el breve relato aquí tratado.

Difícilmente el Inca condena por completo a algún personaje histórico. Por lo contrario, en casi todos los casos se preocupa de que las virtudes reluzcan sobre los defectos: Francisco de Carvajal es cruel, pero sagaz y carismático; Gonzalo Pizarro puede

---

<sup>156</sup> *Los cronistas*, p. 401.

<sup>157</sup> *Op. cit.*, p. 258.

<sup>158</sup> *El Inca*, p. 28. Como bien observa Durand, esa peculiar fusión de historia y autobiografía se evidencia de nuevo al final de los *Comentarios*: "la historia concluye para él, salvo algunos cabos significativos que queden por atar, en el momento que él abandona su tierra". *Ibid.*, p. 63.

<sup>159</sup> *Satires, Epistles and Ars Poetica*, trans. H. Rushton Fairclough, Cambridge-London, Harvard University Press-William Heinemann, 2.<sup>nd</sup> ed., 3.<sup>rd</sup> rep., 1939. Todas las citas del *Arte poética* de Horacio están tomadas de esta edición. Mi traducción del pasaje citado es la siguiente: "me indigno siempre que el buen Homero dormita, pero es irremediable que el sueño se manifieste a una obra larga".

parecer ingenuo, pero es un soldado valiente y esforzado, cuyas torpezas políticas atribuye Garcilaso a su nobleza; en los casos de Pedro de la Gasca y Francisco de Toledo, la astucia atenúa la perfidia con que actúan, etcétera. No obstante, la imagen de Atahualpa es casi completamente negativa. Como bien observa Miró Quesada, Garcilaso tenía razones personales para sentir aversión por él:

Cuando a la muerte de [Huayna Cápac] se dividió el Imperio del Tahuantinsuyu, o las Cuatro Regiones, y se inició la lucha entre los dos hermanos, Huáscar y Atahualpa, Chimpu Ocllo —que era prima de ambos, pero se hallaba fundamentalmente vinculada con la rama legítima del primero— tuvo que sufrir las vejaciones y sortear los peligros que sobre la más auténtica nobleza cuzqueña desencadenó Atahualpa después de su victoria en la llanura de Quepaypa.<sup>160</sup>

González Echevarría ve, además, una razón política: “Atahualpa’s culpability is a cornerstone in the rhetorical structure of the *Comentarios*. With it the Inca justifies the Spanish invasion and exonerates his maternal relatives from having surrendered too easily to the conquering Europeans”.<sup>161</sup> Es decir que, según Garcilaso, por culpa de un quiteño traidor que asesinó alevosamente a muchos incas, éstos se encontraban diezmados cuando llegaron los conquistadores españoles, a quienes no se puede condenar por haber derrocado a un usurpador. La opinión sobre Atahualpa que el autor hace prevalecer está condensada en la respuesta que da el inca viejo (Cusi Huallpa, quien relató el origen de los incas) cuando el joven Garcilaso le señala el vínculo familiar que tienen los incas con uno de los hijos de Atahualpa, de nombre Francisco (I, IX, 39):

¿Tú has de ser pariente de un *auca*, hijo de otro *auca* (que es tirano traidor), de quien destruyó nuestro Imperio, de quien mató nuestro Inca, de quien consumió y apagó nuestra sangre y descendencia, de quien hizo tantas crueldades, tan ajenas de los Incas, nuestros padres? Dénmelo así muerto, como está, que yo me lo comeré crudo, sin pimienta, que aquel traidor de Atahuallpa, su padre, no era hijo de Huayna Cápac, nuestro Inca, sino de algún indio de Quito con quien su madre haría traición a nuestro Rey, que, si él fuera Inca, no sólo no hiziera las crueldades y abominaciones que hizo,

---

<sup>160</sup> *Op. cit.*, pp. 20-21.

<sup>161</sup> *Op. cit.*, p. 77.

mas no las imaginara, que la doctrina de nuestros passados nunca fue que hiziésemos mal a nadie, ni aun a los enemigos, quanto más a los parientes, sino mucho bien a todos. Por tanto, no digas que es nuestro pariente el que fue tan en contra de todos nuestros passados. Mira que a ellos y a nosotros y a ti mesmo te hazes mucha afrenta en llamarnos parientes de un tirano cruel, que de Reyes hizo siervos a esos pocos que escapamos de su crueldad.

Es desconcertante, por lo tanto, que, en el relato aquí tratado, el supuesto traidor, bastardo y asesino se muestre no sólo “de buen ingenio y muy agudo”, sino verdaderamente sabio, y que, por lo contrario, el Inca ridiculice a Francisco Pizarro, a quien suele elogiar siempre. Miró Quesada considera que “tal vez por influencia del Padre Valera [el Inca] reconoce [a Atahualpa] vivo entendimiento, agudeza de ingenio y decorosa nobleza en la prisión”.<sup>162</sup>

El tema central del relato es la importancia de la palabra escrita. El Inca sabía muy bien que, además del enorme valor que tiene la escritura para resguardar la memoria humana (lo que expresa en otros pasajes de su obra, como la leyenda del origen de los incas), en un estado patrimonial-burocrático como lo era el imperio español, ella tenía también una importante función política. “The Spanish Empire was ruled by the law, and the law could only be learned, disseminated and obeyed by people who knew how to read and write”, observa González Echevarría.<sup>163</sup> El desconocimiento de la escritura en Atahualpa es muy distinto del analfabetismo de Francisco Pizarro: el inca pertenece a un mundo donde la escritura no existe, pero en ese mundo él es un hombre refinado y astuto; Pizarro, en cambio, proviene de una sociedad regida por la escritura, pero su ignorancia y rusticidad son tales que el sencillo ardid de Atahualpa basta para evidenciarlas.<sup>164</sup> La

---

<sup>162</sup> *Op. cit.*, p. 255.

<sup>163</sup> *Op. cit.*, p. 66.

<sup>164</sup> No puede hablarse de analfabetismo en una sociedad donde la escritura no existe. Por esta razón, Octavio Paz incurre en un chusco error al escribir: “El analfabetismo es una sabiduría / ignorada por el dinero”. *Libertad bajo palabra [1935-1957]*, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, Cátedra, 2000, p. 156. Quiriendo elogiar las culturas precolombinas, que no conocieron la escritura, Paz usa una categoría (analfabetismo) que automáticamente las menosprecia. Un analfabeto es un marginado social dentro de un sistema regido por la escritura. Asumir que hay sociedades analfabetas equivale a considerar que esas sociedades se encuentran en

ignorancia fue uno de los factores determinantes para el fracaso de los Pizarro en el Perú: Pedro de la Gasca no pudo derrotar a Gonzalo Pizarro en el campo de batalla, pero aprovechó su torpeza política para convencer a la mayor parte de sus seguidores de que lo traicionaran. Garcilaso simpatiza con los Pizarro y continuamente enaltece sus virtudes militares, pero también lamenta su rusticidad. La humillación de Francisco Pizarro ante Atahualpa anticipa la derrota que sufrirá su hermano menor en Jaquijahuana.

Además de ofrecer un consejo práctico (que es muy provechoso saber leer y escribir), el relato revela una de las mayores obsesiones morales del Inca: que la honra se alcanza mediante la virtud y no por la nobleza o las riquezas que se heredan.<sup>165</sup> Concluye el Inca: “pues los cavalleros se precian de la nobleza que heredaron, devrían precisarse de lo que por sí ganassen”. Ya en la *Relación de la descendencia del famoso Garci Pérez de Vargas* había dicho que “sin la [...] imitación parece mal presciarnos de los padres y abuelos por yllustres que sean, porque más es vituperio que honra”.<sup>166</sup> La idea se repite varias veces en *La Florida*: allí dice sobre Diego Pérez que “la nobleza de su condición y la hidalguía que en su conversación, tratos y contratos mostraba decían que derechamente era hijodalgo, porque ese lo es que hace hidalguías” (I, 9); sobre un indio de Cofachiqui, que “mostraba bien en el aspecto de su rostro y en la disposición de su persona la nobleza de su sangre y la

---

una situación marginal respecto de aquellas regidas por la escritura. Si se considera que Paz no se refiere a los indios prehispánicos, sino a los de su época (a los mayas que vio trabajar en las haciendas henequeneras de Yucatán), tampoco sale bien librado, pues demuestra creer que un indio sólo puede ser respetable (sabio) si permanece pobre (ignorado por el sistema económico) y al margen de la cultura occidental (analfabeto). ¿Es imposible entonces que un indio conserve su cultura y al mismo tiempo asimile otra? El caso del Inca Garcilaso es la mejor respuesta a esta pregunta. Al tratar de mostrarse comprensivo e incluyente, Paz revela sus nefandos prejuicios. Fuera de esto, la calidad prosódica de los dos versos es deplorable.

<sup>165</sup> Aunque la literatura clásica suele ser absolutamente aristocrática, Auerbach encuentra en la obra de Eurípides un antecedente de la idea que profesa el Inca y que, en general, es distintiva del Renacimiento: “Cuando el más revolucionario de los trágicos griegos, Eurípides, polemizaba contra las diferencias de clase entre los hombres, lo hacía en versos conformados a guisa de sentencias, que declaran, por ejemplo, que sólo el nombre de esclavo es vergonzoso, pero que, aparte de ello, un esclavo noble no es inferior en lo más mínimo a un hombre libre”. *Op. cit.*, p. 305.

<sup>166</sup> A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 134.

generosidad de su ánimo, que donde hay lo uno debe haber lo otro, que son conjuntos como la fruta y el árbol” (III, 11), y, a propósito de Carlos Enríquez, que de las buenas obras “deben preciarse los que se precian de apellido de caballero y hijodalgo, porque verdaderamente suenan mal estos nombres sin la compañía de las tales obras, porque ellas son su propia esencia, origen y principio, de donde la verdadera nobleza nació y con la que ella se sustenta, y no puede haber nobleza donde no hay virtud” (III, 30). También en *La Florida* critica a aquellos que están “confiados de sí mismos y persuadidos que conforme a los bienes de fortuna tienen los de el ánimo y que la misma ventaja que hacen a los demás hombres en la hacienda que ellos no ganaron, esa misma, les hacen en la discreción y sabiduría que no aprendieron” (II-I, 12). Pero es quizá la defensa de Diego de Almagro contra el desprecio de Gómara (quien lo presenta como expósito) el más elocuente elogio de la virtud sobre la nobleza (*Comentarios*, II, II, 39):

Los hijos de padres no conocidos deven ser juzgados por sus virtudes y hazañas, y, siendo sus hechos tales como los del adelantado y gobernador Don Diego de Almagro, se ha de dezir que son muy bien nascidos, porque son hijos de su virtud y de su brazo derecho. A los hijos de los padres muy nobles, ¿qué les aprovecha su nobleza, si ellos la desmerecen no confirmándola con sus virtudes? Porque la nobleza nació dellas y con ellas se sustenta, de manera que podemos dezir con mucha verdad que Don Diego de Almagro fue hijo de padres nobilísimos, que fueron sus obras, las cuales han engrandescido y enriquecido a todos los príncipes del mundo, como largamente quedó atrás provado.

Pupo-Walker ve en esas palabras una defensa de su propia condición de bastardo:

Sabiéndose hijo ilegítimo, el Inca reiteradamente postulará un concepto del valor humano que se apoya en las virtudes y logros del individuo y no exclusivamente en su legitimidad. [...] Con estas preocupaciones en mente, al destacar las virtudes de Almagro, no lo hace para deleitarse, sino para defender la condición ilegítima de aquél —que también es la suya—, ya que el conquistador había sido descrito por Gómara como hijo bastardo de un sacerdote.<sup>167</sup>

---

<sup>167</sup> *Op. cit.*, p. 94.

Miró Quesada advierte que esta idea es común en los conquistadores del Nuevo Mundo: “las circunstancias de la vida y el enfrentamiento directo a geografías y pueblos hostiles, o por lo menos riesgosos y extraños, hacían que los hombres, con mucha mayor fuerza que en España, vivieran el ideal renacentista de hacerse hijos de sus obras”.<sup>168</sup> Durand, por su parte, señala: “El conquistador había constituido una sociedad de rasgos peculiares, donde valía menos la nobleza de sangre que la fama de las hazañas”;<sup>169</sup> “jamás podía estar la honra en la opinión ajena, sino en la virtud íntima de la persona, por encima de cualquier reputación”.<sup>170</sup> Nótese la semejanza entre las ideas del Inca y lo expresado en el prólogo del *Lazarillo de Tormes*: “consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto”.<sup>171</sup> La idea también es recurrente en el *Quijote* (II, 32), aunque, en este caso, no está exenta de ironía: en una conversación con los duques, don Quijote afirma “que las virtudes adoban la sangre y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado”.<sup>172</sup>

En tanto que la lectura no es “cosa natural, sino aprendida”, el analfabetismo de Pizarro no es una condición ligada irrevocablemente a su origen humilde. Garcilaso, por lo tanto, está obligado a criticar esta deficiencia, a la que opone las cosumbres de los incas, quienes “tuvieron en su filosofía moral que los superiores, así en la guerra como en la paz, devían hazer ventaja a los inferiores, a lo menos en todo lo que les era necesario aprender y saber para el oficio, porque dezían que, hallándose en igual fortuna, no era decente al

---

<sup>168</sup> *Op. cit.*, pp. 261-262.

<sup>169</sup> *El Inca*, p. 20.

<sup>170</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>171</sup> Ed. Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 16.<sup>a</sup> ed., 2002. Todas las citas del *Lazarillo* están tomadas de esta edición.

<sup>172</sup> M. de Cervantes, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, ed. J. J. Allen, Madrid, Cátedra, 22.<sup>a</sup> ed., 2001.

superior que su inferior le hiziese ventaja”. Esta idea es constante en el pensamiento del Inca y se manifiesta desde *La Florida*, donde afirma que el cumplimiento del deber, “conforme a la mayor calidad y estado, es mayor en los príncipes, señores y caballeros que en la gente común” (II-I, 26), y que “el obrar tiene más fuerza que el mandar para ser imitado (V-II, 14). Pero es en la parte primera de los *Comentarios* (al describir el entrenamiento de los jóvenes nobles y, entre ellos, del príncipe heredero al trono) donde Garcilaso la expone con mayor claridad y elocuencia (I, VI, 26):

En esta aprobación entrava también el primogénito Inca, legítimo heredero del Imperio, cuando era de edad para poder hazer los exercicios, y es de saber que en todos ellos lo examinavan con el mismo rigor que a los demás, sin que la alteza de tan gran principado le essentasse de trabajo alguno, si no era del pendón que ganava el más ligero en la carrera para ser capitán, que se lo davan al príncipe, porque dezían que era suyo, juntamente con la herencia del reino. En todos los demás exercicios, assí de ayuno como de las disciplinas militares y saber hazer las armas necessarias y el calçado para sí y dormir en el suelo y comer mal y andar descalço, en ninguna cosa éstas era privilegiado. Antes, si podía ser, lo llevavan por más rigor que a los demás y dezían a esto que, haviendo de ser Rey, era justo que, en cualquiera cosa que huviese de hazer, hiziese ventaja a todos los demás, como la hazía en el estado y alteza de señorío, porque, si viniessen a igual fortuna, no era decente a la persona real ser para menos que otro, sino que en la prosperidad y adversidad se aventajasse de todos, assí en los dotes del ánimo como en las cosas agibles, principalmente en las de la guerra, por las cuales excelencias, dezían ellos, merecía reinar mejor que por ser primogénito de su padre. Dezían también que era muy necesasario que los Reyes y príncipes esperimentasen los trabajos de la guerra, para que supiesen estimar, honrar y gratificar a los que en ella los sirviessen. Todo el tiempo que durava el noviciado, que era de una luna nueva a otra, andava el príncipe vestido del más pobre y vil hábito que se podía imaginar, hecho de andrajos vilíssimos, y con él parecían en público todas las vezes que era menester. Afirmavan a esto que le ponían aquel hábito para que adelante, cuando se viesse poderoso Rey, no menospreciasse los pobres, sino que se acordasse haver sido uno dellos y traído su divisa y, por ende, fuesse amigo dellos y les hiziese caridad, para merecer el nombre Huachacúyac que a sus Reyes davan, que quiere dezir amador y bienhechor de pobres.<sup>173</sup>

---

<sup>173</sup> Miró Quesada encuentra en este pasaje ecos de los libros de caballerías: “Aun en los *Comentarios Reales* hay no sólo recuerdo, sino mención expresa de los libros de caballerías, en los capítulos que cuentan cómo se armaban caballeros los jóvenes Incas, con ejercicio de armas, largas vigiliass y calzado de «usutas»”. *Op. cit.*, p. 456. Creo que se equivoca: a pesar de ser llamados caballeros, los jóvenes incas descritos por Garcilaso tienen mayor relación con los griegos y persas de Jenofonte que con los amadises y belianises castellanos. En mi opinión, el único aprendizaje que el Inca pudo sacar de los libros de caballerías es la narración de aventuras, presente sobre todo en *La Florida* y quizá también en algunos pasajes de la parte segunda de los *Comentarios* relacionados con las guerras civiles.

El contraste del fragmento anterior con el relato de Atahualpa y Pizarro demuestra que la parte primera de los *Comentarios* no es sólo el antecedente diegético de la segunda, sino también su sustento ideológico. Si, como sugirió Durand, es posible leer la parte primera como utopía y la segunda como tragedia, entonces la utopía puede echar luz sobre el futuro para que la tragedia no se repita. Garcilaso estaba convencido de que el modelo de estado descrito en la parte primera de su obra podía ser útil para el buen gobierno del Perú aún a principios del siglo XVII.

### 3. EL HUÉSPED ASESINO (II, IV, 7)

Manco Inca fue hijo de Huayna Cápac y hermano menor de Huáscar y Atahualpa. En 1537, tras su fracaso en el sitio del Cuzco, decidió retirarse a Vilcabamba, en los Andes, donde estableció un estado independiente de los españoles que se mantuvo hasta 1572, cuando su hijo Túpac Amaru fue apresado y condenado a muerte por el virrey Francisco de Toledo. Cinco años después del destierro voluntario de Manco Inca, en 1542, llegó a Vilcabamba un grupo de españoles almagristas que, tras la muerte de Diego de Almagro el Mozo, habían huido del Cuzco por temor al castigo del gobernador Cristóbal Vaca de Castro y a la venganza de Gonzalo Pizarro. En la versión de Garcilaso (de la que Gómara difiere en algunos detalles), Gómez Pérez, quien es el jefe de estos españoles, discute con Manco Inca mientras juegan boliche. La discusión llega a tal intensidad que, rabioso, Gómez Pérez golpea con la bola la cabeza del inca y lo mata. Finalmente, los incas que han observado lo ocurrido vengan la muerte de su señor flechando a los españoles “como a fieras”.



Cabe la posibilidad, empero, de que la muerte de Manco Inca no fuera consecuencia de una simple rabieta de Gómez Pérez, sino que el virrey Blasco Núñez Vela hubiera prometido a éste perdonar sus delitos pasados si conseguía matar al inca. El relato de Garcilaso no sugiere que esto haya sucedido, lo que puede ser indicio de que el autor desconociera efectivamente esta posibilidad, pues, por una parte, Núñez Vela (quien llegó al Perú a ejecutar las Leyes Nuevas, que despojaron a los encomenderos y provocaron la rebelión de Gonzalo Pizarro) es uno de los personajes más criticados en los *Comentarios*, y, por otra, aunque con mucha cautela, el Inca no deja de denunciar la sucia política de la corona española (por ejemplo, al relatar la muerte de Túpac Amaru o las maniobras del licenciado Gasca contra Gonzalo Pizarro). Sin embargo, Garcilaso sí indica explícitamente que había comunicación entre Núñez Vela y Gómez Pérez, y también es posible que no sea casual la mención final del virrey Andrés Hurtado de Mendoza, quien estableció relaciones con los incas de Vilcabamba para que, en el futuro, su sucesor Francisco de Toledo pudiera derrotarlos con mayor facilidad.

Como sea, en el relato se evidencian claramente dos rasgos nada encomiables de los conquistadores españoles: su deslealtad y su brutalidad. Aunque la muerte de Manco Inca no haya tenido razones políticas, Gómez Pérez asesina al hombre que le dio asilo y protección cuando él y sus compañeros estaban desamparados. Nuevamente, como en el relato de Francisco Pizarro y Atahualpa, los incas, aunque primitivos, son hombres refinados (semejantes a griegos o romanos), en tanto que los españoles, aunque pertenecientes a una sociedad tecnológicamente desarrollada, se encuentran entre los ejemplares más rústicos de ella. El Inca subraya los rasgos brutales de Gómez Pérez en una gradación ascendente (o descendente, según se mire): primero lo presenta como “hombre de poco entendimiento y nada cortesano”; después lo llama “colérico y melancólico”, y,

finalmente, “loco sin juicio, sin consejo ni prudencia”. Gómez Pérez no es capaz siquiera de distinguir que entre los indios hay también diferentes clases sociales, que unos son señores y otros vasallos, pues trata al inca como si fuera un criado más, “de los que el mismo Inca les había dado”. La imagen que ofrece Garcilaso de Gómez Pérez muestra también la perspectiva aristocrática del autor. Gómez Pérez no es un capitán de renombre, sino un soldado de bajo rango que sólo pasó a la historia por perpetrar un homicidio. El Inca, por lo tanto, puede menospreciarlo sin ningún miramiento. En cambio, cuando habla de personajes igualmente brutales pero de condición elevada, suele hacerlo con precaución (es el caso, por ejemplo, de Pedro de Alvarado).<sup>174</sup>

La diferencia entre el tratamiento que da el Inca a estos españoles bárbaros y el que da a aquellos que le parecen nobles se muestra también en que a unos concede protección divina y a los otros la niega. Por ejemplo, la virgen María y el apóstol Santiago defienden a los españoles sitiados en el Cuzco. Entre otros milagros, preservan del fuego el recinto donde se han refugiado (II, II, 24):

Los indios, habiendo notado que la noche que quemaron toda la ciudad no habían podido quemar el galpón donde se habían alojado los españoles, fueron a él a quemarlo de hecho, pues no había quién los contradixesse. Pegáronle fuego muchas veces y muchos días y a todas las horas, ya de día, ya de noche, mas nunca pudieron salir con su intención. Admirávanse, no sabiendo qué fuese la causa. Dezían que el fuego había perdido su virtud contra aquella casa, porque los viracochas habían vivido en ella.

En cambio, el asesino de Manco Inca y sus compañeros son perfectamente vulnerables al fuego: “Los indios pegaron fuego a la casa. Los españoles, por no verse quemados vivos, salieron della a la plaça, donde los indios los flecharon como a fieras, con mayor ravia que todas las del mundo podían tener, de ver su príncipe muerto”. Nótese, de paso, el exquisito

---

<sup>174</sup> Garcilaso tiene, además, razones personales para defender la imagen de Pedro de Alvarado, pues fue este conquistador quien condujo al Perú el escuadrón del que formaba parte su padre.

zeugma de la oración (más común en la prosa cervantina que en la del Inca). Ya muertos, los indios deliberan cuál puede ser la mayor afrenta para los cadáveres y ejecutan la que les parece más infamante: “Cuando los tuvieron por muertos, de pura ravia estuvieron por comérselos crudos, por mostrar la ira que contra ellos tenían. Aunque ya difuntos, también determinaron quemarlos y echar los polvos un río abaxo, para que no quedasse rastro ni señal dellos, mas al fin acordaron de echarlos en el campo, para que aves y animales se los comiessen, pues no podían hazer otro mayor castigo de aquellos cuerpos”.

La caracterización de Gómez Pérez como hombre bestial da al relato un sentido grotesco, pero no es el único recurso que tiene tal efecto. La muerte de cualquier persona con un golpe de bola de boliche es ridícula (por esa razón el motivo se ha explotado tanto en dibujos animados y películas cómicas), pero, además, la muerte de Manco Inca es, desde una perspectiva clásica, indecorosa, propia de personajes bajos, no del príncipe admirable que reunificó a los incas después de la guerra civil entre sus hermanos mayores, que dirigió los sitios del Cuzco y de Lima y a quien incluso el adelantado Diego de Almagro envió mensajeros “para ofrecerle alianza contra Hernando Pizarro”.<sup>175</sup> Además, resulta paradójico (e indignante) que quien estuvo a punto de derrotar a los Pizarro sea asesinado por quien huyó de ellos. No es extraño que Odiseo golpee con su cetro la cabeza de Tersites ni que Lázaros estrelle al ciego en el pilar, pero sería inadmisibles que Héctor o Patroclo, Caupolicán o Pedro de Valdivia, murieran como Manco Inca. Auerbach considera que, antes del romanticismo, sólo el teatro isabelino (en particular William Shakespeare) fue capaz de fundir en su obra lo trágico y lo grotesco:

Los ejemplos de descripción de lo corpóreo-criatural son numerosos: Hamlet está gordo y se sofoca (según otra versión no está gordo, sino que es ardiente); César se desmaya por el hedor del pueblo que lo aclama; Casio, en Otelo, está borracho;

---

<sup>175</sup> A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 44.

hambre y sed, calor y frío, acometen también a los personajes trágicos; sufren las inclemencias del tiempo y la enfermedad; el desvarío está representado en Ofelia con una psicología tan realista que tenemos una estampa estilística muy diferente del Heracles de Eurípides, por ejemplo, y la muerte, que cabe presentar en puro estilo elevado, aparece a menudo (osamentas, hedor de la corrupción) en su aspecto medievo-criatural.<sup>176</sup>

Tales contrastes son consecuencia, en Shakespeare, de la fusión tan perfecta entre tradición clásica y tradición medieval (que ningún otro escritor europeo anterior al romanticismo pudo lograr). En el caso del Inca, en cambio, es la inaudita violencia del Nuevo Mundo lo que resquebraja los modelos clásicos.

#### 4. EL ARDID DE LOS ARAUCOS (I, VII, 20-24)

El Inca Garcilaso dedica varios capítulos del libro VII de la parte primera a la rebelión de los araucos en Chile. Antes que nada, nombra a los dos primeros españoles que llegaron a esas tierras: Diego de Almagro y Pedro de Valdivia. Del primero sólo dice que “no hizo más que darle vista y bolverse al Perú, con innumerables trabajos que a ida y a buelta passó”. Del segundo cuenta su exitosa conquista inicial y, en seguida, su inesperada derrota y muerte. Explica que al Perú llegaron dos noticias sobre el hecho, la primera muy breve y la segunda mucho más extensa. Esta última versión, que ocupa los capítulos 21 a 24, es el asunto central del relato del Inca. La causa de que los araucos se rebelen ha sido la rigurosa esclavitud impuesta por los españoles. Pedro de Valdivia va a someter la rebelión con ciento cincuenta caballeros y numerosos aliados indios (de guerra y de servicio). Los españoles vencen en las primeras batallas, hasta que un viejo capitán arauco idea una estrategia: en vez de formar a sus hombres en un solo escuadrón muy grande, forma

---

<sup>176</sup> *Op. cit.*, pp. 293-294.

muchos escuadrones pequeños que acomoda uno detrás de otro; cuando la caballería destruye un escuadrón, los sobrevivientes corren a protegerse detrás de los demás escuadrones, descansan un rato y se incorporan después en otro escuadrón para seguir luchando. Los españoles rompen con facilidad los primeros escuadrones, pero luego descubren que éstos se renuevan y deciden huir a través de un paso estrecho muy fácil de defender. Un joven indio al servicio de Valdivia, de nombre Lautaru, advierte a los araucos sobre la huida. Entonces el capitán viejo envía dos escuadrones para que tomen el paso antes que los españoles, quienes quedan atrapados entre los indios. Los araucos acaban con todos sus enemigos y reservan para el final a Valdivia, de cuya muerte Garcilaso ofrece tres versiones distintas.

Como sucede en otros relatos marginales de los *Comentarios*, son desconcertantes las razones que aduce Garcilaso para incluirlos en la obra. Al inicio afirma: “porque la muerte deste gobernador y capitán general fue un caso de los más notables y famosos que los indios han hecho en todo el Imperio de los Incas ni en todas las Indias después que los españoles entraron en ellas y más de llorar para ellos, me pareció ponerlo aquí, no más de para que se sepa llana y certificadamente la primera y segunda nueva que del suceso de aquella desdichada batalla vino al Perú luego que sucedió”. Al final agrega: “hela antepuesto de su tiempo y lugar, y por haver sido un caso de los más notables que en todas las Indias han acaescido, y también lo hize porque no sé si se ofrescerá ocasión de bolver a hablar más en Chili y también porque temo no poder llegar al fin de carrera tan larga como sería contar la conquista que los españoles hizieron de aquel reino”. Al respecto opina Durand: “como pensó hacerlo en la *Florida* con capítulos que correspondían a los *Comentarios*, publica en los *Comentarios* capítulos que, a todas luces, debían corresponder a la segunda parte de esa obra, llamada luego *Historia general del Perú*. La pesadilla de la

muerte, pues, lo desespera en aquellos años”.<sup>177</sup> Pero la rebelión de los araucos tampoco tenía mucha pertinencia en la parte segunda de los *Comentarios*, pues trata un suceso ajeno al Perú. Me parece, por lo tanto, más oportuna la explicación que ofrece Pupo-Walker: “Garcilaso, al comentar las incursiones conquistadoras que los Incas llevaron a cabo en Chile, se ve tentado de narrar lo que sucedió a los españoles en esas mismas tierras, acaso para comparar el heroísmo de unos y otros”.<sup>178</sup> Creo que los capítulos sobre Valdivia pudieron servir también de adiestramiento literario para la parte segunda de los *Comentarios*, repleta de hechos bélicos protagonizados por españoles.

Como ya adelanté, Garcilaso comienza contando muy rápidamente la inútil expedición de Diego de Almagro a Chile, lo que le sirve a su vez para hacer un breve resumen de los primeros libros de la parte segunda de su obra, semejante a los que se encuentran en la disputa del cañari y el inca (*Comentarios*, II, VIII, 1), en la “Oración fúnebre a la muerte de Garcilaso” (*Comentarios*, II, VIII, 12) y en la relación que dieron los hombres de Hernando de Soto al virrey Antonio de Mendoza (*Florida*, VI, 19), sólo que, a diferencia de aquéllos, este resumen no es analéptico, sino proléptico (se compendia lo que vendrá, no lo que ya pasó):

El primer español que descubrió a Chili fue Don Diego de Almagro, pero no hizo más que darle vista y bolverse al Perú, con innumerables trabajos que a ida y buelta passó, la cual jornada fue causa de la general rebelión de los indios del Perú y de la discordia que entre los dos gobernadores después hubo y de las guerras civiles que tuvieron y de la muerte del mismo Don Diego de Almagro, preso en la batalla que llamaron de las Salinas, y la del marqués Don Francisco Piçarro y la de Don Diego de Almagro el mestizo, que dio la batalla que llamaron de Chupas, todo lo cual diremos más largamente si Dios, Nuestro Señor, nos dexare llegar allá.

Hay una gran desproporción tanto entre las expediciones de Almagro y Valdivia como entre las dos noticias sobre la muerte de éste: la primera expedición y la primera noticia

---

<sup>177</sup> *El Inca*, pp. 86-87.

<sup>178</sup> *Op. cit.*, p. 180.

caben en sendos párrafos de mediana extensión; por lo contrario, la segunda expedición y la segunda noticia abarcan varios capítulos. En el relato de la primera expedición, la brevedad ridiculiza los hechos de Almagro (quien, además de que nada ganó en Chile, perdió lo que tenía ganado en el Perú).<sup>179</sup> En cambio, en el relato de la primera noticia, la brevedad brinda contundencia al suceso y subraya su carácter asombroso y trágico:

Desta muerte, la primera nueva que vino al Perú fue a la Ciudad de la Plata, y la truxo un indio de Chili, escrita en dos dedos de papel, sin firma ni fecha de lugar ni tiempo, en que decía: “A Pedro de Valdivia y a ciento y cincuenta lanças que con él ivan se los tragó la tierra”. El traslado destas palabras, con testimonio de que las havia traído un indio de Chili, corrió luego por todo el Perú con gran escándalo de los españoles, no pudiendo atinar qué fuesse aquel tragárselos la tierra, porque no podían creer que hoviesse en indios pujança para matar ciento y cincuenta españoles de a cavallo, como nunca la havia havido hasta entonces, y dezían, por ser aquel reino, también como Perú, de tierra áspera, llena de sierras, valles y honduras, y ser la región sujeta a terremotos, que podría ser que, caminando aquellos españoles por alguna quebrada honda, se huviesse caído algún pedaço de sierra y los huviesse coxido debaxo, y en esto se afirmavan todos, porque de la fuerça de los indios ni de su ánimo, según la espiriencia de tantos años atrás, no podían imaginar que los huviesssen muerto en batalla.

El relato sintético del Inca provoca en el lector una sensación semejante a la que pudieron sentir los españoles del Perú al escuchar la inesperada noticia de los ciento cincuenta caballeros desaparecidos.<sup>180</sup> Después, en la dilatada segunda versión, el autor satisfará la

---

<sup>179</sup> La expedición de Diego de Almagro a Chile es narrada con mayor detalle en la parte segunda de los *Comentarios* (II, 20-22).

<sup>180</sup> A propósito de la contundencia del pasaje del Inca, nótese la semejanza entre el papel que lleva el indio de Chile y el epílogo de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera: “El último cable de nuestro Cónsul, dirigido al señor Ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova y sus compañeros, dice textualmente: «Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva. Ni rastro de ellos. ¡Los devoró la selva!»”. Madrid, Cátedra, 6.<sup>a</sup> ed., 2006, p. 385. En cuanto al hecho de que nunca antes los indios del Nuevo Mundo habían matado tantos españoles, el Inca contradice sus propias cifras. Basándose en los testimonios de Pedro de Cieza de León y Blas Valera, Garcilaso da la cifra de setecientos españoles muertos en el levantamiento de Manco Inca (*Comentarios*, II, II, 28). Primero cita a Cieza: “en aquellos tiempos o poco antes sucedió el alçamiento general de las más provincias, y mataron también los indios, en el término que hay del Cuzco a Quito, más de setecientos cristianos españoles”. Después parafrasea a Valera: “Lo mismo dize Blas Valera, que fueron más de setecientos españoles los que mataron en aquel levantamiento”. Asimismo, en *La Florida* afirma que “pasan de mil y cuatrocientos cristianos los que hasta aquel año [1568] han muerto en aquella tierra con sus caudillos” (VI, 22).

curiosidad del lector con una narración llena de pormenores. Sobre la oposición entre los estilos de ambas versiones, escribe Pupo-Walker:

La construcción exquisita del discurso se manifiesta vívidamente en los episodios que refieren las vicisitudes que sufrieron los españoles en Chile, episodios que el Inca relata de segunda mano y que al cabo de muchos años resucitan en su memoria para ser reconstruidos con dramatismo espectacular. Pero repárese, además, [en] que al hacerlo el Inca se ampara en un conocido tópico literario. Refiriéndose a sus fuentes nos dirá que aquella noticia “la truxo un indio de Chili, escrita en dos dedos de papel, sin firma ni fecha de lugar ni tiempo” [...], y, acto seguido, en el próximo capítulo se produce una relación que nos hace evocar pasajes heroicos de las novelas de caballerías o las grandes contiendas militares que plasmaron Paollo Vocello, Rubens y Velázquez en sus lienzos.<sup>181</sup>

Al igual que en la “fábula historial” sobre el origen de los incas, en el relato de Pedro de Valdivia hay un marco narrativo (aunque menos nítido que aquél y de menor plasticidad).

Después de la primera noticia, el Inca cuenta cómo llegó al Perú la segunda:

Estando en esta confusión los del Perú, les llegó al fin de más de sesenta días otra relación muy larga de la muerte de Valdivia y de los suyos y de la manera como había sido la última batalla que con los indios habían tenido, la cual referiré como la contaba entonces la relación que de Chili embiaron, que, habiendo dicho el levantamiento de los indios y las desvergüenças y maldades que habían hecho, procedía diziendo así.

Parece, entonces, que los siguientes párrafos son la mera transcripción de la segunda noticia llevada al Perú. Por supuesto, esto es tan sólo un artificio literario más de Garcilaso: todo el relato es, evidentemente, obra suya. Al final, el autor cierra el marco narrativo y, de paso, se deslinda de la posible falta de veracidad: “Yo he referido llanamente lo que de la batalla

---

<sup>181</sup> *Op. cit.*, p. 131. El tópico al que se refiere Pupo-Walker (atribuir determinada información a un manuscrito encontrado casualmente) aparece también en *La Florida*. Miró Quesada compara el hallazgo de la relación de Juan Coles (“Proemio al lector”) con el del manuscrito de Cide Hamete Benengeli (*Quijote*, I, 9): “La *Relación* de Juan Coles, que abarcaba diez pliegos en letra procesada muy tendida, había sido entregada por aquel veterano combatiente, natural de la villa de Zafra, al ilustre sacerdote y cronista franciscano Fray Pedro Aguado, Provincial de la Provincia de Santa Fe, en las Indias, quien la juntó con otras relaciones, dejadas todas en poder de un impresor de Córdoba. Allí las encontró el Inca Garcilaso medio comidas de polilla y ratones. Tal vez este último dato pintoresco sea sólo un recuerdo literario del procedimiento, tan recurrente en las novelas de la época, de referirse a un manuscrito a menudo compuesto en una lengua extraña o hallado en gavetas misteriosas, como la narración imaginaria de Cide Hamete Benengeli, tan mencionada en el *Quijote*”. *Op. cit.*, p. 147.



y muerte del gobernador Pedro de Valdivia escribieron y dixeron entonces en el Perú los mismos de Chili. Tomen lo que más les agradare”.

Aunque el Inca asegura que su relato es fiel reproducción de una narración oral, al final hace explícita una fuente escrita: “Desde entonces tomaron por costumbre de formar muchos escuadrones divididos para pelear con los españoles en la batalla, como lo dize Don Alonso de Ercilla en el primer canto de su *Araucana*”.<sup>182</sup> Aun sin esta declaración, es evidente que Garcilaso recurrió al poema de Ercilla para escribir su relato, pues, salvo algunos detalles, éste coincide en lo esencial con los cantos I y III de *La Araucana*. Contrastar las similitudes y las diferencias entre éstos y los capítulos de los *Comentarios* dedicados al mismo tema servirá para observar mejor las particularidades de la escritura del Inca: sin duda es significativo saber en qué aspectos sigue a Ercilla sin reparos y en cuáles se esfuerza por distinguirse de él.

Garcilaso escribe el relato de Pedro de Valdivia inmediatamente después de contar el fracaso de los incas en Chile. Ercilla también da noticia de ello (I, vv. 377-424):

El potente rey Inga, aventajado  
en todas las antárticas regiones,  
fue señor en extremo aficionado  
a ver y conquistar nuevas naciones  
y, por la gran noticia del Estado,  
a Chile despachó sus orejones,  
mas la parlera fama desta gente  
la sangre les templó y ánimo ardiente,

---

<sup>182</sup> Miró Quesada asegura que *La Araucana* era para el Inca uno de los libros “más preciados”. *Op. cit.*, p. 138. Considera, además, que el poema de Ercilla no sólo está presente en los *Comentarios*, sino también en *La Florida*: “aun cuando no se refiera a la Florida, también debió de influir en Garcilaso el resonante poema de Alonso de Ercilla *La Araucana*, cuyas dos primeras partes se publicaron en 1569 y 1578, o sea antes de que el Inca escribiera su historia, y la tercera en 1589, o sea antes que el escritor cuzqueño la reelaborara con las informaciones de Carmona y de Coles. «*Araucana* en prosa» ha llamado precisamente Ventura García Calderón a *La Florida*, en una frase feliz que ha hecho fortuna. Y hay en verdad una línea común de semejanzas entre el poema histórico de Ercilla (que el propio Garcilaso juzgaba que alcanzaría mayor crédito de estar escrito en prosa) y la historia con adornos poéticos del Inca, en la que también se cantan los paisajes agrestes y las hazañas guerreras de América, y se enaltecen por igual las virtudes de «heroicos cavalleros Españoles e Indios»”. *Ibid.*, p. 350. Es extraño, por lo tanto, que *La Araucana* no se haya encontrado en el inventario de los libros de Garcilaso.

pero los nobles Ingas valerosos  
los despoblados ásperos rompieron  
y en Chile algunos pueblos belicosos  
por fuerza a servidumbre los trujeron,  
a do leyes y edictos trabajosos  
con dura mano armada introdujeron,  
haciéndolos con fueros disolutos  
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado  
el campo con ejército pujante,  
en demanda del reino deseado  
movieron sus escuadras adelante;  
no hubieron muchas millas caminado  
cuando entendieron que era semejante  
el valor a la fama que alcanzada  
tenía el pueblo araucano por la espada.

Los promaucaes de Maule, que supieron  
el vano intento de los Ingas vanos,  
al paso y duro encuentro les salieron,  
no menos en buen orden que lozanos,  
y las cosas de suerte sucedieron  
que, llegando estas gentes a las manos,  
murieron infinitos orejones,  
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente  
que está cien millas antes del Estado,  
brava, soberbia, próspera y valiente,  
que bien los españoles la han probado,  
pero, con cuanto digo, es diferente  
de la fiera nación, que, cotejado  
el valor de las armas y excelencia,  
es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas, que la fuerza conocían  
que en la provincia indómita se encierra  
y cuán poco a los brazos ganarían  
llegada al cabo la empezada guerra,  
visto el errado intento que traían,  
desamparando la ganada tierra,  
volvieron a los pueblos que dejaron,  
donde por algún tiempo reposaron.

Evidentemente, la versión de Ercilla no corresponde con la imagen de los incas que Garcilaso proyecta en los *Comentarios* (guerreros invencibles antes de la traición de Atahualpa y la llegada de los españoles). Sobre la fallida conquista de los purumaucas, “que los españoles llaman Promaucaes”, escribe Garcilaso:

A los Incas les pareció que era más conforme a la orden de sus Reyes, los passados y del presente, dar lugar al bestial furor de los enemigos que destruirlos para sujetarlos pidiendo socorro, que pudieran los suyos dárselo en breve tiempo, y assí, haviéndolo consultado entre los capitanes, aunque hubo paresceres contrarios que dixerón se siguiese la guerra hasta sujetar los enemigos, al fin se resolvieron en bolverse a lo que tenían ganado y señalar el río Maulli por término de su Imperio y no passar adelante en su conquista hasta tener nuevo orden de su Rey Inca Yupanqui, al cual dieron aviso de todo lo sucedido. El Inca les embió a mandar que no conquistassen más nuevas tierras, sino que atendiesen con mucho cuidado en cultivar y beneficiar las que havían ganado, procurando siempre el regalo y provecho de los vassallos, para que, viendo los comarcanos cuán mejorados estavan en todo con el señorío de los Incas, se reduxessen también ellos a su Imperio, como lo havían hecho otras nasciones, y que, cuando no lo hiziessen, perdían ellos más que los Incas. Con este mandato, cessaron los Incas de Chili de sus conquistas, fortalecieron sus fronteras, pusieron sus términos y mojones, que a la parte del sur fue el último término de su Imperio el río Maulli. Atendieron a la administración de su justicia y a la hazienda real y del Sol, con particular beneficio de los vassallos, los cuales, con mucho amor, abraçaron el dominio de los Incas, sus fueros, leyes y costumbres, y en ellas vivieron hasta que los españoles fueron a aquella tierra.

En la versión de Garcilaso, en vez de que lo purumaucas derrotan a los incas, éstos prefieren no conquistar a aquéllos antes que destruirlos y, en vez de que los incas introduzcan, entre los indios de Chile que sí pudieron someter, “leyes y edictos trabajosos / con dura mano armada”, procuran “el regalo y provecho de los vassallos”.

Ercilla y Garcilaso van muy conformes, en cambio, en lo que dicen de la expedición de Diego de Almagro. Ya he transcrito arriba el párrafo del Inca, del que sólo las dos primeras oraciones se refieren propiamente al viaje: lo demás es la enumeración de las causas desastrosas de que Almagro se alejara del Perú. La única estrofa de *La Araucana* dedicada a Almagro es la siguiente (I, vv. 425-432):

Pues don Diego de Almagro, Adelantado  
que en otras mil conquistas se había visto,  
por sabio en todas ellas reputado,  
animoso, valiente, franco y quisto,  
a Chile caminó determinado  
de estender y ensanchar la fe de Cristo,  
pero, llegando al fin deste camino,  
dar en breve la vuelta le convino.

También en las causas de la rebelión coinciden los dos autores: ambos la atribuyen a la excesiva explotación a la que los españoles sometieron a los indios, provocada por la ambición desmedida. Escribe el Inca:

Es assí que de la conquista y repartimiento de aquel reino de Chili cupo a este cavallero, digno de imperios, un repartimiento rico, de mucho oro y de muchos vassallos, que le davan por año más de cien mill pesos de oro de tributo, y, como el hambre de este metal sea tan insaciable, crecía tanto más cuanto más davan los indios, los cuales, como no estuviessen hechos a tanto trabajo como passavan en sacar el oro ni pudiessen sufrir la molestia que les hazían por él y como de suyo no huviessen sido sujetos a otros señores, no pudiendo llevar el yugo presente, determinaron los de Araucu, que eran los de Valdivia, y otros aliados con ellos rebelarse y, assí, lo pusieron por obra, haziendo grandes insolencias en todo lo que pudieron ofender a los españoles.

Dada su perspectiva aristocrática, es extraño que Garcilaso atribuya la rebelión araucana al abuso de los españoles.<sup>183</sup> Me inclino a creer que esto es influencia de Ercilla, quien

---

<sup>183</sup> En otros pasajes de su obra, Garcilaso explica situaciones semejantes de manera muy distinta. En *La Florida*, por ejemplo, considera que el exterminio de los indios en Cuba fue consecuencia de su pereza (I, 12): “entonces estaba aquella tierra próspera y rica y muy poblada de indios, los cuales, poco después, dieron en ahorcarse casi todos, y la causa fue que, como toda aquella región de tierra sea muy caliente y húmida, la gente natural que en ella había era regalada y floja y para poco trabajo, y, como por la mucha fertilidad y frutos que la tierra tiene de suyo, no tuviesen necesidad de trabajar mucho para sembrar y coger, que por poco maíz que sembraban cogían por año más de lo que habían menester para el sustento de la vida natural, que ellos no pretendían otra cosa, y, como no conociesen el oro por riqueza ni lo estimasen, hacíaseles de mal el sacarlo de los arroyos y sobre haz de la tierra donde se cría, y sentían demasiadamente, por poca que fuese, la molestia que sobre ello les daban los españoles, y, como también el demonio incitase por su parte y con gente tan simple, viciosa y holgazana pudiese lo que quisiese, sucedió que, por no sacar oro, que en esta isla lo hay bueno y en abundancia, se ahorcaron de tal manera y con tanta prisa que hubo día de amanecer cincuenta casas juntas de indios ahorcados con sus mujeres y hijos de un mismo pueblo, que apenas quedó en él hombre viviente, que era la mayor lástima del mundo verlos colgados de los árboles, como pájaros zorzales cuando les arman lazos, y no bastaron remedios que los españoles procuraron y hicieron para lo estorbar. Con esta plaga tan abominable se consumieron los naturales de aquella isla y sus comarcas, que hoy casi no hay ninguno”. Compárese lo que, sobre el mismo hecho, cuenta Bartolomé de las Casas en el capítulo de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* titulado “De la isla de Cuba”: “Después de que todos los indios de la tierra desta isla fueron puestos en la servidumbre y calamidad de los de la Española, viéndose

aprovecha el tono grave de su poema para lamentar con insistencia la ambición de los españoles y del hombre en general: lo hace en el canto I (vv. 529-552), en el II (vv. 1-48) y en el III (vv. 1-32). Transcribo a continuación el primero de estos pasajes:

El felice suceso, la vitoria,  
la fama y posesiones que adquirían  
los trujo a tal soberbia y vanagloria  
que en mil leguas diez hombres no cabían,  
sin pasarles jamás por la memoria  
que en siete pies de tierra al fin habían  
de venir a caber sus hinchazones,  
su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecían los intereses y malicia  
a costa del sudor y daño ajeno,  
y la hambrienta y mísera codicia,  
con libertad paciendo, iba sin freno;  
la ley, derecho, el fuero y la justicia  
era lo que Valdivia había por bueno:  
remiso en graves culpas y piadoso,  
y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano  
en mal y estimación iba creciendo  
y, siguiendo el soberbio intento vano,  
tras su fortuna próspera corriendo,  
pero el Padre del cielo soberano  
atajó este camino, permitiendo  
que aquel a quien él mismo puso el yugo  
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

Los otros dos pasajes no agregan información nueva: son simples invocaciones (de gran calidad poética, sobra decir) para dar inicio al canto.

A diferencia de Ercilla, Garcilaso no se refiere al ataque de los araucos contra Penco ni al consejo de indios en que se nombra capitán general a Caupolicán después de haber cargado durante dos días un tronco de árbol (uno de los pasajes más célebres de *La*

---

morir y perecer sin remedio todos, comenzaron unos a huir a los montes, otros a ahorcarse de desesperados, y ahorcábanse maridos y mujeres, y consigo ahorcaban los hijos, y, por las crueldades de un español muy tirano, que yo conocí, se ahorcaron más de doscientos indios. Pereció desta manera infinita gente”. Ed. André Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 18.<sup>a</sup> ed., 2013.

*Araucana*, que retomará Rubén Darío en el primero de sus “Sonetos áureos”). Además, funde dos personajes de Ercilla en uno solo: ni Caupolicán ni Colocolo (de cuya existencia se tiene certeza) aparecen en los *Comentarios*; el Inca los sustituye con “un capitán viejo que había sido famoso en su milicia y estaba ya retirado en su casa”. No sería extraño que, como Cusi Huallpa, el inca viejo que contaba las “fábulas historiales”, el “capitán viejo” sea también un recurso para la eficacia de su relato. Según Garcilaso, fue este indio araucano quien ideó pelear con muchos escuadrones pequeños en vez de uno solo grande (aunque Ercilla se refiere a esta estrategia como si fuera una costumbre que ya existía cuando llegaron los españoles). Tenga el “capitán viejo” fundamento real o no, la representación literaria del personaje es admirable. Enterado de que los araucos no pueden vencer a los españoles, sale de su retiro para observar a los enemigos. En este punto, Garcilaso narra el relato desde la perspectiva del indio:

Llegado a un alto, de donde descubría los dos ejércitos, viendo el aloxamiento de los suyos tan largo y estendido y el de los españoles tan pequeño y recogido y habiendo mirado bien el sitio del campo, se había ido a los suyos y llamado a consejo y, después de largos razonamientos de todo lo hasta allí sucedido, entre otras muchas preguntas les había hecho éstas: si aquellos españoles eran hombres mortales como ellos o si eran inmortales como el Sol y la luna; si sentían hambre, sed y cansancio; si tenían necesidad de dormir y descansar. En suma, preguntó si eran de carne y hueso o de hierro y azero, y de los cavallos hizo las mismas preguntas, y, siéndole respondido a todas que eran hombres como ellos y de la misma compostura y naturaleza, les había dicho: “Pues idos todos a descansar, y mañana veremos en la batalla quién son más hombres, ellos o nosotros”.

Esta perspectiva permite que los lectores podamos imaginar (pues es imposible saberlo de cierto) cómo pudieron ver los indios a los españoles, a esos hombres “de hierro y azero”.<sup>184</sup>

Nótese, además, la similitud entre la respuesta del “capitán viejo” y la que, en el relato de

---

<sup>184</sup> No es muy distinto el artificio verbal de Julio Cortázar cuando, en “La noche boca arriba”, para representar una ciudad moderna a los ojos de un tlaxcalteca, escribe que éste “había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas”. *Final del juego*, en sus *Cuentos completos*, t. 1: 1945-1966, Madrid, Alfaguara, 1994, p. 392.

Viracocha, dan los chancas a los incas: “Mañana se verá quién merece ser Rey y quién puede perdonar”. Garcilaso pone la explicación de la estrategia de guerra en boca de su supuesto inventor, quien dice a sus hombres: “Id vosotros, hermanos, a pelear con aquellos españoles, y no digo que los vençáis, sino que hagáis lo que pudiéredes en favor de vuestra patria y, cuando no podáis más, huid, que yo os socorreré a tiempo, y los que huviéredes peleado en el primer escuadrón, bolviendo rotos, no os mezcléis con los del segundo, ni los del segundo con los del tercero, sino que os retiréis detrás de todos los escuadrones, que yo daré orden de lo que hayáis de hazer”. Durante las primeras horas de la batalla persiste en el relato la perspectiva del indio, quien, “assí como se ivan desbaratando los primeros escuadrones, embiava poco a poco que fuessen a pelear por su orden los que sucedían y, detrás de toda su gente, tenía un capitán, el cual, de los indios huidos que havían peleado, bolví a hazer nuevos escuadrones de a mil indios y les madava dar de comer y de beber y que descansassen para bolver a pelear cuando les llegasse la vez”. Más adelante, para mostrar mejor la eficacia de la estrategia araucana, el autor cambia el punto de vista, colocándolo ahora en los españoles:

haviendo rompido cinco escuadrones, alçaron los ojos a ver los que les quedavan y vieron otros onze o doze delante de sí y, aunque havía más de tres horas que peleavan, se esforçaron de nuevo y, apellidándose unos a otros, arremetieron al sexto escuadrón, que ivan en socorro del quinto, y lo rompieron, y también al seteno, octavo, noveno y décimo, mas ellos ni sus cavallos no andavan ya con la pujança que a los principios, porque havía grandes siete horas que peleavan sin haver cessado un momento, que los indios no los dexavan descansar en común ni en particular, que apenas havían deshecho un escuadrón cuando entrava otro a pelear, y los desbaratados se salían de la batalla a descansar y ponerse en nuevos escuadrones. Aquella hora miraron los españoles por los enemigos y vieron que todavía tenían diez escuadrones en pie [...]

El artificio técnico de Garcilaso permite que, de la misma manera que los lectores imaginamos antes el asombro de los indios ante los hombres “de hierro y azero” gracias a las preguntas del “capitán viejo”, podamos sentir ahora la desesperación de los españoles al

luchar contra un ejército que parece infinito. Ercilla, como ya adelanté, no afirma que esa estrategia militar fuera usada por vez primera el día que los araucos derrotaron a Valdivia, pero sí la explica, aunque con menor detenimiento, en el canto I del poema (vv. 185-192), mientras presenta las condiciones generales del pueblo araucano (es por esta explicación, de hecho, que Garcilaso menciona *La Araucana* al final de su relato):

Si el escuadrón primero que acomete  
por fuerza viene a ser desbaratado,  
tan presto a socorrerle otro se mete,  
que casi no da tiempo a ser notado;  
si aquél se desbarata, otro arremete,  
y, estando ya el primero reformado,  
moverse de su término no puede  
hasta ver lo que al otro le sucede.

El indio araucano que, a diferencia de Caupolicán y Colocolo, sí permanece en los *Comentarios* con su nombre propio es Lautaro (el Inca lo llama Lautaru y aclara que los españoles le decían Felipe). Su función, acciones y el sentido de las palabras que pronuncia son muy semejantes en los textos de Ercilla y Garcilaso. En *La Araucana*, los indios, desesperados de que no logran acabar con los españoles, ya se han rendido. Entonces Lautaro se enfrenta solo a los españoles y exhorta a sus compatriotas (III, vv. 265-368). Ercilla no escatima elogios al indio, cuya hazaña juzga superior a las realizadas por trece caudillos romanos y uno griego. Las acciones y, sobre todo, las palabras de Lautaru son notablemente menos prolijas en el texto del Inca; también son menos relevantes para la victoria final de los araucos. Como en la versión de Garcilaso los araucos no han dejado de luchar, Lautaru no los amonesta; sólo les anuncia la fuga de los españoles:

A esta hora un indio, que desde muchacho se había criado con el gobernador Pedro de Valdivia, llamado Felipe y en nombre de indio Lautaru, hijo de uno de sus caciques, en quien pudo más la infidelidad y el amor de la patria que la fe que a Dios y a su amo devía, oyendo apellidarse los españoles para retirarse, cuyo lenguaje entendía por haberse criado entre ellos, temiendo no se contentassen sus parientes con verlos huir y los dexassen ir libres, salió a ellos dando voces, diciendo: “No desmayéis,



hermanos, que ya huyen estos ladrones y ponen su esperanza en llegar hasta el passo estrecho. Por tanto, mirad lo que conviene a la libertad de nuestra patria y a la muerte y destrucción destes traidores”. Diciendo estas palabras, por animar los suyos con exemplo, tomó una lança del suelo y se puso delante dellos a pelear contra los españoles.

Entonces el “capitán viejo” da las órdenes necesarias para que los araucos rodeen a los españoles y acaben con ellos. El Inca tiene el cuidado de aclarar que Lautaro comprendía el español, pero no le interesa, en cambio, dar los detalles de las hazañas que hizo una vez que tomó la lanza. Evidentemente, en los *Comentarios* importan mucho más los hechos colectivos que los particulares, si bien estos últimos no pueden desaparecer. En *La Araucana*, por lo contrario, aunque hay una dimensión colectiva insoslayable, los hechos particulares son lo primordial.

Garcilaso ofrece tres versiones de la muerte de Valdivia. En la primera lo mata Lautaro; en la segunda, “un capitán viejo” (“pudo ser que fuese el mismo que dio el ardid para vencerlo”, aclara el Inca), y en la tercera es descuartizado en una fiesta pública mientras los indios, estando él vivo todavía, comen trozos asados de su cuerpo (en todas las versiones Valdivia se encuentra atado a un palo). Aunque Garcilaso ofrece las tres versiones, declara que la segunda es “lo más cierto”. Justamente esta versión es la que se encuentra en la *Araucana* (III, vv. 513-528):

Caupolicán, gozoso en verle vivo  
y en el estado y término presente,  
con voz de vencedor y gesto altivo  
le amenaza y pregunta juntamente;  
Valdivia, como mísero captivo,  
responde y pide, humilde y obediente,  
que no le dé la muerte y que le jura  
dejar libre la tierra, en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido  
del contrito Valdivia aquel consejo,  
mas un pariente suyo empedernido  
a quien él respetaba por ser viejo

le dice: “¿Por dar crédito a un rendido  
quieres perder tal tiempo y aparejo?”,  
y, apuntando a Valdivia en el cerebro,  
descarga un gran bastón de duro nebro.

A diferencia de lo que sucede en la exhortación de Lautaro, que el Inca reduce considerablemente, en este caso la reprensión del viejo araucano es más extensa en los *Comentarios* que en *La Araucana*, pues Garcilaso se sirve de ella para dar una lección moral: jamás confiar en un rendido. Fuera de este detalle, los hechos coinciden puntualmente en los dos textos:

Matólo arrebatadamente, por que los suyos no aceptassen los partidos que el triste gobernador ofrescía, atado como estava en el palo, y lo soltassen y dexassen ir libre, porque los demás capitanes indios, fiados en las promessas de Pedro de Valdivia, estavan inclinados a le dar libertad, porque les prometía salirse de Chili y sacar todos los españoles que en el reino havia y no bolver más a él, y, como aquel capitán reconociesse el ánimo de los suyos y viesse que davan crédito al gobernador, se levantó de entre los demás capitanes que oían los partidos y, con una porra en las manos, mató apriessa al pobre cavallero y atajó la plática de los suyos diziendo: “Haved vergüença de ser tan torpes e imprudentes que fiéis en las palabras de un esclavo rendido y atado. Dezidme qué no prometerá un hombre que está como éste se vee y qué cumplirá después que se vea libre”.<sup>185</sup>

Finalmente, la huida de los testigos es también casi idéntica en la *Araucana* y los *Comentarios*. Escribe Ercilla (III, vv. 545-552):

Dos bárbaros quedaron con la vida  
solos de los tres mil, que, como vieron  
la gente nuestra rota y de vencida,  
en un jaral espeso se escondieron;  
de allí vieron el fin de la reñida  
guerra y, puestos en salvo, lo dijeron,  
que, como las estrellas se mostraron,  
sin ser de nadie vistos escaparon.

El Inca, por su parte, relata:

---

<sup>185</sup> Las palabras que Garcilaso atribuye al viejo capitán araucano son muy semejantes a las siguientes máximas de *La Florida*: “de palabra de enemigo no se debe fiar el buen soldado para descuidarse por ella de lo que le conviene hacer en su salud y vida” (I, 9); “de las buenas obras ya recebidas pocos son los que se acuerdan para las agradecer” (II-II, 15).

Hasta aquí es la segunda nueva que, como he dicho, vino de Chili al Perú del desbarate y pérdida de Valdivia luego que sucedió, y embiéronla por relación de los indios amigos que en la batalla se hallaron, que fueron tres los que escaparon della, metidos en unas matas, con la escuridad de la noche, y, cuando los indios se huvieron recogido a celebrar su victoria, salieron de las matas y, como hombres que sabían bien el camino y eran leales a sus amos, más que Lautaru, fueron a dar a los españoles la nueva de la rota y destrucción del famoso Pedro de Valdivia y de todos los que con él fueron.

Como puede observarse, la única diferencia es el número de los indios prófugos: dos en *La Araucana*, tres en los *Comentarios*.

El Inca consideraba que la forma idónea para la historia era la prosa, no el verso, lo que expresa dos veces en el libro VIII de la parte segunda de los *Comentarios*. En el capítulo 13 la crítica es explícita y va precisamente contra Ercilla y los demás poetas que escribieron sobre la rebelión de los araucos:

Don García de Mendoça fue a su governación y llevó mucha gente muy luzida y, habiendo tomado la possessión, trató de ir con brevedad a la conquista y sujeción de los indios Araucos, que estaban muy sobervios y altivos con las victorias que de los españoles habían ganado, la primera de Pedro de Valdivia y otras que huvieron después, según las escriben en verso los poetas de aquellos tiempos, que fuera mejor escrevir las en prosa, porque fuera historia y no poesía, y se les diera más crédito.

En el capítulo 14 la descalificación se dirige a Juan de Castellanos y es mucho más sutil (sólo se evidencia por la conjunción “aunque”):

Del Cozco salieron con [Pedro de Orsúa] muchos soldados y, entre ellos, un Don Fernando de Guzmán, que yo conocí, que era muy nuevo en la tierra, rezién llegado de España, y otro soldado más antiguo, que se dezía Lope de Aguirre, de ruin talle, pequeño de cuerpo y de perversa condición y obras, como las refiere en sus *Elexías de varones ilustres de Indias* el licenciado Juan de Castellanos, clérigo presbítero, beneficiado de la ciudad de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, en las cuales elexías gasta seis cantos de su verdadera y galana historia. Aunque escrita en verso, en ellas cuenta la jornada de Pedro de Orsúa, que llevaba más de quinientos hombres muy bien armados y adereçados, con muchos y buenos cavallos.

Garcilaso censura, pues, que la historia se escriba en verso, porque, según él, de esa manera pierde credibilidad. No obstante, para un episodio de su obra toma como modelo un poema épico. Me parece que, al incurrir en esta aparente contradicción, el Inca demuestra que la

historiografía puede alcanzar, al mismo tiempo, la objetividad de la prosa y la belleza expresiva del verso. Aunque el verso siga existiendo hasta nuestros días, la prosa ha sido, desde la invención de la imprenta, el vehículo privilegiado para la expresión humana. No es casual que, en la misma época en que Garcilaso defendía la prosa como forma óptima para la historiografía, Cervantes también recomendara su uso para la ficción, al poner en boca del canónigo de Toledo que “la épica también puede escribirse en prosa como en verso” (*Quijote*, I, 47). La muerte de Pedro de Valdivia según el Inca es, precisamente, épica en prosa.

## 5. LA BATALLA CONTRA LAS RATAS (I, IX, 22)

Aunque su acción transcurre después de llegados los españoles al Perú, el Inca Garcilaso incluyó este relato en la parte primera de los *Comentarios* debido a que uno de los temas centrales del libro IX es la flora y la fauna importadas de Europa. Un navío se detiene en el puerto de Trujillo. Toda la tripulación baja, menos un hombre, pues se encuentra enfermo y no quiere caminar las dos leguas que separan la ciudad del puerto. Al sentir vacía la embarcación, las muchas ratas que hay en ella salen a la cubierta, encuentran al enfermo en su cama y lo atacan para comérselo. Él se levanta, toma un asador del fogón y vuelve a la cama, donde se defiende de los ataques de las ratas durante todo ese día y buena parte del siguiente. Cuando sus compañeros regresan al barco, encuentran casi cuatrocientas ratas muertas, y el enfermo, por el miedo de morir o la felicidad de haberse salvado, recupera la salud.<sup>186</sup>

---

<sup>186</sup> He decidido incluir el relato en este capítulo y no en el IV por parecerme que la adaptación de las ratas al continente americano, en tanto que no fue propiciada deliberadamente por los europeos, está más

El Inca no aclara cuándo sucedió el hecho, pero sí precisa que el navío, “que iba de Panamá a Los Reyes”, “tomó un puerto de los de aquella costa, y fue el de Trujillo”, y también que “aún no había pasado Francisco Drac, que enseñó a navegar por aquel mar y a que se recatassen de cosarios”. Por lo tanto, el suceso narrado debió de ocurrir entre 1535 (año en que se fundaron Trujillo y la Ciudad de los Reyes) y 1579 (cuando Francis Drake asoló el océano Pacífico). Entre los recursos utilizados por el autor en este relato para provocar en sus lectores el efecto de extrañamiento (o, lo que es lo mismo, el efecto estético), quizá el más notable sea el uso de léxico propio de la milicia: las ratas “acometieron” al hombre, quien, temeroso de “el ejército que contra él venía”, permaneció despierto en su cama “para velar y defenderse”, hasta que finalmente, después de una “gran batalla”, alcanzó “la victoria”. También contribuyen a dar lustre al relato las imágenes de cadáveres que el Inca plasma antes y después de la batalla. Primero presenta hombres muertos por ataques de ratas en situaciones semejantes: “muchas veces ha acaescido en aquella navegación dexar los enfermos vivos a prima noche y morirse sin que lo sientan, por no tener quien les duela, y hallarles por la mañana comidas las caras y parte del cuerpo, de braços y piernas”. Después muestra las ratas que mató el protagonista del relato: “vinieron los compañeros, los cuales, al derredor de la cama y sobre la cubierta y por los rincones que pudieron buscar, hallaron trescientas y ochenta y tantas ratas que con el asador había muerto, sin otras muchas que se le fueron lastimadas”. No debe extrañarnos que quien alcanzó tan gran maestría relatando hechos bélicos reales se permita en esta ocasión pintar un pequeño cuadro paródico, al estilo de la *Gatomaquia*, de Lope de Vega, o la

---

relacionada con el proceso de exploración y sometimiento del territorio que con la regulación de lo ya dominado, propia del virreinato.

*Batracomiomaquia* (atribuida a Homero durante mucho tiempo, aunque de época alejandrina).

Me parecería exagerado hacer una lectura política del relato (ver en las ratas, por ejemplo, un símbolo de la corrupción que trajo España al Nuevo Mundo), lo que sí admiten, a mi juicio, otros relatos aparentemente inocentes (como el del papagayo o el de los melones). Hago mías las palabras de Auerbach sobre el encuentro de don Quijote y Dulcinea (II, 10): “Para descubrir en esta escena alguna seriedad o un sentido profundo oculto, sería menester violentarla”.<sup>187</sup> Creo, en cambio, que el Inca incluye este relato en los *Comentarios* por su carácter hiperbólico. Según Garcilaso, en el Nuevo Mundo todo es formidable, incluso lo que no es autóctono. En el libro IX de la parte primera abundan las noticias de animales originarios de Europa que en América se han reproducido muy por encima de las expectativas: las cabras “han multiplicado tanto que no hazen caso dellas, sino para la corambre” (capítulo 18); respecto de los cerdos, “causavan admiración cómo pudiessen las madres criar tantos juntos y tenerlos tan bien mantenidos” (19); en cuanto a las ovejas, “hay tantas que valen muy poco” (20), y los conejos “han multiplicado tanto que cubren la tierra” (21). Lo mismo sucede con los vegetales (29):

De todas estas flores y yervas que hemos nombrado y otras que no he podido traer a la memoria, hay ahora tanta abundancia que muchas dellas son ya muy dañosas, como nabos, mostaza, yervabuena y mançanilla, que han cundido tanto en algunos valles que han vencido las fuerças y la diligencia humana toda cuanta se ha hecho para arrancallas, y han prevalescido de tal manera que han borrado el nombre antiguo de los valles y forçádoslos que se llamen de su nombre, como el Valle de la Yervabuena, en la costa de la mar, que solía llamarse Rucma, y otros semejantes. En la Ciudad de los Reyes crecieron tanto las primeras escarolas y espinacas que apenas alcançava un hombre con la mano los pimpollos dellas y se cerraron tanto que no podía hender un cavallo por ellas. La monstruosidad en grandeza y abundancia que algunas legumbres y mieses a los principios sacaron fue increíble. El trigo en muchas partes acudió a los principios a trezientas hanegas y a más por hanega de sembradura.

---

<sup>187</sup> *Op. cit.*, p. 323.

En el mismo capítulo, Garcilaso cuenta también de “un rávano de tan estraña grandeza que a la sombra de sus hojas estaban atados cinco cavallos”, “tan grueso que apenas lo ceñía un hombre con los braços, y tan tierno que después se llevó a la posada de Don García y comieron muchos dél”. Las ratas del barco son el contrapunto de la abundancia cultivada por el hombre: no sólo los ganados y las hortalizas se vuelven descomunales en América; también las plagas. “Horno salvaje de todas las especies!”, escribió César Dávila Andrade en su admirable poema “Catedral salvaje”.<sup>188</sup> El Inca habría aprobado ese verso.

---

<sup>188</sup> *Poesía, narrativa, ensayo*, Caracas, Ayacucho, 1993, p. 31.





### III. LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ

#### 1. EL MAESTRE BURLADO (II, IV, 29)

El Inca Garcilaso dedica dos libros de la parte segunda de los *Comentarios* (el IV y el V) a la rebelión de Gonzalo Pizarro. El primero de ellos comienza con la llegada al Perú del virrey Blasco Núñez Vela y termina con su muerte y el triunfo momentáneo de los rebeldes. En esta fase de la rebelión, el Inca cuenta un caso particular de los muchos soldados que no estaban comprometidos con ninguna de las dos causas y cambiaban continuamente de bando. Este soldado (cuyo nombre no se consigna) se queja con frecuencia ante Francisco de Carvajal de que no puede hacer grandes acciones militares porque tiene una yegua muy lenta. Harto de escuchar sus reclamos, Carvajal le da una mula y le advierte que, a partir de ese momento, no puede quejarse más y que, por lo contrario, está obligado a ser el primero en la persecución de los enemigos.<sup>189</sup> Carvajal le dice (seguramente de manera hiperbólica) que, si al amanecer no se encuentra doce leguas delante del ejército, lo castigará. Esa misma noche el soldado huye del ejército en la dirección contraria a la que va Carvajal. Cuando ha caminado once leguas, encuentra a otro soldado, quien pretende unirse a los rebeldes. El desertor le encarga decir al maestro de campo que sólo ha caminado once de las doce leguas que le ordenó, pero que muy pronto habrá caminado las doce. Ignorante de

---

<sup>189</sup> El ejército de Pizarro se dividió en dos frentes durante la primera fase de la rebelión: el del norte, dirigido por Pizarro mismo y que persiguió a Núñez Vela hasta Quito, y el del sur, dirigido por Carvajal y que persiguió al capitán Diego Centeno por todo el Alto Perú (lo que hoy es Bolivia). Pizarro acabó con el ejército de Núñez Vela en la batalla de Iñaquito. Carvajal, en cambio, no pudo hacer lo mismo con el de Centeno, pues éste, previendo la derrota, antes de que Carvajal lo alcanzara decidió disolver su ejército en pequeños grupos. Centeno permaneció escondido casi ocho meses en una cueva cerca de Arequipa, hasta que Pedro de la Gasca llegó al Perú y formó un nuevo ejército imperial.

que su interlocutor es un prófugo, el soldado da la información a Carvajal, quien se enoja mucho por la desvergonzada burla.

Es evidente que el Inca construyó este relato con sumo cuidado, pero está narrado con tanta fluidez que parece una ocurrencia espontánea. Garcilaso explica, en primer lugar, la situación general (que, durante la rebelión de Pizarro, eran muchos los soldados que cambiaban constantemente de bando):

No se permite dexar en olvido una burla que en estos tiempos y en estos alcances hizo un soldado a Francisco de Carvajal, entre otras muchas que en el discurso desta guerra le hizieron. Muchos soldados pobres ivan a Francisco de Carvajal en toda la temporada que fue maesse de campo y se le ofrecían, diziendo cada cual: “Señor, yo vengo tantas leguas de aquí a pie y descalço, sólo por servir al gobernador, mi señor. Suplico a vuessa merced mande proveerme de lo necessario para que yo le pueda servir”. Francisco de Carvajal les agradecía su voluntad y les pagava el trabajo del camino con proveerles de armas y caballos, vestidos y dineros lo mejor que podía. Muchos destos soldados se quedaron en su servicio y le sirvieron muy bien hasta el fin de la guerra. Otros muchos no ivan sino a que les proveyesse de armas y cavallos, para huirse, en pudiendo, al vando del Rey.

Aclarada la situación general, el Inca comienza a relatar el caso particular: “A uno destos soldados proveyó Carvajal en aquellos alcances de una yegua, que no tenía más. El soldado, que tenía intención de huirse, era muy tardío en los alcances, que siempre era de los postreros. Por otra parte hazía grandes bravatas, diziendo que, si tuviera una buena cavalgadura, que fuera de los primeros y el que más persiguiera a los contrarios”. Carvajal le da entonces la mula y lo amenaza. Sus palabras son las siguientes: “Señor soldado, he aquí la mejor cavalgadura que hay en nuestra compañía. Tómela vuessa merced, por que no se quexe de mí, y, por vida del gobernador, mi señor, que, si no amanece mañana doze leguas delante de nosotros, que me lo ha de pagar muy bien pagado”. La clave del relato consiste en la ambigüedad de la frase prepositiva “delante de”, que expresa distancia, pero no necesariamente dirección. Esta ambigüedad permite que el desertor pueda dar un sentido irónico al recado que envía con el otro soldado: “Hazedme merced, señor fulano, de dezirle

al maesse de campo que le suplico me perdone, que no he podido cumplir lo que me mandó, que no he caminado más de onze leguas, pero que de aquí a mediodía caminaré las doze y otras cuatro más”. Literalmente, el desertor hace saber a Carvajal que lo obedeció, aunque se disculpa por no haber cumplido a cabalidad la orden que le dio, pues le faltó una legua para alcanzar las doce (lo que confirma que las palabras de Carvajal eran hiperbólicas, ya que, a pesar de su “buena diligencia”, el desertor sólo pudo caminar once leguas). Pero lo que el desertor pretende en realidad es informar al maestre de campo que, amparado en la falta de precisión de sus palabras, se burló de él haciendo justamente lo contrario de lo que le ordenó. La cercanía entre este episodio y la picaresca es evidente. Como buen pícaro, el soldado desertor no se conforma con haberse salido con la suya: para que su satisfacción sea plena, necesita también hacer saber a su víctima que fue burlada. Su acción es comparable con la de Lázaro cuando, hacia el final del tratado I, después de haber estrellado al ciego en el pilar, le pregunta: “¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? ¡Olé, olé!”. Naturalmente, Lázaro no espera una respuesta: sólo quiere hacer saber al ciego que, a pesar de su astucia y recelo (evidentes en el episodio de la longaniza), él fue capaz de burlarlo. Por supuesto, la acción de Lázaro es una venganza justificada por los muchos abusos del ciego; la del desertor, en cambio, es una infamia gratuita.<sup>190</sup>

Al final del relato, el Inca lanza un juicio moral sobre la acción del desertor, expresado por las palabras de Carvajal mismo, que transcribo a continuación:

---

<sup>190</sup> En cuanto a puntos de contacto entre la picaresca y los relatos sobre las guerras civiles del Perú, es notable el caso de Alonso Enríquez de Guzmán. Sobre este peculiar personaje, escribe José Miguel Oviedo: “Entre los soldados y protagonistas de la primera hora de la conquista, prosistas algo bárbaros y testigos tendenciosos, un caso pintoresco, quizá el más literario de todos: el de Alonso Enríquez de Guzmán (1501-1549?), autor de una novelesca autobiografía titulada *Libro de la vida y costumbres de ...* (posterior a 1543), que relata sus andanzas de «caballero noble desbaratado» convertido en pícaro indiano —justo cuando está por aparecer la picaresca en España— durante las guerras civiles entre los conquistadores del Perú; aunque es uno de los testigos iniciales de la conquista, confiesa que «no hay cosa más desabrida» que la verdad y prefiere ser ameno, burlón, irreverente”. *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. 1 *De los orígenes a la Emancipación*, Madrid, Alianza, 1995, p. 142.

“A estos texedores”, que así llamava a los que se iban a él y se bolvían al Rey, “les conviene andar confessados, porque no tengo necessidad de que vengan a engañarme, a quitarme mis armas y cavallos, los que yo procuro para los míos, y que después de armados y arreados se me huyan, y de los clérigos y frailes que fueren espías he de hazer lo mismo. Los religiosos y sacerdotes esté en sus iglesias y conventos, rogando a Dios por la paz de los cristianos, y no se atrevan, en confianza de sus hábitos y órdenes, a hazer tan mal oficio como ser espías, que, si ellos mismos desprecian lo que tanto se deve preciar, ¿qué mucho que los ahorque yo, como lo he visto hazer en las guerras que he andado?”.<sup>191</sup>

Si el hecho relatado no bastó, las palabras de Carvajal hacen patentes los perjuicios causados por los tejedores y justifican la pena de muerte que el maestre de campo les daba. El final de este relato ilustra muy bien la habilidad de Garcilaso para manifestar una idea y no hacerse responsable de ella. Como bien señala Durand, es evidente en el Inca la “repugnancia por la deslealtad, por aquel continuo pasarse de un bando a otro al grito de ¡viva quien vence!”.<sup>192</sup> En este caso, Garcilaso considera que Carvajal actúa con justicia al condenar a muerte a los traidores (sean soldados o religiosos), pero nadie (ningún censor inquisitorial ni ningún lector moderno) puede demostrar que el autor suscriba esta opinión, pues la atribuye a un personaje. Sin embargo, después de las palabras de Carvajal, Garcilaso escribe: “Esto dixo Carvajal con mucho enojo y lo cumplió después en los unos y en los otros, como lo dizen los historiadores, y con estos texedores que le engañaban mostraba él su ira y crueldad, que a los soldados que derechamente servían al Rey, sin passarse de una parte a otra, les hacía honra quando los prendía y procurava regalarles, por ver si pudiesse hazerlos de su vando”. Es decir que, según el Inca, Carvajal apreciaba una

---

<sup>191</sup> Cuando Carvajal asegura que ha visto ahorcar religiosos “en las guerras que ha andado”, es probable que se refiera a la guerra de la Liga de Cognac (1526-1530), en la que las tropas españolas y alemanas de Carlos V derrotaron a la alianza formada por los Estados Pontificios, Florencia, Venecia, Milán, Francia e Inglaterra. Después de relatar la muerte del maestre de campo (II, V, 40), el Inca cuenta una anécdota suya durante el saco de Roma (1527), “donde, por haver peleado como buen soldado, no hubo nada del saco, porque es ordinario que, mientras pelean los buenos soldados, saquean y gozan de la presa los no tales”. Es comprensible que quien había formado parte del ejército que hizo la guerra al papa no tuviera empacho alguno en ahorcar religiosos. Carvajal, además, fue clérigo durante algunos años y pudo ver de cerca la corrupción de la iglesia católica.

<sup>192</sup> *El Inca*, p. 106.

virtud en los enemigos (la lealtad), y quien castiga el vicio y premia la virtud es, necesariamente, un hombre justo.

Me parece pertinente citar de qué manera uno de los narradores hispanoamericanos más importantes del siglo XX captó una situación histórica muy semejante a la plasmada por el Inca en el relato arriba comentado. Me refiero a una de las secuencias finales de *Pedro Páramo*, en la que Juan Rulfo muestra, con admirable maestría, los vaivenes de otra guerra civil: la Revolución Mexicana. De ninguna manera pretendo demostrar una filiación entre los dos textos: simplemente creo que es válido contrastar dos hechos estéticos provocados por condiciones históricas análogas. El texto de Rulfo, que comparte con el de Garcilaso una amargura no exenta de humor, es el siguiente:

*El Tilcuate* siguió viniendo:

—Ahora somos carrancistas.

—Está bien.

—Andamos con mi general Obregón.

—Está bien.

—Allá se ha hecho la paz. Andamos sueltos.

—Espera. No desarmes a tu gente. Esto no puede durar mucho.

—Se ha levantado en armas el padre Rentería. ¿Nos vamos con él, o contra él?

—Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.

—Pero si somos irregulares. Nos consideran rebeldes.

—Entonces vete a descansar.

—¿Con el vuelo que llevo?

—Haz lo que quieras, entonces.

—Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta cómo gritan. Además lleva una ganada la salvación.

—Haz lo que quieras.<sup>193</sup>

---

<sup>193</sup> Madrid, Cátedra, 16.<sup>a</sup> ed., 2002, pp. 171-172.

## 2. EL DEVOTO TEMERARIO (II, V, 9)

El segundo libro de los *Comentarios* dedicado al levantamiento de Gonzalo Pizarro (II, V) comienza con la llegada al Perú de Pedro de la Gasca y termina con la rendición definitiva de los rebeldes. El Inca Garcilaso relata una de las derrotas que, en esta fase de la rebelión, sufrieron los pizarristas sin ser superados en lo propiamente militar, sino debido a que, convencidos por las promesas del licenciado Gasca, muchos de ellos se pasaron al bando contrario durante la batalla (lo mismo que sucederá en Jaquijahuana). Diego Centeno, después de haber pasado ocho meses escondido en una cueva, ha reconstruido su ejército y se dirige al Cuzco, que defiende el capitán pizarrista Antonio de Robles con muchos más soldados y armamento que Centeno. Éste sabe, empero, que casi todos los hombres de Robles, encabezados por Alonso de Hinojosa, se pasarán a las tropas imperiales en cuanto comience la batalla. Centeno ataca de noche y ordena que los indios conduzcan hacia el lugar donde se encuentra el escuadrón de Robles los pocos caballos que llevan, los cuales van sin jinetes y con mechas encendidas colgadas. En medio de esta confusión, los pizarristas que desean cambiarse de bando pueden hacerlo fácilmente, y quienes sí son fieles, desconcertados, no saben a quién atacar. Entonces Centeno y sus hombres, reforzados por los pizarristas desertores, los sorprenden por atrás y los rinden fácilmente, sin siquiera derramar sangre. El Inca considera que el único “hecho notable” ocurrido en aquel trance es el “milagro” de Pedro Maldonado. Al parecer, este vecino del Cuzco no está a favor de ningún bando, pero tiene la ocurrencia de atacar con una pica a Diego Centeno, a quien encuentra por casualidad en medio de la batalla. Maldonado hiere al capitán y lo derriba. Entonces, al ver a su señor en peligro, un paje de Centeno dispara un tiro de

arcabuz al pecho del agresor, quien, aunque cae, de inmediato se incorpora para seguir luchando. Después llegan más soldados de Centeno y rinden a Maldonado. El Inca explica, finalmente, que la bala no lo mató porque dio en un grueso libro de oraciones.

Como tantas veces, Garcilaso desatiende una acción colectiva (en este caso la toma del Cuzco por los hombres de Diego Centeno) para relatar una particular. Aparece Pedro Maldonado inmerso en su vida cotidiana: “A este tiempo estaba en las casas que eran de Hernando Piçarro, que ahora son de la Santa Compañía de Jesús, un hombre llamado Pedro Maldonado, hombre pacífico y quieto, que no professava la soldadesca ni presumía della. Estava rezando las horas de Nuestra Señora, cuyo devoto era”. Con dos adjetivos y una oración relativa queda muy bien dibujado el personaje. La acción que éste se encuentra realizando es fundamental para la eficacia del relato: por una parte ratifica su carácter “pacífico y quieto”; por otra, es un indicio (a la manera de Gonzalo de Berceo) del “milagro” que ocurrirá. Viene entonces la ruptura del equilibrio (inexplicablemente, contradiciendo la apacibilidad que lo distingue, Pedro Maldonado sale a la calle y ataca a Diego Centeno):

Oyendo el arma, metió las horas en el seno y, con su espada ceñida y una pica que acertó hallar a mano, salió a la plaça, y el primero con quien topó fue Diego Centeno, y, sin saber quién era, le dió un picazo y le atravesó la mano izquierda y el segundo golpe le tiró a los muslos y le hirió en el muslo izquierdo y no se lo pasó porque el hierro de la pica era un hierro antiguo, de los que llamavan de orejas, que demás de la punta con que hería tenía a los lados dos bueltas, a semejança de la pintura que llaman flor de lis, y por tener aquellos cornezuelos a los lados no pasó el hierro el muslo, pero, al tirar que Pedro Maldonado hizo de la pica para dar otro golpe, assieron los cornezuelos de las cuchilladas de las calzas, que eran de terciopelo, y dio con Diego Centeno en tierra.

Todas las acciones del enfrentamiento son ridículas: Maldonado ataca a Centeno por casualidad, sin saber que es el jefe del ejército imperial, y su pica, en vez de atravesarle el muslo, se atora en las calzas y lo tira al suelo. Cuando el paje dispara a Maldonado y éste se

levanta sin mayores problemas, el narrador sigue su relato, como si eso fuera perfectamente normal: “A este tiempo un paje suyo, ya hombre, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que iba en su guardia, viendo a su señor caído, dio a Pedro Maldonado un arcabuzazo, de que cayó tendido en el suelo, mas luego se levantó para pelear con Diego Centeno. Entretanto llegaron otros al socorro de Diego Centeno y rindieron a Pedro Maldonado y le desarmaron”. Entonces, para mayor desconcierto del lector, el capítulo termina.

Entre el capítulo 9 y el 10, el Inca recurre a dos estrategias narrativas a las que ya me referí anteriormente. Como en el relato del Inca Viracocha, la acción se interrumpe en el punto de mayor emoción. En este caso la pausa es mucho menos violenta (consiste sólo en el paso de un capítulo a otro), pero separa la desconcertante salvación de Pedro Maldonado y la explicación de lo sucedido. La otra estrategia consiste precisamente en la declaración pospuesta del hecho extraordinario, presente tanto en el relato de los collas de Cac-yauiri como en el de Viracocha. Es lo mismo que vuelve a hacer ahora. Garcilaso explica al inicio del capítulo 10:

Pedro Maldonado era el hombre más alto y más corpulento que yo he visto allá ni acá. No murió del pelletazo ni salió herido dél, aunque cayó en el suelo, porque, según después pareció, la Virgen María, Nuestra Señora, cuyo devoto él era, quiso librarle de aquella muerte, porque la pelota dio en las horas que lleva[va] en el seno, en las cuales, como diximos, estava rezando cuando se tocó el arma y él salió a la pelea, y el grandíssimo golpe de la pelota le derribó como si fuera un niño.

Como en las victorias militares de los incas contra collas y chancas, Garcilaso ofrece dos explicaciones del hecho extraordinario (una maravillosa y la otra realista): Maldonado resistió el tiro de arcabuz porque la virgen María lo protegió, pero el Inca también aclara que era alto y corpulento y que la bala dio justamente sobre el libro de oraciones.<sup>194</sup> Sin

---

<sup>194</sup> Las palabras exactas del Inca son: “Pedro Maldonado era el hombre más alto y corpulento que yo he visto allá ni acá” Constantemente, Garcilaso asegura que, entre todos los españoles que fueron al Nuevo Mundo, fulano era el más valiente; zutano, el más liberal; perengano, el más prudente, etcétera. No hay que



embargo, en este caso los valores de una y otra explicación son opuestos a los que tienen en las “fábulas históricas”. En éstas la explicación realista (el hecho histórico) tiene preponderancia sobre la maravillosa (la leyenda), cuya función es principalmente estética. Por lo contrario, en el milagro de Maldonado la explicación maravillosa (el poder de la fe) es lo más importante. Al final del relato, empero, la precisa descripción del objeto contribuye a que los lectores se convencen de que, prescindiendo de la intervención divina o la buena suerte de Maldonado, el hecho es del todo posible:

Yo vi las horas años después, que, hallándome cerca de Pedro Maldonado a una misa de las que cada sábado se cantan a la Madre de Dios en aquella su casa de las Mercedes, se las pedí, diziéndole que tenía desseo de ver las horas del milagro, que así las llamaron comúnmente desde aquel día. Él me las dio, y yo las abrí, y la pelota entró por el principio de las horas y horadó y rompió del todo las primeras treinta o cuarenta hojas, y otras tantas adelante remolió en redondo, y otras doze o quinze más adelante rompió a la larga, en el tamaño de la pelota, y la postrera hoja destas así rotas era la que estava antes de la missa de Nuestra Señora, que en aquellos tiempos imprimían en las horas que llamavan de Nuestra Señora no solamente el oficio de la Virgen y la missa, sino otras muchas devociones, cuantas querían los impressores, porque entonces no havia la calificación de los libros que ahora hay desde el Santo Concilio de Trento acá. Las horas eran del tamaño de un diurnal ordinario de los que ahora se usan.

Incluso hay una aclaración rigurosamente histórica: antes del Concilio de Trento los libros de oración se hacían de una manera y de otra en la época en que Garcilaso escribe.

Los milagros son un tópico en la obra del Inca (como sucede en la gran mayoría de las crónicas de Indias). Señala acertadamente Pupo-Walker: “Remontándose —como lo harían muchos otros historiadores españoles y cronistas indios— a la cuentística medieval, Garcilaso introduce hábilmente en su obra relatos de milagros y apariciones que a su vez podían justificarse como parte integral de la teología histórica que aún se acataba en su

---

tomar literalmente estas afirmaciones hiperbólicas, sino como meras fórmulas, muy comunes en la escritura de los siglos XVI y XVII. También la obra de Cervantes está plagada de ellas.

tiempo”.<sup>195</sup> Por supuesto, no todos los milagros del Inca funcionan tan bien como el aquí tratado: algunos son fallidos en tanto relatos literarios. Durante el sitio del Cuzco, por ejemplo, Garcilaso relata una aparición de la virgen María (II, II, 25):

Venida la noche que el Inca señaló, salieron los indios apercebidos de sus armas, con grandes fieros y amenazas de vengar las injurias passadas con degollar los españoles, los cuales, avisados de sus criados, los indios domésticos, que les servían de espías, de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas y con gran devoción llamando a Cristo Nuestro Señor y a la Virgen María, su madre, y al Apóstol Santiago que les socorriessen en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los indios para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire Nuestra Señora, con el niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante dellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados. Sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían dónde estaban. Tuvieron por bien de bolverse a su alojamiento antes que los españoles saliessen a ellos. Quedaron tan amedrentados que en muchos días no osaron salir de sus cuarteles.

Este milagro presenta poco interés literario por dos razones (sin contar que no es digno de crédito desde el punto de vista histórico): en primer lugar, sólo admite la explicación maravillosa y, en segundo, la mera aparición de la virgen María para favorecer a sus fieles es un tópico sin ningún rasgo de originalidad. En cambio, en el milagro de Pedro Maldonado la posibilidad de la interpretación realista enriquece notablemente el significado del texto. Al igual que en algunas novelas del siglo XX, como *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, o *Balún Canán*, de Rosario Castellanos, cada lector puede optar por una u otra explicación de los hechos narrados. Asimismo, la ridiculización de los personajes y sus acciones, el suspenso de la narración y la descripción minuciosa del objeto milagroso hacen el relato mucho más interesante.

Sobre el sentido de los milagros en la obra del Inca, Pupo-Walker considera que “el Inca asimiló un catolicismo exacerbado por siglos de guerras religiosas y por el fragor de la conquista del Nuevo Mundo. La que trajeron los españoles era una fe que aún estaba

---

<sup>195</sup> *Op. cit.*, p. 168.

impregnada de relatos milagrosos que tenían raíces muy profundas en la hagiografía popular del Medioevo, relatos que él luego insertará en sus libros con la misma devoción y certidumbre que debió experimentar al oírlos en su infancia”.<sup>196</sup> Creo que en este caso exagera un poco el crítico cubano. La inclusión de milagros en los *Comentarios reales* es una cuota que impuso a Garcilaso la sociedad en que vivía: en la España del siglo XVII no se podía tener buen crédito de historiador (ni de prácticamente nada) si no se era un ferviente católico. Es evidente que el autor no da demasiada importancia a algunos de los milagros que relata, en tanto que otros lo llevan a escribir páginas admirables. ¿Es que acaso unos milagros le parecen más piadosos que otros? Creo que simplemente algunos le ofrecen materia narrativa más estimulante y en ellos concentra su gran talento.

### 3. LOS CUENTOS DE FRANCISCO DE CARVAJAL (II, V, 41-42)

En palabras de Miró Quesada, el Inca Garcilaso “cierra con vívidas semblanzas la relación de la vida y de la muerte de los más hazañosos Capitanes”.<sup>197</sup> Es decir que dedica un capítulo (o por lo menos algunas líneas) a describir los rasgos más distintivos de cada personalidad. Sin embargo, en el caso del maestro de campo Francisco de Carvajal,<sup>198</sup> la estrategia retórica cambia: al final de su vida, el Inca no ofrece a los lectores un retrato tradicional (un texto principalmente descriptivo al que quizá se subordine alguna narración breve para ilustrar determinado rasgo), sino trece relatos protagonizados por Carvajal sin ninguna transición entre ellos (simplemente yuxtapuestos). Quizá esto signifique que los

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>197</sup> *Op. cit.*, p. 332.

<sup>198</sup> El verdadero nombre de Carvajal era Francisco López Gascón, pero cambió sus apellidos por el del cardenal Bernardino de Carvajal, de quien fue criado.

adjetivos no bastan para captar la existencia de un hombre como Carvajal, que sólo sus acciones pueden darnos una idea de cómo fue. En el apéndice de este trabajo incluyo los trece relatos correspondientes a los dos capítulos. A continuación, sólo me detendré en cinco de ellos (los que me parecen mejor logrados), así como en algunos otros pasajes (todos ellos pertenecientes a los libros V y VI de la parte segunda de los *Comentarios*) en los que las acciones y palabras de Carvajal son fundamentales para la comprensión cabal de la obra. Como Garcilaso, también considero que este personaje merece un tratamiento distinguido en la escritura.

La pequeña introducción que antecede a la serie de relatos es la siguiente: “Tuvo Francisco de Carvajal cuentos y dichos graciosos, que en todas ocasiones y propósitos los dixo tales. Holgara yo tenerlos todos en la memoria para escrevirlos aquí, porque fuera un rato de entretenimiento. Diremos los que se acordaren y los más honestos, por que no enfade la indecencia de su libertad, que la tuvo muy grande”. Debido a que son muy breves y semejantes entre sí (lo que permite analizarlos juntos), transcribo a continuación cuatro de los cinco relatos seleccionados (que mostrarán muy bien a qué se refería el Inca con “la indecencia de su libertad”):

Otro día, saliendo del Cozco, yendo hazia el Collao, llevaba trezientos hombres en escuadrón formado, que muchos días, por su pasatiempo y por exercitar sus soldados en la milicia, llevaba su gente assí puesta en orden. A poco más de una legua de la ciudad se apartó un soldado del escuadrón y se fue detrás de unas peñas que están cerca del camino, a las necesidades naturales. Carvajal, que iba el último del escuadrón para ver cómo caminava la gente, fue en pos del soldado y le riñó que por qué havia salido de la orden. El soldado se disculpó con su necesidad. Carvajal le respondió diziendo: “Pesar de tal, el buen soldado del Perú, que, por ser del Perú, tiene obligación a ser mejor que todos los del mundo, ha de comer un pan en el Cozco y echarlo en Chuquisaca”. Dixo esto por encarecer la soldadesca, que por lo menos hay del un término al otro dozientas leguas en medio.

Estuvo Carvajal una temporada alojado en una ciudad de aquéllas. Tenía sus soldados aposentados entre los moradores della. Ofrecióse salir de allí con su gente a cierta jornada, y al cabo de dos meses bolvió a la ciudad. Un oficial zeloso, que en el

alojamiento pasado había tenido un soldado por huésped, salió a hablar a Carvajal y le dixo: “Señor, suplico a vuesa merced que el huésped que me huviere de echar no sea fulano”. Carvajal, que le entendió, inclinó la cabeça en lugar de respuesta. Llegando a la plaça, aposentó sus soldados, diziéndoles a cada uno: “Vuesa merced vaya a casa de fulano, y vuesa merced, a la de çutano”, que con esta facilidad los aloxava dondequiera que iva, como si tuviera la lista de los moradores por escrito. Llegando al soldado señalado, le dixo: “Vuesa merced irá a casa de fulano”, que era lexos de la casa del primer huésped. El soldado respondió: “Señor, yo tengo huésped conocido donde ir”. Carvajal replicó: “Vaya vuesa merced donde le digo y no a otra parte”. Bolvió a porfiar el soldado y dixo: “Yo no tengo necesidad de nueva posada. Iré donde me conocen”. Carvajal, inclinando la cabeça con mucha mesura, le dixo: “Vaya vuesa merced donde le embío, que allí le servirán muy bien, y, si más quisiere, ahí está Doña Catalina Leytón”. El soldado, viendo que le alcançava los pensamientos y proveía a sus deseos, sin hablar más palabra se fue donde le mandaron.

Atrás, en su lugar, diximos brevemente cómo Francisco de Carvajal dio garrote a Doña María Calderón y la colgó de una ventana de su posada. No diximos entonces las palabras y razones que de una parte a otra se dixeran, por ir con la corriente de la historia y no ser aquél lugar de gracias. Ahora se pondrán las que allí faltaron. Doña María Calderón, aunque estava en poder de sus enemigos, hablava muy al descubierto contra Gonçalo Piçarro y sus tiranías, y no era otra su plática ordinaria sino dezir mal dél. Carvajal, que lo supo, le embió amonestar una y dos y más vezes que se dexasse de aquellas gracias, que ni eran discretas ni provechosas para su salud. Doña María Calderón, en lugar de refrenarse y corregirse, habló de allí adelante con más libertad y desacato, de manera que obligó a Carvajal a ir a su posada para remediarlo, y le dixo: “¿Sabe vuesa merced, señora comadre (que cierto lo era), cómo vengo a darle garrote?”. Ella, usando de sus donaires y pensando que Carvajal se burlava con ella, respondió: “Vete con el Diablo, loco borracho, que aunque sea burlando no lo quiero oír”. Carvajal dixo: “No burlo. Cierto que, para que vuesa merced no hable tanto y tan mal, vengo a que le aprieten la garganta y, para que vuesa merced lo crea, mando y requiero a estos soldados etíopes que le den garrote”, que eran tres o cuatro negros que siempre traía consigo para semejantes hazañas, los cuales la ahogaron luego y la colgaron de una ventana que salía a la calle. Carvajal, passando por debaxo della, alçó los ojos y dixo: “Por vida de tal, señora comadre, que, si vuesa merced no escarmienta de ésta, que no sé qué me haga”.

Persiguiendo Francisco de Carvajal al capitán Diego Centeno en los alcances tan largos que le dio, prendió un día tres soldados de sus contrarios. Ahorcó los dos que eran de más cuenta y, llegando al tercero, que era extranjero, natural de Grecia, y se dezía maesse Francisco y hazía oficio de cirujano, aunque no lo era, dixo: “A éste, que es más ruin, ahórquenmelo de aquel palo más alto”. Maesse Francisco le dixo: “Señor, yo no he hecho enojo alguno a vuesa merced para que quiera matar a un hombre tan ruin como yo, que le puedo servir de curar sus heridos, que soy gran maestro de cirugía”. Carvajal, viéndole tan cuitado, le dixo: “Anda, vete, que yo te perdono lo hecho y por hazer, y ve luego a curar mis azémilas, que ésse es el oficio que tú sabes”. Con esto se escapó maesse Francisco y, passados algunos meses, se

huyó y sirvió a Diego Centeno. Carvajal, después de la batalla de Huarina, volvió a prenderle y mandó que lo ahorcassen luego. Maesse Francisco le dixo: “Vuesa merced no me ha de matar, que en tal parte me perdonó lo hecho y por hazer, y hame de cumplir su palabra como buen soldado, pues se precia de serlo”. Carvajal le dixo: “Válgate el Diablo, y ¿de eso te acuerdas ahora? Yo te la cumplo. Ve luego a curar las azémilas y húyete cuantas vezes quisieres, que, si todos los enemigos del governador, mi señor, fueran como tú, no los tuviéramos por tales”. Este cuento de maesse Francisco quiere un autor que fuesse con un fraile de misa. En la relación le trocaron los sujetos.

En los cuatro relatos Carvajal reprende sendos vicios: la irresponsabilidad en el primer caso, la lujuria en el segundo, la maledicencia en el tercero y la deslealtad en el cuarto. Cada uno de los antagonistas a los que se enfrenta Carvajal comete una acción reprobable: el soldado que va “a las necesidades naturales” pone en peligro su vida y la de sus compañeros al descuidar su posición en medio de una guerra; el lujurioso compromete la simpatía de uno de los vecinos de la ciudad con el ejército de Pizarro, lo que, dadas las circunstancias, podría traer graves consecuencias; las habladurías de la mujer son, evidentemente, perjudiciales para la causa de los rebeldes, ni qué decir de los vaivenes del “tejedor”. En los cuatro casos hay un castigo: Carvajal regaña a sus dos soldados, manda matar a la mujer y humilla al traidor. Los cuatro castigos conllevan un discurso sarcástico: explica al primer soldado con una hipérbole (que debe defecar en Chuquisaca lo que haya comido en el Cuzco) su obligación de no descuidarse; al segundo, sin tocar el tema de manera explícita, le demuestra que sabe sus razones para querer permanecer en la casa donde antes se hospedó y le ofrece a su propia esposa (Catalina Leytón) para saciar sus deseos carnales; ante el cadáver colgando de la mujer dice que no se le ocurre qué más hacer si persisten las habladurías (un adínaton muy cruel), y a quien más que nadie merece la muerte le ofrece el perdón para mostrarle el absoluto desprecio que siente por él, tomando al pie de la letra algo que originalmente expresó de manera hiperbólica (perdonar al traidor todos sus delitos pasados y futuros). “Garcilaso aprueba tácitamente al sarcástico

Carvajal”, observa Durand, quien también llama al maestro de campo “experimentado conocedor del corazón humano”.<sup>199</sup> Sin emitir ningún juicio como narrador, Garcilaso ofrece los relatos a los lectores y deja que cada uno juzgue, pero es evidente que considera, en todos los casos, que Carvajal tiene la razón.

Para que los lectores puedan admitir la imagen positiva de Carvajal, el Inca se ve obligado continuamente a contradecir a los otros historiadores o, por lo menos, a atenuar sus juicios, pues todos, sin excepción, presentan al maestro de campo como un hombre terrible y perverso (lo que le valió el apodo de Demonio de los Andes). Antes de los trece relatos, escribe Garcilaso sobre Carvajal: “En el discurso de su vida tuvo su milicia por ídolo, que adorava en ella, preciándose más de soldado que de cristiano, y assí todos los tres autores lo condenan, pero no fue tan malo como ellos dizen, porque, como buen soldado, presumía de hombre de su palabra y era muy agradecido de cualquiera beneficio, dádiva o regalo que le hiziessen, por pequeño que fuesse” (II, V, 40). Los tres autores a quienes contradice el Inca son, naturalmente, Francisco López de Gómara, Agustín de Zárate y Diego Fernández de Palencia. En su *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú* (V, 14), escribe Zárate:

Fue muy amigo de vino, tanto que, cuando no hallava de lo de Castilla, bevía de aquel brevaje de los indios más que ningún otro español que se haya visto. Fue muy cruel de condición. Mató mucha gente por causas livianas y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenía assí para conservación de la diciplina militar, y a los que matava era sin tener dellos ninguna piedad, antes diziéndoles donaires y cosas de burla y mostrándose con ellos muy bien criado y comedido. Fue muy mal cristiano y assí lo mostrava de obra y de palabra.<sup>200</sup>

Gómara, por su parte, en el capítulo 170 de la *Historia general de las Indias* (titulado “Robos y crueldades de Francisco de Carvajal con los del bando del rey”) acentúa la

---

<sup>199</sup> *El Inca*, p. 99.

<sup>200</sup> Garcilaso transcribe íntegras las palabras de Zárate (II, V, 40).

descalificación de Carvajal mediante el veloz relato de sus crímenes, lo que perfila con gran eficacia a un hombre que aprecia muy poco la vida humana:

Carvajal fue herido de arcabuz en una nalga malamente, mas ni lo dijo ni se quejó hasta vencer y echar fuera los enemigos; curóse y corrió tras ellos; alcanzólos a cinco leguas, orillas de un gran río, y, como estaban cansados y adormidos, desbaratólos fácilmente; prendió muchos, ahorcó hartos y degolló al Lope de Mendoza y a Nicolás de Heredia; despojó los Charcas, saqueó la Plata, ahorcando y descuartizando en ella nueve o diez españoles de Lope de Mendoza que halló allí; fue a Arequipa, robóla y ahorcó otros cuatro; caminó luego al Cuzco y ahorcó otros tantos. Hacía tantas crueldades y bellaquerías que nadie osaba contradecirle.

Más adelante, en el capítulo 187 de su *Historia*, afirma que no era “muy valiente ni diestro”, ante lo cual Garcilaso, visiblemente indignado, protesta: “No sé qué más destreza ni valentía ha de tener un maesse de campo que saber vencer batallas y alcançar vitoria de sus enemigos” (II, V, 40).

Son dos los principales méritos que el Inca reconoce en Carvajal: su astucia militar y su cruda sinceridad. Las virtudes de Carvajal como maestre de campo se manifiestan en distintos pasajes de los *Comentarios*, pero quizá en ninguno con tanta claridad como en el relato de la batalla de Huarina, la última victoria de los rebeldes contra el ejército imperial. Como bien observa González Echevarría a propósito de esta batalla, “Garcilaso is anxious to prove that Carvajal was a great soldier” y, para ello, hace ver que “Pizarro emerged victorious because of Carvajal’s superior ability as a field marshal”.<sup>201</sup> Carvajal, que tenía pocos hombres y muchos arcabuces, ordenó a algunos de sus soldados correr y disparar sus fusiles, para provocar que los enemigos hicieron lo mismo. No obstante, la mayor parte de sus arcabuceros permaneció sin moverse y sólo disparó cuando los hombres de Diego Centeno estaban ya muy cerca. Cada soldado rebelde tenía a sus pies dos o tres arcabuces cargados. Sin perder tiempo en cargar los primeros arcabuces, los rebeldes tiraron por

---

<sup>201</sup> *Op. cit.*, pp. 84-85.



segunda vez con las armas que tenían en el suelo y de esta manera desbarataron casi por completo el ejército imperial. Al respecto explica el Inca (II, V, 19):

La instancia que Carvajal hizo para que sus enemigos le acometiesen estándose él a pie quedo y la razón que para ello tuvo fue porque sus arcabuzeros, aunque no eran más de dozientos y cincuenta, tenían consigo más de seiscientos y casi setecientos arcabuzes, que Carvajal, como tan diestro y prudente en la guerra, prevenía lo que había menester para sus necesidades mucho antes que le sucediesen, porque, como atrás apuntamos, recogió y guardó con mucho cuidado las armas de los que se le huían, principalmente los arcabuzes, y siete u ocho días antes de la batalla los mandó adereçar con todo cuidado y los repartió por sus soldados, que casi todos llevaron a tres arcabuzes y algunos hubo que llevaron cuatro y, porque no podían caminar yendo cargados con tres, cuatro arcabuzes, ni usar dellos llevándolos a cuestras, hizo los ardides que supo para que el enemigo viniese a él y no él al enemigo.

En esa misma batalla, Carvajal aconseja a sus hombres que apunten bajo la cintura y les explica la razón (II, V, 19):

Mirad, señores, que la pelota que passa por alto, aunque no sea sino dos dedos por cima del enemigo, va perdida y no es de provecho, y la que va por baxo, aunque dé diez passos antes del contrario, le ofende, no solamente la pelota, pero todo quanto consigo lleva por delante. Demás desto hazéis otra ganancia en herir a vuestro enemigo en los muslos y piernas, porque por maravilla hombre herido de arcabuz en ellas puede tenerse en pie, sino que se cae luego, que es lo que nos conviene, y el que acierta a herirse en los braços o en el cuerpo, si no es la herida mortal, todavía se tiene en pie.

Además de atribuirle el triunfo en Huarina, el Inca suele exonerar a Carvajal de los descalabros que sufren los rebeldes. Una de las decisiones de Pizarro que lo llevaron a la derrota definitiva fue encargar la defensa del río Apurímac a Juan de Acosta y no a Carvajal, lo que, según Garcilaso, fue consecuencia de que Pizarro confiara más en quienes sólo buscaban agradarlo en ese momento y no en quien se atrevía a contradecirlo porque realmente estaba interesado en su causa.<sup>202</sup> La última advertencia de Carvajal desatendida

---

<sup>202</sup> El Inca aprovecha esta situación para advertir contra los aduladores: “Los consejeros de los poderosos, por la mayor parte, son aduladores que dan el consejo conforme al gusto y voluntad que el Príncipe tiene y no conforme a su necesidad” (II, V, 31). Compárense estas palabras con las del tratado III del *Lazarillo*, donde el escudero, que sueña ganarse la vida algún día adulando a un gran señor, dice a Lázaro: “Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas; réille ya mucho sus donaires y costumbres,

por Pizarro tuvo lugar poco antes de la batalla de Jaquijahuana. Garcilaso atribuye al maestre de campo las siguientes palabras (II, V, 33):

En ninguna manera conviene que Vuesa Señoría salga a recibir a su enemigo, que es aliviarle el trabajo que trae y quitarle mucha parte dél y tomarlo para sí y para los suyos, en lugar de aumentárselo al contrario. [...] Lo que yo pretendo es que estas cuatro leguas que Vuesa Señoría sale a recibir a su enemigo las ande hazia [a]trás y le espere en el sitio llamado Orcos, que está cinco leguas de aquí, y ande el enemigo las unas y las otras, que en la retirada destas cinco leguas verá Vuesa Señoría la confusión, pesadumbre y trabajo que a sus contrarios les causa y la dificultad que tendrán para seguirle, y, cuando Vuesa Señoría lo haya visto, podrá elegir lo que mejor le estuviere, a darles batalla, como lo dessea, o llevar adelante su retirada [...]. A Vuesa Señoría no le fuerça necesidad alguna a dar batalla. Antes por muchas causas y razones está obligado a dilatarla, para cobrar más ventajas sobre las que hoy tiene. ¿Quién nos haze fuerça a aventurar lo que podemos asegurar con andarnos holgando de tierra en tierra, con mucho gusto y regalo nuestro y a mucha costa y pesar de nuestros enemigos [...]?

Pero, al sentido práctico de Carvajal, Pizarro responde que “no convenía a su reputación y honra sino seguir su ventura y dar fin a lo que tenía determinado, que era esperar a su enemigo en Sacsahuana y dar la batalla”.<sup>203</sup>

El Inca recurre también a Carvajal para ridiculizar los extremos a que podía llegar la burocracia. En una ocasión, el oidor Diego de Cepeda dice a Gonzalo Pizarro y sus capitanes que es necesario firmar las sentencias de muerte de Pedro de la Gasca, Pedro de Hinojosa y otros enemigos (quienes no se encuentran en poder de los rebeldes, sino a varios kilómetros de distancia), ante lo que interviene Carvajal (II, V, 7):

---

aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver, y ponerme a reñir, donde él oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira y que pareciesen a favor de el culpado, decirle bien de lo que bien le estuviere y, por el contrario, ser malicioso mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas y otras muchas galas de esta calidad que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrescen y tienen en poco y llaman nescios y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar, y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría, mas no quiere mi ventura que le halle”. Es increíble que haya quienes vean ejemplaridad moral en un personaje como el escudero. Volveré sobre este punto más adelante (IV.6).

<sup>203</sup> El Inca cuestiona continuamente la obsesión por la honra que tenía la sociedad española de los siglos XVI y XVII. Véase *infra* IV.6.

“Señor, firmando estos señores letrados y yo la sentencia, ¿executarse ha luego como en ella se contiene y morirán luego aquellos cavalleros malhechores?”. Respondió Cepeda: “No, señor, pero es bien que esté firmada y pronunciada la sentencia, para executarla cuando los prendamos”. Carvajal se rio entonces muy al descubierto, dando grandes carcajadas de risa, y dixo: “A fe de buen soldado, que, según la instancia que se ha hecho, yo entendía que, firmando yo la sentencia, havía de caer un rayo al mismo punto y matarlos todos juntos allá donde están, que, si yo los tuviese pressos, no me diera un clavo por la sentencia ni por las firmas, que sin ellas los pondría yo como vuesa merced quiere”.<sup>204</sup>

Pero la crítica de Carvajal va mucho más lejos. El Inca escribe las palabras que, supuestamente, el maestre de campo dijo a Gonzalo Pizarro cuando se reunió con él en Lima después de la derrota y muerte de Blasco Núñez Vela (II, IV, 40):

Señor, muerto un Visorrey en batalla campal y cortada su cabeça y puesta en la picota y que la batalla fue contra el estandarte real de Su Majestad y que antes y después ha havido tantas muertes, robos y daños como se han hecho, no hay para qué ya esperar perdón del Rey ni otro concierto alguno, aunque Vuesa Señoría dé sus disculpas bastantísimas y quede más inocente que un niño de teta, ni hay para qué fiar de promessas ni de palabras, por certificadas que vengan, sino que Vuesa Señoría se alce y se llame Rey, y la governación y el mando que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeça, y reparta lo que hay vaco en la tierra por sus amigos y valedores, y lo que el Rey les da temporal por dos vidas se lo dé Vuessa Señoría en mayorazgo perpetuo, con título de duques, marqueses y condes, como los hay en todos los reinos del mundo, que, por sustentar y defender ellos sus estados, defenderán el de Vuessa Señoría. Levante órdenes militares con nombre y apellido de los de España o de otros santos, sus devotos, con las insignias que por bien tuviere y, para los cavalleros de los tales hábitos, señale rentas y pnsiones de que puedan comer y gozar por sus días, como lo hazen en todas partes los cavalleros militares. Con esto que he dicho en suma, atraerá Vuessa Señoría a su servicio toda la cavallería y nobleza de los españoles que en este Imperio están y pagará por entero a los que lo ganaron y sirvieron a Vuessa Señoría, que ahora no lo están, y, para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por Vuessa Señoría con el amor que a sus Reyes Incas tenían, tome Vuessa Señoría por mujer y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propincua al árbol real y embíe sus embaxadores a las montañas donde está encerrado el Inca heredero deste Imperio, pidiéndole salga a restituirse en su majestad y grandeza y que de su mano dé a Vuessa Señoría por mujer la hija o hermana que tuviere, que bien sabe Vuessa Señoría cuánto estimará aquel príncipe su

---

<sup>204</sup> Igualmente absurdo era el requerimiento que los españoles leían a los indios antes de atacarlos. “This text was read to the bewildered natives by a conquering group of Spaniards, informing them that unless they declared themselves to be subjects of the Spanish Crown, they would be attacked, their possessions confiscated and their freedom forfeited. This document was dutifully read before battle, in the presence of a notary who stamped his signature to attest that proper procedure had been followed. Their consciences lightened by the ritual recitation of the *requerimiento*, the conquistadors could then make war on the Indians with as much brutality as they deemed necessary”. R. González Echevarría, *op. cit.*, p. 56.

parentesco y amistad, y, demás de ganar el amor universal de todos los indios con la restitución de su Inca, ganará Vuessa Señoría que harán muy de veras lo que su Rey les mandare en vuestro servicio, como alçar los bastimentos, despoblar los pueblos, cortar los caminos por dondequiera que sus enemigos quisieren acometer a Vuessa Señoría. En fin, serán todos los indios de vuestro vando, que, no ayudando ellos a los contrarios de Vuessa Señoría con bastimentos ni con llevar las cargas, no pueden prevalecer ni ser parte en esta tierra, y el príncipe se contentará con el nombre de Rey y que sus vassallos le obedez[c]an como antes y gobiernen en la paz a sus indios como hizieron sus passados, y Vuessa Señoría y sus ministros gobernarán a los españoles y administrarán lo que tocare a la guerra, pidiendo al Inca que mande a los indios hagan y cumplan lo que Vuessa Señoría ordenare y mandare, y entonces tendrá seguridad de que los indios no le engañen ni sean espías dobles, como ahora lo son, sirviendo al un vando y al otro. Demás desto, terná Vuessa Señoría del Inca no solamente todo el oro y plata que los indios sacaren en este Imperio, pues ellos no lo tenían por riqueza ni tesoro, sino también todo el tesoro que tienen escondido, como es notorio, de los Reyes sus antecessores, que todo se lo dará y entregará a Vuessa Señoría, así por el parentesco como por verse restituído en su majestad y grandeza, y, con tanto oro y plata como la fama dize, podrá Vuessa Señoría comprar a todo el mundo, si quisiere ser señor dél, y no repare Vuessa Señoría en que le digan que haze tiranía al Rey de España, que no se la haze, porque, como el refrán lo dize, no hay Rey traidor. Esta tierra era de los Incas, señores naturales della y, no habiendo de restituírsela a ellos, más derecho tiene Vuessa Señoría a ella que el Rey de Castilla, porque la ganó por su persona, a su costa y riesgo, juntamente con sus hermanos, y ahora, en retituírsela al Inca, haze lo que debe en ley natural y, en quererla gobernar y mandar por sí, como ganador della y no como súbdito y vassallo de otro, también haze lo que deve a su reputación, que quien puede ser Rey por el valor de su braço no es razón que sea siervo por flaqueza de ánimo. Todo está en dar el primer passo y la primera voz. Suplico a Vuessa Señoría considere de espacio lo que importa esto que le he dicho para perpetuarse en el señorío de este Imperio y para que le sigan todos los que en él viven y vivieren, y por conclusión digo que, como quiera que el hecho salga, Vuessa Señoría se corone y se llame Rey, que a quien lo ha ganado por sus braços y valor no le está bien otro nombre, y muera Vuessa Señoría Rey y muchas vezes buelvo a dezir que muera Rey y no súbdito, que quien consiente estarse mal meresce estar peor.

Es imposible que el Inca haya tenido noticia tan precisa de lo que Carvajal pudo decir a Pizarro en privado. Como ya dije en el capítulo I, los largos discursos que expresan los personajes en los *Comentarios* son invenciones del autor que antes obedecen a la elocuencia de la oratoria que al rigor histórico. El discurso de Carvajal puede dividirse en cinco partes: la introducción, en que el maestro de campo muestra a Pizarro que ya es demasiado tarde para disculparse con el emperador y, por lo tanto, lo más conveniente es

que se declare rey del Perú; a continuación, los consejos para asegurar la lealtad de los españoles (darles tierras propias a perpetuidad y títulos nobiliarios); después, los que le garantizan la fidelidad de los indios (casarse con una palla y restituir el trono a Sayri Túpac); luego, la demostración de que Carlos V no es señor natural del Perú, y, finalmente, la conclusión, en que Carvajal insiste a Pizarro que debe tomar el poder. El orden político propuesto por Carvajal es la utopía para Garcilaso, la única dicha posible para un hijo de conquistador y palla: un estado gobernado por los españoles que ganaron el Perú, felizmente asociados con la nobleza inca, donde los mestizos como él sean aristócratas, no bastardos, y donde las riquezas del Nuevo Mundo no se embarquen rumbo a Europa. Acabado el discurso (una pieza retórica perfecta, en la que nada parece faltar), Garcilaso dice en seguida que ha dejado de referir algunas cosas “aún más descompuestas, por que no ofendiessen los oídos de los fieles y leales ni agradassen a los mal intencionados”. No puede haber afirmación más irónica ni ardid más inteligente para disfrazar sus verdaderas intenciones: tanto se agradaron los oídos “mal intencionados” leyendo los *Comentarios reales* que la corona los prohibió después de la rebelión de Túpac Amaru II y, décadas más tarde, José de San Martín consideró que eran un medio excelente para avivar la causa independentista.<sup>205</sup>

---

<sup>205</sup> No hay acuerdo sobre la influencia real que pudieron tener los *Comentarios* en el levantamiento del cacique José Gabriel Condorcanqui Noguera, mejor conocido como Túpac Amaru II, el cual tuvo lugar en el Perú entre noviembre de 1780 y abril de 1781. No obstante, es un hecho que, sofocada la rebelión, las autoridades virreinales prohibieron la obra. Al respecto escribo Miró Quesada: “Cuando Túpac Amaru estuvo en Lima, sus contertulios secretos leían «libros místicos» y otros de historia, entre los que se hallaban «los Comentarios de los Yngas por Garcilaso», según declaró después Miguel Montiel. «Si los Comentarios de Garcilaso no hubieran sido toda la lectura e instrucción del Ynsurgente Joseph Gabriel Tupa Amaru...», iba a refrendar el Obispo arequipeño Moscoso y Peralta el 13 de abril de 1781, cuando ya el caudillo rebelde estaba preso y unos días después iba a ser salvajemente ajusticiado en la Plaza del Cuzco. Aquellos libros «deuían quemarse», reclamaba el Obispo. El inflexible Visitador Joseph Antonio de Areche no llegó, sin embargo, a tanto, pero por oficio al Ministro Gálvez, fechado en el Cuzco el 1.º de mayo de ese año, sugirió a la Corona que «se recoja la historia del Inga Garcilaso donde an aprendido estos ilusos mil cosas perjudiciales y los otros papeles detractores de los tribunales y magistrados del Reino q’ andan impresos». Y, haciendo suyas esas indicaciones y esas frases, la disposición del 21 de octubre de 1781, las Reales Órdenes reservadas

Es célebre que Garcilaso denuesta a Maquiavelo al decir que la razón de estado es invento de “los ministros del demonio” (II, V, 29). Miró Quesada observa al respecto: “Es interesante que el Inca Garcilaso, tan enterado conocedor de los autores italianos, no cite nunca a Maquiavelo, y que los libros del genial florentino no se hayan encontrado en la biblioteca de su casa de Córdoba. Sorprendería el desconocimiento, si no fuera mejor interpretarlo como una muestra indirecta de desvío, o aun de oposición, al pensar maquiavélico”.<sup>206</sup> Creo, sin embargo, que mucho de maquiavélico hay en las apasionadas palabras que el Inca atribuye a Carvajal. El maestro de campo dice que, largamente recompensados los conquistadores del Perú, “por sustentar y defender ellos sus estados, defenderán el de Vuessa Señoría”. Maquiavelo asegura, en el capítulo 13 de *El príncipe*, que, “sanza avere arme proprie, nessuno principato è sicuro; anzi è tutto obligato alla fortuna, non avendo virtù che nelle avversità con fede lo difenda”.<sup>207</sup> Carvajal recomienda a Pizarro que se alíe con los incas para que controlen a los demás indios, y Maquiavelo afirma, en el capítulo 5, que una forma de asegurar la lealtad de los principados que solían ser independientes es “lasciarle vivere con le sue leggi, traendone una pensione e creandovi drento uno stato di pochi che te le conservino amiche”. Finalmente, Carvajal considera que

---

(firmadas por Carlos III en Aranjuez el 21 de abril de 1782, dirigidas a los Virreyes de Lima y de la Plata) y la refrendación del 1.º de agosto del año siguiente, mandaron «recoger sagazmente» los ejemplares de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, para que los naturales del Perú no aprendieran en ellos «muchas cosas perjudiciales». *Op. cit.*, pp. 221-222. En cuanto a José de San Martín, es célebre que, en una visita a la ciudad argentina de Córdoba en 1814, propuso reeditar los *Comentarios reales*. “La obra imprimiríase en Londres, porque la deseaban «con el mayor lujo posible» y no había en [Argentina] imprenta «bastantemente dotada» para ello”. Ricardo Rojas, “Prólogo”, en Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas*, t. 1, p. IX. El deseo de San Martín no pudo hacerse realidad, pero, cuando en 1943 se publicó la suntuosa edición de Ángel Rosenblat, Ricardo Rojas escribió entusiasmado: “aquel proyecto de reeditar los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, frustrado en 1814, es el que ciento veintinueve años después se realiza, bajo el signo de Emecé, no en Londres, sino en Buenos Aires mismo, con alarde de nuestra capacidad industrial, fruto de las libertades que San Martín fundara en América, por lo que bien podemos decir que él es el patrono de esta edición”. *Loc. cit.*

<sup>206</sup> *Op. cit.*, p. 468.

<sup>207</sup> *Il principe, I discorsi sopra la prima deca di Tito Livio e Gli opuscoli in prosa*, Firenze, Adriano Salani, 1946.

Pizarro no está obligado a ser leal con Carlos V, y Maquiavelo comienza el capítulo 18 señalando los inconvenientes de la lealtad: “Quanto si laudabile in uno principe mantenere la fede e vivere con integrità e non con astuzia ciascuno lo intende; nondimanco si vede, per esperienza ne’ nostri tempi, quelli principi avere fatto gran cose, che della fede hanno tenuto poco conto, e che hanno saputo con l’astuzia aggirare e’ cervelli degli uomini; e alla fine hanno superato quelli che si sono fondati in sulla lealtà”. El capítulo concluye, por cierto, con una alusión a la hipocresía de Fernando el Católico, el abuelo de Carlos V: “Alcuno principe de’ presenti tempi, quale non è bene nominare, non predica mai altro che pace e fede, e dell’una de dell’altra è inimicissimo; e l’una e l’altra, quando e’l’avessi osservata, gli arebbe più volte tolto o la reputazione o lo stato”.

La argumentación del Inca a favor de un Perú independiente no sólo se sustenta en el elocuente discurso de Carvajal, sino también en los actos y palabras de los ministros que Carlos V envió contra los rebeldes: el iracundo Blasco Núñez Vela y, sobre todo, el artero Pedro de la Gasca.<sup>208</sup> Garcilaso descalifica a este personaje con suma cautela: dada la buena reputación que alcanzó en España tras derrotar a Pizarro, no podía lanzar contra él los ataques abiertos que dirige contra personajes de antemano desacreditados como Atahualpa o Núñez Vela. No obstante, la animadversión del Inca se manifiesta incluso en la descripción física del presidente, pues, pudiendo pasar por alto su fealdad, la subraya: “era muy pequeño de cuerpo, con estraña hechura, que de la cintura abaxo tenía cuerpo como cualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando a caballo, parecía aún más pequeño de lo que era, porque todo era piernas. De rostro era muy feo” (II, V, 2). Contrasta ese retrato con la gallardía del jefe de los rebeldes: “Fue Gonçalo

---

<sup>208</sup> Gómara retrata a los dos funcionarios con un par de afortunadas metáforas: dice que Carlos V “quiso enviar una raposa, pues un león no aprovechó” (*Historia general de las Indias*, 175).

Piçarro gentilhomme de cuerpo, de muy buen rostro, de próspera salud; gran çufridor de trabajos, como por la historia se havrá visto; lindo hombre de a cavallo, de ambas sillas. Diestro arcabuzero y balletero, con un arco de bodoques pintava lo que quería en la pared. Fue la mejor lança que ha passado al Nuevo Mundo, según conclusión de todos los que hablaban de los hombres famosos que a él han ido” (II, V, 43). Pero las diferencias entre uno y otro personaje son evidentes no sólo en el cuerpo, sino, sobre todo, en el carácter. De Pizarro dice Garcilaso que fue “de ánimo noble y claro y limpio, ajeno de malicias, sin cautelas ni doblezes, hombre de verdad, muy confiado de sus amigos o de los que pensava que lo eran, que fue lo que le destruyó, y, por ser ajeno de astucias, maldades y engaños, dizen los autores que fue de corto entendimiento. No lo tuvo sino muy bueno y muy inclinado a la virtud y honra” (II, V, 43). Todo lo opuesto es el presidente Gasca, quien, como observa Miró Quesada, supo utilizar, “además del recurso violento de la espada, la fuerza convincente de su traje talar y su breviario”.<sup>209</sup> Apenas llega al Perú, el presidente envía a Lima a Pedro Fernández Paniagua para tantear la situación política de Gonzalo Pizarro y le da estas instrucciones específicas (II, V, 5):

Viviréis con mucho recato, cuidado y aviso de mirar y penetrar la intención de los que están con Gonçalo Piçarro y, si viéredes y sintiéredes que son todos con él a una, le diréis de mi parte que se sosiegue y quiete, que yo llevo orden de Su Majestad para confirmarle la governación que tiene del Perú, porque es verdad que a mi partida de España me lo dixeron los del Consejo de Su Majestad que, si toda la tierra fuesse a una con Gonçalo Piçarro, que lo dexasse por governador, y las palabras fueron dezirme: “Quede la tierra por el Emperador, nuestro señor, y gobiérnela el Diablo”. Este secreto fío de vos [...] como lo fíaron de mí, y hazed en todo como tenéis obligación a cavallero hijodalgo y al servicio de vuestro Rey.

Leídas con atención, las palabras que dicen “los del Consejo de Su Majestad” a Gasca y que éste repite a Fernández Paniagua revelan una idea del Inca muy atrevida para la España del siglo XVII. A instancias sobre todo de Bartolomé de las Casas, Carlos V promulgó en

---

<sup>209</sup> *Op. cit.*, p. 32.



1542 las *Leyes y ordenanzas nuevamente hechas por Su Majestad para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios* (mejor conocidas como Leyes Nuevas); lo hizo supuestamente para proteger a los indios (vasallos suyos) de los abusos de los encomenderos. Sin embargo, Garcilaso insinúa que, cuando el emperador advirtió que las riquezas del Perú estaban en riesgo de perderse, aceptó que los conquistadores conservaran sus privilegios con tal que no dejaran de enviar a España el quinto real (aunque persistieran los abusos contra los indios), de manera que, según el Inca, las Leyes Nuevas nunca buscaron el beneficio de los indios: simplemente fueron el remedio perfecto para quitar poder a los conquistadores.<sup>210</sup>

Las Leyes Nuevas aún seguían causando polémica en pleno siglo XX. Ramón Menéndez Pidal, por ejemplo, defendió siempre las buenas intenciones de Carlos V hacia los indios, al grado de asumir como cierta la información consignada en el *Anónimo de Yucay* (1571). Según este manuscrito, el emperador consideró devolver el Perú a los incas de Vilcabamba, pero fray Francisco de Vitoria lo convenció de que lo mejor para la cristiandad era mantenerlo bajo su poder. Marcel Bataillon, que miraba el asunto sin pasión nacionalista, dudó que eso fuera cierto, a lo que el filólogo español respondió:

Yo no encuentro en tal noticia nada de inverosímil y sí mucho de auténtico. Es auténtico el escrúpulo del emperador respecto a su dominio en el Perú. Bataillon no encuentra creíble que Carlos V, de quien sabemos que en noviembre de 1539 ordenó al prior dominico de Salamanca que prohibiese toda discusión de los frailes acerca del derecho del Rey Católico sobre las Indias, luego, a los pocos meses, dudase de tal derecho. Pero esa prohibición la hizo el emperador pensando como rey extranjero,

---

<sup>210</sup> Aunque la habilidad política de Pedro de la Gasca y la torpeza de Gonzalo Pizarro fueron factores fundamentales para que la rebelión de los encomenderos fracasara, Miró Quesada hace notar lo difícil de que una oligarquía comparable con la vieja nobleza feudal tuviera éxito precisamente en la época en que se estaban formando las monarquías absolutas: “la autoridad estatal había sido implantada en la propia España por una gravitación de orden histórico que no se iba a enmendar en el Perú”. *Ibid.*, p. 56. Miró Quesada considera incluso que quienes traicionaron a Pizarro en Jaquijahuana no sólo buscaron su beneficio inmediato, sino que sentían también un “temor evidente, hondo y reverencial, al monarca de España”. *Ibid.*, p. 38. Después de Jaquijahuana, la autoridad imperial se fortaleció tanto que “los que siguieron a Girón no alcanzaron el número, la calidad ni el entusiasmo de los acompañantes de Gonzalo Pizarro”. *Ibid.*, p. 56.

inducido acaso por algún consejero extraño, pues los reyes españoles, desde Fernando el Católico hasta Felipe II, admitían la discusión con tal que no fuese con escándalo público en el púlpito, y sabemos que Carlos V, *uomo religiosissimo*, según le califica el embajador veneciano Contarini, no mantuvo su prohibición autoritaria de 1539 y se atuvo a la libertad que los reyes españoles concedían, puesto que sabemos por la *Historia* de López de Gómara que el emperador mandó se discutiesen en las juntas de Valladolid no sólo las cuestiones relativas al mal trato de los indios, sino las más graves, “porque le decían algunos frailes que no podía hacer la conquista de aquellas partes”. Es, pues, de todo punto indudable que, entre esos frailes que ponían escrúpulos a Carlos V, el principal era Las Casas, cuyas teorías abandonistas vemos continuamente repetidas en sus escritos: todo lo hecho en las Indias desde los tiempos de Colón es ilegal, y nuestros reyes, so pena de condenación eterna, deben comenzar de nuevo, devolviendo su soberanía a reyes, caciques y curacas.<sup>211</sup>

Menéndez Pidal concluye:

En fin, obsérvese que el resultado de las juntas de Valladolid fue como si Vitoria hubiera intervenido. Según Gómara, el emperador fue puesto en escrúpulos sobre dos puntos: el mal trato de los indios y sobre la legitimidad de las conquistas; las Leyes Nuevas, discutidas en presencia de Carlos, accedieron por completo a la opinión de Las Casas sobre el primer punto. ¿Quién pudo tener autoridad para que Carlos desechase resueltamente el rigor lascasiano sobre el punto segundo?

No cabe en modo alguno duda razonable sobre la afirmación del Anónimo de Yucay. El padre Vitoria, el insigne fundador del derecho internacional moderno, fue quien, influyendo en el ánimo de Carlos V, dio firme base a la concepción del Perú incaico-hispano, el Perú representado por los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso.<sup>212</sup>

No hay que ser un experto en la materia para razonar que el hombre más poderoso de Europa (probablemente del mundo entero) en la primera mitad del siglo XVI se conducía por intereses políticos y no por principios cristianos (salvo que éstos pudieran servir a aquéllos). La atribución de los actos no piadosos del emperador (como prohibir que se discutiera su derecho sobre las Indias) a la influencia maligna de los extranjeros (“esa prohibición la hizo el emperador pensando como rey extranjero, inducido acaso por algún consejero extraño”) sólo puede provocarnos una sonrisa. González Echevarría explica la situación con gran claridad:

---

<sup>211</sup> “La moral en la conquista del Perú y el Inca Garcilaso de la Vega”, en R. Menéndez Pidal *et al.*, *Seis temas peruanos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, pp. 27-28.

<sup>212</sup> *Ibid.*, p. 29.

In brief, in 1542 the Crown passed the New Laws limiting the *encomienda* system which allotted land and Indians to worthy conquistadors. The untiring efforts of Bartolomé de las Casas and others on behalf of the Indians had a good deal to do with the issuance of these laws. But they were also the result of political and economic calculations on the part of the Crown. With the aid of the *encomienda* system, the early conquistadors had become a *de facto*, if not a *de jure*, landed aristocracy with a ready supply of serfs (the Indians). Not only had they become dangerously powerful and hence capable of secession (as happened more than once), but they also hoarded land and Indians in a way that made it difficult to reward new waves of conquistadors who would be willing to extend the territories and wealth of the Crown.<sup>213</sup>

Es decir que Carlos V prestó atención exclusivamente a las demandas de Las Casas que le convenían (como deshacerse de los encomenderos), pero de ninguna manera iba a renunciar al oro del Perú. Lo grave desde el punto de vista filológico no es la ideología que revelan los juicios de Menéndez Pidal (cada quien es libre de creer lo que quiera), sino que, en una conferencia cuyo propósito era celebrar a Garcilaso, demostrara no haber comprendido la esencia de los *Comentarios reales*. Menéndez Pidal quiere oponer a la interpretación “negativa” que Las Casas tiene de la conquista española la interpretación “armónica” del Inca.<sup>214</sup> Las opiniones de ambos cronistas sobre la conquista y la colonia son, en efecto, muy distintas, y es también un hecho que, como apunta Miró Quesada, Garcilaso considera “un error la posición de Fray Bartolomé de Las Casas (a quien, por lo demás, no quiere

---

<sup>213</sup> *Op. cit.*, p. 74.

<sup>214</sup> La animadversión de Menéndez Pidal hacia Las Casas es de muchos conocida. El filólogo califica de “terrorífica” la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y considera que es un “libelo donde se exponen mil atrocidades que se dicen cometidas por los españoles contra los indios y en el cual se repiten insistentemente las consabidas afirmaciones totalitarias: que nunca los españoles hicieron nada bueno y nunca los indios hicieron nada malo”. *Op. cit.*, p. 26. Menéndez Pidal pasa por alto que el propósito de la *Brevísima* es, precisamente, dar cuenta a las autoridades españolas de los crímenes cometidos durante la conquista, no hacer una valoración equilibrada de los aspectos positivos y negativos que conllevó la presencia española en América. Me parece pertinente recordar aquí las célebres palabras de Stendhal: “Eh, monsieur, un roman est un miroir qui se promène sur une grande route. Tantôt il reflète à vos yeux l’azur des cieux, tantôt la fange des borbiers de la route. Et l’homme qui porte le miroir dans sa hotte sera par vous accusé d’être immoral! Son miroir montre la fange, et vous accusez le miroir! Accusez bien plutôt le grand chemin où est le borbier, et plus encore l’inspecteur des routes qui laisse l’eau croupir et le borbier se former”. *Le rouge et le noir*, dans ses *Romans et nouvelles*, Paris, Gallimard, reimp., 1991, v. 1, p. 557.

bien) y las Ordenanzas dictadas, a su insinuación, por la Corona”.<sup>215</sup> No obstante, el Inca fue, al igual que Las Casas, un crítico demoleedor del imperialismo español, aunque de una faceta distinta: si el dominico condena ante todo la crueldad con que se llevaron a cabo la conquista y la encomienda, Garcilaso dirige sus ataques contra el mal gobierno de las colonias una vez ganada la tierra. Quizá un anacronismo pueda servir para diferenciar mejor el sentido de la obra de los dos cronistas y para subrayar la enorme importancia que ambos tienen para nuestra historia. Si ellos vivieran en un estado hispanoamericano actual devastado por la corrupción y la violencia (por ejemplo, el México de Enrique Peña o de Felipe Calderón), los ataques de Las Casas estarían dirigidos contra las autoridades locales que continuamente violan los derechos humanos de los ciudadanos; los del Inca, en cambio, irían contra los grandes capitales extranjeros que saquean los recursos del país y mantienen un gobierno corrupto en el poder para seguir obteniendo grandes ganancias.

Volvamos a Carvajal. Su cruel sarcasmo no cede ni aun en la inminencia de la derrota o la muerte. Cuando el maestre de campo contempla cómo los soldados comienzan a abandonar a Gonzalo Pizarro y a pasarse al bando del presidente Gasca, comienza a cantar unos versos: “Estos mis cabellicos, madre, / dos a dos me los lleva el aire” (II, V, 35). Después, cuando él y Pizarro han sido ya apresados y sus enemigos lo visitan porque creen

---

<sup>215</sup> *Op. cit.*, p. 412. Al inicio del libro IV de la parte segunda, Garcilaso lanza contra Las Casas un ataque mordaz (aunque velado, como sólo él sabía). El Inca reproduce íntegro el capítulo 77 de la *Historia general de las Indias*, de Gómara, quien responsabiliza a Las Casas de que los indios de Cumaná (hoy Venezuela) mataran a trescientos labradores españoles que él llevó a trabajar allí sin conocer el lugar. Agrega después que los vecinos del Perú contaban del dominico peores cosas (II, IV, 3): “Dezían que se había metido a fraile por que Su Majestad no le castigasse por la siniestra relación que le había dado de lo que no había visto ni sabía de aquella tierra Cumaná, y que, por restituir a Su Majestad los daños que en su real hazienda le había hecho, le había dado los avisos para las ordenanças e insistido tanto en ellas, haziéndose muy zeloso del bien de los indios; que los efectos de su zelo dirían y mostrarían cuán bueno había sido”. Por último, cuenta dos anécdotas cuya intención descalificadora es evidente (II, IV, 3): “A Fray Bartolomé de las Casas eligió el emperador por Obispo de Chiapa, como lo dize Diego Fernández, que es en el reino de México, mas él no osó passar allá, por lo que en Indias había causado. Yo lo alcancé en Madrid año de quinientos y sesenta y dos, y porque supo que yo era de Indias me dio sus manos para que se las besasse, pero, cuando entendió que era del Perú y no de México, tuvo poco que hablarme”.

que pueden humillarlo, Carvajal responde a todos de tal manera que evidencia su estupidez o hipocresía. Dos mercaderes llegan a cobrarle lo que los rebeldes les robaron durante la guerra civil. Carvajal da al primero la vaina de su espada, porque no tiene más, y dice al segundo “que no se acordava dever otra deuda sino medio real a una bodegonera de la Puerta del Arenal de Sevilla” (II, V, 38). En seguida explica el Inca: “Dixo esto por esponder con un disparate a otro tal como era pedirle restitución a quien, como ellos lo havían visto, no le havían dexado ni capa ni sombrero con que cubrir la cabeça, que todo se lo havían saqueado los vencedores” (II, V, 38). Dos caballeros libertinos llegan a recomendarle que confiese sus pecados, pues va a morir pronto. Carvajal responde al primero: “Vuesa merced lo ha dicho como muy buen cristiano y como muy cavallero que es. Suplico a vuesa merced tome el mismo consejo para sí, que le conviene tan bien como a mí, y hágame merced de traerme un vaso de aquel brevaje que aquellos indios están beviendo” (II, V, 38). Al segundo, que aún es joven, dice: “Vuesa merced lo ha dicho como un santo que es, y por esto dizen comúnmente que, cuando los moços son muy grandes vellacos, que después, cuando hombres, son muy hombres de bien” (II, V, 38). Finalmente, a un caballero que se pone al servicio de Carvajal a pesar de que él quiso ahorcarlo una vez, pregunta el maestre: “¿Qué puede vuesa merced hazer por mí, que se me ofrece con tanto fausto y magnificencia? ¿Puede darme la vida ni hazer otra cosa alguna en mi favor? Cuando le quise ahorcar, podía lo hazer, pero no le ahorqué porque nunca maté hombre tan ruin como vuesa merced. ¿No sé yo lo que puede? ¿Para qué me quiere vender lo que no tiene? Váyasse con Dios, antes que le diga más” (II, V, 38). El Inca concluye: “Desta manera tropellava y triunfava de los que pensavan triunfar dél, que nunca, en todo su mayor poder, mostró tanta autoridad, gravedad y señorío como aquel día de su prisión” (II, V, 38). Lo más paradójico de la situación de Carvajal es que, según Garcilaso, a diferencia de todos

aquellos que al principio alentaron la rebelión de Gonzalo Pizarro y finalmente la traicionaron, él quiso huir del Perú cuando comenzaron los disturbios, pero fue detenido en Arequipa y, de manera circunstancial, se vio vinculado a la suerte del caudillo rebelde, a quien fue fiel hasta la muerte. Poco antes de ser ejecutado, él mismo explica esta situación a Pedro López de Cazalla, secretario del presidente Gasca: “Señor, yo no levanté esta guerra ni fui causa de ella. Antes, por no hallarme en ella, que estaba de camino para irme a España, huí muchas leguas. No pude escaparme. Seguí la parte que me cupo, como lo pudiera hazer cualquier buen soldado” (II, V, 40). A partir de estas palabras, Miró Quesada imagina una escena que sin duda habría complacido al Inca: “Más que una detención fue un momento cargado de destino. Se puede imaginar a Carvajal en aquella hora, levantando los hombros, riendo de sí mismo con su frase burlona y decidiéndose a seguir, gallardamente y hasta el último límite, la línea que la Historia le tenía trazada”.<sup>216</sup>

El último relato de los que coloca Garcilaso al final de la vida de Carvajal ocurrió después de muerto. Luego de degollarlo, el cuerpo del maestro de campo fue descuartizado. La cabeza se fue a Lima, a la picota, pero los cuartos permanecieron en el Cuzco, “en los cuatro caminos reales que salen de la ciudad”, y alguien puso en ellos veneno del que usaban los indios en sus flechas. Cuenta el Inca que él y otros niños, también mestizos, salieron un domingo a ver uno de los cuartos. “Tenía buen pedaço del suelo lleno de grasa, y estaba corrompida la carne, de color verde”. Uno de los niños, retado por otro, hincó un dedo en el cuarto y después se lavó la mano.

Otro día, lunes, nos mostró en la escuela el dedo hinchado, todo lo que entró en el cuarto de Carvajal, que parecía que traía un dedil de guante puesto en él. A la tarde truxo toda la mano hinchada, con mucha alteración, hasta la muñeca. Otro día, martes, amaneció el brazo hinchado hasta el codo, de manera que tuvo necesidad de dar cuenta a su padre de lo que había pasado con Carvajal. Acudieron luego a los

---

<sup>216</sup> *Op. cit.*, p. 27.

médicos, ataron el brazo fortísimamente por encima de lo hinchado, fajáronle la mano y el brazo y hizieron otros grandes medicamentos contra ponçoña, mas con todo esso estuvo muy cerca de morirse. Al cabo escapó y sanó, pero en cuatro meses no pudo tomar la pluma en la mano para escrevir.

Al final de la jocosa escena, Garcilaso mismo declara la interpretación metafórica del relato (que, por supuesto, no es la única posible): “Todo esto causó Carvajal después de muerto, que semeja a lo que hazía en vida”.

Llama sin duda la atención que el Inca manifieste una admiración tan grande hacia alguien que, como subraya Durand, “fue mortal enemigo de su padre”.<sup>217</sup> Tal contradicción, sin embargo, es sólo aparente, pues Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal y Sebastián Garcilaso pertenecían en realidad a la misma clase social: todos eran conquistadores de los primeros o “vecinos” y todos fueron igualmente perjudicados por las Leyes Nuevas.<sup>218</sup> La única diferencia entre su padre y los dos rebeldes fue que, en tanto que éstos defendieron sus privilegios con las armas, aquél quiso mantenerlos por la vía pacífica (si admitimos ser verdad que Sebastián Garcilaso nunca simpatizó con el levantamiento de Pizarro y sólo lo acompañó a la fuerza). Lo significativo es que el Inca quedó tan desposeído como los descendientes de los rebeldes. Sebastián Garcilaso no pudo heredarle, por ser bastardo, sus rentas de mayor valor, las cuales se perdieron muy poco tiempo después de su muerte, ya que las dos hijas legítimas que el capitán tuvo con Luisa Martel murieron muy pequeñas: “Garcilaso murió, y sus hijas después de él, por lo qual se entendió estar sus indios vacos”, escribió a Felipe II desde Lima el licenciado Monzón, el 20 de agosto de 1563.<sup>219</sup> Por lo tanto, aunque enemistados con su padre por el curso que tomaron los acontecimientos,

---

<sup>217</sup> *El Inca*, p. 111.

<sup>218</sup> Es tan importante para Garcilaso distinguir a los “vecinos” de los españoles que llegaron después al Perú que, en las “Advertencias acerca de la lengua general de los indios del Perú”, al inicio de la parte primera de los *Comentarios* (cientos de páginas antes de que los lectores lleguemos a las guerras civiles), aclara: “este nombre *vezino* se entendía en el Perú por los españoles que tenían repartimiento de indios, y en esse sentido lo pondremos siempre que se ofrezca”.

<sup>219</sup> A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 308.

Pizarro y Carvajal fueron en realidad defensores de su causa, lo que el Inca supo comprender muy bien. Al respecto apunta Miró Quesada:

A diferencia de las críticas más extendidas contra los encomenderos, por la rudeza de su acción en la práctica y sus abusos contra los indígenas, la posición personal de Garcilaso es favorable a los “vecinos”, en particular a los prominentes señores del Cuzco. Parte de ese favor se debió sin duda a que su padre, el Capitán Garcilaso de la Vega, fue uno de esos “vecinos”. Pero la concepción del Inca es más general y más profunda. Para el Inca el “vecino”, precisamente por esa vecindad, o nueva naturaleza enraizada en la tierra, no era el soldado belicoso, ni el ocupante transitorio, ni el funcionario frío, sino un elemento integrador, con voluntad y con necesidad de permanencia, que por razón política o por propio interés representaba la vinculación biológica y espiritual con los indígenas, y el instrumento para la creación y para la estabilidad de un orden nuevo.

Es éste uno de los motivos principales por la simpatía inocultable del Inca Garcilaso hacia la rebelión de Gonzalo Pizarro.<sup>220</sup>

Pero hay algo aún más interesante que las razones personales que tuvo el Inca para simpatizar con Carvajal y es la función retórica que el maestro de campo, en tanto personaje literario, desempeña en los *Comentarios reales*. Escondido detrás de su máscara, Garcilaso pudo expresar sus más atrevidas ideas políticas y hacer una crítica mordaz a la sociedad y el estado españoles. Observa agudamente Durand: “Carvajal, como los pícaros de que habla Américo Castro, significa en su propia vida una terrible y sarcástica revisión de la moral y costumbres de su tiempo”.<sup>221</sup>

#### 4. LOS GALEOTES PRÓFUGOS (II, VI, 8-9)

Acabada la rebelión de Gonzalo Pizarro, Pedro de la Gasca aprovecha que el joven capitán Rodrigo Niño viajará a España por orden de su padre para pedirle que conduzca a ochenta y seis ex rebeldes condenados a galeras. Más por obligación que por gusto, Rodrigo Niño

---

<sup>220</sup> *Ibid.*, p. 262.

<sup>221</sup> *El Inca*, p. 111.



acepta la misión y sale de Lima con “poca o ninguna guarda” para los galeotes, “por parecerles a los ministros imperiales que bastava la autoridad de Rodrigo Niño y, también, porque era dificultoso hallar quien quisiesse dexar al Perú y venir por guarda de galeotes”. Durante el viaje, Rodrigo Niño logra evadir con ingenio el ataque de un corsario francés, pero, debido a la falta de vigilancia, huyen de él ochenta y cinco de los ochenta y seis galeotes. Cuando Rodrigo Niño llega finalmente a Sevilla, echa de sí a puñetazos e insultos al único galeote que aún lo acompañaba y declara ante los jueces de la Casa de la Contratación que, por no llevar guardias, todos los presos escaparon. Al poco tiempo los jueces se enteran del galeote liberado, así que condenan a Rodrigo Niño a servir “seis años en Orán de jinete” y le prohíben regresar a las Indias, pero interviene el príncipe Maximiliano de Austria y exonera al condenado.

Al inicio del relato, el Inca Garcilaso indica las dos situaciones que provocarán los acontecimientos principales del viaje: por una parte, no van a bordo guardias (o, en todo caso, van muy pocos) y, por otra, entre los presos se encuentran seis músicos (uno de ellos mestizo mexicano, por cierto). “Todos seis eran lindos oficiales. Traían sus instrumentos consigo, que assí se lo mandaron, para que hiziessen salva dondequiera que llegassen y ellos se valiesen de algunos socorros que algunos cavalleros principales y ricos les hiziessen por haver oído su buena música”. Debido a que no hay guardias, es muy lógico que los galeotes escapen y, debido a que hay seis músicos, es admisible (aunque no deja de sorprender) que Rodrigo Niño finja que hay una fiesta en el barco para escapar del corsario francés, quien, desconcertado, no se atreve a atacarlo. El relato del viaje está dividido por el episodio del corsario (y el consecuente cambio de capítulo), lo que da a la narración un ritmo equilibrado y causa en el lector la sensación de que ha sido más prolija. Transcribo a continuación la primera parte del viaje: “Con buen sucesso y próspero tiempo llegó

Rodrigo Niño a Panamá, que por todo aquel viaje, por ser distrito del Perú, las justicias de cada pueblo le ayudaban a guardar y mirar por los galeotes, y ellos venían pacíficos y humildes, porque en aquella jurisdicción habían ofendido a la Majestad Real, pero, pasando de Panamá y Nombre de Dios, dieron en huirse algunos dellos, por no remar en galeras”.

En seguida, la segunda:

Rodrigo Niño, habiéndose escapado del corsario con su buen ardid de música, siguió su viaje y llegó a La Havana, donde se le huyó buena parte de sus galeotes, por el poco recaudo de ministros que le dieron cuando se los entregaron para que los guardasse. Otros pocos se habían huido en Cartagena. Lo mismo hizieron en las Islas de la Tercera, y de tal manera fue la huida dellos que, cuando entraron por la barra de Sanlúcar, ya no venían más de diez y ocho forçados, y de allí al Arenal de Sevilla se huyeron los diez y siete. Con sólo uno que le quedó, de ochenta y seis que le entregaron, se desembarcó Rodrigo Niño para llevarlo a la Casa de la Contratación, donde los había de entregar a todos, como se lo mandó el Presidente en la Ciudad de los Reyes.

Al final de cada parte del viaje el Inca presenta dos hechos desconcertantes. El primero es el ingenioso ardid con que Rodrigo Niño escapó del corsario francés; el segundo, el despido a puñetazos del único galeote que le quedaba. Garcilaso aclara lo primero de inmediato (antes de que termine el capítulo 8): el corsario francés piensa que el barco de Rodrigo Niño “era de algún gran señor desterrado por algún grave delito que contra su Rey huviesse cometido, o que fuesse desposeído de su estado por algún pleito o trampa de las que hay en el mundo, por lo cual se huviesse hecho corsario [...]. Todo esto se supo después, cuando [Pedro de la Gasca] pasó por aquellas islas viniendo a España, que el mismo corsario lo había dicho en los puertos que tomó debaxo de amistad”. En cambio, el segundo enigma no queda claro sino hasta el final del relato, pues Rodrigo Niño da una explicación al galeote mientras lo golpea y lo insulta (le reclama su pusilanimidad por no haber huido como los demás), miente ante los jueces de la Contratación (declara que todos los presos huyeron) y sólo se sincera ante el príncipe Maximiliano de Austria (confiesa que dejó escapar al

galeote por piedad y agradecimiento). Aunque semejantes en apariencia, el acto de Rodrigo Niño es muy distinto del de don Quijote cuando libera a los galeotes (I, 22). Al respecto observa Auerbach:

Don Quijote, al dar libertad a los galeotes, no piensa ni remotamente en atacar el orden jurídico establecido; no es un anarquista ni un profeta del reino de Dios. Lejos de ello, todo nos lleva a pensar que, cuando este hombre no obra movido por su idea fija, se somete de buena gana al orden corriente [...]. Lo que mueve a Don Quijote a dar suelta a los galeotes es la idea fija; ésta es la que lo lleva a concebir cuanto le acontece como materia de sus aventuras caballerescas y la que le suministra los motivos: “ayudar a los desvalidos” o “libertar a los conducidos a la fuerza”, y obra en consecuencia.<sup>222</sup>

Don Quijote, pues, actúa llevado únicamente por su locura. Rodrigo Niño, en cambio, aun con sus contradicciones, ejecuta una acción justa.

Como el Inca mismo indica en el relato, Rodrigo Niño ya apareció antes en los *Comentarios* (II, IV, 11). Es pertinente revisar este episodio para comprender mejor el carácter del personaje. Al inicio de la rebelión de Gonzalo Pizarro, el virrey Blasco Núñez Vela encarga a Gonzalo Díaz que arreste a Pedro de Puelles, uno de los muchos españoles que se han levantado en armas siguiendo a Pizarro, pero, apenas sale de Lima, Gonzalo Díaz y sus hombres se pasan al bando pizarrista y maltratan y despojan a los pocos que, como Rodrigo Niño, deciden permanecer fieles a la corona. Garcilaso cita el capítulo 10 del libro V de la *Historia* de Zárate: “Otro día llegó a Los Reyes Rodrigo Niño, hijo de Hernando Niño, regidor de Toledo, con otros tres o cuatro que no quisieron ir con Gonçalo Díaz, por lo cual, demás de hazerles cuantas afrentas pudieron, les quitaron las armas y los cavallos y vestidos, y assí venía Rodrigo Niño con un jubón y con unos muslos viejos, sin medias calças, con solos sus alpargates y una caña en la mano, haviendo venido a pie todo el camino”. A diferencia de la gran mayoría de conquistadores, que primero apoyaron a

---

<sup>222</sup> *Op. cit.*, pp. 324-325.

Pizarro contra Núñez Vela y después lo traicionaron porque creyeron más conveniente asociarse con Pedro de la Gasca, Rodrigo Niño se mantiene siempre fiel a la corona, pero lo único que saca de su lealtad son momentos amargos: los hombres de Gonzalo Díaz lo afrentan, y Pedro de la Gasca le encarga una misión casi suicida, sin guardias que vigilen a los galeotes ni dinero para el viaje, pues es necesario que los músicos toquen sus instrumentos “para que hiziessen salva dondequiera que llegassen y ellos se valiesen de algunos socorros que algunos cavalleros principales y ricos les hiziessen por haver oído su buena música”. Después miente para encubrir una buena acción (haber perdonado al último galeote), y la recompensa por ello es una condena, que sólo puede anular la intervención de un príncipe poderoso.

Detrás de las aventuras que llenan el relato, el Inca muestra las repercusiones en un individuo particular de un proceso histórico muy importante: el paso del estado patrimonial al patrimonial-burocrático. González Echevarría explica este fenómeno:

the patrimonial state is a symbolic extension of the domestic structure of power, whose source and center is the paternal figure of the lord. Legitimation is granted within this structure of power by adherence to tradition, rather than to law, and the locus of functionality is the land, the fiefdom within which such power was operational, hence the pillories bearing the lord's coat of arms.

The bureaucratic state, on the other hand, is organized on the basis of the functional rationality of the system, whose authority and legitimacy are inherent in its operational validity. Consequently, functionaries within this organization are chosen according to their ability to operate in the bureaucratic machinery; ideally, they do not owe their position to a favor granted by the lord or monarch. The Spanish State was a patrimonial bureaucracy insofar as power was lodged in the seigneurial authority of the Crown. But at the same time, and increasingly so after the sixteenth century, the bureaucracy became a self-enclosed, self-regulating, machine whose grist was paper and which was oiled with ink.<sup>223</sup>

En este nuevo orden, el poder, aunque representado por el emperador, deja de tener rostro: “in the patrimonial bureaucracy legitimation is granted through the alienated political codes

---

<sup>223</sup> *Op. cit.*, pp. 53-54.

that have become a simulacrum of seigneurial power. [...] The symbolic relationships of the patrimonial state are replaced with the codified signs of the bureaucratic one”.<sup>224</sup> El sistema legal en que se encuentra atrapado Rodrigo Niño evidentemente funciona mal, pues, cuando el joven capitán actúa según la ley, o es maltratado o su vida se pone en riesgo. Por eso decide incurrir en la ilegalidad (liberar al galeote y mentir ante los jueces), pues decir la verdad conlleva un castigo para él y atenerse a las leyes (entregar al único preso que pudo conservar) implica una evidente infamia. Sólo al final de su larga travesía Rodrigo Niño logra ver un rostro del poder (gracias a su preeminente posición social, pues es hijo de un regidor): el de Maximiliano de Austria, el único capaz de hacer justicia porque no es una maquinaria mecánica e insensible, sino un individuo con juicio, que puede valorar las particularidades de los hechos. Nótese el léxico que utiliza el Inca para referirse a las acciones de Maximiliano de Austria: éste asume su función de “príncipe” y “absuelve” a Rodrigo Niño, pues considera que actuó como “cavallero”. Ninguna de estas palabras tiene sentido en el rígido orden burocrático, “esa larga ronda de suplicaciones y antesalas”<sup>225</sup> de la que Hernán Cortés se quejó ante Carlos V: “más me cuesta defenderme del fiscal de vuestra Magestad que ganar la tierra de mis enemigos”.<sup>226</sup> El enfrentamiento entre el orden patrimonial y el patrimonial-burocrático se manifiesta en diversas obras literarias del siglo de oro. Un ejemplo notable son las comedias de Lope de Vega, donde es muy común que un príncipe deba remediar las injusticias causadas por la ley (*Fuente Ovejuna*, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, *El mejor alcalde, el rey*).<sup>227</sup>

---

<sup>224</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>225</sup> A. Miró Quesada, *op. cit.*, p. 442.

<sup>226</sup> R. González Echevarría, *op. cit.*, p. 47.

<sup>227</sup> La amarga certeza de que la justicia es imposible en un sistema burocrático se manifestará con mayor violencia en la literatura de los siglos siguientes. En el XIX son notables los ejemplos de *A Tale of Two Cities*, de Charles Dickens (en particular el capítulo titulado “In Secret”, sobre un inglés apresado durante la revolución francesa sin saber por qué razón), y de *Billy Budd*, de Herman Melville. En el XX este tema será

Pupo-Walker considera que el episodio de Rodrigo Niño “tiene hondas raíces en la novela bizantina y en formas entonces muy difundidas de la narración breve”.<sup>228</sup> Creo que tiene toda la razón: el trabajo (en oposición a la aventura), el viaje y el peligro son los principales motivos que conducen las novelas bizantinas, y todos ellos se encuentran en el episodio de Rodrigo Niño (incluso el escenario es europeo, lo que ocurre muy pocas veces en los *Comentarios*). Como bien señala Bataillon, para los escritores del Renacimiento las *Etiópicas*, de Heliodoro, eran un modelo óptimo de prosa de ficción (a diferencia de los libros de caballerías, que les parecían de pésima calidad): “Ce roman leur plaît par mille qualités qui manquent trop à la littérature chevaleresque : vraisemblance, vérité psychologique, ingéniosité de la composition, substance philosophique, respect de la morale”.<sup>229</sup> En el inventario de libros del Inca había dos diferentes ejemplares de las *Etiópicas* (números 92 y 124). Durand sospecha que uno de ellos puede ser la versión española de Fernando de Mena (1552) y el otro, la traducción anónima al francés (1554).<sup>230</sup> En cuanto a los libros de caballerías, también fueron blanco de los ataques de Garcilaso, quien afirma en *La Florida* (II-I, 27): “toda mi vida, sacada la buena poesía, fui enemigo de ficciones, como son libros de caballerías y otras semejantes. Las gracias de esto debo dar al ilustre caballero Pedro Mejía, de Sevilla, porque con una reprehensión, que en la *Heroica obra de los Césares* hace a los que se ocupan en leer y componer los tales libros, me quitó el amor que como muchacho les podía tener y me hizo aborrecerlos para siempre”.

Porras Barrenechea, por su parte, llama al relato de Rodrigo Niño “joya de antología” y afirma: “La vena jovial de las *Tradiciones* de Palma está, ya, en esa historia menuda y

---

fundamental en narradores tan diversos como Franz Kafka, William Faulkner, Albert Camus o Juan Rulfo, y será uno de los más importantes motivos de reflexión para Michel Foucault.

<sup>228</sup> *Op. cit.*, p. 159, n. 27.

<sup>229</sup> *Erasme et l'Espagne*, Genève, Libraire Droz, 1991, v. 1, p. 663.

<sup>230</sup> “La biblioteca”, pp. 253 y 255.

anecdótica en la que a veces se refugia, mejor que en las graves y ceñudas historias, el alma inasible de la raza”.<sup>231</sup> Me parece difícil encontrar en el texto rasgos premonitorios de la obra de Ricardo Palma (y, menos aún, “el alma inasible de la raza”). Muchas de las *Tradiciones peruanas*, en efecto, están basadas en episodios de los *Comentarios reales* (en la sexta serie, por ejemplo, hay doce sobre Francisco de Carvajal), y una de ellas cuenta la historia de Rodrigo Niño (se titula “Niñería de Niño” y pertenece a la octava serie). No obstante, el relato de Palma es completamente distinto del de Garcilaso. En primer lugar, Palma presenta un protagonista desleal y perverso:

El licenciado Rodrigo Niño, hijo de un cabildante de Toledo, en España, fue hombre, en política, de conducta más variable que el viento. Entusiasta partidario en una época del virrey Blasco Núñez de Vela, por quien arrojó serios peligros, se le vio a poco figurar entre los más fervorosos adeptos de Gonzalo Pizarro, para a la postre hacer gran papel al lado de Gasca. Fue el tal leguleyo más tejedor que las arañas. Siempre estuvo en las de ganar y nunca en las de perder, lo que prueba que el licenciado Rodrigo Niño tuvo olfato de perro husmeador.<sup>232</sup>

En su rabieta final contra el preso, Rodrigo Niño no se conforma con golpearlo e insultarlo, sino que lo mata clavándole una daga en el pecho. Además, nada del acalorado trasfondo político que permea el episodio de los *Comentarios* se manifiesta en el relato de Palma. Para éste, la historia de Rodrigo Niño es una muestra más de que los malos actos pueden no tener nunca un justo castigo, pues al final aparece el aborrecible protagonista como alcalde en el Cabildo de Lima. “Es claro que la niñería del asesinato no perjudicó al Niño”, sentencia Palma.<sup>233</sup>

---

<sup>231</sup> *Los cronistas*, p. 403.

<sup>232</sup> *Tradiciones peruanas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, t. 4, p. 258.

<sup>233</sup> *Ibid.*, p. 259.

## 5. LOS AZOTES VENGADOS (II, VI, 17-18)

Hay paz entre los españoles del Perú, de manera que pueden continuar las conquistas de los territorios que aún dominan los indios. De Potosí sale un escuadrón de más de doscientos soldados rumbo a Tucumán, y casi todos ellos llevan indios de servicio “cargados”, a pesar de que esto se ha prohibido recientemente. Como el alcalde mayor de la ciudad, de apellido Esquivel, no puede castigar a más de doscientos hombres, sentencia a uno solo, de apellido Aguirre, a doscientos azotes, para que pague por todos. Aguirre “no tenía oro ni plata para pagar la provisión a los que cargaban indios”, así que busca mediante padrinos que se le perdone la pena o que de plano se le ahorque, para no pasar la vergüenza que implicaba ser azotado públicamente, pero nada de esto puede obtener. Aguirre, pues, recibe su castigo, espera luego que el licenciado Esquivel termine su función pública y comienza entonces a esparcir el rumor de que se vengará. Esquivel huye de Potosí a Lima, de Lima a Quito y de Quito al Cuzco, pero Aguirre lo sigue por todas estas ciudades. Cansado “de andar tan largos caminos”, Esquivel decide permanecer en el Cuzco; confía, además, en que el corregidor de esa ciudad es Alonso de Alvarado, juez “vigilante y riguroso”. No obstante, Esquivel no toma todas las precauciones necesarias para protegerse, así que, “un lunes a mediodía”, Aguirre entra a su casa y lo mata. Después del homicidio, Aguirre pide ayuda a dos jóvenes caballeros que encuentra en la calle. Éstos lo esconden en casa de un cuñado suyo durante cuarenta días, mientras Alonso de Alvarado lo busca por toda la ciudad para castigarlo. Al final, los dos jóvenes disfrazan a Aguirre de negro, y uno de ellos lo conduce fuera de la jurisdicción del Cuzco.



El relato de Aguirre y Esquivel aparece inmediatamente después de la llegada a Lima del segundo virrey del Perú, Antonio de Mendoza, y del viaje que por orden suya hace Francisco de Mendoza, su hijo, de Lima a Potosí y de regreso, pasando por el Cuzco. Pupo-Walker considera que estos hechos funcionan como introducción al relato de Aguirre, pues, según él, el carácter popular de la fiesta con que los vecinos del Cuzco reciben a Francisco de Mendoza anuncia al “hombre humilde” que es Aguirre.<sup>234</sup> Difiero de su opinión: me parece que estos dos relatos simplemente están yuxtapuestos por su proximidad en el tiempo. Como sea, Pupo-Walker identifica muy bien la elaboración literaria del episodio de Aguirre, que lo aísla del resto de la obra:

En definitiva lo que hemos observado es un proceso de ficcionalización en el que la materia documental quedó transformada en un espacio imaginario. Pero quisiera insistir, una vez más, en que los mecanismos retóricos que hacen posible esa apertura y que la cancelan no son excepcionales, sino que se repiten en términos similares en los *Comentarios reales* y otras crónicas de Indias. Precisamos de esa manera un rasgo compositivo de la crónica americana que esclarece el comportamiento formal de la narración interpolada.<sup>235</sup>

Pupo-Walker señala, asimismo, las “prerrogativas de narrador omnisciente”<sup>236</sup> que manifiesta el autor en el relato y lo poco pertinente que resulta éste desde el punto de vista estrictamente historiográfico:

las personas de Esquivel y Aguirre carecen, como tales, de especial relevancia histórica; el sentido testimonial reside entonces en la dramatización de un conflicto que se conoce muy bien en los anales de la historia hispanoamericana. O sea, las disputas y reclamaciones que por motivos muy variados hicieron hidalgos y conquistadores a las autoridades virreinales. Valiéndose del distanciamiento que le proporciona el acto mismo de la creación verbal, el Inca nos revela la interioridad de una lucha que él conoció, además, en el seno de su propia familia. E indirectamente caracteriza el desenvolvimiento de una sociedad menguada por rivalidades, sociedad que perdía el brío de la Conquista bajo el peso inerte de estructuras institucionalizadas.<sup>237</sup>

---

<sup>234</sup> *Op. cit.*, pp. 180-183.

<sup>235</sup> *Ibid.*, p. 189.

<sup>236</sup> *Loc. cit.*

<sup>237</sup> *Ibid.*, p. 190.

El relato puede dividirse en dos partes: en la primera, Aguirre es víctima de una injusticia y, en la segunda, ejecuta su venganza (entre una y otra hay cambio de capítulo). Al final de la primera parte Garcilaso adelanta que Aguirre “se vengó”, lo que, en opinión de Pupo-Walker, condiciona el desarrollo del relato: “Al sustraer parcialmente el elemento sorpresivo que contiene el desenlace, el relator se impone un nuevo reto; el interés de lo narrado radicará ahora en el proceso de elaboración literaria como tal. Creo que nada consigue en el relato mayor efectividad que la graduación de *crescendo* emotivo que nos transmite la aventura obsesiva de Aguirre”.<sup>238</sup> Es común que el Inca adelante el final de lo que narra: los lectores sabemos de antemano que Manco Inca fracasará en el sitio del Cuzco, que Pedro de Valdivia morirá entre los araucos o que Gonzalo Pizarro será derrotado por Pedro de la Gasca. Pero precisamente porque sabemos el final nos intriga tanto lo que sucederá, ya que Garcilaso conduce la narración en sentido opuesto: Manco Inca mata a muchos españoles y aliados suyos en el Cuzco, en Lima y en los caminos; Valdivia desbarata fácilmente a los araucos en las primeras batallas, y Gonzalo Pizarro vence al ejército imperial en Huarina. ¿Qué pasará entonces, nos preguntamos, para que todo termine como sabemos que terminó?

La narración del Inca puede ser sintética o detallada, según las necesidades del relato, pero en ambos casos el resultado es muy afortunado. La persecución de Esquivel por todo el Perú corresponde, lógicamente, al primer estilo:

cumplido el término del oficio del licenciado Esquivel, [Aguirre] dio en andarse tras él como hombre desesperado, para matarle como quiera que pudiese, por vengar su afrenta. El licenciado, certificado por sus amigos desta determinación, dio en ausentarse y apartarse del ofendido, y no como quiera, sino trezientas y cuatrocientas leguas en medio, pareciéndole que, viéndole ausente y tan lexos, le olvidaría Aguirre, mas él cobrava tanto más ánimo cuanto más el licenciado le huía, y le seguía por el

---

<sup>238</sup> *Ibid.*, pp. 185-186.

rastró dondequiera que iba. La primera jornada del licenciado fue hasta la Ciudad de los Reyes, que hay trezientas y veinte leguas de camino, mas dentro de quinze días estava Aguirre con él. De allí dio el licenciado otro buelo hasta la ciudad de Quito, que hay quatrocientas leguas de camino, pero a poco más de veinte días estava Aguirre en ella, lo qual sabido por el licenciado, bolvió y dio otro salto hasta el Cozco, que son quinientas leguas de camino, pero a pocos días después vino Aguirre, que caminava a pie y descalço y dezía que un açotado no havia de andar a caballo ni parecer donde gentes lo viessen.

El viaje es tan largo que abarca los territorios de lo que en la actualidad son tres países distintos: Bolivia (Potosí), Perú (Lima y el Cuzco) y Ecuador (Quito).<sup>239</sup> A pesar de la velocidad vertiginosa de la narración (“dio el licenciado otro buelo hasta la ciudad de Quito”, “bolvió y dio otro salto hasta el Cozco”), con un par de oraciones relativas coordinadas entre sí (“que caminava a pie y descalço y dezía que un açotado no havia de andar a caballo ni parecer donde gentes lo viessen”), Garcilaso plasma en la imaginación del lector con precisión formidable la tortuosa marcha del afrentado. Por lo contrario, la narración del asesinato es detallada (ahora el espacio de la acción no es todo un continente, sino una casa y sus alrededores):

[Aguirre] se atrevió a entrar un lunes a mediodía en casa del licenciado y, habiendo andado por ella muchos passos y passado por un corredor baxo y alto y por una sala alta y una cuadra, cámara y recámara, donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno dellos y le dio una puñalada en la sien derecha, de que lo mató, y después le dio otras dos o tres por el cuerpo, mas no le hirió, por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostraron por las roturas del sayo.

Aguirre bolvió a desandar lo andado y, quando se vio a la puerta de la calle, halló que se le havia caído el sombrero y tuvo ánimo de bolver por él y lo cobró y salió a la calle, mas ya quando llegó a este passo iba todo cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la iglesia a guarecerse en ella, teniéndola calle en medio. Fuese hazia San Francisco, que entonces estava el convento al oriente de la iglesia, y, habiendo andado buen trecho de la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda, por una calle que iba a parar donde fundaron el Convento de Santa Clara.

---

<sup>239</sup> En el prólogo a “Artificios”, Borges imagina la posibilidad de “amplificar el tiempo y el espacio” su cuento policial “La muerte y la brújula” (cuyo tema es también una venganza paciente y obstinada), de manera que, en vez de que sus protagonistas se limiten a deambular por las calles de “un Buenos Aires de sueños”, el territorio de la persecución sea todo el orbe: “la primera letra del Nombre podría articularse en Islandia; la segunda, en Méjico; la tercera, en el Indostán”. *Ficciones*, en sus *Obras completas*, t. 1: 1923-1949, Buenos Aires, Emecé, 2005, p. 517. La dilatada geografía del relato de Garcilaso se aproxima a la imaginada por Borges.

En aquella plaçuela halló dos cavalleros moços, cuñados de Rodrigo de Pineda, y llegándose a ellos les dixo: “¡Escóndanme, escóndanme!”, sin saber dezir otra palabra, que tan tonto y perdido iba como esto. Los cavalleros, que le conocían y sabían su pretensión, le dixerón: “¿Havéis muerto al licenciado Esquivel?”. Aguirre dixo: “Sí, señor. Escóndanme, escóndanme”.

Sobre esta escena, observa Pupo-Walker: “En ese instante veremos la morosidad con que se describe la conducta del hombre que está a punto de alcanzar a su víctima, y es aún más gráfica la imagen balbuciente y aturdida que presenta el agresor en su fuga”.<sup>240</sup>

A primera vista, el tema central del relato es la honra (fundamental en tantas obras de los siglos de oro). Considero, empero, que el verdadero eje conductor de la narración es la justicia. En este punto es necesario distinguir entre narrador y personaje: Aguirre, efectivamente, busca restituir su honra perdida tras la humillación pública;<sup>241</sup> en cambio, el narrador subraya, desde el inicio del relato, la injusticia de que Aguirre fue víctima: Esquivel castigó a uno solo de doscientos soldados que violaron la ley. Sobre el poco respeto a la ley violada por Aguirre, comenta Miró Quesada:

Por razones de oportunidad, La Gasca no quebrantó del todo el servicio personal, sino [que] lo aceptó en forma reducida y condicionando los tributos con el triple sistema de la visita, la tasa y la sanción, como se había intentado, sin lograrlo, desde los tiempos de Vaca de Castro. Las nuevas disposiciones restrictivas de 1551 no llegaron a ser cumplidas en el breve gobierno del Virrey Antonio de Mendoza. Aún en 1552, la Audiencia tuvo que permitir el servicio personal de los indios, limitado a faenas del campo, de labranza y de guarda de ganado.<sup>242</sup>

Al final, con la prudencia que lo caracteriza, el Inca muestra la ejemplaridad de esta venganza: “Los soldados bravos y facinerosos dezían que, si hubiera muchos Aguirres por

---

<sup>240</sup> *Op. cit.*, p. 187.

<sup>241</sup> Sobre la humillación como parte fundamental del castigo durante la colonia, escribe González Echevarría: “At the pillory, the citizens of the domain were whipped, tortured, shamed, their severed organs put on public display. The pillory is predominantly urban in that it presupposes that the culprit be seen by others as he is being humiliated. The punishment becomes a spectacle of the city as well as a display of the machinery of the State at work. Urban justice involves public shame, a public acknowledgment that breaking the law of the State is not only an offense against a paternal figure but against an organic set of interdictions”. *Op. cit.*, p. 49.

<sup>242</sup> *Op. cit.*, pp. 55-56.

el mundo, tan deseosos de vengar sus afrentas, que los pesquisidores no fueran tan insolentes”. Como apunta Pupo-Walker, “el relator aprovecha para meditar sobre las aberraciones que suele ocasionar una conducta excesivamente autoritaria”.<sup>243</sup> Durand ha mostrado en sus ensayos “La idea de la honra en el Inca Garcilaso” y “El duelo, motivo cómico”<sup>244</sup> que la honra, en la forma como se entendía en la España de los siglos XVI y XVII, suele ser objeto de desprecio (incluso de burla) para el Inca. Pero no es el caso de Aguirre, pues, en tanto que ha sido víctima de una injusticia, su venganza está justificada. En quien sí puede apreciarse el sinsentido de la honra es en Esquivel, ya que, a pesar de las advertencias de Gómez de Tordoya (primo de Garcilaso), no da importancia a las amenazas por no “escandalizar la ciudad y mostrar mucho temor a un hombrecillo como Aguirre”. En seguida lo contradice el Inca: “Dixo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talle, mas el deseo de la vengança le hizo tal de persona y ánimo que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo”. Si al relatar el asesinato de Manco Inca, Garcilaso da una muerte grotesca a un personaje noble (en lo que coincide con Shakespeare), aquí ocurre lo contrario: un personaje bajo (Aguirre) es capaz de ejecutar acciones nobles (vengar la afrenta con que lo deshonró un hombre de mejor posición social y salir bien librado). Esto jamás sucede en Shakespeare, quien, como hace ver Auerbach, en este aspecto sí respeta el decoro clásico: “Sólo trata a lo trágico a personajes de la nobleza, a príncipes y reyes, hombres de Estado, caudillos y héroes de la antigüedad; allí donde aparecen el pueblo, soldados u otras gentes de nivel inferior o medio, lo hacen en estilo bajo, en uno de los muchos matices de lo cómico que tiene a su disposición”.<sup>245</sup>

---

<sup>243</sup> *Op. cit.*, p. 184.

<sup>244</sup> Ambos recogidos en *El Inca*, pp. 89-114 y 115-121.

<sup>245</sup> *Op. cit.*, p. 308.

Como Rodrigo Niño, el único medio de que dispone Aguirre para alcanzar la justicia es salirse de los estrechos límites que marca la ley. Rodrigo Niño es hijo del regidor de Toledo y, por esa razón, puede procurarse padrinos influyentes que presenten su caso ante un príncipe de la talla de Maximiliano de Austria, quien es capaz de anular la condena sin caer en la ilegalidad. Aguirre, en cambio, es un hombre humilde y no encuentra otro remedio a su situación que aceptar la condena y, posteriormente, vengarse por su propia mano. No sólo el asesinato es ilegal: también lo es la ayuda de los dos jóvenes caballeros, quienes, al parecer, actúan impulsados por la mera emoción de quebrantar la ley. Nada obtienen ayudando al homicida (de hecho sólo se arriesgan) y tampoco parecen ser conscientes de la injusticia que padeció. Para ellos tan sólo se trata de una travesura. Incluso en las acertadas soluciones que encuentran al problema en que se han metido hay un evidente sentido lúdico: para alimentar a Aguirre, roban comida de la mesa del cuñado y, para entregársela, fingen ir “a la provisión natural”; después lo disfrazan de negro y actúan delante de los guardias de la ciudad (esta farsa no es muy distinta del ardid de Rodrigo Niño para escapar del corsario).<sup>246</sup> Al final del relato, Garcilaso no sólo lanza su atrevida moraleja, sino que, en tanto narrador, es bondadoso con Aguirre. No insinúa que algo malo le vaya a suceder por su crimen; por lo contrario, el prófugo encuentra en Huamanca a un pariente, “el cual lo recibió como a proprio hijo y le dixo y hizo mil regalos y caricias y, después de muchos días, lo embió bien proveído de lo necessario”. El Inca también subraya la buena suerte que tuvo el asesino, “porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho parece que le fueron antes favorables que dañosas, porque, si entrara en algún convento, en ninguna manera escapara, según las diligencias que se hizieron”. Fuera

---

<sup>246</sup> El Inca aprovecha el pigmento con que los jóvenes ennegrecen la piel de Aguirre para dar cuenta de la fruta que los indios llaman *úitoc* (curiosidad botánica que pudo incluir en el libro VIII de la parte primera, dedicado a las riquezas naturales del Perú).

de las ciudades, el enorme espacio americano es aún territorio virgen, inabarcable para las leyes españolas, lo que sin duda beneficia a Aguirre: una vez que se encuentra fuera de la jurisdicción del Cuzco, es libre. González Echevarría observa que “Pablos, Quevedo’s *pícaro* in *El Buscón*, speaks, at the end of the novel of leaving for America, a voyage Mateo Alemán made and Cervantes wished to make. The New World is an escape because of the very freedom afforded the new as something not yet codified”.<sup>247</sup>

El relato de Aguirre fue también reelaborado por Ricardo Palma, en la segunda serie de las *Tradiciones peruanas*. A diferencia de la aventura transatlántica de Rodrigo Niño, este episodio es más propicio al estilo del limeño. No obstante, su versión (titulada “Las orejas del alcalde”) nuevamente es muy distinta de la de Garcilaso: Aguirre se llama Cristóbal de Agüero; la razón por la que Esquivel lo manda azotar es por celos de una muchacha; Agüero sólo arranca las orejas de Esquivel (no lo mata), pero éste muere, “más que por consecuencia de las heridas, de miedo al ridículo de oírse llamar el Desorejado”.<sup>248</sup> A pesar de ser anterior por casi tres siglos, el texto del Inca (mucho más ambiguo y complejo) anuncia con mayor claridad que el de Palma algunos rasgos de la narrativa hispanoamericana moderna. Me atrevo a ver en la paciente e irrevocable venganza de Aguirre el mismo motivo que conduce relatos fundamentales del siglo XX como *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez; “El hombre” y “¡Diles que no me maten!”, de Rulfo, e, incluso, “La muerte y la brújula” y “Emma Zunz”, de Borges.

---

<sup>247</sup> *Op. cit.*, p. 57.

<sup>248</sup> R. Palma, *op. cit.*, 1945, t. 1, p. 130.

## 6. EL PADRINO IMPERTINENTE (II, VI, 20)

Sigue la paz en el Perú, aunque falta ya poco tiempo para que estallen las rebeliones de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. El ánimo belicoso de los soldados, quienes constantemente pelean entre sí, es clara señal de la turbulencia política. Para dar una mejor idea de este ambiente, el Inca Garcilaso relata un caso particular: el duelo entre Baltasar Pérez y Pero Núñez, apadrinados, respectivamente, por Egas de Guzmán y Hernán Mejía. Desde el inicio, la lucha es de lo más ridícula: Pero Núñez desarma a Baltasar Pérez y lo somete a puñetazos, en tanto que Hernán Mejía no hace otra cosa que evadir los ataques de Egas de Guzmán. A pesar de su ligereza, Egas de Guzmán logra herir a Hernán Mejía, quien, mientras escapa del combate, hiere accidentalmente a Pero Núñez (su propio ahijado). Libre de Hernán Mejía, Egas de Guzmán rescata a Baltasar Pérez, quien se encuentra ya muy maltrecho, y ataca con su espada a Pero Núñez, que, desarmado, sólo puede atajar las cuchilladas con los brazos. Al final, Hernán Mejía muere a causa de la herida recibida, Pero Núñez queda lisiado de ambos brazos para toda la vida, Baltasar Pérez es llevado a una posada para recuperarse de la golpiza recibida y Egas de Guzmán se esconde en una iglesia para evadir la pena judicial que le correspondía.

A diferencia de lo que sucede en el relato de la venganza de Aguirre, en este caso Garcilaso no muestra de ninguna manera simpatía por los personajes ni por sus razones. De hecho, como bien observa Durand, sucede precisamente lo contrario: “El Inca usa del duelo sólo como tema cómico y nunca le da importancia bastante para que merezca un análisis detenido. Y aun le dedica comentarios francamente despectivos”.<sup>249</sup> Todo el episodio (que

---

<sup>249</sup> *El Inca*. p. 120.



abarca íntegramente el capítulo) abunda en ridiculeces. Al plantear la situación general, Garcilaso explica que quienes luchan muchas veces no son hidalgos, sino gente vulgar que adopta las formas más extravagantes a la hora del combate:

cada día había muchas pependencias singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman *pulperos*, nombre impuesto a los más pobres vendederos, porque en la tienda de uno dellos hallaron vendiéndose pulpo [...]. Entre los muchos desafíos singulares que entonces hubo, passaron algunos dignos de memoria que pudiéramos contar, que unos fueron en calças y camisas, otros en cueros de la cinta arriba, otros con calçones y camisa de tafetán carmesí, por que la sangre que saliesse de las heridas no los desmayasse. Otras invenciones sacaron muy ridículas.

Cuando el Inca pasa al caso particular, la ridiculización es evidente desde la causa del desafío: aunque Pero Núñez y Baltasar Pérez sí son hidalgos, tienen “mucho presunción” y discuten “sobre ciertos puntos de satisfacción de honra que dixeron habían faltado o sobrado entre otros dos desafiados que pocos días antes habían combatido, cuyos padrinos habían sido los susodichos”. Es decir que la única razón para que pelearan fueron sus diferencias al contemplar otra pelea. ¿Puede haber una razón más absurda para enemistarse con alguien? No menos absurda es la intromisión de uno de los padrinos: Hernán Mejía, quien, “sabiendo el desafío de los dos nombrados y que Egas de Guzmán era padrino de Baltasar Pérez, alcanzó, por pura importunidad, que Pero Núñez le llevase por su padrino, por reñir con Egas de Guzmán, que lo desava en extremo”. Hernán Mejía no sólo no tiene razón para buscar la pelea, sino que, según Egas de Guzmán, ni siquiera es hidalgo, sino “hijo de una mulata vendedera que actualmente estava vendiendo sardinas fritas en la plaça de San Salvador, en Sevilla”.

Las ridiculeces no cesan durante la pelea: “A los primeros lances el Pero Núñez, que era el hombre de mayores fuerças que se conocía, rebatió la espada de su contrario y, cerrando con él, lo derribó en el suelo y, puesto cavallero sobre él, le echava puñados de

tierra en el rostro y en los pechos, por no matarle con la daga”. Mientras tanto, “Hernán Mexía temía de llegarse a Egas de Guzmán porque era de más fuerças y más corpulencia que no él, mas entreteníalo con la destreza de la espada y la ligereza del cuerpo”. Cuando por fin Egas de Guzmán logra herir a Hernán Mejía, éste, “desatinado por la herida, huyó por el campo y fue donde los ahijados estaban como hemos dicho y, sin mirar a quién tirava el golpe, dio una cuchillada a su propio ahijado y passó huyendo sin saber a dónde”. Al final, ninguno de los inmiscuidos en el combate sale bien librado: Egas de Guzmán “se fue a retraer a una iglesia”; Baltasar Pérez, “que no estava para ir por sus pies”, es llevado a cuestras “a una casa, la más cerca del pueblo, que era hospedería, donde recibían indios enfermos”; Pero Núñez queda “manco de ambos braços, que apenas podía comer con sus manos” (Garcilaso asegura haberlo visto en Madrid el año de 1563 y subraya lo absurdo de su discapacidad al referirse irónicamente a ella como “las señales y buenas ganancias que sacó del desafío”); Hernán Mexía, por último, “murió de la herida de la cabeça, porque no pudieron sacarle la punta de la daga que en ella tenía metida”. Nadie, pues, obtuvo ningún beneficio con esa lucha insensata, y el capítulo termina como empezó, con la referencia a más peleas particulares: “Otros muchos desafíos huvo en aquella tierra en aquel tiempo, no solamente de los moradores de los pueblos, sino de los caminantes que se topavan por los caminos, que yo conocí algunos dellos cuyas pendencies pudiéramos contar, pero baste por todas ellas la que se ha referido”. Si al inicio del capítulo el Inca indica que quienes peleaban no eran sólo “soldados principales y famosos”, sino también “mercaderes y otros tratantes”, la belicosidad del final abarca incluso a quienes ni siquiera tienen residencia fija en el Perú. De la misma manera que hay una clara degradación de hidalgos a mercaderes, la hay de éstos a “los caminantes que se topavan en el camino”. Garcilaso deja en sus lectores la impresión de una anarquía absoluta.

Esta situación tan ridícula tiene un sentido más profundo que simplemente divertir a los lectores: el Inca está a punto de relatar las guerras civiles de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón y desea desacreditar a sus protagonistas. A diferencia de la evidente adhesión que manifiesta a la rebelión encabezada por Gonzalo Pizarro, Garcilaso desprecia las dos que la sucedieron, sobre todo la que dirigió Francisco Hernández Girón.

Observa con acierto Miró Quesada:

el Inca Garcilaso es riguroso con esta rebelión, no sólo por la diferencia personal entre el nuevo caudillo y Gonzalo Pizarro, sino porque el movimiento de Girón, en vez de acentuar la fuerza económica y señorial de los “vecinos”, fue una protesta de los soldados pobres contra los opulentos dueños de repartimientos. El Inca Garcilaso critica por eso, reiteradamente, al Palentino, a quien acusa de mal informado, de andar en partes “oscuro, confuso y equívoco”, de dejarse llevar por la relación “del vulgo” y, sobre todo, de confundir dos categorías tan distintas como “vecinos” y soldados, con la tendencia a presentar a los “vecinos” como traidores o, por lo menos, a dejarlos “indiciados y sospechosos por tales”.<sup>250</sup>

Como ya dije, Garcilaso presenta a Pizarro, Carvajal y sus hombres como héroes admirables porque se siente miembro de esa clase social y partidario de la causa que defendieron. En cambio, los seguidores de Hernández Girón (a quienes consideraba sus enemigos naturales, pues fueron un instrumento de la corona para despojar a los primeros conquistadores) son sanguinarios, impertinentes o cobardes, como los cuatro implicados en el duelo. La distinción entre las dos rebeliones es, como bien lo advierte Miró Quesada, lo que lleva al Inca a rechazar tan continua y enérgicamente a Diego Fernández de Palencia, quien en su *Historia del Perú* las iguala. De hecho, la incompetencia del Palentino es justamente la razón por la que Garcilaso se ve obligado a aclarar este duelo, pues el historiador español “lo dize breve y confuso” e, incluso, cambia el nombre de uno de los protagonistas: “le llama Diego Núñez”.

---

<sup>250</sup> *Op. cit.*, p. 416



## IV. LOS FUNDAMENTOS DEL VIRREINATO

### 1. EL INDIO SOBERBIO (II, VIII, 1)

El Inca Garcilaso describe una fiesta del santísimo sacramento que tuvo lugar en el Cuzco cuando su padre era corregidor de la ciudad. En medio de la procesión que hacen los indios con motivo de la celebración, un cañari, de nombre Francisco Chillchi, muestra en público la cabeza de un inca al que mató durante el sitio del Cuzco (en el que peleó al lado de los españoles). Los incas que observan la afrenta protestan de inmediato ante el licenciado Monjaraz, teniente de la ciudad y segundo hombre de más autoridad en ella (después de Sebastián Garcilaso). El licenciado pregunta al cañari de quién es la cabeza. Éste responde y se jacta de su pasada victoria, a lo que uno de los incas responde con la enumeración de las hazañas más notables que realizaron los incas durante la conquista. Al final, el licenciado Monjaraz reprende al cañari y lo amenaza con castigarlo si vuelve a faltar al respeto a quienes fueron sus señores antes de que llegaran los españoles.

Todo el episodio funciona como resumen de los hechos protagonizados por los incas en las parte segunda de los *Comentarios*, sobre todo en el libro II, donde se relata la gesta de los incas que Garcilaso considera más heroica: el sitio del Cuzco encabezado por Manco Inca. No es la única vez que este recurso (proveniente, como tantos otros, de la historiografía clásica) aparece en la obra del Inca. El capítulo 19 del libro VI de la *Florida* tiene la misma función: los sobrevivientes de la expedición dirigida por Hernando de Soto cuentan a Antonio de Mendoza, entonces virrey de la Nueva España, todos los trabajos que pasaron en el territorio de lo que hoy son los Estados Unidos, los cuales han sido relatados

detalladamente a lo largo de los seis libros que componen la obra. Algo semejante sucede en la “Oración fúnebre de un religioso a la muerte de Garcilaso, mi señor” (II, VIII, 12): mediante esta larga elegía a su padre, el Inca recapitula todos los episodios en los que participó el capitán, narrados previamente en siete de los ocho libros de la parte segunda (el libro I queda excluido porque el padre del Inca no había llegado todavía al Perú cuando sucedieron los acontecimientos allí relatados).<sup>251</sup> Podría decirse que la “Oración fúnebre” y la respuesta del inca al cañari son textos complementarios: ésta resume los hechos de los incas durante la conquista; aquélla, los de los españoles. Miró Quesada considera que “también en el último capítulo de los *Comentarios Reales* (Segunda parte, libro VIII, cap. 22) resume las dos partes en que había dividido su relato de su Imperio nativo del Perú, antes y después de la llegada de los españoles”.<sup>252</sup>

El primer pasaje evocado en este relato no se encuentra en la respuesta del inca, sino en la provocación del cañari; es la batalla singular de la que Francisco Chillchi presume haber obtenido la victoria:

Señor, yo corté esta cabeça a un indio que desafió a los españoles que estaban cercados en esta plaça con Hernando Piçarro y Gonçalo Piçarro y Juan Piçarro, mis señores y amos, y otros dozientos españoles, y ninguno dellos quiso salir al desafio del indio, por parecerles antes infamia que honra pelear con un indio uno a uno. Entonces yo les pedí licencia para salir al duelo, y me la dieron los cristianos, y assí salí y combatí con el desafiador y le vencí y corté la cabeça en esta plaça.

La respuesta del cañari al licenciado Monjaraz es la versión sintética del episodio que Garcilaso ha narrado a detalle anteriormente (II, II, 25). Puesto que no es muy extenso, lo copio completo a continuación:

---

<sup>251</sup> El Inca atribuye la oración fúnebre a “un religioso varón” que supuestamente le pidió mantener su nombre en el anonimato: “no pongo aquí su nombre por haverme mandado, cuando me lo escribió, que no lo publicasse en su nombre, y havérselo yo prometido, aunque me estuviera mejor nombrarle, por que con su autoridad quedara la de mi padre más calificada”. No obstante, hay suficientes indicios en el texto para creer que fue Garcilaso mismo el autor de la oración. González Echevarría comparte esta sospecha: “Whether or not Garcilaso himself wrote it is difficult to say”. *Op. cit.*, p. 81.

<sup>252</sup> *Op. cit.*, p. 131.

Durante el cerco, passados los cinco meses dél, sucedió que un indio capitán que se tenía por valiente, por animar a los suyos quiso tentar su fortuna, a ver si le iva mejor en batalla singular que no en las comunes. Con esta presunción pidió licencia a los superiores para ir a desafiar un Viracocha y matarse con él uno a uno, y, porque vio que los españoles de a cavallo peleavan con lanças, llevó él la suya y una hacha de armas pequeña, que llaman *champi*, y no quiso llevar otra arma. Assí fue y, puesto delante del cuerpo de guardia que los españoles siempre tenían en la plaça, porque era junto a su alojamiento, habló a grandes voces, diziendo que, si havia algún Viracocha que con él ossasse entrar en batalla singular, saliesse del escuadrón, que allí le esperaba con las armas que le veían. No hubo español que quisiesse salir al desafío, por parecerles poquedad y baxeza reñir y matarse con un indio solo.

Entonces un indio cañari, de los nobles de su nación, que cuando niño y muchacho havia sido paje del gran Huaina Cápac y después fue criado del Marqués Don Francisco Piçarro, que lo rindió en uno de los rencuentros passados, y por su amo se llamó Don Francisco, que yo conocí y dexé vivo en el Cozco cuando vine a España, pidió licencia a Hernando Piçarro y Juan Piçarro y a Gonçalo Piçarro, hermanos de su señor, y les dixo que, pues aquel atrevido venía de parte de los indios a desafiar a los viracochas, que él quería, como criado dellos, salir al desafío; que les suplicava lo permitiessen, que él esperaba en la buena dicha dellos bolver con la victoria. Hernando Piçarro y sus hermanos le agradescieron y estimaron su buen ánimo y dieron la licencia. El cañari salió con las proprias armas que el otro traía, y ambos pelearon mucho espacio. Llegaron tres o cuatro vezes a los braços, hasta luchar, y, no pudiendo derribarse, se soltavan y tomavan las armas [y] bolvían de nuevo a la batalla. Assí anduvieron hasta que el cañari mató al otro de una lançada que le dio por los pechos y le cortó la cabeça y, asiéndola por los cabellos, se fue a los españoles con ella, donde fue bien recebido, como su victoria lo merecía.

Además de que se repiten los mismos hechos en ambos fragmentos, es evidente que el estilo también es el mismo. Escribe Garcilaso: “No hubo español que *quisiesse salir al desafío, por parecerles* poquedad y baxeza reñir y matarse *con un indio* solo”. Dice el cañari: “ninguno dellos *quiso salir al desafío* del indio, *por parecerles* antes infamia que honra pelear *con un indio* uno a uno”.<sup>253</sup> Aunque con mínimas variantes, las dos oraciones son casi idénticas y tienen la misma estructura sintáctica. Esto demuestra, una vez más, que el Inca (como cualquier historiador clásico o renacentista) da forma a los discursos de sus personajes mediante fórmulas retóricas. Sería muy ingenuo creer que el cañari se expresara

---

<sup>253</sup> En ambas oraciones el subrayado es mío.

con un español tan pulcro o que Garcilaso pudiera repetir con exactitud las palabras que había dicho el indio medio siglo antes.

Las otras escenas evocadas no provienen ya de las palabras del cañari, sino de la respuesta del inca, quien opone a la proeza particular del cañari el conjunto de hazañas que acometieron los incas contra los españoles:

¿No sabes que en esos mismos días y en esta misma plaça cortamos treinta cabeças de españoles, y que un Inca tuvo rendidas dos lanças a dos hombres de a cavallo y se las quitó de las manos y a Gonçalo Piçarro se la hubiera de quitar si su esfuerço y destreza no le ayudara? ¿No sabes que dexamos de hazer guerra a los españoles y desamparamos el cerco, y nuestro príncipe se desterró voluntariamente y dexó su Imperio a los cristianos viendo tantas y tan grandes maravillas como el Pachacámac hizo a favor y amparo dellos? ¿No sabes que matamos por esos caminos de Rímac al Cozco, durante el cerco desta ciudad, cerca de ochocientos españoles? ¿Fuera bien hecho que, para honrarnos con ellas, sacáramos en esta fiesta las cabeças de todos ellos y la de Juan Piçarro, que matamos allí arriba, en aquella fortaleza?

Todos los hechos enumerados por Garcilaso fueron narrados en el libro II de la parte segunda: los treinta españoles muertos por los indios en el sitio del Cuzco aparecen en el capítulo 24; el inca que venció a los dos caballeros, en el 27;<sup>254</sup> la partida de Manco Inca a Vilcabamba, en el 29; los milagros a favor de los cristianos, en 24 y 25; los ochocientos españoles asesinados en los caminos, en el 28, y la muerte de Juan Pizarro, en el 26. Pocas páginas antes de acabar su obra, Garcilaso tiene la precaución de recordar a sus lectores lo más relevante de los hechos narrados seis libros atrás. Nótese, una vez más, la elaborada retórica en la respuesta del inca, que consiste en cuatro preguntas, tres de ellas introducidas por la misma frase (“¿No sabes que...?”), repetida anafóricamente. Asimismo, no debe pasarse por alto que, en tanto que el cañari y el teniente de la ciudad tienen nombre y apellido, el inca permanece en el anonimato. No sería extraño que, como en los casos de

---

<sup>254</sup> Este episodio tiene algunas semejanzas con la *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*, que el Inca muy probablemente conoció.



Cusi Huallpa o del viejo capitán araucano, nos encontremos de nuevo ante un personaje antes simbólico que histórico.

No es casual que quien haga justicia sea subalterno de Sebastián Garcilaso: es como si el padre del Inca castigara en persona la afrenta a la familia materna de su hijo. La fiesta del santísimo sacramento en la que tiene lugar la disputa ocurrió durante el breve período en que el Inca Garcilaso vivió con mayor comodidad en el Perú: había sido derrotada la rebelión de Francisco Hernández Girón (la última de las guerras civiles), su padre era corregidor del Cuzco y los incas mantenían buenas relaciones con los españoles. Son estos años dorados a los que se refiere Durand:

Cuando Garcilaso vivía en el Cuzco, los incas caídos todavía gozaban de estima y distinciones. En las montañas de Vilcabamba los herederos del trono se mantenían aún, acompañados de una pequeña corte. Los que vivían en tierras dominadas por los españoles merecían consideración y eran tenidos por nobles. Muchas de las princesas, al igual que la madre del Inca, se amancebaron con los más distinguidos conquistadores. Sus hijos mestizos eran los niños aristocráticos del Cuzco. Vivía aún no sólo el recuerdo del gran imperio sojuzgado, sino muchas de sus costumbres.<sup>255</sup>

Pero la felicidad durará poco tiempo: muy pronto la corona española comenzará a perseguir por igual a conquistadores e incas, e impondrá un nuevo orden (el virreinato) en que el joven mestizo perderá sus privilegios.

## 2. EL PAPAGAYO DELATOR (I, VIII, 21)

A pesar de que su acción sucede después de la conquista, este relato pertenece a la parte primera de los *Comentarios*, ya que el libro VIII trata, entre otros asuntos, las riquezas naturales originarias del Perú: animales, plantas y minerales. Un loro de Potosí tiene la

---

<sup>255</sup> *El Inca*, p. 18.

habilidad de identificar la nación a la que pertenece cada indio y decirla en voz alta. Cuando una india de la nación huayru pasa junto a él, aunque va vestida como princesa inca, el loro la descubre y hace público su engaño.

Acabado el imperio inca, hay un completo desorden moral en el Perú. Una de las muchas formas como puede manifestarse este desorden es que la gente baja use vestidos propios de la nobleza sin mayores consecuencias (lo que era inconcebible bajo el riguroso régimen incaico). En tanto perteneciente a la aristocracia imperial venida a menos, es muy comprensible que el Inca Garcilaso censure continuamente esta ausencia de decoro. Al final del relato la india paga de alguna manera su falta, si bien el autor no subraya con sentencia o moraleja alguna lo incorrecto de la acción (como suele hacerlo en otras ocasiones). El relato tiene una estructura muy semejante a la disputa entre el inca y el cañari. En ambos casos hay una afrenta al honor de los incas que de inmediato se castiga: el cañari exhibe la cabeza del inca muerto, y el licenciado Montaraz lo reprende; la mujer usa vestidos incas, y el papagayo evidencia su engaño.

El relato se encuentra enmarcado, además, por dos referencias a sendos escritores italianos: Giovanni Boccaccio y Ludovico Ariosto. El Inca menciona al primero al hablar de las plumas de los papagayos: “Las plumas de la cola, que son muy largas y muy galanas, las estiman en mucho los indios, para engalanarse en las fiestas, de las cuales plumas, por ser tan hermosas, tomó el famoso Juan Bocacio el argumento para la graciosa novela de frate Cipolla”. El segundo aparece cuando Garcilaso da cuenta del nombre con que los indios del Perú denominan a estas aves: “Los indios en común les llaman *uritu*. Quiere dezir papagayo, y, por el grandísimo ruido enfadoso que hazen con sus gritos cuando van bolando, porque andan en grandes vandas, tomaron por refrán llamar *uritu* a un parlador fastidioso, que, como el divino Ariosto dize en el canto veinte y cinco, sepa poco y hable

mucho, a los cuales, con mucha propiedad, les dicen los indios: «¡Calla, papagayo!»”. En el relato al que se refiere Garcilaso (*Decamerón*, VI, 10), al que Miró Quesada califica de “liviana facecia anticlerical”,<sup>256</sup> Boccaccio cuenta cómo frate Cipolla (fray Cebolla), un monje juerguista y estafador, pretende hacer pasar una pluma de papagayo como reliquia del ángel Gabriel, aprovechando que los villanos de Certaldo (el pequeño pueblo de Toscana donde nació Boccaccio) jamás han visto una de estas aves (obviamente, la pluma proviene de un papagayo africano, no de uno americano, pues Boccaccio murió un siglo antes del descubrimiento de América).<sup>257</sup> En cuanto a Ariosto, el Inca traduce y adapta un verso del *Orlando furioso* (XXV, 626): Ricciardetto cuenta a Ruggiero que sus dos hermanos se encuentran en peligro; Ruggiero le ofrece entonces su ayuda, y Ricciardetto, aunque después cree en sus promesas, al principio desconfía de él y sólo lo escucha como “s’ascolti un ch’assai parli e sappia poco”.<sup>258</sup>

Ambas referencias son desconcertantes, pues, a pesar de su vasta erudición, el Inca no suele mencionar en su obra sus lecturas personales: fuera de los historiadores de Indias, a quienes Garcilaso cita constantemente para aprobarlos o contradecirlos, las referencias eruditas en los *Comentarios* y *La Florida* son mínimas.<sup>259</sup> Además de desconcertantes,

---

<sup>256</sup> *Op. cit.*, p. 454.

<sup>257</sup> G. Boccaccio, *Il Decameron*, Bari, Laterza, 1955, t. 2.

<sup>258</sup> L. Ariosto, *Orlando furioso*, Bologna, Commissione per i Testi di Lingua, 1960.

<sup>259</sup> Sobre el acervo cultural de Garcilaso, es fundamental el ya citado artículo de Durand “La biblioteca del Inca”. En el inventario de sus libros se encuentran cuatro obras de Boccaccio: *Caída de príncipes* (núm. 72, p. 251), el *Decamerón* (núm. 117, p. 255), *Filocolo* (núm. 121, p. 255) y *Laberinto de amor* (núm. 162, p. 259), así como dos ediciones del *Orlando furioso* (núms. 114 y 131, pp. 255-256). El Inca menciona a Ariosto dos veces más en sus obras. Primero, en *La Florida* (II-I, 20): “Vitachuco respondió extrañísimamente, con una bravosidad nunca jamás oída ni imaginada en indio que, cierto, si los fieros tan desatinados que hizo y las palabras soberbias que dijo se pudieran escribir como los mensajeros las refirieron, ningunas de los más bravos caballeros que el divino Ariosto y el ilustrísimo y muy enamorado conde Mateo María Boyardo, su antecesor, y otros claros poetas introducen en sus obras igualaran con las de este indio”. Después, en la parte segunda de los *Comentarios* (VII, 28): “Francisco Hernández quedó tan perdido y desamparado con la huida de Tomás Vázquez que determinó huirse de los suyos aquella misma noche, porque la sospecha se le entró en el corazón y en las entrañas y se le apoderó de tal manera que causó en él los efectos que el divino Ariosto pinta della en [el] segundo de los cinco cantos añadidos, pues le hizo temer y creer que los más suyos le

estas dos referencias parecen irrelevantes a primera vista: Garcilaso evoca a Boccaccio solamente porque incluye en uno de sus cuentos una pluma de papagayo (que ni siquiera es americano, sino africano), y a Ariosto, por la perífrasis con que designa a un hablador. Sospecho, empero, que la inclusión de ambos autores no es gratuita.<sup>260</sup> Aunque el *Decamerón* es una obra realista y en prosa y el *Orlando furioso* un poema lleno de elementos maravillosos, ambos libros son obras de ficción que, en mayor o menor medida, ridiculizan la sociedad.<sup>261</sup> El brevísimo cuento de la india y el loro comparte estos rasgos: es también un relato satírico y de evidente estirpe literaria. Me atrevo a creer que, al enmarcarlo con los nombres de Boccaccio y Ariosto, el Inca indica sutilmente la tradición en que desea inscribirlo.

Resulta extraño para Miró Quesada que Garcilaso censure los libros de caballerías y, al mismo tiempo, manifieste abiertamente su admiración por Ariosto, lo cual atribuye a que las obras de éste se encuentran en verso y aquéllos en prosa:

La conciliación de estas dos actitudes, en apariencia tan distintas, se aclara con el hecho de que lo que el Inca reprocha a tales libros no es lo que tienen de idealización o sentido poético, sino —con las palabras de Pero Mexía— que anden a la par, y se confundan, con historias y crónicas. Por eso, a diferencia de Juan Luis Vives, por ejemplo, Garcilaso repudia las ficciones caballerescas que están en prosa, pero las acepta y aun las elogia si están en verso; es decir, cuando no quieren pasar por Historia y son francamente Poesía. Es la conclusión a que nos lleva su afición por tres poemas italianos de tema caballeresco que conservó hasta el fin de sus días: el *Palmerino d'Oliva* de Ludovico Dolce, el *Orlando innamorato* de Matteo Maria Boiardo y el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto.<sup>262</sup>

---

querían matar, para librarse con su muerte de la pena que todos ellos merecían por haverle seguido y servido contra la Majestad Real”.

<sup>260</sup> Sobre la referencia al *Decamerón*, afirma Pupo-Walker: “Esa cita, que de momento nos parecería un hecho accidental, confirma a otro nivel un proceso muy variado de interacción textual que se mantiene vigorosamente a través de la redacción”. *Op. cit.*, p. 126. No aclara, sin embargo, cuál es ese nivel.

<sup>261</sup> Auerbach considera que el *Orlando*, al igual que el *Quijote*, se distingue por su alegría “exenta de toda problemática”. *Op. cit.*, p. 334. La única diferencia esencial que el filólogo alemán encuentra entre el poema de Ariosto y la novela de Cervantes es el carácter realista de ésta y maravilloso de aquél.

<sup>262</sup> *Op. cit.*, p. 456.

Creo que el erudito peruano se equivoca en este punto. Como Cervantes, lo que el Inca condena en los libros de caballerías es, ante todo, su mala calidad literaria. Al referirse a la admiración de Cervantes por “el elevado estilo del amor cortesano”, comenta Auerbach: “Si Cervantes se proponía polemizar contra los libros de caballería [*sic*], ponerlos en ridículo (como sin duda lo hizo), sus dardos no iban dirigidos contra el elevado estilo cortesano; antes bien, echa en cara a los libros de caballería el defecto contrario, su estilo seco y ramplón”.<sup>263</sup> Otro brillante escritor del siglo de oro español, Alonso López, el Pinciano, ofrece, en la epístola quinta de su *Philosophía antigua poética*, la clave de las deficiencias técnicas de los libros de caballerías:

Hay tres maneras de fábulas: unas que todas son ficción pura, de manera que fundamento y fábrica, todo, es imaginación; tales son las milesias y libros de caballerías. Otras hay que, sobre una mentira y ficción, fundan una verdad, como las de Esopo, dichas apologéticas, las cuales, debajo de una hablilla, muestran un consejo muy fino y verdadero. Otras hay que, sobre una verdad, fabrican mil ficciones; tales son las trágicas y épicas, las cuales siempre o casi siempre se fundan en alguna historia, mas de forma que la historia es poca en respecto y comparación de la fábula.<sup>264</sup>

Traslademos a las categorías teóricas de nuestro tiempo las estimulantes ideas del Pinciano. Las fábulas “que, sobre una mentira y ficción, fundan una verdad” son lo que conocemos como literatura didáctica: textos eficientes en el nivel del argumento, pero deficientes en su trama,<sup>265</sup> pues en ellos la función poética (crear un objeto verbal bello) está al servicio de la referencial (transmitir información). Son obras didácticas lo mismo las fábulas de Esopo o

---

<sup>263</sup> *Op. cit.*, p. 330.

<sup>264</sup> *Obras completas*, t. 1: *Philosophía antigua poética*, ed. José Rico Verdú, Madrid, José Antonio de Castro, 1998.

<sup>265</sup> Para argumento y trama me sirvo de las provechosas definiciones de Boris Tomachevski. Entiendo por argumento lo que Tzvetan Todorov traduce al francés como *fable* y por trama lo que traduce como *sujet*: “On appelle fable l’ensemble des événements liés entre eux qui nous sont communiqués au cours de l’oeuvre. La fable pourrait être exposée d’une manière pragmatique, suivant l’ordre naturel, à savoir l’ordre chronologique et casual des événements, indépendamment de la manière dont ils sont disposés et introduits dans l’oeuvre. La fable s’oppose au sujet qui est bien constitué par les mêmes événements, mais il respecte leur ordre d’apparition dans l’oeuvre et la suite des informations qui nous les désignent”. B. Tomachevski, “Thématique”, en Roman Jakobson *et al.*, *Théorie de la littérature: Textes de formalistes russes*, trad. T. Todorov, Paris, Seuil, 1965, p. 268.

Félix María Samaniego que una novela como *El mundo de Sofía*. Leemos literatura didáctica para facilitarnos algún conocimiento, no para experimentar placer estético. Las fábulas “que, sobre una verdad, fabrican ficiones” son nuestra literatura más canónica, los clásicos antiguos y modernos, desde los poemas homéricos y la Biblia (en el caso de la tradición occidental) hasta las novelas de Mario Vargas Llosa: textos deficientes argumentalmente (si alguien nos platica una obra literaria, ésta pierde toda su gracia), pero muy eficientes en su trama. Leemos alta literatura para deleitarnos y conmovernos ante la perplejidad de la existencia, no para obtener información específica sobre algo.<sup>266</sup> Finalmente, en el grupo de las fábulas “que todas son ficción pura” cabe cualquier forma vacua de entretenimiento literario: textos deficientes en su argumento y su trama, pues ni transmiten información ni causan placer estético profundo. Pertenecen a esta categoría tanto los libros de caballerías de los siglos XV y XVI (unánimemente atacados por los humanistas del Renacimiento) como los folletines del siglo XIX o los *best-sellers* de nuestro tiempo. Leer esta clase de obras nada más otorga que un rato de distracción.<sup>267</sup> El Inca Garcilaso, en conclusión, supo distinguir entre las obras de ficción admirables, “que,

---

<sup>266</sup> Al reflexionar sobre la sentencia aristotélica de que “la poesía es más filosófica y elevada que la historia”, observa agudamente Miró Quesada: “la Poesía, para afirmar su mayor valor frente a la Historia, tiene que estar a su vez justificada por algo más importante que los hechos, algo que sobrepase la simple verdad particular de los datos corpóreos. Y ese algo es, en el fondo, la verdad formativa y universal del deber ser y, en la forma, la armonía, la concordancia, la verosimilitud en la expresión”. *Op. cit.*, p. 334.

<sup>267</sup> A diferencia del Pinciano, no considero que las fábulas milesias pertenezcan a la llamada “ficción pura”. Creo que, por lo contrario, obras como las de Luciano o Apuleyo (al igual que la mejor literatura fantástica moderna, como la de Borges y Cortázar) son capaces de deleitar y conmover profundamente mediante la eficacia de su trama, de manera que, en tanto que los lectores se identifican en ellas, se construyen sobre la verdad (aunque no lo parezca a primera vista). En cambio, hay literatura completamente vacua a la que se suele atribuir profundidad y relevancia y que en realidad sólo reproduce (al igual que la literatura comercial) los más vulgares tópicos, capaces sólo de gustar a los lectores más ingenuos. Claro ejemplo de ello son las novelas y los cuentos de Roberto Bolaño.

sobre una verdad, fabrican ficiones” (como el *Orlando* y el *Decamerón*, *La Celestina* y el *Guzmán de Alfarache*),<sup>268</sup> y las despreciables (como los libros de caballerías).

### 3. LOS MELONES HURTADOS (I, IX, 29)

Como el de las ratas, el Inca Garcilaso incluyó este relato en el libro IX de la parte primera por referirse a algo que llevaron los españoles al Perú (en este caso los melones). Un capataz español manda diez melones a su amo con dos indios de servicio, a quienes, antes de partir, advierte: “No comáis ningún melón déstos, porque, si lo coméis, lo ha de dezir esta carta”. Como es de suponerse, en la carta va consignado el número de melones. A medio camino, los indios se comen dos melones luego de haber ocultado la carta detrás de un paredón para que ésta no los viera y, por lo tanto, no pudiera decir lo que hicieron. Al llegar a su destino, el amo lee la carta, advierte que faltan dos melones y reclama el hurto a los indios, quienes se maravillan de que la carta haya dicho lo que no vio.

En este relato, como en el de Pizarro y Atahualpa, la escritura es un elemento de suma importancia. Al respecto opina Pupo-Walker:

La carta, la escritura como tal, se pone de relieve como símbolo primordial de la cultura donante y a la vez opresora. La escritura es el emblema cultural o la forma de conocimiento que con mayor efectividad contrapone las dos culturas que configuran la personalidad del Inca y la de su país. El cuento, a partir de la escritura —que no conocieron los incas—, permite la confrontación momentánea de dos visiones opuestas de una misma realidad. Así, el breve relato enfoca, pues, una zona crítica de fricción cultural; se encuentran un lenguaje codificado en la memoria ancestral de un pueblo y el peso autoritario de la palabra escrita según la concebía el europeo: palabras que postulaban —partiendo de la tradición bíblica— una equivalencia nominalista entre las circunstancias descritas y los símbolos utilizados para describirlas. La escritura surge entonces en este cuento como el espacio conflictivo de

---

<sup>268</sup> *La Celestina* y el *Guzmán* aparecen también en el inventario de sus libros (números 83 y 95, respectivamente). J. Durand, “La biblioteca”, pp. 252-253.

la narración y como medida que registra la distancia interior entre dos realidades culturales que sufrían un proceso mutuo de ajustes y dolorosas rupturas.<sup>269</sup>

El contraste entre estas dos maneras de concebir el mundo queda plasmado incluso en la estructura del relato, “que se desarrolla en torno al viaje de los indios [y] está enmarcado, a su vez, por la presencia de los dos españoles: el amo y el capataz, que se ubican precisamente en los extremos de la secuencia episódica. Son ellos también los que en aquel contexto histórico delimitan la autoridad, autoridad ajena al mundo del indio, como también lo es la escritura que al final les denuncia”.<sup>270</sup> Aunque las observaciones de Pupo-Walker son muy razonables, me parece que, tal como sucede en el cuento de Pizarro y Atahualpa, la incapacidad de comprender está más relacionada con la pertenencia a una clase social baja que a una civilización sin escritura. Como los indios ladrones, Atahualpa tampoco sabe leer ni escribir, pero su inteligencia cultivada le permite observar y comprender cómo funciona el sistema de comunicación extranjero, y puede incluso comprobar que Pizarro lo desconoce. En el relato de los melones, las clases sociales están invertidas: Antonio Solar, el dueño de las tierras, no es hijo de un porquero, como Pizarro, sino “hombre noble”, y los indios no son aristócratas, como Atahualpa, sino criados (y, además, costeños, pues habitan “en la comarca de Los Reyes”, en tanto que los incas y las otras naciones preeminentes del Tahuantisuyo eran serranos). El hecho de que el sistema de comunicación sea extranjero acentúa, en efecto, la marginalidad en que éstos se encuentran, pero una situación como la narrada también habría podido ocurrir bajo el gobierno de los incas: si el amo y el capataz hubieran sido incas (u otros indios nobles) y en vez de carta se hubiera enviado un quipu, dos indios rústicos habrían podido creer de la misma manera que, ocultando el quipu durante el robo, éste quedaría impune. Los indios ladrones no carecen de sentido común: si

---

<sup>269</sup> *Op. cit.*, p. 177.

<sup>270</sup> *Ibid.*, pp. 177-178.



el amo les ha dicho que la carta “ha de dezir”, asumen que también puede ver e, incluso, consideran que la falta de simetría en la carga puede delatarlos (por eso roban dos melones y no sólo uno). Pero, en tanto seres incivilizados, no conciben que un objeto (sea carta o quipu) pueda, sin tener vida, guardar información.

Según Pupo-Walker, este relato ilustra muy bien la capacidad que tenía el Inca para plasmar en el texto dos formas de comprender el mundo completamente distintas (consecuencia de la manera como asumió su condición de mestizo): “La desigualdad trágico-cómica que padecen seres humanos muy diferentes al contemplar un mismo hecho nos revela de soslayo una ironía narrativa que no podemos ignorar, ironía que en este caso está determinada por los privilegios y la omniscencia cultural que disfruta el relator”.<sup>271</sup> En este caso, el Inca logra transmitir a los lectores, mediante el diálogo entre los indios, la incapacidad de éstos para concebir la escritura.<sup>272</sup> Quizá un ejemplo adicional muestre más claramente este rasgo de la escritura de Garcilaso. En el relato de la expedición de Gonzalo Pizarro a la Canela (territorio que hoy pertenece a Colombia), el Inca se detiene en la primer escaramuza entre los indios del lugar y los españoles (II, III, 3):

Gonçalo Piçarro y sus capitanes, considerando que no havia otro passo más fácil para passar de la otra parte del río y ver lo que por allá havia, porque todo lo que hasta allí havían andado era tierra estéril, flaca y desventurada, acordaron hazer una puente encima de aquel canal, mas los indios de la otra parte, aunque eran pocos, lo defendían varonilmente, por lo cual fue forçado a los españoles pelear con ellos, lo que no havían hecho hasta allí con indio alguno de aquella región. Tiráronles con los arcabuzes, y, a pocos indios que mataron, huyeron los demás, asombrados de una cosa tan estraña para ellos como ver que los matassen a ciento y a docientos passos de distancia. Fueron pregonando la braveza y ferocidad de aquella gente. Dezían que traían relámpagos, truenos y rayos, para matar los que no les obedescían. Los españoles, viendo el passo desembaraçado, hizieron una puente de madera, donde es de considerar el trabajo que passarían para echar la primera viga de la una parte a la

---

<sup>271</sup> *Ibid.*, p. 177.

<sup>272</sup> Se me ocurre un caso semejante en la literatura hispanoamericana del siglo XX: el cuento de Jorge Luis Borges “La busca de Averroes”, en el que varios árabes son incapaces de comprender la *Poética* de Aristóteles porque no saben qué es el teatro.

otra, que, en tanta altura como hay de las peñas al agua, aun el mirarla era temeridad, como le acaeció a un español que se atrevió a mirar desde el canto de la peña aquella brava corriente del agua que passava por la canal, que se le desvaneció la cabeça y dio consigo de allí abajo. Los demás españoles, viendo la desgracia del compañero, anduvieron más recatados y, con mucho trabajo y dificultad, echaron la primera viga y, con ayuda della, las demás que fueron menester. Hizieron una puente, por donde seguramente passaron hombres y cavallos, y la dexaron como se estava, para si fuesse menester bolver a passar por ella.

Los indios se admiran ante la tecnología de los españoles; los españoles, ante las dimensiones de la naturaleza americana. Garcilaso, nacido en América y afincado en Europa, comprende las dos realidades y muestra a los lectores el vértigo que ambas pueden provocar en quienes las desconocen.

#### 4. EL JUGADOR ARREPENTIDO (I, III, 20)

El Inca Garcilaso dedica cinco capítulos del libro III de la parte primera (20-24) a la descripción del templo del Sol, en el Cuzco. Al referir la grandeza de la imagen que allí se adoraba, “hecha de una plancha de oro al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes” y “tan grande que tomava todo el testero del templo, de pared a pared”, se le ocurre adelantar un hecho sucedido durante la colonia. Luego de la caída del Cuzco, la inmensa imagen del Sol queda en poder de Mancio Serra de Leguizamo, conquistador que la pierde una noche jugando a los naipes. Tiempo después, se le asigna el oficio de alcalde ordinario, situación que lo vuelve responsable y lo aleja definitivamente del juego.

A primera vista, se trata de un *exemplum* ordinario: un hombre tiene un vicio, de pronto se ve obligado a dejarlo y, una vez que ha conocido la virtud, aborrece el vicio para siempre. En este primer nivel de lectura, la inmensidad de la imagen sirve para subrayar la magnitud del vicio: Mancio Serra era “gran jugador de todos los juegos, que, con ser tan

grande la imagen, la jugó y la perdió en una noche”; incluso el cabildo de la ciudad se alarma al ver “cuán perdido andava este su hijo por el juego”. El autor ratifica explícitamente este sentido del texto mediante la moraleja: “donde se vee claro cuánto ayude la ociosidad al vicio y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud”. El Inca aprovecha, además, para citar un ingenioso refrán recogido por José de Acosta: “Juega el Sol antes que amanezca”. La gracia de la frase consiste en su dilogía. Mancio Serra literalmente jugó el Sol (la imagen del Sol) antes del amanecer, pues lo apostó y lo perdió durante la noche. Al mismo tiempo, hay en la frase un sentido figurado: existen personas que actúan como si apostaran el Sol antes del amanecer (cuando todavía no lo ven en el cielo); es decir que arriesgan lo que ni siquiera tienen todavía.

Aunque el relato es funcional desde el primer nivel de lectura, la frase final le da un giro inesperado que lo vuelve mucho más complejo: “Bolviendo a nuestra historia, dezimos que, por sola aquella pieça que cupo de parte a un español, se podrá sacar el tesoro que en aquella ciudad y su templo hallaron los españoles”. En otras palabras, el saqueo del Cuzco por los españoles fue inmenso. Esto es por todos sabido, y Garcilaso (hijo de un español) no habría estado en contra del despojo si las riquezas se hubieran empleado de manera provechosa. Pero no fue así: como el Sol de Mancio Serra, perdido en un juego de naipes, gran parte de los tesoros del Nuevo Mundo se derrocharon en gastos inútiles. Esta idea, aquí sutilmente aludida, será desarrollada más adelante, en la parte segunda de los *Comentarios* (I, 7):

Los que miran con otros ojos que los comunes las riquezas que el Perú ha embiado al mundo viejo y derramádolas por todo él dizen que antes le han dañado que aprovechado, porque dizen que las riquezas comúnmente antes son causa de vicios que de virtudes, porque a sus poseedores los inclinan a la sobervia, a la ambición, a la gula y luxuria, y que los hombres, criándose con tantos regalos como hoy tienen, salen afeminados, inútiles para el gobierno de la paz y mucho más para el de la guerra, y que, como tales, emplean todo su cuidado en inventar comidas y bebidas,

galas y arreos, y que de inventarlos cada día tantos y tan estraños ya no saben qué inventar e inventan torpezas en lugar de galas, que más son hábito de mujeres que de hombres, como hoy se veen, y que, si han crecido las rentas de los ricos para que ellos vivan en abundancias y regalos, también han crecido las miserias de los pobres, para que ellos mueran de hambre y desnudez, por la carestía que el mucho dinero ha causado en los mantenimientos y vestidos, que, aunque sea pobremente, ya los pobres, el día de hoy, no se pueden vestir ni comer por la mucha carestía, y que ésta es la causa de haver tantos pobres en la república, que mejor lo passavan cuando no había tanta moneda, que, aunque entonces, por la falta della, eran las limosnas más cortas que las de ahora, les eran más provechosas por la mucha barata que había de todo, de manera que concluyen con dezir que las riquezas del Nuevo Mundo, si bien se miran, no han aumentado las cosas necesarias para la vida humana, que son el comer y el vestir, y por ende provechosas, sino encarescídolas y amujerado los hombres en las fuerças del entendimiento y en las del cuerpo y en sus trajes y hábito y costumbres, y que con lo que antes tenían vivían más contentos y eran temidos de todo el mundo.<sup>273</sup>

Como de costumbre, la retórica del Inca es tan osada y elocuente como astuta: dice lo que muchos en España pensaban sobre la desigualdad social (situación de la que ha llegado hasta nosotros el vívido testimonio de las novelas picarescas, esos impactantes cuadros de un mundo tan fatuo como miserable), pero atribuye sus palabras a “los que miran con otros ojos que los comunes” (una forma retorcida del “dicen por ahí”). A propósito del gobierno de Felipe III, quien gobernó España de 1598 a 1621, período en que Garcilaso (como también Cervantes, Góngora y Lope) publicó lo más importante de su obra, escribe Miró Quesada:

Desde el punto de vista de la historia exterior, la situación de España se mantenía todavía robusta. Gobernaba Felipe III (aunque las riendas las manejaba en realidad Don Francisco de Sandoval, Duque de Lerma), y, si se comprendía que eran cada vez más peligrosos los rescoldos de las viejas disputas, la posición política de España se conservaba firme, al alborear el nuevo siglo, en Europa y en las Indias. Lo que empezaba a almar de verdad era la situación económica, agravada con las luchas externas y con las desordenadas e imprudentes medidas del Duque.<sup>274</sup>

---

<sup>273</sup> Sobre los aspectos económicos tratados en los *Comentarios reales*, es fundamental el trabajo de Carlos Manuel Cox: *Utopía y realidad en el Inca Garcilaso*, Lima, UIGV, 2010.

<sup>274</sup> *Op. cit.*, p. 138

Durand resume muy bien las palabras del Inca: “desde que el Perú se ganó hay más oro en el mundo. Pero la vida se ha encarecido, y los pobres siguen siendo pobres”.<sup>275</sup>

Aún más sutil que la protesta contra el despilfarro de las riquezas es el lamento por la destrucción (*ex profeso* o por mero descuido) de los edificios del Cuzco. En el relato de Mancio Serra no hay ninguna referencia (explícita o implícita) a tan lamentable pérdida. Sin embargo, cuando, más adelante, Garcilaso se queja de que los españoles hayan destruido la fortaleza del Cuzco (I, VII, 29), no es difícil que venga también a la memoria del lector el saqueo del templo y el Sol perdido en los naipes: “Los españoles, como embidiosos de sus admirables victorias, deviendo sustentar aquella fortaleza, aunque fuera reparándola a su costa, para que por ella vieran en siglos venideros cuán grandes habían sido las fuerzas y el ánimo de los que ganaron, y fuera eterna memoria de sus hazañas, no solamente no la sustentaron, mas ellos propios la derribaron para edificar las casas particulares que hoy tienen en la ciudad del Cozco”. A este imperialismo brutal y primario, el Inca opone la organizada expansión incaica, que lo mismo respetaba las obras admirables de los pueblos sometidos, como los edificios de Tiahuanaco (I, III, 1), que integraba a sus vasallos a la vida del imperio (I, VII, 9).

## 5. LA MUJER INTERESADA (II, II, 1)

Después de haber participado en la conquista de México, Pedro de Alvarado viaja a España. Regresa casado al Nuevo Mundo (a Guatemala) y trae consigo, además, “muchas mujeres nobles, para casarlas con los conquistadores”. Durante una fiesta sucede que, mientras los

---

<sup>275</sup> *El Inca.*, p. 26

conquistadores observan un sarao, una mujer, creyendo que aquéllos no la escuchan, se queja con las otras de lo feos y viejos que son sus futuros maridos. Una de sus compañeras le hace ver que, aun así, les conviene casarse con ellos, pues “según están viejos y cansados se han de morir presto, y entonces podremos escoger el moço que quisiéremos, en lugar del viejo”. Un conquistador las escucha sin que ellas lo noten, las insulta, las acusa con los demás y se retira a su casa, donde de inmediato manda llamar un cura para que lo case “con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales”.<sup>276</sup>

Son cuatro las voces de las que se sirve el Inca Garcilaso para relatar lo sucedido: la del narrador (que solemos atribuir al autor puesto que se trata de una obra historiográfica) y las de tres personajes: la mujer quejumbrosa, la interesada y el conquistador. A pesar de la brevedad del relato, cada una de estas voces tiene rasgos distintivos. El narrador, como de costumbre, es sutil y elegante. Señala, por ejemplo, que las damas se encontraban tras una antepuerta “por la honestidad y por estar encubiertas”; es decir que su decoro es sólo el pretexto para ver sin ser vistas y hablar sin ser oídas (en realidad no son decentes, sólo hipócritas). Más adelante, cuando el conquistador las descubre e insulta, el narrador subraya la perfidia mediante la ironía, diciendo que el viejo atajó “sus buenos desseos”. El lenguaje más sabroso (por irreverente) es, en mi opinión, el de la mujer quejumbrosa: “¿Con estos viejos podridos nos havíamos de casar? Cásese quien quisiere, que yo, por cierto, no pienso casar con ninguno dellos. Dolos al Diablo. Parece que escaparon del infierno, según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos y más veces”. Este desparpajo verbal está lleno, naturalmente, de la más fina retórica. Llamar “podridos” a los

---

<sup>276</sup> Aunque la acción de este relato ocurre fuera del Perú y antes de que se instituya el virreinato, he decidido incluirlo en este capítulo y no en el III porque fomentar el matrimonio entre conquistadores y españolas fue una de las políticas más distintivas del régimen virreinal.

viejos es una suerte de metáfora, ya que lo común es usar este adjetivo para referirnos a los vegetales en descomposición, no a los seres humanos. Por su parte, la frase “dar al diablo” tiene doble sentido: el figurado que usamos coloquialmente y significa rechazar, y el literal, pues en este caso los conquistadores merecen ser devueltos al diablo en tanto que parecen salidos del infierno. La enumeración de los distintos tipos de cicatrices da gran plasticidad a la escena, y es admirable su variación sintáctica: primero, dos pronombres seguidos de adjetivos, unidos mediante conjunción copulativa; después, tres pronombres seguidos de complementos determinativos, introducidos por distintas preposiciones (*sin, con, con*) y yuxtapuestos entre sí, y, finalmente, una oración copulativa independiente, aunque anclada al resto de la enumeración mediante un zeugma (Garcilaso usa el pronombre *la* en vez del sustantivo *cara*), y rematada con tres complementos circunstanciales de modo, unidos por conjunciones copulativas que dan un fuerte sentido iterativo. Menos interesante es el lenguaje de la otra mujer, porque sus palabras son precisas y explícitas (no tienen la sutileza del narrador ni la irreverencia de la quejumbrosa): “No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que según están viejos y cansados se han de morir presto, y entonces podremos escoger el moço que quisiéremos, en lugar del viejo”. Aun así, al final lanza un símil muy eficaz, que, leído con malicia, bien puede expresar lo que la corona hizo con los conquistadores: “como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva”. El conquistador, finalmente, participa también de la ironía y con ella expresa la moraleja del relato: “Casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hizíeredes”. Nótese la semejanza entre los “buenos deseos” del narrador y los “buenos propósitos” del conquistador.

Al final, el Inca declara explícitamente el sentido político de su relato. Primero refiere lo que hizo el conquistador luego de haber escuchado a las damas y, en seguida, traslada la situación al Perú y la trata desde una perspectiva general:

Dicho esto se fue a su casa y embió a llamar un cura y se casó con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales. Quiso legitimarlos para que heredassen sus indios, y no el que escogiesse la señora para que gozasse de lo que él había trabajado y tuviesse a sus hijos por criados o esclavos.

Algunos ha habido en el Perú que han hecho lo mismo, que han casado con indias, aunque pocos. Los más han dado lugar al consejo de aquella dama. Sus hijos dirán cuán acertado haya sido, pues desde los espitales en que viven ven gozar a los hijos ajenos de lo que sus padres ganaron y sus madres y parientes ayudaron a ganar, que, en aquellos principios, viendo los indios alguna india parida de español, toda la parentela se juntava a respetar y servir al español como a su ídolo, porque había emparentado con ellos, y assí fueron estos tales de mucho socorro en la conquista de las Indias. Una de las ordenanças que se hizieron para los conquistadores del Nuevo Mundo fue que gozassen de los repartimientos de indios por dos vidas, por la suya y la de un hijo, y, no lo teniendo, heredase la mujer, anteponiéndola a los hijos naturales, como si huvieran hecho más que las madres dellos en ganar la tierra. Por esta herencia tenía por bien aquella dama de casar con el viejo, para trocarlo, como ella dezía, por un moço.

Lo que es en el relato una mera ocurrencia de Pedro de Alvarado (traer españolas al Nuevo Mundo para casarlas con sus compañeros) en la época virreinal se convirtió en un requisito legal para que los conquistadores pudieran conservar sus bienes. Se trata de uno de los asuntos más íntimamente ligados con la biografía del Inca y que más lo conmueven, pues su padre fue uno de los muchos españoles que, teniendo hijos naturales con una india, se casó después con una española (Luisa Martel de los Ríos, quien “era apenas una adolescente, acaso cuatro años mayor que el Inca”).<sup>277</sup> Al respecto escribe Porras Barrenechea: “El capitán Garcilaso se casó [...] con una española, doña Luisa Martel, por prescripción real, a fin de conservar su encomienda, abandonando a su manceba india, a la que casó, según parece, con algún escudero llamado Pedrachi. Fue probablemente el primer

---

<sup>277</sup> E. Pupo-Walker, *op. cit.*, p. 11.



dolor y resentimiento del joven Garcilaso, quien continuó viviendo al lado del padre y de la madrastra”.<sup>278</sup> Miró Quesada agrega:

La impresión causada en su ánimo por el matrimonio de su padre ha de haber sido [...] muy profunda. Prueba de ello pueden ser las palabras que iba a escribir después, en la segunda parte de los *Comentarios Reales*, cuando critica a los conquistadores españoles con un reproche que alcanzaba a su padre al decir que pocos ha habido en el Perú que se hayan casado con indias para legitimar los hijos naturales y que ellos heredasen, “y no el que escogiese la señora para que gozase de lo que él había trabajado y tuviese a sus hijos por criados y esclavos”.<sup>279</sup>

El Inca aprovecha la ocasión para insinuar que nadie más tiene derecho que los mestizos sobre las riquezas del Nuevo Mundo, pues lo ganaron sus padres “y sus madres y parientes ayudaron a ganar”. Esta continua defensa de los mestizos es la razón por la que Garcilaso (a pesar de mostrarse claramente partidario de los Pizarro) se expresa con elogios de Diego de Almagro el mozo, a quien llama “el mejor mestizo que ha nacido en todo el Nuevo Mundo si obedeciera al ministro de su Rey” (II, III, 18).

## 6. LOS CABALLEROS PEREZOSOS (II, VIII, 12)

Tras relatar la muerte del conquistador Lorenzo de Aldana, el Inca Garcilaso recuerda una anéctoda curiosa que le sucedió con “dos cavalleros moços, parientes suyos, aunque no

---

<sup>278</sup> *Los cronistas*, p. 393. A diferencia de su madrastra, el Inca jamás nombra a su padrastro. Ante esta significativa omisión, Miró Quesada se pregunta: “¿Por qué no lo mencionó nunca Garcilaso, tan minucioso en todos sus datos personales? ¿Por qué, si llega a hablar, como se ha visto, aunque con fría objetividad de su “madrastra”, no hace alusión alguna a este “padrastro”, cuya existencia sólo se ha venido a revelar, al cabo de casi cuatro siglos, al descubrirse el testamento de la madre del cuzqueño historiador?”. *Op. cit.*, p. 97. El erudito peruano conjetura que el Inca consideró un agravio que su madre, perteneciente a la nobleza, fuera forzada a casarse con un soldado de bajo nivel como Juan del Pedroche (o Pedrachi). “Como los Incas, que consideraban que el olvido era el castigo para el mal soberano, así también el Inca Garcilaso da la impresión de haber querido hacerlo en este trance. Para él su madre, Chimpu Oollo, más que una mujer percedera, era un símbolo eterno y una encarnación de las razas indígenas de América, y por ello tenemos derecho a pensar que quiso borrar con el olvido todo aquello que, en vez de afianzarla o exaltarla, era en ella precario, inadecuado y accesorio”. *Loc. cit.*

<sup>279</sup> *Ibid.*, p. 61

cercanos”, quienes llegaron a vivir a su casa de Arequipa poco después de sometida la rebelión de Gonzalo Pizarro. Luego de más de tres años teniéndolos como huéspedes, Aldana les envía un recado con su mayordomo: les propone que se dediquen al comercio y les ofrece diez mil pesos para que empiecen su negocio. En lugar de agradecer la oferta, los mozos responden airados que, en tanto caballeros, el trabajo es denigrante para ellos. El mayordomo comunica la respuesta a Aldana, quien se resigna a que sigan viviendo a costa suya y de los otros vecinos del Perú.

Se trata de un relato claramente moralizante cuya principal función es condenar la pereza. El Inca atribuye esa vida parasitaria no a los primeros conquistadores, sino a los señoritos que, como los parientes de Aldana, llegaron más tarde al Perú. De la misma manera que para Garcilaso el origen humilde no impide que los individuos alcancen alteza, pues son las acciones nobles las que ennoblecen a los hombres (como bien lo muestran los ejemplos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro), la sangre real, seguida de acciones infamantes (como la obstinación por no trabajar), se degrada. Para el Inca, la nobleza no tiene por qué oponerse al trabajo; por eso aclara dos veces que los conquistadores del Perú, “por nobles que fuessen”, solían ejercer el comercio. Al respecto, observa Durand:

existen testimonios abundantes, aunque prácticamente desconocidos, de que los hidalgos comerciaban en América desde los primeros tiempos del Virreinato, sin que eso se tuviera por afrenta; en España sólo comerciaron dos siglos después. El cambio de ambiente, según se ve, actuó sobre las costumbres, pero, de otro lado, quizá sea posible afirmar que, desde el momento en que las proezas de Indias no sirvieron para alcanzar la debida nobleza, todo el sistema de la honra había de entrar en crisis para los conquistadores.<sup>280</sup>

“De otro lado, recuérdese que la nobleza incaica estaba obligada a aprender a fabricar personalmente armas y calzado”.<sup>281</sup> La animosa descripción del comercio que hace el Inca

---

<sup>280</sup> *El Inca*, p. 91.

<sup>281</sup> *Ibid.*, p. 124

funciona como un elogio implícito de esta actividad: “no era medir varas de paños ni sedas en la tienda, sino manejar y llevar ropa de indios y la yerva *cuca* y bastimento de maíz y trigo a las minas de plata de Potocsi, donde se ganava mucho dinero, y [...] no lo havían de hazer ellos por sus personas, sino sus criados, los indios yanacunas, que eran de toda confiança y bondad”. En cuanto a la respuesta de los mozos (“que de ninguna manera lo havían ellos de hazer, porque eran cavalleros, y que preciavan más su cavallería que cuanto oro y plata havia en el Perú, y que assí lo devían hazer todos los cavalleros como ellos, porque todo estotro era menoscabo y afenta”), al hallarse en la escritura de quien dedicó tantas páginas a exaltar las riquezas del Perú, no puede ser sino un insulto. Habiéndose enterado de la respuesta, Aldana define la situación de sus parientes con un formidable quiasmo interrogativo que evidencia lo absurda que es: “Si tan cavalleros, ¿para qué tan pobres?, y, si tan pobres, ¿para qué tan cavalleros?”. ¿Qué sentido tiene, pues, la nobleza cuando falta lo más elemental? Al final del relato, Garcilaso recuerda la vida de limosneros que vio llevar a estos dos hidalgos: “ellos vivieron con necesidad, como yo los vi, aunque el comer y vestir no les faltava, porque, si venían de Arequepa al Cozco, possavan en casa de Garcilasso, mi señor, donde se les dava lo necessario, y, si ivan a otras ciudades, ivan a parar a casas de cavalleros estremeños, que entonces bastava ser cualquiera de la patria para ser recibidos y tratados como hijos propios”. Además de su sentido moral (que el trabajo dignifica al hombre), hay también en el relato un sentido práctico (económico): estos hidalgos se aferran al añejo orden feudal y se obstinan por mantener los ojos cerrados ante el imbatible ascenso del capitalismo. En ellos está cifrado el retraso de España frente a las potencias europeas (protestantes casi todas) durante los siglos siguientes y también el germen de esa sociedad decadente y ridícula que Benito Pérez Galdós describió espléndidamente en sus novelas y que Antonio Machado captó a la perfección con sólo dos

versos: “La madre en otro tiempo fecunda en capitanes / madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes”.<sup>282</sup>

No me parecen extrañas las semejanzas entre este breve relato del Inca y el tratado III del *Lazarillo*. Sobre lo estorboso de la honra, que (como los parientes de Aldana) el escudero profesa con tanto ardor, exclama Lázaro: “¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debéis Vos tener por el mundo derramados, que padescen por la negra que llaman honra lo que por Vos no sufrirán!”. Más adelante, recordando a su miserable amo, agrega: “Dios es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir. [...] El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir”. Es muy comprensible la reacción de Antonio Alatorre ante quienes encuentran ejemplaridad en el despreciable escudero: “Ese «buen hidalgo» es, para Azorín [...], la encarnación misma de «la grandeza española». Riquer [...] está de acuerdo: el autor, que exhibe las lacras de todos sus personajes, «sólo siente simpatía por el escudero», porque el escudero no es un pelafustán, sino un «gran señor» que «se hace cargo de lo que es honra»”.<sup>283</sup> Ante tales desvaríos, Alatorre responde:

Lázaro es una figura ejemplar, un héroe auténtico. El verdadero “antihéroe” es el miserable escudero, con su “paso y pompa”, con su “dignidad” hecha de viento [...]. Lázaro, como bien observa Casa [...], “has freed himself from the hypocrisy of society”. Su vida, además, es un rotundo mentís a los dogmas deterministas y conformistas. Es falso que los “mal nacidos” (como él) sean moralmente inferiores a los “bien nacidos” (como el escudero). Y no es verdad que a los de abajo les esté vedado subir. La compra de los trapos decentes está cargada de sentido; no podía ser más plástica, más palpable, la expresión de una enorme alegría íntima: la de, por fin, “salir de pobre”. (Tengo la impresión de que los denigradores de Lázaro no sólo no saben lo que es “ser pobre”, sino que ni siquiera han reflexionado por cuenta propia en lo que es la pobreza. Creo que todos han nacido en países del “primer mundo”).<sup>284</sup>

---

<sup>282</sup> *Campos de Castilla (1907-1917)*, Madrid, Cátedra, 14.ª ed., 2003, p. 105.

<sup>283</sup> “Contra los denigradores de Lázaro de Tormes”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50 (2002), p. 435.

<sup>284</sup> *Ibid.*, p. 444.

El Inca Garcilaso habría aprobado esas palabras. No es otro el sentido de su defensa “contra los denigradores” de Diego de Almagro: “Los hijos de padres no conocidos deven ser juzgados por sus virtudes y hazañas”. “A los hijos de los padres muy nobles”, en cambio, “¿qué les aprovecha su nobleza, si ellos la desmerecen no confirmándola con sus virtudes? Porque la nobleza nació dellas y con ellas se sustenta” (II, II, 39).



## CONCLUSIONES

En todos los pasajes de los *Comentarios reales* hasta aquí tratados, el Inca Garcilaso se muestra como un eminente poeta (en el sentido más amplio y clásico de la palabra, que abarca a todos los artistas de la expresión verbal y no sólo a quienes escriben en verso). Siguiendo a Aristóteles, razonó Alfonso Reyes: “Entre verso y prosa no hay diferencia de jerarquía estética. La legítima diferencia se establece entre los distintos usos de la lengua. Una es la lengua común; otra es la lengua de intenciones estéticas”.<sup>285</sup> Esto no cancela, empero, el hecho fundamental e indiscutible de que la creación poética del Inca se halla subordinada a otro propósito, de carácter retórico y no poético: lograr que su versión de los hechos prevalezca sobre las versiones de otros historiadores. Como indica González Echevarría, Garcilaso acata muy bien las imposiciones retóricas de su tiempo:

The novel, as well as much of the history of the New World, was told within the rhetorical constraints imposed by the new, centralized state of Spain. [...] The novel and the history of the New World—as well as later narratives concerned with the uniqueness of Latin America—are like letters written to a central authority, because legal rhetoric always implies a textual exchange or dialogue, a petition or appeal or an answer to some sort of accusation. [...] In any *relación* the *pícaro*-chronicler is not only recounting his life but revising the version of it previously given to the authorities. Lázaro answers “Your Worship” to correct versions of his activities reported to that personage. Garcilaso (and Bernal, of course) writes his *Comentarios* as a *relación* in this respect. Ultimately, what the mimicking of legal rhetoric accomplishes is the legitimation of the voice which narrates the story.<sup>286</sup>

La distinción entre retórica y poesía era patente desde la antigüedad. No obstante, en razón de los significativos puntos de contacto entre las dos disciplinas (debidos a que el medio e instrumento de ambas es el mismo: la palabra), en su *Epístola a los Pisones* o *Arte poética*, Horacio las deslinda (vv. 368-373):

---

<sup>285</sup> *La experiencia literaria*, p. 90.

<sup>286</sup> *Op. cit.*, pp. 69-70.

certis medium et tolerabile rebus  
recte concedi. consultus iuris et actor  
causarum mediocris abest virtute disertis  
Messallae, nec scit quantum Cascellius Aulus,  
sed tamen in pretio est: mediocribus esse poetis  
non homines, non di, non concessere columnae.<sup>287</sup>

Es decir que la retórica, en tanto necesaria, aun siendo imperfecta de algo sirve, pero la poesía no, pues es inútil para salvarnos de la muerte, la cárcel o la ruina económica. Si lo que tiene como fin el placer no es capaz de provocarlo, su existencia no tiene sentido. Al asumir la historiografía como discurso retórico, el Inca puede (sin contravenir a Horacio) escribir tranquilamente una obra que no alcanzará la perfección. Él mismo lo declara así en una de las dos dedicatorias a Maximiliano de Austria que se encuentran en las páginas preliminares de su traducción de León Hebreo (la del 12 de marzo de 1587):

considerado que para decir verdad no es menester mucha retórica, me atreveré, con el favor de V.S., a no volver las espaldas a las dos empresas que deseo ver acabadas [*La Florida* y los *Comentarios reales*], que, habiendo hecho en ellas todo lo que pudiere, mostraré lo que deseaba poder, que no me será de poca gloria siquiera haber deseado lo que no pude haber, y consolarme he con que éstas son las cosas en quien más propiamente cuadra el dicho: que es mejor hacerlas mal hechas que dejarlas de hacer, pues son historias y no poesía, la cual no sufre medianía alguna.

A pesar de su evidente sentido práctico (y gracias a su distinguida calidad poética), los *Comentarios reales* se convirtieron en un clásico de la literatura hispanoamericana y, como toda obra clásica, contribuyeron poderosamente a definir su tradición en lo sucesivo. Al igual que la *Historia* de Bernal, el *Lazarillo* de Concolorcorvo o el *Facundo* de Sarmiento, los *Comentarios* de Garcilaso fueron el germen de obras plenamente poéticas: novelas y cuentos, poemas y ensayos. No obstante, estos nuevos frutos ya no pudieron prescindir del profundo sentido retórico-político de las semillas que los engendraron. Desde

---

<sup>287</sup> “A ciertas cosas ha de concederse sin problemas lo mediano y tolerable. El jurisconsulto y defensor de causas mediocre está lejos de la virtud del elocuente Mesala y no sabe tanto como Aulo Cascelio, pero, aun así, tiene valor; a los poetas mediocres no concedieron la existencia ni los hombres ni los dioses ni las columnas”. La traducción es mía.



Esteban Echeverría hasta Mario Vargas Llosa o Sergio Ramírez, parece que la literatura hispanoamericana no se conforma con deleitar y conmover: necesita también denunciar, enjuiciar, sentenciar. Pupo-Walker considera que este “subtexto crítico” es, “hasta nuestros días, parte integral del pensamiento americano”.<sup>288</sup> Ya he señalado, en distintos lugares de este trabajo, algunas afinidades estilísticas entre Cervantes y el Inca. A pesar de ellas, la actitud política de ambos autores es casi opuesta. Sobre la absoluta falta de tragedia y rebeldía en el *Quijote*, apunta Auerbach:

¿es que realmente reina el orden en el universo? El autor ni siquiera se formula esta pregunta. No cabe duda de que, contemplado a la luz de la locura quijotesca, el mundo brilla por su orden y su armonía y es, incluso, un divertido juego. Puede que abunden en él la desdicha, la injusticia y el desorden. Desfilan por las páginas del libro las mozas de mal vivir, los malhechores conducidos a las galeras, los bandidos ahorcados y otras cosas por el estilo. Pero nada de esto nos afecta. La aparición de Don Quijote, que no corrige nada ni ayuda a nadie, convierte en un juego lo mismo la dicha que el infortunio.<sup>289</sup>

Para Auerbach, el pensamiento político de Cervantes se encuentra cifrado en las palabras que pronuncia don Quijote antes de liberar a los galeotes (I, 22): “Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello”. Garcilaso no puede conformarse con eso. No es (creo yo) menos cristiano que Cervantes, pero le resulta inconcebible hacer responsable al reino de los cielos de la justicia humana. Las coincidencias y diferencias entre los más grandes prosistas del siglo de oro nacidos a uno y otro lado del Atlántico se repiten también en los dos mayores poetas líricos de cada orilla: Luis de Góngora y sor Juana Inés de la Cruz, igualmente próximos en los estilístico, son también lejanos en el significado. Para Góngora, el mundo es, aun con sus miserias, un espectáculo hermoso, digno de celebrarse. Sor Juana reconoce

---

<sup>288</sup> *Op. cit.*, p. 148.

<sup>289</sup> *Op. cit.*, pp. 337-338.

esa belleza (ningún gran poeta puede no hacerlo), pero, en vez de embriagarse en ella, lamenta las limitaciones del espíritu humano ante tales maravillas.

Leyendo los *Comentarios reales*, a cada paso irrumpen frases que, insignificantes en su momento, el devenir de Hispanoamérica ha cargado de sentido. Casi al azar, escojo una. Al hablar de Francisco de Mendoza (el hijo del virrey Antonio de Mendoza), Garcilaso dice “que después fue generalísimo de las galeras de España, y yo lo vi allá y acá” (II, VI, 17); es decir en América y Europa, pues el punto enunciación de los *Comentarios* es siempre la ciudad española de Córdoba. Con esos dos simplísimos adverbios espaciales (allá y acá), Julio Cortázar estructuró una de las novelas más relevantes de Hispanoamérica: *Rayuela*. Sería muy ingenuo pensar que Cortázar agrupó los capítulos de su obra inspirado por Garcilaso, pero creo que es perfectamente válido ver en el Inca exiliado un antecedente de Horacio Oliveira.<sup>290</sup> Garcilaso fue el primero de los muchos hispanoamericanos que, forzados por las circunstancias políticas de sus países de origen, han escrito desde Europa (o desde los Estados Unidos) obras fundamentales para la resistencia cultural de nuestro continente y, atrincherados “del lado de allá”, han contribuido a definir la problemática relación que, hasta la fecha, los americanos mantenemos con la tradición occidental. Al respecto observa Durand:

El Inca, clásico de América, lo es no sólo por su calidad formal: sus problemas, su situación histórica desde un punto de vista cultural, son absolutamente semejantes a

---

<sup>290</sup> En el genial ensayo “Kafka y sus precursores”, escribe Borges: “El poema «Fears and Scruples» de Robert Browning profetiza la obra de Kafka, pero nuestra lectura de Kafka afina y desvía sensiblemente nuestra lectura del poema. Browning no lo leía como ahora nosotros lo leemos. En el vocabulario crítico, la palabra *precursor* es indispensable, pero habría que tratar de purificarla de toda connotación de polémica o de rivalidad. El hecho es que cada escritor *crea* a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”. *Otras inquisiciones*, en sus *Obras completas*, t. 2: 1952-1972, pp. 94-95. De la misma manera, quien haya escrito la *Ilíada* (se haya llamado o no Homero) no hizo intervenir a Posidón en el combate entre Eneas y Aquiles para que, setecientos años más tarde, un poeta romano pudiera escribir satisfactoriamente la epopeya de su patria. No obstante, para quienes leemos el canto XX de la *Ilíada* conscientes de que la *Eneida* existe, es inevitable sentir una emoción vertiginosa ante los mismos versos que, hace más de dos mil años, inspiraron a Virgilio.

los de muchos ilustres americanos de nuestros días. Atendamos a estas palabras: aquel hombre insigne padeció la tragedia, propia de nuestros escritores, de tener gustos europeos y seguir siendo americano por sentimiento. Por ello sufre al no hallar en su propia patria la tradición literaria, la elevada cultura que su espíritu reclama. Extranjero en Europa, también lo es en su tierra. Soledad del escritor que en América se tenía a sí mismo por un extranjero y que era en el Viejo Mundo un desconocido.<sup>291</sup>

Pupo-Walker opina algo semejante: “La relación de dependencia con respecto a una tradición textual previa y el afán mismo de superarla remite a un proceso que está en la misma raíz de las letras americanas”.<sup>292</sup> “En los *Comentarios reales* Garcilaso expresará, sin titubear, que al hombre americano, y sobre todo al mestizo, corresponde el derecho de narrar la historia de otra manera. O sea tomando la realidad americana y no la europea como el referente primordial”.<sup>293</sup> Las dos últimas citas están tomadas del estudio (profusamente citado en este trabajo) *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*. Fue gran acierto de Pupo-Walker incluir en el título de su libro la desconcertante palabra *profecía*: tantas particularidades del destino de América anticipan los *Comentarios reales* que no es exagerado considerar un profeta a su autor.

Pero no sólo en el tiempo es dilatada la influencia del Inca: también lo es en el espacio. Garcilaso, como lo ha sabido ver González Echevarría, “not only wrote a history of pre-Hispanic Peru, but what amounts to an entire history of America”.<sup>294</sup> Aunque centrada en el Perú, la obra del Inca se extiende a todos los rincones del Nuevo Mundo: lo mismo a las nieves perpetuas de los Andes que a las selvas terribles de la Canela y la Buenaventura, los desiertos araucanos, las islas del Caribe o las vastas llanuras norteamericanas (en *La Florida*), y hasta hay un capítulo de los *Comentarios* dedicado a “la descripción de la imperial ciudad de México” (II, III, 21), que Garcilaso no conoció,

---

<sup>291</sup> *El Inca*, p. 30.

<sup>292</sup> *Op. cit.*, p. 122.

<sup>293</sup> *Ibid.*, p. 48, n. 51.

<sup>294</sup> *Op. cit.*, p. 45.

aunque ello no le impide confesar que, “como indio, soy aficionado a las grandezas de aquella otra Roma en sus tiempos” ni asegurar que “se puede dezir de aquella imperial ciudad de México que es una de las más principales que hay en el universo, si ya no es la primera, como me lo dixo un cavallero flamenco que por su curiosidad y gusto había visto todas las famosas del mundo viejo y sólo por ver a México pasó al Mundo Nuevo”. La amplitud temporal y espacial del Inca late con particular fuerza en la dedicatoria del prólogo de la parte segunda: “A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquíssimo imperio del Perú, el Inca Garcilasso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano, salud y felicidad”. Es inevitable sentirse alcanzado por estas palabras tan cálidas, tan llenas de esperanzas: todos los americanos somos esos indios, mestizos y criollos, los hermanos, compatriotas y paisanos de ese hombre extraordinario, tan remoto y, al mismo tiempo, tan cercano.

De todas las comparaciones que los estudiosos de Garcilaso han aventurado para elogiarlo, quizá ninguna parezca tan insólita como la de Pupo-Walker al igualarlo con Marcel Proust: “La suya es también una suerte de *recherche du temps perdu* que se lleva a cabo desde la inmediatez de sus vivencias conflictivas”.<sup>295</sup> Creo que, por extraño que parezca, el Inca y Proust comparten, efectivamente, varios rasgos en común: ambos escribieron obras colosales en prosa, notables por sus largos períodos sintácticos en los que, a pesar de la subordinación tan compleja, nunca hay anacolutos; ambos dedicaron su juventud a vivir y su madurez a escribir sobre lo que habían vivido (razón por la que en sus obras la memoria tiene mucho más importancia que la imaginación); ambos eran aristócratas y evocaron en su escritura a una oligarquía desaparecida o a punto de desaparecer (si el virreinato significó el fin de los incas y los conquistadores del Perú, la

---

<sup>295</sup> *Op. cit.*, p. 98.

nobleza francesa se extinguió, según Proust, después de la Primera Guerra Mundial); finalmente, ambos pasaron sus últimos años atormentados por la idea de no tener tiempo suficiente para terminar sus magnas obras. Desde su traducción de León Hebreo hasta la parte segunda de los *Comentarios*, el temor a la muerte no deja de asomarse en las páginas de Garcilaso: “con mis pocas fuerzas, si el divino favor y el de V.M. no me faltan, espero, para mayor indicio de este afecto, ofreceros presto otro [libro] semejante, que será la jornada que el Adelantado Hernando de Soto hizo a la Florida” (*Traducción*, primera dedicatoria a Felipe II); “contaremos [la muerte de Pedro de Valdivia] en la historia del Perú, si Dios se sirve de darnos algunos días de vida” (*Florida*, III, 28); “diremos [el encuentro de Atahualpa y Hernando de Soto] en la propia historia del descubrimiento y conquista de aquel imperio [el Perú], si Dios Nuestro Señor se sirve de alargarnos la vida, que anda ya muy flaca y cansada” (*Florida*, V-I, 7); “por el afecto y deseo de verla acabada [*La Florida*], ni huyo al trabajo que me es incomportable ni perdono a la flaca salud, que anda ya muy gastada, ni la deseo ya para otra cosa, porque España, a quien debo tanto, no quede sin esta relación si yo faltase antes de sacarla a luz” (*Florida*, VI, 9); “en ambas [las batallas contra Diego de Almagro y contra Francisco Hernández Girón] fue vencido Don Alonso de Alvarado, como se dirá más largo en su lugar, si Dios nos dexa llegar allá” (*Comentarios*, I, III, 12); “todo lo cual [la guerra entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro] diremos más largamente si Dios Nuestro Señor nos dexare llegar allá” (*Comentarios*, I, VII, 20); “Sairi Túpac [...] salió de aquellas bravas montañas por orden del Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoça, Marqués de Cañete, como adelante diremos si Dios fuere servido que lleguemos allá” (*Comentarios*, I, IV, 7). Basten un par de ejemplos para ilustrar la misma ansiedad en Proust. El siguiente pasaje proviene del tomo

segundo de la *Recherche* (trata sobre la manera como se distorsiona nuestra percepción de la realidad cuando estamos borrachos):

par une contradiction qui n'était qu'apparente, c'est au moment où j'éprouvais un plaisir exceptionnel, où elle aurait dû avoir à mes yeux plus de prix, c'est à ce moment que, délivré des soucis qu'elle avait pu m'inspirer jusque-là, je la livrais sans hésitation au hasard d'un accident. Je ne faisais, du reste, en somme, que concentrer dans une soirée l'incurie qui pour les autres hommes est diluée dans leur existence entière où journallement ils affrontent sans nécessité le risque d'un voyage en mer, d'un promenade en aéroplane ou en automobile quand les attend à la maison l'être que leur mort briserait ou quand est encore lié à la fragilité de leur cerveau le livre dont la prochaine mise au jour est la seule raison de leur vie.<sup>296</sup>

El otro ejemplo está tomado del tomo séptimo (es, de hecho, la última oración de la inmensa novela):

Aussi, si elle m'était laissée assez longtemps pour accomplir mon oeuvre, ne manquerais-je pas d'abord d'y décrire les hommes, cela dût-il les faire place si considérable, à côté de celle si restreinte qui leur est réservée dans l'espace, une place au contraire prolongée sans mesure puisqu'ils touchent simultanément, comme des géants plongés dans les années à des époques, vécues par eux si distantes, entre lesquelles tant de jours sont venus se placer — dans le Temps.<sup>297</sup>

Proust, lamentablemente, murió sin poder cumplir su deseo: los tres últimos tomos de su obra quedaron inconclusos (es posible, por lo tanto, que estas emotivas palabras no estuvieran destinadas a ser el final de la novela, pero, como ya lo advirtió Borges, “las obras maestras suelen ser hijas del azar”).<sup>298</sup> El Inca tuvo más suerte: aunque la parte segunda de los *Comentarios* fue publicada de manera póstuma, el texto ya estaba terminado. Por ello, el final de la obra es tan eufórico (II, VIII, 21):

La Divina Majestad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, sea loada por todos los siglos de los siglos, que tanta merced me ha hecho en querer que llegase a este punto. Sea para gloria y honra de su nombre divino, cuya infinita misericordia, mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de la siempre Virgen María, su Madre, y de toda su corte celestial, sea en

---

<sup>296</sup> Paris, Gallimard, 1988, v. 2, p. 172.

<sup>297</sup> *Ibid.*, 1989, v. 4, p. 625.

<sup>298</sup> *Biblioteca personal*, en sus *Obras completas*, t. 4: 1975-1988, p. 560.

mi favor y amparo, ahora y en la hora de mi muerte, amén. Jesús, cien mil veces Jesús. Laus Deo.

Ha desaparecido por completo el miedo. Casi podría decirse que ya no espera otra cosa que morir. Como Macbeth a los ojos de Auerbach, el Inca “está lleno de una sabiduría adquirida a través de los avatares de su fortuna, maduro para el conocimiento y la muerte”.<sup>299</sup> Sobre el final de los *Comentarios reales*, que es también el final de Garcilaso, reflexiona Miró Quesada: “La vida había sido para el Inca hosca y difícil, pero le había permitido la compensación más afortunada: que terminara de escribir su obra histórica, con lo que le abría el camino de la fama”;<sup>300</sup> “el Inca Garcilaso es el modelo de una vida consagrada a un objeto, de lo que se puede conseguir por la tenacidad y la constancia”.<sup>301</sup> Dos símiles borgeanos: la alegría final del Inca es comparable con la de Jaromir Hladík (“El milagro secreto”), a quien Dios concedió el tiempo necesario para terminar su obra, o con la de Pedro Damián (“La otra muerte”), que “consiguió lo que anhelaba su corazón, y tardó mucho en conseguirlo, y acaso no hay mayores felicidades”.<sup>302</sup>

La obra del Inca Garcilaso de la Vega se encuentra en la encrucijada de tres dimensiones culturales igualmente ilustres: es heredera de la tradición clásica, contemporánea del siglo de oro español y fundadora de la literatura hispanoamericana. Con el siglo de oro comparte la belleza expresiva de la sintaxis, si bien se separa de él en el significado político, que, en cambio, proyecta con gran fuerza sobre las letras de Hispanoamérica. Pero la mayor virtud del Inca (de cualquier autor) es, sin duda, su carácter clásico, que va mucho más allá de las simples referencias (explícitas o implícitas) a griegos y romanos. Al reflexionar sobre las palabras de Viracocha a Yáhuar Huácac (en el capítulo

---

<sup>299</sup> *Op. cit.*, p. 307.

<sup>300</sup> *Op. cit.*, p. 366.

<sup>301</sup> *Ibid.*, p. 290.

<sup>302</sup> *El Aleph*, en sus *Obras completas*, t. 1, p. 616.

I de este trabajo), propuse un juego: cambiar el Cuzco por Roma, al Sol por Júpiter, al inca por el César, e imaginar que se está leyendo, en vez de los *Comentarios reales*, a Tito Livio o Cornelio Tácito. Se puede afirmar, sin exageración, que el Inca ofrendó al Nuevo Mundo una obra comparable con la mejor historiografía grecolatina, una obra no sólo capaz de deleitarnos, sino también de educarnos moralmente y darnos una base firme para andar sobre la tierra. No importa que Garcilaso nos haya ofrecido una versión suavizada (falsa, si se quiere) de los hechos de incas y conquistadores: como cualquier pueblo, los hispanoamericanos tenemos derecho a una imagen digna de nuestro pasado, de la cual podamos abreviar, cada vez que lo necesitemos, los más nobles ideales. No incurrió Pedro Henríquez Ureña en zalamería gratuita al llamarlo “Heródoto de los incas”;<sup>303</sup> tampoco exageró José Durand cuando reunió sus más sobresalientes estudios garcilasistas bajo el título de *El Inca Garcilaso, clásico de América: el Inca “descuella por la cronología y la excelencia entre los autores clásicos de América, y representa el primer natural del Nuevo Mundo que marca su huella con firmeza en el ancho camino de la cultura occidental”*;<sup>304</sup> “fue el primer americano que dio a las prensas un libro, el primero en producir una obra de significación universal”.<sup>305</sup> A propósito de literatura clásica escrita en español, me parece pertinente recordar las palabras de Antonio Alatorre sobre Góngora y sor Juana:

Es indudable que para captar *toda* la hermosura de los poemas de Homero y de Virgilio hay que leerlos en griego y en latín, respectivamente, y el aprendizaje de estas lenguas no es fácil. Después de dos años de estudiar latín, apenas, con trabajos, con el diccionario abierto todo el tiempo, comienza uno a entender a Virgilio. Para leerlo de corrido, para gozarlo, hacen falta cuatro, ocho años de ejercicio asiduo. Pero este largo aprendizaje se nos ahorra en el caso de Góngora y de sor Juana. ¡Ya

---

<sup>303</sup> *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. Joaquín Díez-Canedo, México, FCE, 3.ª ed. 1964, p. 68.

<sup>304</sup> *Op. cit.*, p. 291.

<sup>305</sup> *El Inca*, pp. 28-29.



sabemos español! La lengua en que están escritos sus poemas es nuestra lengua. Lo único que falta es emprender, en serio, su lectura.<sup>306</sup>

Como Góngora y sor Juana, el Inca Garcilaso nos ahorró el arduo trabajo de aprender lenguas clásicas para tener a nuestro alcance una obra clásica. Es nuestro destino de americanos volver sobre sus libros una y otra vez: como en los pergaminos de Melquíades, en ellos está cifrado todo lo que somos.

---

<sup>306</sup> “Invitación a la lectura del *Sueño* de sor Juana”, en Luis de Góngora, *Soledades*; Sor Juana Inés de la Cruz, *Primero sueño*, México, FCE, 2.<sup>a</sup> ed., 2010, pp. 153-154.



## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Mora, Jorge, “El silencio de Nellie Campobello”, en N. Campobello, *Cartucho: Relatos de la lucha en el norte de México*, México, Era, 7.<sup>a</sup> reimp., 2013, pp. 9-43.
- \_\_\_\_\_, “La literatura infinita”, en Rafael F. Muñoz, *Que me maten de una vez: Cuentos completos*, México, Era-Conaculta, 2011, pp. 11-27.
- Alatorre, Antonio, “Contra los denigradores de Lázaro de Tormes”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50 (2002), pp. 427-455.
- \_\_\_\_\_, “Invitación a la lectura del *Sueño* de sor Juana”, en Luis de Góngora, *Soledades; Sor Juana Inés de la Cruz, Primero sueño*, México, FCE, 2.<sup>a</sup> ed., 2010, pp. 123-154.
- Ariosto, Ludovico, *Orlando furioso*, Bologna, Commissione per i Testi di Lingua, 1960.
- Aristóteles, *Poética*, trad. Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1974.
- Asensio, Eugenio, “Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7 (1953), p. 583-593.
- Auerbach, Erich, *Mimesis: La representación de la realidad en la cultura occidental*, trads. I. Villanueva y E. Imaz, México, FCE, 1950.
- Barthes, Roland, *Le degré zéro de l'écriture*, Paris, Seuil, 2.<sup>ème</sup> ed., 2002.
- Bataillon, Marcel, *Erasmus et l'Espagne*, Genève, Droz, 1991, v. 1.
- Boccaccio, Giovanni, *Il Decameron*, Bari, Laterza, 1955, v. 2.
- Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 2005, ts. 1-2 y 4.
- Casas, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. André Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 18.<sup>a</sup> ed., 2013.
- Cervantes, Miguel de, *La Galatea*, eds. Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy, Madrid, Cátedra, 1995.
- \_\_\_\_\_, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. John Jay Allen, Madrid, Cátedra, 22.<sup>a</sup> ed., 2004.
- \_\_\_\_\_, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, ed. John Jay Allen, Madrid, Cátedra, 22.<sup>a</sup> ed., 2001.
- Cortázar, Julio, *Final del juego*, en sus *Cuentos completos*, t. 1: 1945-1966, Madrid, Alfaguara, 1994, pp. 287-401.

- Crowley, Frances G., *Garcilaso de la Vega, el Inca and His Sources in Comentarios Reales de los Incas*, The Hague, Mouton, 1971.
- Cox, Carlos Manuel, *Utopía y realidad en el Inca Garcilaso*, Lima, UIGV, 2010.
- Dávila Andrade, César, *Poesía, narrativa, ensayo*, Caracas, Ayacucho, 1993.
- Durand, José, “La biblioteca del Inca”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2 (1948), pp. 239-264.
- \_\_\_\_\_, *El Inca Garcilaso, clásico de América*, México, SEP, 1976.
- Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra, 4.<sup>a</sup> ed., 2005.
- García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad*, Madrid, Cátedra, 17.<sup>a</sup> ed., 2005.
- González Echevarría, Roberto, *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*, Cambridge, CUP, 1990.
- González Vigil, Ricardo, *Comentemos al Inca Garcilaso*, [Lima], BCRP, [1989].
- Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. Joaquín Díez-Canedo, México, FCE, 3.<sup>a</sup> ed. 1964.
- Heródoto, *Historia*, trad. Manuel Balasch, Madrid, Cátedra, 7.<sup>a</sup> ed., 2011.
- Hernández, Max, *Memoria del bien perdido: Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*, Lima, IEP, 1993.
- Homero, *Ilíada*, trad. Antonio López Eire, Madrid, Cátedra, 12.<sup>a</sup> ed., 2005.
- Horace, *Satires, Epistles and Ars Poetica*, trans. H. Rushton Fairclough, Cambridge-London, HUP-William Heinemann, 2.<sup>nd</sup> ed., 3.<sup>rd</sup> rep., 1939.
- Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 16.<sup>a</sup> ed., 2002.
- López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho, 1979.
- López Pinciano, Alonso, *Obras completas*, t. 1: *Philosophía antigua poética*, ed. José Rico Verdú, Madrid, José Antonio de Castro, 1998.
- López-Baralt, Mercedes, *El Inca Garcilaso, traductor de culturas*, Madrid-Fankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2011.
- Machado, Antonio, *Campos de Castilla (1907-1917)*, Madrid, Cátedra, 14.<sup>a</sup> ed., 2003.
- Machiavelli, Niccolò, *Il principe, I discorsi sopra la prima deca di Tito Livio e Gli opuscoli in prosa*, Firenze, Adriano Salani, 1946.

- Mazzotti, José Antonio, *Coros mestizos del Inca Garcilaso: Resonancias andinas*, Lima, BVL-Otorongo Producciones-FCE, 1996.
- Menéndez Pidal, Ramón, “La moral en la conquista del Perú y el Inca Garcilaso de la Vega”, en R. Menéndez Pidal *et al.*, *Seis temas peruanos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, pp. 2-39.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela*, t. 2: *Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Santander, Aldus, 1943.
- Miró Quesada, Aurelio, *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, Madrid, Cultura Hispánica, 1971.
- Neruda, Pablo, *Canto general*, Madrid, Cátedra, 12.<sup>a</sup> ed., 2009.
- Oviedo, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. 1: *De los orígenes a la Emancipación*, Madrid, Alianza, 1995.
- Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1945-1946, ts. 1 y 4.
- Paz, Octavio, *Libertad bajo palabra [1935-1957]*, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, Cátedra, 2000.
- Porrás Barrenechea, Raúl, *El Inca Garcilaso en Montilla (1561-1614): Nuevos documentos*, Lima, UNMSM, 1955.
- \_\_\_\_\_, *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos*, Lima, BCP, 1986.
- Propp, Vladimir, *Morphologie du conte*, trad. Marguerite Derrida, et *Les transformations des contes merveilleux*, trad. Tzvetan Todorov; E. Mélétynski, *L'étude structurale et typologique du conte*, trad. Claude Kahn, Paris, Poétique-Seuil, 1970.
- Proust, Marcel, *À la recherche du temps perdu*, Paris, Gallimard, 1988-1989, vs. 2 et 4.
- Pupo-Walker, Enrique, *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*, Madrid, José Porrúa Turranzas, 1982.
- Quintilian, *Institutio Oratoria*, trans. H. E. Butler, London-New York, William Heinemann-G. P. Putnam's Sons, 1921, v. 3.
- Reyes, Alfonso, *La experiencia literaria, Tres puntos de exegética literaria, Páginas adicionales*, México, FCE, reimp., 1983.
- \_\_\_\_\_, *Visión de Anáhuac, Las vísperas de España, Calendario*, México, FCE, 3.<sup>a</sup> reimp., 1995.
- Riva-Agüero, José de la, *Obras completas*, t. 4: *La historia en el Perú*, Lima, PUCP, 1965.

- Rivarola, José Luis, “Para la génesis de los *Comentarios reales*: Edición y comentario de las apostillas del Inca Garcilaso (y otros) a la *Historia general de las Indias* de F. López de Gómara”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50 (2002), pp. 59-139.
- Rivera, José Eustasio, *La vorágine*, Madrid, Cátedra, 6.<sup>a</sup> ed., 2006.
- Rojas, Ricardo, “Prólogo”, en Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas*, t. 1, pp VII-XXI.
- Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, Madrid, Cátedra, 16.<sup>a</sup> ed., 2002.
- Sáenz de Santa María, Carmelo, *G. de la Vega el Inca*, Madrid, Historia 16, 1987.
- Sallust, *The War with Catiline, The War with Jugurtha*, trans. J. C. Rolfe, London-New York, William Heinemann-G. P. Putnam’s Sons, 2.<sup>nd</sup> ed., 1931.
- Stendhal, *Le rouge et le noir*, dans ses *Romans et nouvelles*, Paris, Gallimard, reimp., 1991, v. 1, pp. 193-699.
- Tomachevski, B., “Thématique”, dans Roman Jakobson *et al.*, *Théorie de la littérature: Textes de formalistes russes*, trad. Tzvetan Todorov, Paris, Seuil, 1965, pp. 263-307.
- Varner, John Grier, *El Inca: The Life and Times of Garcilaso de la Vega*, Austin-London, UT Press, 1968.
- Vega, Inca Garcilaso de la, *Comentarios reales de los incas*, ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 2 ts., 1943.
- \_\_\_\_\_, *Historia general del Perú: Segunda parte de los Comentarios reales de los incas*, ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé, 3 ts., 1944.
- \_\_\_\_\_, *La Florida: Historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios*, ed. Emma Susana Speratti Piñero, México, FCE, 1956.
- \_\_\_\_\_, *Traducción de los diálogos de amor de León Hebreo*, ed. Andrés Soria Olmedo, Madrid, José Antonio de Castro, 1996.
- Zamora, Margarita, *Language, Authority, and Indigenous History in the Comentarios reales de los Incas*, Cambridge, CUP, 1988.

## APÉNDICE: LOS CUENTOS DEL INCA

### EL ORIGEN DE LOS INCAS

Después de haver dado muchas traças y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas, Reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traça y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñezes oí muchas vezes a mi madre y a sus hermanos y tíos y a otros sus mayores acerca deste origen y principio, porque todo lo que por otras vías se dize dél viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan que no por las de otros autores estraños.

Es assí que, residiendo mi madre en el Cozco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientas que de las crueldades y tiranías de Atauhuallpa, como en su vida contaremos, escaparon, en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus Reyes, de la majestad dellos, de la grandeza de su Imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y favor de sus vasallos ordenavan. En suma, no dexavan cosa de las prósperas que entre ellos huviesse acaescido que no la truxessen a cuenta. De las grandezas y prosperidades passadas venían a las cosas presentes. Lloravan sus Reyes muertos, enajenado su Imperio y acabada su república, etc. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas en sus visitas y, con la memoria del bien perdido, siempre acabavan su conversación en lágrimas y llanto, diziendo: “Trocósenos el reinar en vassallaje”, etc. En estas pláticas yo, como muchacho, entrava y salía muchas vezes donde ellos estavan y me holgava de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas.

Passando, pues, días, meses y años, siendo ya yo de diez y seis o diez y siete años, acaesció que, estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus Reyes y antiguallas, al más anciano dellos, que era el que dava cuenta dellas, le dixé: “Inca tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas passadas, ¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros Reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones, sus comarcanas, como tienen historias divinas y humanas, saben por ellas cuándo empezaron a reinar sus Reyes y los ajenos, y el trocarse unos imperios en otros, hasta saber

cuántos mil años ha que Dios crió el cielo y la tierra, que todo esto y mucho más saben por sus libros. Empero, vosotros, que carecéis dellos, ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas? ¿Quién fue el primero de nuestros Incas? ¿Cómo se llamó? ¿Qué origen tuvo su linaje? ¿De qué manera empezó a reinar? ¿Con qué gente y armas conquistó este grande Imperio? ¿Qué origen tuvieron nuestras hazañas?”.

El Inca, como que holgándose de haver oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta dellas, se bolvió a mí, que ya otras muchas vezes le había oído, mas ninguna con la atención que entonces, y me dixo: “Sobrino, yo te las diré de muy buena gana. A ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón”. Es frasis dellos por dezir en la memoria. “Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que vees eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hazer de vestir. Vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, yervas del campo y raíces de árboles y la fruta inculca que ellos davan de suyo y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales. Otros andavan en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas, y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas”.

Adviértase, por que no enfade el repetir tantas vezes estas palabras “Nuestro Padre el Sol”, que era lenguaje de los Incas y manera de veneración y acatamiento dezirlas siempre que nombraban al Sol, porque se preciaban descendir dél, y al que no era Inca no le era lícito tomarlas en la boca, que fuera blasfemia y lo apedrearán.

Dixo el Inca: “Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima dellos y embió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinassen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorassen y tuviessen por su Dios y para que les diessen preceptos y leyes en que viviessen como hombres en razón y urbanidad, para que habitassen en casas y pueblos poblados, supiessen labrar las tierras, cultivar las plantas y miesses, criar los ganados y gozar dellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias. Con esta orden y mandato puso Nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está ochenta leguas de aquí, y les dixo que fuessen por do quisiessen y, doquiera que parassen a comer o a dormir, procurassen hincar en el suelo una barrilla de oro de media vara en largo y dos dedos en grueso que les dio para



señal y muestra, que, donde aquella barra se les hundiese con solo un golpe que con ella diessen en tierra, allí quería el Sol Nuestro Padre que parassen y hiziessen su asiento y corte. A lo último les dixo: «Cuando hayáis reduzido essas gentes a nuestro servicio, los mantendréis en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre, haziendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados, a imitación y semejança mía, que a todo el mundo hago bien, que les doy mi luz y claridad para que vean y hagan sus haciendas y les caliento cuando han frío y crío sus pastos y sementeras, hago frutificar sus árboles y multiplico sus ganados, lluevo y sereno a sus tiempos y tengo cuidado de dar una buelta cada día al mundo por ver las necessidades que en la tierra se ofrescen, para las proveer y socorrer como sustentador y bienhechor de las gentes. Quiero que vosotros imitéis este exemplo como hijos míos, embiados a la tierra sólo para la doctrina y beneficio de esos hombres, que viven como bestias, y desde luego os constituyo y nombro por Reyes y señores de todas las gentes que assí dotrináredes con vuestras buenas razones, obras y gobierno».

”Haviendo declarado su voluntad Nuestro Padre el Sol a sus dos hijos, los despidió de sí. Ellos salieron de Titicaca y caminaron al sententríon y, por todo el camino, doquiera que paravan, tentavan hincar la barra de oro, y nunca se les hundió. Assí entraron en una venta o dormitorio pequeño, que está siete u ocho leguas al mediodía de esta ciudad, que hoy llaman Pacárec Tampu, que quiere dezir venta o dormida que amanezce. Púsole este nombre el Inca porque salió de aquella dormida al tiempo que amanecía. Es uno de los pueblos que este Príncipe mandó poblar después, y sus moradores se jatan hoy grandemente del nombre, porque lo impuso nuestro Inca. De allí llegaron él y su mujer, nuestra Reina, a este valle del Cozco, que entonces todo él estava hecho montaña brava”.

\*

“La primera parada que en este valle hizieron”, dixo el Inca, “fue en el cerro llamado Huanacauri, al mediodía desta ciudad. Allí procuró hincar en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. Entonces dixo nuestro Inca a su hermana y mujer: «En este valle manda Nuestro Padre el Sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada para cumplir su voluntad. Por tanto, Reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraher esta gente, para los doctrinar y hazer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda». Del cerro Huanacauri salieron

nuestros primeros Reyes, cada uno por su parte, a convocar las gentes, y, por ser aquel lugar el primero de que tenemos noticia que huviessen hollado con sus pies y por haver salido de allí a bien hazer a los hombres, teníamos hecho en él, como es notorio, un templo para adorar a Nuestro Padre el Sol, en memoria desta merced y beneficio que hizo al mundo.

”El príncipe fue al setentrión y la princesa al mediodía. A todos los hombres y mujeres que hallavan por aquellos breñales les hablaban y dezían cómo su padre el Sol los había embiado del cielo para que fuessen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra, sacándoles de la vida ferina que tenían y mostrándoles a bivar como hombres, y que, en cumplimiento de lo que el Sol, su padre, les había mandado, iban a los convocar y sacar de aquellos montes y malezas y reducirlos a morar en pueblos poblados y a darles para comer manjares de hombres y no de bestias. Estas cosas y otras semejantes dixeron nuestros Reyes a los primeros salvajes que por estas sierras y montes hallaron, los cuales, viendo aquellas dos personas vestidas y adornadas con los ornamentos que Nuestro Padre el Sol les había dado, hábito muy diferente del que ellos traían, y las orejas horadadas y tan abiertas como sus descendientes las traemos, y que en sus palabras y rostro mostravan ser hijos del Sol, y que venían a los hombres para darles pueblos en que viviessen y mantenimientos que comiessen, maravillados por una parte de lo que veían y por otra aficionados de las promesas que les hazían, les dieron entero crédito a todo lo que les dixeron y los adoraron y reverenciaron como a hijos del Sol y obedecieron como a Reyes y, convocándose los mismos salvajes unos a otros y refiriendo las maravillas que habían visto y oído, se juntaron en gran número hombres y mujeres y salieron con nuestros Reyes para los seguir donde ellos quisiessen llevarlos.

”Nuestros príncipes, viendo la mucha gente que se les allegava, dieron orden que unos se ocupassen en proveer de su comida campestre para todos, por que la hambre no los bolviesse a derramar por los montes. Mandó que otros trabajassen en hazer choças y casas, dando el Inca la traça como las habían de hacer. Desta manera se principió a poblar esta nuestra imperial ciudad, dividida en dos medios que llamaron Hanan Cozco, que, como sabes, quiere decir Cozco el alto, y Hurin Cozco, que es Cozco el baxo. Los que atraxo el Rey quiso que poblassen a Hanan Cozco, y por esto le llamaron el alto, y los que convocó la Reina, que poblassen a Hurin Cozco, y por esso le llamaron el baxo. Esta división de ciudad no fue para que los de la una mitad se aventajassen de la otra mitad en essenciones y preminencias, sino que todos fuessen iguales como hermanos, hijos de un padre y de una madre. Sólo quiso el Inca que huviessen esta división de pueblo y diferencia de nombres alto y baxo para que

quedasse perpetua memoria de que a los unos había convocado el Rey y a los otros la Reina, y mandó que entre ellos huviesse sola una diferencia y reconocimiento de superioridad: que los del Cozco alto fuessen respetados y tenidos como primogénitos, hermanos mayores, y los del baxo fuessen como hijos segundos, y, en suma, fuessen como el brazo derecho y el izquierdo en cualquiera preminencia de lugar y oficio, por haver sido los del alto atraídos por el varón y los del baxo por la hembra. A semejança desto hubo después esta misma división en todos los pueblos grandes o chicos de nuestro Imperio, que los dividieron por barrios o por linajes, diziendo Hanan aillu y Hurin aillu, que es el linaje alto y el baxo; Hanan suyu y Hurin suyo, que es el distrito alto y el baxo.

”Juntamente, poblando la ciudad, enseñava nuestro Inca a los indios varones los oficios pertenescientes a varón, como romper y cultivar la tierra y sembrar las miesses, semillas y legumbres que les mostró que eran de comer y provechosas, para lo cual les enseñó a hazer arados y los demás instrumentos necesarios, y les dio orden y manera como sacassen acequias de los arroyos que corren por este valle del Cozco, hasta enseñarles a hazer el calçado que traemos. Por otra parte, la Reina industriava a las indias en los oficios mujeriles, a hilar y texer algodón y lana y hazer de vestir para sí y para sus maridos y hijos. Deziales cómo havían de hazer los demás oficios del servicio de casa. En suma, ninguna cosa de las que pertenescen a la vida humana dexaron nuestros príncipes de enseñar a sus primeros vasallos, haziéndose el Inca Rey maestro de los varones y la Coya Reina maestra de las mujeres”.

\*

“Los mismos indios nuevamente assí reducidos, viéndose ya otros y reconociendo los beneficios que havían recibido, con gran contento y regozijo entravan por las sierras, montes y breñales a buscar los indios y les davan nuevas de aquellos hijos del Sol y les dezían que para bien de todos ellos se havían aparecido en su tierra y les contavan los muchos beneficios que les havían hecho y, para ser creídos, les mostravan los nuevos vestidos y las nuevas comidas que comían y vestían, y que vivían en casas y pueblos, las cuales cosas, oídas por los hombres silvestres, acudían en gran número a ver las maravillas que de nuestros primeros padres, Reyes y señores se dezían y publicavan, y haviéndose certificado dellas por vista de ojos se quedavan a los servir y obedescer, y desta manera, llamándose unos a otros y passando la palabra déstos a aquéllos, se juntó en pocos años mucha gente, tanta que, passados los primeros seis o siete

años, el Inca tenía gente de guerra armada e industriada para se defender de quien quisiese ofenderle y aun para traer por fuerza los que no quisiesen venir de grado. Enseñóles hazer armas ofensivas, como arcos y flechas, lanças y porras y otras que se usan agora, y, para abreviar las hazañas de nuestro primer Inca, te digo que hazia el levante reduxo hasta el río llamado Paucartampu y al poniente conquistó ocho leguas hasta el gran río llamado Apurímac y al mediodía atraxo nueve leguas hasta Quequesana. En este distrito mandó poblar nuestro Inca más de cien pueblos, los mayores de a cien casas y otros de a menos, según la capacidad de los sitios.

”Éstos fueron los primeros principios que esta nuestra ciudad tuvo para haverse fundado y poblado como la vees. Éstos mismos fueron los que tuvo este nuestro grande, rico y famoso Imperio, que tu padre y sus compañeros nos quitaron. Éstos fueron nuestros primeros Incas y Reyes, que vinieron en los primeros siglos del mundo, de los cuales descenden los demás Reyes que hemos tenido, y destos mismos descendemos todos nosotros. Cuántos años ha que el Sol Nuestro Padre embió estos sus primeros hijos no te lo sabré dezir precisamente, que son tantos que no los ha podido guardar la memoria. Tenemos que son más de cuatrocientos. Nuestro Inca se llamó Manco Cápac, y nuestra Coya, Mama Ocllo Huaco. Fueron, como te he dicho, hermanos, hijos del Sol y de la Luna, nuestros padres. Creo que te he dado larga cuenta de lo que me la pediste y respondido a tus preguntas y, por no hazerte llorar, no he recitado esta historia con lágrimas de sangre, derramadas por los ojos, como las derramo en el corazón, del dolor que siento de ver nuestros Incas acabados y nuestro Imperio perdido”.

Esta larga relación del origen de sus Reyes me dio aquel Inca, tío de mi madre, a quien yo se la pedí, la cual yo he procurado traduzir fielmente de mi lengua materna, que es la del Inca, en la ajena, que es la castellana, aunque no la he escrito con la majestad de palabras que el Inca habló ni con toda la significación que las de aquel lenguaje tiene, que, por ser tan significativo, pudiera haverse estendido mucho más de lo que se ha hecho. Antes la he acertado, quitando algunas cosas que pudieran hazerla odiosa. Empero, bastará haver sacado el verdadero sentido dellas, que es lo que conviene a nuestra historia. Otras cosas semejantes, aunque pocas, me dixo este Inca en las visitas y pláticas que en casa de mi madre se hazían, las cuales pondré adelante en sus lugares, citando el autor, y pésame de no haverle preguntado otras muchas para tener ahora la noticia dellas, sacadas de tan buen archivo, para escrevir las aquí.

## LOS INDIOS PERTINACES

Passando, pues, el Inca en su conquista, llegó a un pueblo llamado Cac-yauiri, que tenía muchas cacerías en su comarca, derramadas sin orden de pueblo, y en cada una dellas había señoretas que governaban y mandaban a los demás. Todos estos, sabiendo que el Inca iba a conquistarlos, se conformaron y reduxeron en un cerro que hay en aquella comarca como hecho a mano, alto menos que un cuarto de legua y redondo como un pilón de azúcar, con ser por allí toda la tierra llana. A este cerro, por ser solo y por su hermosura, tenían aquellos indios por cosa sagrada y le adoraban y ofrecían sus sacrificios. Fuéronse a socorrer a él, para que, como su Dios, los amparase y librase de sus enemigos. Hizieron en él un fuerte de piedra seca y céspedes de tierra por mezcla. Dizen que las mujeres se obligaron a dar todos los céspedes que fuesen menester, por que se acabase más aína la obra, y que los varones pusiesen la piedra de su parte. Metiéronse en el fuerte con sus mujeres e hijos en gran número, con la más comida que pudieron recoger.

El Inca embió los requerimientos acostumbrados y que en particular les dixessen que no iba a quitarles sus vidas ni haciendas, sino a hazerles los beneficios que el Sol mandava que hiziesse a los indios; que no se desacatasen a sus hijos ni se tomassen con ellos, que eran invencibles, que el Sol les ayudava en todas sus conquistas y peleas, y que lo tuviesen por su Dios y lo adorassen. Este recaudo embió el Inca muchas vezes a los indios, los cuales estuvieron siempre pertinaces, diciendo que ellos tenían buena manera de vivir, que no la querían mejorar, y que tenían sus dioses, y que uno dellos era aquel cerro que los tenía amparados y los había de favorecer; que los Incas se fuesen en paz y enseñassen a otros lo que quisiessen, que ellos no lo querían aprender. El Inca, que no llevaba ánimo de darles batalla, sino vencerlos con halagos o con el hambre si de otra manera no pudiesse, repartió su ejército en cuatro partes y cercó el cerro.

Los Collas estuvieron muchos días en su pertinacia apercebidos para si les combatiessen el fuerte, mas, viendo que no querían pelear los Incas, lo atribuyeron a temor y covardía y, haciéndose más atrevidos de día en día, salieron muchas vezes del fuerte a pelear con ellos, los cuales, por cumplir el orden y mandado de su Rey, no hazían más que resistirles, aunque todavía moría gente de una parte y de otra, y más de los Collas, porque, como gente bestial, se metían por las armas contrarias. Fue común fama entonces entre los indios del Collao, y después la derramaron los Incas por todos sus reinos, que, un día de los que assí salieron los

indios cercados a pelear con los del Inca, que las piedras y flechas y otras armas que contra los Incas tiraban se bolvían contra ellos mismos, y que assí murieron muchos Collas, heridos con sus propias armas. Adelante declararemos esta fábula, que es de las que tenían en más veneración.

Con la gran mortandad que aquel día hubo, se rindieron los amotinados y, en particular, los curacas, arrepentidos de su pertinacia. Temiendo otro mayor castigo, recogieron toda su gente y, en cuadrillas, fueron a pedir misericordia. Mandaron que saliessen los niños delante y, en pos dellos, sus madres y los viejos que con ellos estaban. Poco después salieron los soldados, y luego fueron los capitanes y curacas, las manos atadas y sendas sogas al pescueço, en señal que merecían la muerte por haver tomado las armas contra los hijos del Sol. Fueron descalços, que entre los indios del Perú era señal de humildad, con la cual daban a entender que había gran majestad o divinidad en el que ivan a reverenciar.

\*

Puestos ante el Inca, se humillaron en tierra por sus cuadrillas y, con grandes aclamaciones, le adoraron por hijo del Sol. Passada la común adoración, llegaron los curacas en particular y, con la veneración que entre ellos se acostumbrava, dixeron suplicavan a Su Majestad los perdonasse y, si gustava más de que muriessen, tendrían por dichosa su muerte con que perdonasse aquellos soldados, que, por haverles dado ellos mal exemplo y mandádoselo, había[n] resistido al Inca. Suplicavan assimismo perdonasse las mujeres, viejos y niños, que no tenían culpa, que ellos solos la tenían y assí querían pagar por todos.

El Inca los recibió sentado en su silla, rodeado de su gente de guerra, y, habiendo oído a los curacas, mandó que les desatassen las manos y quitasen las sogas de los cuellos, en señal de que les perdonava las vidas y les dava libertad, y con palabras suaves les dixo que no había ido a quitarles sus vidas ni haciendas, sino a hazerles bien y a enseñarles que viviesen en razón y ley natural, y que, dexados sus ídolos, adorassen por Dios al Sol, a quien devían aquella merced, que, por habérselo mandado el Sol, les perdonava el Inca y de nuevo les hazía merced de sus tierras y vassallos, sin otra pretensión más que hazerles bien, lo cual verían por larga experiencia ellos y sus hijos y descendientes, porque assí lo había mandado el Sol; por tanto, se bolviessen a sus casas y curassen de su salud y obedesciessen lo que se les mandasse, que todo sería en pro y utilidad dellos, y, para que llevasen mayor seguridad del perdón y testimonio de

la mansedumbre del Inca, mandó que los curacas, en nombre de todos los suyos, le diesen paz en la rodilla derecha, para que vieses que, pues permitía tocassen su persona, los tenía por suyos, la cual merced y favor fue inestimable para todos ellos, porque era prohibido y sacrilegio llegar a tocar al Inca, que era uno de sus dioses, si no eran los de su sangre real o con licencia suya. Viendo, pues, al descubierto el ánimo piadoso del Rey, se aseguraron totalmente del castigo que temían y, bolviendo a humillarse en tierra, dixeron los curacas que serían buenos vassallos para merecer tan gran merced y que en palabras y obras mostrava Su Majestad ser hijo del Sol, pues a gente que merecía la muerte hazía merced nunca jamás imaginada.

Declarando la fábula, dizen los Incas que lo historial della es que, viendo los capitanes del Inca la desvergüença de los Collas, que cada día era mayor, mandaron de secreto a sus soldados que estuviessen apercebidos para pelear con ellos a fuego y a sangre y llevarlos por todo el rigor de las armas, porque no era razón permitir tanto desacato como hazían al Inca. Los Collas salieron como solían a hazer sus fieros y amenazas, descuidados de la ira y apercibimiento de sus contrarios. Fueron recibidos y tratados con gran rigor. Murieron la mayor parte dellos, y, como hasta entonces los del Inca no havían peleado para matarlos, sino para resistirles, dixeron que tampoco havían peleado aquel día, sino que el Sol, no pudiendo sufrir la poca estima que de su hijo hazían los Collas, había mandado que sus proprias armas se bolviessen contra ellos y los castigassen, pues los Incas no havían querido hazerlo. Los indios, como tan simples, creyeron que era assí, pues los Incas, que eran tenidos por hijos del Sol, lo afirmavan. Los amautas, que eran los filósofos, alegorizando la fábula, dezían que, por no haver querido los Collas soltar las armas y obedescer al Inca cuando se lo mandaron, se les havían buuelto en contra, porque sus armas fueron causa de la muerte dellos.

## EL PRÍNCIPE DESTERRADO

Muerto el Rey Inca Roca, su hijo Yáhuar Huácac tomó la corona del reino. Governólo con justicia, piedad y mansedumbre, acariciando sus vassallos, haziéndoles todo el bien que podía. Deseó sustentarse en la prosperidad que sus padres y abuelos le dexaron, sin pretender conquistas ni pendencia con nadie, porque, con el mal agüero de su nombre y los pronósticos que cada día echavan sobre él, estava temeroso de algún mal successo y no osava tentar la fortuna por no irritar la ira de su padre el Sol, no le embiasse algún grave castigo, como ellos dezían. Con este miedo vivió algunos años, desseando paz y quietud para sí y para todos sus

vezinos, y, por no estar ocioso, visitó sus reinos una y dos y tres vezes. Procurava ilustrarlos con edificios magníficos. Regalava los vassallos en común y en particular. Tratávalos con mayor afición y ternura que mostraron sus antepassados, que eran muestras y efectos del temor, en lo cual gastó nueve o diez años.

Empero, por no mostrarse tan pusilánimo que entre todos los Incas fuesse notado de covarde por no haver aumentado su Imperio, acordó embiar un ejército de veinte mil hombres de guerra al sudueste del Cozco, la costa adelante de Arequepa, donde sus passados havían dexado por ganar una larga punta de tierra, aunque de poca poblazón. Eligió por capitán general a su hermano Inca Maita, que desde aquella jornada, por haver sido general en ella, se llamó siempre Apu Maita, que quiere dezir el capitán general Maita. Nombró cuatro Incas experimentados para maesses de campo. No se atrevió el Inca a hazer la conquista por su persona, aunque lo desseó mucho, mas nunca se determinó a ir, porque su mal agüero en las cosas de la guerra lo traía sobre olas tan dudosas y tempestuosas que de donde le arrojavan las del desseo lo retiravan las del temor. Por estos miedos nombró al hermano y a sus ministros, los cuales hizieron su conquista con brevedad y buena dicha y reduxeron al Imperio de los Incas todo lo que hay desde Arequepa hasta Tacama, que llaman Collisuyu, que es el fin y término por la costa de lo que hoy llaman Perú, la cual tierra es larga y angosta y mal poblada, y assí se detuvieron y gastaron más tiempo los Incas en caminar por ella que en reduzirla a su señorío.

Acabada esta conquista, se bolvieron al Cozco y dieron cuenta al Inca Yáhuar Huácac de lo que havían hecho, el cual, cobrando nuevo ánimo con el buen successo de la jornada passada, acordó hazer otra conquista de más honra y fama, que era reduzir a su imperio unas grandes provincias que havían quedado por ganar en el distrito de Collasuyu, llamadas Caranca, Ullaca, Llipi, Chicha, Ampara, las cuales, demás de ser grandes, eran pobladas de mucha gente valiente y belicosa, por los cuales inconvenientes los Incas passados no havían hecho aquella conquista por fuerça de armas, por no destruir aquellas naciones bárbaras e indómitas, sino que de suyo se fuessen domesticando y cultivando poco a poco y aficionándose al imperio y señorío de los Incas, viéndolo en sus comarcas tan suave, tan piadoso, tan en provecho de los vassallos como lo experimentavan todos ellos. En los cuidados de la conquista de aquellas provincias andava el Inca Yáhuar Huácac muy congojado, metido entre miedos y esperanças, que unas vezes se prometía buenos successos, conforme a la jornada que su hermano



Apumaita había hecho; otras veces desconfiava dellos por su mal agüero, por el cual no osava acometer ninguna empresa de guerra, por los peligros della.

Andando, pues, rodeado destas passiones y congojas, bolvió los ojos a otros cuidados domésticos que dentro en su casa se criavan, que días había le davan pena y dolor, que fue la condición áspera de su hijo, el primogénito, heredero que había de ser de sus reinos, el cual desde niño se había mostrado mal acondicionado, porque maltratava los muchachos que de su edad con él andavan y mostrava indicios de aspereza y crueldad, y, aunque el Inca hazía diligencias para corregirle y esperava que con la edad, cobrando más juicio, iría perdiendo la braveza de su mala condición, parecía salirle vana esta confianza, porque con la edad antes crecía que menguava la ferocidad de su ánimo, lo cual para el Inca, su padre, era de grandíssimo tormento, porque, como todos sus passados se huviessen presciado tanto de la afabilidad y mansedumbre, érale de suma pena ver al príncipe de contraria condición. Procuró remediarla con persuaciones y con exemplos de sus mayores, trayéndoselos a la memoria para aficionarle a ellos, y también con reprehensiones y desfavores que le hazía, mas todo le aprovechava poco o nada, porque la mala inclinación en el grande y poderoso pocas vezes o nunca suele admitir corrección.

Assí le acaeció a este príncipe que, cuanta triaca le aplicavan a su mala inclinación, toda la convertía en la misma ponçoña, lo cual viendo el Inca, su padre, acordó desfavorecerlo del todo y apartarlo de sí, con propósito, si no aprovechava el remedio del disfavor para enmendar la condición, desheredarlo y elegir otro de sus hijos para heredero, que fuesse de la condición de sus mayores. Pensava hazer esto imitando la costumbre de algunas provincias de su Imperio, donde heredavan los hijos más bienquistos, la cual ley quería el Inca guardar con su hijo, no haviéndose hecho tal entre los Reyes Incas. Con este prosupuesto, mandó echarlo de su casa y de la corte, siendo ya el príncipe de diez y nueve años, y que lo llevassen poco más de una legua al levante de la ciudad, a unas grandes y hermosas dehesas que llaman Chita, donde yo estuve muchas vezes. Allí había mucho ganado del Sol. Mandó que lo apascentasse con los pastores que tenían aquel cuidado. El príncipe, no pudiendo hazer otra cosa, aceptó el destierro y el disfavor que le davan en castigo de su ánimo bravo y belicoso, y llanamente se puso a hazer el oficio de pastor con los demás ganaderos, y guardó el ganado del Sol, que ser del Sol era consuelo para el triste Inca. Este oficio hizo aquel desfavorecido príncipe por espacio de tres años y más, donde lo dexaremos hasta su tiempo, que él nos dará bien que dezir, si lo acertássemos a dezir bien.

\*

Haviendo desterrado el Inca Yáhuar Huácac a su hijo primogénito, cuyo nombre no se sabe cuál era mientras fue príncipe, porque lo borró totalmente el que adelante le dieron, que, como no tuvieron letras, se les olvidava para siempre todo lo que por su tradición dexavan de encomendar a la memoria, le pareció dexar del todo las guerras y conquistas de nuevas provincias, y atender solamente al gobierno y quietud de su reino, y no perder el hijo de vista alexándolo de sí, sino tenerlo a la mira y procurar la mejora de su condición y, no pudiendo haverla, buscar otros remedios, aunque todos los que se le ofrecían, como ponerle en perpetua prisión o desheredarle y elegir otro en su lugar, le parecían violentos y mal seguros, por la novedad y grandeza del caso, que era deshazer la deidad de los Incas, que eran tenidos por divinos hijos del Sol, y que los vassallos no consentirían aquel castigo ni cualquiera otro que quisiesse hazer en el príncipe. Con esta congoja y cuidado, que le quitava todo descanso y reposo, anduvo el Inca más de tres años sin que en ellos se ofresciesse cosa digna de memoria. En este tiempo embió dos vezes a visitar el reino a cuatro parientes suyos, repartiendo a cada uno las provincias que havían de visitar. Mandóles que hiziessen las obras que conviniessen al honor del Inca y al beneficio común de los vassallos, como era sacar nuevas acequias, hazer pósitos y casas reales y fuentes y puentes y calçadas y otras obras semejantes, mas él no osó salir de la corte, donde entendía en celebrar las fiestas del Sol y las otras que se hazían entre año, y en hazer justicia a sus vasallos.

Al fin de aquel largo tiempo, un día, poco después de medio día, entró el príncipe en la casa de su padre, donde menos le esperavan, solo y sin compañía, como hombre desfavorecido del Rey, al cual embió a dezir que estava allí y que tenía necesidad de darle cierta embaxada. El Inca respondió con mucho enojo que se fuesse luego donde le havía mandado residir si no quería que lo castigasse con pena de muerte por inobediente al mandato real, pues sabía que a nadie era lícito quebrantarlo, por muy liviano que fuesse el caso que se le mandasse. El príncipe respondió diziendo que él no havía venido allí por quebrantar su mandamiento, sino por obedecer a otro tan gran Inca como él, el cual le embiava a dezir ciertas cosas que le importava mucho saberlas; que, si las quería oír, le diesse licencia para que entrasse a dezírselas, y, si no, que, con bolver al que le havía embiado y darle cuenta de lo que havía respondido, habría cumplido con él. El Inca, oyendo dezir otro tan gran señor como él, mandó que entrasse por

ver qué disparates eran aquéllos y saber quién le embiava recaudos con el hijo desterrado y privado de su gracia. Quiso averiguar qué novedades eran aquéllas para castigarlas.

El príncipe, puesto ante su padre, le dixo: “Solo Señor, sabrás que, estando yo recostado hoy a medio día (no sabré certificarte si despierto o dormido) debaxo de una gran peña de las que hay en los pastos de Chita, donde por tu mandado apaciento las ovejas de Nuestro Padre el Sol, se me puso delante un hombre estraño en hábito y en figura diferente de la nuestra, porque tenía barbas en la cara de más de un palmo y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies (traía atado por el pescueço un animal no conocido), el cual me dixo: «Sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del Inca Manco Cápac y de la Coya Mama Ocllo Huaco, su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados. Llámome Viracocha Inca. Vengo de parte del Sol, Nuestro Padre, a darte aviso para que se lo des al Inca, mi hermano, cómo toda la mayor parte de las provincias de Chinchasuyu sujetas a su imperio y otras de las no sujetas están rebeladas y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército a derribarle de su trono y destruir nuestra imperial ciudad del Cozco. Por tanto ve al Inca, mi hermano, y dile de mi parte que se aperciba y prevenga y mire por lo que le conviene acerca deste caso, y en particular te digo a ti que en cualquiera adversidad que te suceda no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto, no dexes de acometer cualquiera hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu Imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo y te buscaré los socorros que huvieres menester». Dichas estas palabras”, dixo el príncipe, “se me desapareció el Inca Viracocha, que no le vi más, y yo tomé luego el camino para darte cuenta de lo que me mandó te dixesse”.

\*

El Inca Yáhuar Huácac, con la pasión y enojo que contra su hijo tenía, no quiso creerle. Antes le dixo que era un loco sobervio que los disparates que andava imaginando venía a dezir que eran revelaciones de su padre el Sol, que se fuesse luego a Chita y no saliesse de allí jamás, so pena de su ira. Con esto se bolvió el príncipe a guardar sus ovejas, más desfavorecido de su padre que antes lo estava.

Los Incas más allegados al Rey, como eran sus hermanos y tíos, que asistían a su presencia, como fuessen tan agoreros y supersticiosos, principalmente en cosas de sueños, tomaron de otra manera lo que el príncipe dixo y dixerón al Inca que no era de menospreciar el

mensaje y aviso del Inca Viracocha, su hermano, habiendo dicho que era hijo del Sol y que venía de su parte, ni era de creer que el príncipe fingiese aquellas razones en desacato del Sol, que fuera sacrilegio el imaginarlas, cuanto más dezirlas delante del Rey, su padre. Por tanto, sería bien se examinassen una a una las palabras del príncipe y sobre ellas se hiziessen sacrificios al Sol y tomassen sus agüeros, para ver si les pronosticavan bien o mal, y se hiziessen las diligencias necesarias a negocio tan grave, porque dexarlo assí desamparado no solamente era hazer en su daño, mas también parecía menospreciar al Sol, padre común, que embiava aquel aviso, y al Inca Viracocha, su hijo, que lo había traído, y era amontonar para adelante errores sobre errores.

El Inca, con el odio que a la mala condición de su hijo tenía, no quiso admitir los consejos que sus parientes le davan. Antes dixo que no se había de hazer caso del dicho de un loco furioso que, en lugar de enmendar y corregir la aspereza de su mala condición para merescer la gracia de su padre, venía con nuevos disparates, por los cuales y por su estrañeza merecía que lo depusieran y privaran del principado y herencia del reino, como lo pensava hazer muy presto y elegir uno de sus hermanos que imitasse a sus passados, el cual, por su clemencia, piedad y mansedumbre, mereciesse el nombre de hijo del Sol, porque no era razón que un loco, por ser iracundo y vengativo, destruyesse con el cuchillo de la crueldad lo que todos los Incas passados, con la mansedumbre y beneficios, habían reduzido a su imperio; que mirassen que aquello era de más importancia, para prevenir y tratar de su remedio, que no las palabras desatinadas de un furioso, que ellas mismas dezían cuyas eran; que, si no autorizara su atrevimiento con dezir que la embaxada era de un hijo del Sol, mandara le cortaran la cabeça por haver quebrantado el destierro que le había dado. Por tanto, les mandava que no tratassen de aquel caso, sino que se le pusiesse perpetuo silencio, porque le causava mucho enojo traerle a la memoria cosa alguna del príncipe, que ya él sabía lo que había de hazer dél.

Por mandato del Rey callaron los Incas y no hablaron más en ello, aunque en sus ánimos no dexaron de temer algún mal successo, porque estos indios, como toda la demás gentilidad, fueron muy agoreros y, particularmente, miraron mucho en sueños, y más si los sueños acertavan a ser del Rey o del príncipe heredero o del sumo sacerdote, que éstos eran tenidos entre ellos por dioses y oráculos mayores, a los cuales pedían cuenta de sus sueños los adevinos y hechizeros, para los interpretar y declarar, cuando los mismos Incas no dezían lo que habían soñado.

Tres meses después del sueño del príncipe Viracocha Inca, que así le llaman los suyos de aquí adelante por la fantasma que vio, vino nueva, aunque incierta, del levantamiento de las provincias de Chinchasuyu, desde Atahualla adelante, la cual está cerca de cuarenta leguas del Cozco al norte. Esta nueva vino sin autor, más de que la fama la truxo confusa y oculta, como ella suele hablar siempre en casos semejantes, y así, aunque el príncipe Viracocha lo había soñado y conformava la nueva con el sueño, no hizo el Rey caso della, porque le pareció que eran hablillas de camino y un recordar el sueño pasado, que parecía estava ya olvidado. Pocos días después se bolvió a refrescar la misma nueva, aunque todavía incierta y dudosa, porque los enemigos habían cerrado los caminos con grandíssima diligencia, para que el levantamiento dellos no se supiesse, sino que primero los viessen en el Cozco que supiessem de su ida. La tercera nueva llegó ya muy certificada, diziendo que las naciones llamadas Chanca, Uramarca, Uillca, Utusulla, Hancohuallu y otras circumvezinas a ellas se habían rebelado y muerto los gobernadores y ministros regios, y que venían contra la ciudad con ejército de más de cuarenta mil hombres de guerra.

Estas naciones son las que diximos haverse reduzido al imperio del Rey Inca Roca más por el terror de sus armas que por el amor de su gobierno y, como lo notamos entonces, quedaron con rancor y odio de los Incas para mostrarlo cuando se les ofresciesse ocasión. Viendo, pues, al Inca Yáhuar Huácac tan poco belicoso, antes acovardado con el mal agüero de su nombre y escandalizado y embaraçado con la aspereza de la condición de su hijo, el príncipe Inca Viracocha, y haviéndose divulgado entre estos indios algo del nuevo enojo que el Rey había tenido con su hijo, aunque no se dixo la causa, y los grandes desfavores que le hazía, les pareció bastante ocasión para mostrar el mal ánimo que al Inca tenían y el odio que habían a su imperio y dominio, y así, con la mayor brevedad y secreto que pudieron, se convocaron unos a otros y llamaron sus comarcas y entre todos ellos levantaron un poderoso ejército de más de treinta mil hombres de guerra y caminaron en demanda de la imperial ciudad del Cozco.

Los autores deste levantamiento y los que incitaron a los demás señores de vassallos fueron tres indios principales, curacas de tres grandes provincias de la nación Chanca. Debaxo deste nombre se incluyen otras muchas naciones. El uno se llamó Hancohuallu, moço de veintiséis años, y el otro, Túmay Huaraca, y el tercero, Astu Huaraca. Estos dos últimos eran

hermanos y deudos de Hancohuallu. Los antepassados destes tres reyezillos tuvieron guerra perpetua, antes de los Incas, con las naciones comarcanas a sus provincias, particularmente con la nación llamada Quechua, que debaxo deste apellido entran cinco provincias grandes. A éstas y a otras sus vezinas tuvieron muy rendidas y se huvieron con ellas áspera y tiránicamente, por lo cual holgaron los Quechuas y sus vezinos de ser vasallos de los Incas y se dieron con facilidad y amor, como en su lugar vimos, por librarse de las insolencias de los Chancas, a los cuales, por el contrario, pesó mucho de que el Inca atajasse sus buenas andanças y de señores de vassallos los hiziesse tributarios, de cuya causa, guardando el odio antiguo que de sus padres havían heredado, hizieron el levantamiento presente, paresciéndoles que con facilidad vencerían al Inca por la presteza con que pensavan acometerle y por el descuido con que se imaginavan hallarle, desapercibido de gente de guerra, y que con sola una victoria serían señores no solamente de sus enemigos antiguos, mas también de todo el Imperio de los Incas. Con esta esperança convocaron sus vezinos, assí de los sujetos al Inca como de los no sujetos, prometiéndoles grande parte de la ganancia, los cuales fueron fáciles de persuadir, tanto por el gran premio que se prometían como por la antigua opinión de los Chancas, que eran valientes guerreros. Eligieron por capitán general a Hancohuallu, que era un valeroso indio, y por maesses de campo a los dos hermanos, y los demás curacas fueron caudillos y capitanes de sus gentes, y a toda diligencia fueron en demanda del Cozco.

\*

El Inca Yáhuar Huácac se halló confuso con la certificación de la venida de los enemigos, porque nunca havia creído que tal pudiera ser, por la gran experiencia que tenían de que no se havia rebelado provincia alguna de cuantas se havían conquistado y reduzido a su Imperio, desde el primer Inca Manco Cápac hasta el presente. Por esta seguridad y por el odio que al príncipe, su hijo, tenía, que dio el pronóstico de aquella rebelión, no havia querido darle crédito ni tomar los consejos de sus parientes, porque la passión le cegava el entendimiento. Viéndose, pues, ahora anegado, porque no tenía tiempo para convocar gente con que salir al encuentro a los enemigos ni presidio en la ciudad para, mientras le viniessse el socorro, defenderse dellos, le pareció dar lugar a la furia de los tiranos y retirarse hazia Collasuyu, donde se prometía estar seguro de la vida por la nobleza y lealtad de los vassallos. Con esta determinación, se retiró con los pocos Incas que pudieron seguirle y fue hasta la angostura que llaman de Muina, que está

cinco leguas al sur de la ciudad, donde hizo alto para certificarse de lo que hazían los enemigos por los caminos y dónde llegavan ya. La ciudad del Cozco, con la ausencia de su Rey, quedó desamparada, sin capitán ni caudillo que osasse hablar, quanto más pensar defenderla, sino que todos procuravan huir, y assí se fueron los que pudieron por diversas partes, donde entendían poder mejor salvar las vidas.

Algunos de los que ivan huyendo fueron a toparse con el príncipe Viracocha Inca y le dieron nueva de la rebelión de Chinchasuyu y cómo el Inca, su padre, se havía retirado hazia Collasuyu, por parecerle que no tenía posibilidad para resistir a los enemigos, por el repentino assalto con que le acometían. El príncipe sintió grandemente saber que su padre se huviesse retirado y desamparado la ciudad. Mandó a los que le havían dado la nueva y a algunos de los pastores que consigo tenía que fuessen a la ciudad y a los indios que topassen por los caminos y a los que hallassen en ella les dixessen de su parte que todos los que pudiessen procurassen ir en pos del Inca, su señor, con las armas que tuviessen, porque él pensava hazer lo mismo, y que passassen la palabra deste mandato de unos en otros.

Dada esta orden, salió el príncipe Viracocha Inca en seguimiento de su padre por unos atajos, sin querer entrar en la ciudad, y con la priessa que se dio lo alcançó en la angostura de Muina, que aún no havía salido de aquel puesto, y, lleno de polvo y sudor, con una lança en la mano que havía llevado por el camino, se puso delante del Rey y con semblante triste y grave le dixo: “Inca, ¿cómo se permite que por una nueva, falsa o verdadera, de unos pocos de vassallos rebelados desampares tu casa y corte y buevas las espaldas a los enemigos aún no vistos? ¿Cómo se sufre que dexes entregada la casa del Sol, tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados y hagan en ella las abominaciones que tus antepassados les quitaron de sacrificios de hombres, mujeres y niños y otras grandes bestialidades y sacrilegios? ¿Qué cuenta daremos de las vírgines que están dedicadas para mujeres del Sol, con observancia de perpetua virginidad, si las dexamos desamparadas para que los enemigos brutos y bestiales hagan dellas lo que quisieren? ¿Qué honra havremos ganado de haver permitido estas maldades por salvar la vida? Yo no la quiero y, assí, vuelvo a ponerme delante de los enemigos para que me la quiten antes que entren en el Cozco, porque no quiero ver las abominaciones que los bárbaros harán en aquella imperial y sagrada ciudad, que el Sol y sus hijos fundaron. Los que me quisieren seguir vengan en pos de mí, que yo les mostraré a trocar vida vergonçosa por muerte honrada”.

Haviendo dicho con gran dolor y sentimiento estas razones, bolvió su camino hacia la ciudad, sin querer tomar refresco alguno de comida ni bebida. Los Incas de la sangre real que habían salido con el Rey, entre ellos hermanos suyos y muchos sobrinos y primos hermanos y otra mucha parentela, que serían más de cuatro mil hombres, se bolvieron todos con el príncipe, que no quedaron con su padre sino los viejos inútiles. Por el camino y fuera dél toparon mucha gente que salía huyendo de la ciudad. Apellidáronles que se bolviessen. Diéronles nueva, para que se esforçassen, cómo el príncipe Inca Viracocha bolvía a defender su ciudad y la casa de su padre el Sol. Con esta nueva se animaron los indios tanto que bolvieron todos los que huían, principalmente los que eran de provecho, y unos a otros se apellidaban por los campos, passando la palabra de mano en mano, cómo el príncipe bolvía a la defensa de la ciudad, la cual hazaña les era tan agradable que, con grandíssimo consuelo, bolvían a morir con el príncipe, el cual mostrava tanto ánimo y esfuerço que lo ponía a todos los suyos.

Desta manera entró en la ciudad y mandó que la gente que se recogía le siguiesse luego y él passó adelante y tomó el camino de Chinchasuyu, por donde los enemigos venían, para ponerse entre ellos y la ciudad, porque su intención no era de resistirles, que bien entendía que no tendría fuerças para contra ellos, sino de morir peleando, antes que los contrarios entrassen en la ciudad y la hollassen como bárbaros y enemigos victoriosos, sin respetar al Sol, que era lo que más sentía, y, porque el Inca Yáhuar Huácac, cuya vida escribimos, no reinó más de hasta aquí, como adelante veremos, me pareció cortar el hilo desta historia para dividir sus hechos de los de su hijo, Inca Viracocha, y entremeter otras cosas del gobierno de aquel Imperio y variar los cuentos, por que no sean todos de un propósito. Hecho esto, bolveremos a las hazañas del príncipe Viracocha, que fueron muy grandes.

\* \* \*

Las grandes hazañas del Inca Viracocha nos obligan y fuerçan a que, dexadas otras cosas, tratemos dellas. Diximos al fin de la historia de su padre cómo, dexándolo en Muina, se bolvió al Cozco, apellidando la gente que andava derramada por los campos, y cómo salió de la ciudad a recibir los enemigos, para morir peleando con ellos, antes que ver las insolencias y torpezas que habían de hazer en las casas y templo del Sol y en el convento de las vírgines escogidas y en toda aquella ciudad que tenían por sagrada. Ahora es de saber que poco más de media legua



de la ciudad al norte está un llano grande. Allí paró el príncipe Inca Viracocha a esperar la gente que en pos dél salía del Cozco y a recoger los que habían huido por los campos. De los unos y de los otros y de los que truxo consigo, juntó más de ocho mil hombres de guerra, todos Incas, determinados de morir delante de su príncipe. En aquel puesto le llegó aviso que los enemigos quedaban nueve o diez leguas de la ciudad y que passavan ya el gran río Apurímac.

Otro día después desta mala nueva, llegó otra buena en favor de los Incas y vino de la parte de Contisuyu, de un socorro de casi veinte mil hombres de guerra que venía pocas leguas de allí en servicio de su príncipe, de las nasciones Quechua, Cotapampa y Cotanera y Aimara y otras que por aquellas partes confinan con las provincias rebeladas. Los Quechuas, por mucho que hizieron los enemigos por encubrir su traición, la supieron, porque confinan con tierras de los Chancas, y, por parecerles el tiempo corto, no quisieron avisar al Inca, por no esperar su mandado, sino que levantaron toda la demás gente que pudieron con la presteza que la necesidad pedía y, con ella, caminaron hazia la ciudad del Cozco, para socorrerla si pudiesen o morir en servicio de su Rey, porque estas nasciones eran las que se reduxeron de su voluntad al imperio del Inca Cápac Yupanqui, como diximos en su tiempo, y por mostrar aquel amor vinieron con este socorro. También lo hizieron por su proprio interés, por el odio y enemistad antigua que siempre hubo entre Chancas y Quechuas, de muchos años atrás, y, por no bolver a las tiranías de los Chancas si por alguna vía venciessen, llevaron aquel socorro y, por que los enemigos no entrassen primero que ellos en la ciudad, fueron atajando para salir al norte della a encontrarse con los rebelados, y assí llegaron casi a un tiempo amigos y enemigos.

El príncipe Inca Viracocha y todos los suyos se esforçaron mucho de saber que les venía tan gran socorro en tiempo de tanta necesidad y lo atribuyeron a la promesa que su tío, la fantasma Viracocha Inca, le había hecho cuando le apareció en sueños y le dixo que en todas sus necesidades le favorecería como a su carne y sangre y buscaría los socorros que huviesse menester, de las cuales palabras se acordó el príncipe viendo el socorro tan a tiempo y las bolvió a referir muchas vezes, certificando a los suyos que tenían el favor de su dios Viracocha, pues veían cumplida su promessa, con lo cual cobraron los Incas tanto ánimo que certificavan por suya la victoria y, aunque habían determinado de ir a recibir los enemigos y pelear con ellos en las cuestas y malos passos que hay desde el río Apurímac hasta lo alto de Uillacunca, que por tenerlo alto les tenían ventaja, sabiendo la venida del socorro acordaron estarse quedos hasta que llegassen los amigos para que descansassen y tomassen algún refresco, entretanto que

llegaban los enemigos. También le pareció al Inca Viracocha y a sus parientes, los consejeros, que, ya que se aumentaban sus fuerzas, no se alejasen de la ciudad, por tener cerca los bastimentos y lo demás necesario para la gente de guerra, y para socorrer la ciudad con presteza si se le ofreciese algún peligro. Con este acuerdo estuvo el príncipe Inca Viracocha en aquel llano, hasta que llegó el socorro, que fue de doze mil hombres de guerra.

El príncipe los recibió con mucho agradecimiento del amor que a su Inca tenían. Hizo grandes favores y regalos a los curacas de cada nasción y a todos los demás capitanes y soldados, loando su lealtad y ofreciendo para adelante el galardón de aquel servicio tan señalado. Los curacas, después de haver adorado a su Inca Viracocha, le dixerón cómo dos jornadas atrás venían otros cinco mil hombres de guerra, que ellos, por venir apriessa con el socorro, no los habían esperado. El príncipe les agradeció de nuevo la venida de los unos y de los otros y, habiéndolo consultado con los parientes, mandó a los curacas que embiassen aviso a los que venían de lo que passava y cómo el príncipe quedava en aquel llano con su ejército, que se diessen priessa para llegar a unos cerrillos y quebradas que allí cerca había y que en ellos se emboscassen y estuviessen encubiertos hasta ver qué hazían los enemigos de sí, porque, si quisiessen pelear, entrarían en el mayor hervor de la batalla y darían en los contrarios por un lado para vencerlos con más facilidad y, si no quisiessen pelear, habrían hecho como buenos soldados.

Dos días después que llegó el socorro al Inca, assomó por lo alto de la cuesta de Rimactampu la vanguardia de los enemigos, los cuales, sabiendo que el Inca Viracocha estava cinco leguas de allí, fueron haziendo pausas y passaron la palabra atrás para que la batalla y la retaguardia se diessen priessa a caminar y se juntassen con la vanguardia. Desta manera caminaron aquel día y llegaron todos juntos a Sacsahuana, tres leguas y media de donde estava el príncipe Viracocha y donde fue después la batalla de Gonçalo Piçarro y el de la Gasca.

\*

A Sacsahuana embió mensajeros el Inca Viracocha a los enemigos, con requerimientos de paz y amistad y perdón de lo passado, mas los Chancas, habiendo sabido que el Inca Yáhuar Huácac se había retirado y desamparado la ciudad, aunque supieron que el príncipe, su hijo, estava determinado a defenderla y que aquel mensaje era suyo, no lo quisieron escuchar, por parecerles, conforme a la soberbia que traían, que, habiendo huido el padre, no había por qué

temer al hijo y que la victoria era dellos. Con estas esperanças despidieron los mensajeros, sin les oír. Otro día, bien de mañana, salieron de Sacsahuana y caminaron hazia el Cozco y, con priessa que se dieron, habiendo de caminar en escuadrón formado, según orden de guerra, no pudieron llegar antes de la noche a donde el príncipe estava. Pararon un cuarto de legua en medio. El Inca Viracocha embió nuevos mensajeros, y al camino se los había embiado muy a menudo con el mismo ofrecimiento de amistad y perdón de la rebelión. Los Chancas no los habían querido oír. Solamente oyeron los postreros, que era cuando estavan ya alojados, a los cuales, por vía de desprecio, dixeron: “Mañana se verá quién merece ser Rey y quién puede perdonar”. Con esta mala respuesta, estuvieron los unos y los otros bien a recaudo toda la noche, con sus centinelas puestas, y luego, en siendo de día, armaron sus escuadrones y, con grandíssima grita y bozería y sonido de trompetas y atabales, bozinas y caracoles, caminaron los unos contra los otros.

El Inca Viracocha quiso ir delante de todos los suyos y fue el primero que tiró a los enemigos el arma que llevaba. Luego se travó una bravíssima pelea. Los Chancas, por salir con la victoria que se habían prometido, pelearon obstinadamente. Los Incas hizieron lo mismo, por librar a su príncipe de muerte o de afrenta. En esta pelea anduvieron todos con grandísimo coraje hasta medio día, matándose unos a otros cruelmente, sin reconocerse ventaja de alguna de las partes. A esta hora assomaron los cinco mil indios que habían estado emboscados y, con mucho denuedo y grande alarido, dieron en los enemigos por el lado derecho de su escuadrón y, como llegassen de refresco y arremetiessen con gran ímpetu, hizieron mucho daño en los Chancas y los retiraron muchos passos atrás, mas ellos, esforçándose unos a otros, bolvieron a cobrar lo perdido y pelearon con grandísimo enojo que de sí mismos tenían, de ver que estuviessen tanto tiempo sin ganar la victoria, que tan prometida se tenían. Después desta segunda arremetida pelearon más de dos horas largas sin que se reconociesse ventaja alguna, mas de allí adelante empeçaron a afloxar los Chancas, porque a todas horas sentían entrar nueva gente en la batalla, y fue que los que se ivan huyendo de la ciudad y los vezinos de los pueblos comarcanos a ella, sabiendo que el príncipe Viracocha Inca había buuelto a la defensa de la casa del Sol, juntándose de cincuenta en cincuenta y de ciento en ciento y más y menos, como acertavan a hallarse, ivan a morir con el príncipe y, viendo la pelea travada, entravan en ella dando grandísimos alaridos, haziendo más ruido de lo que era la gente. Por estos nuevos socorros desconfiaron los Chancas de la victoria,

entendiendo que eran de mucha más gente, y así pelearon de allí adelante más por morir que por vencer.

Los Incas, como gente que estava hecha a engrandescer sus hechos con fábulas y testimonios falsos que levantavan al Sol, viendo tantos socorros, aunque tan pequeños, quisieron no perder esta ocasión, sino valerse della con la buena industria que para semejantes cosas tenían. Dieron grandes voces, diciendo que las piedras y las matas de aquellos campos se convertían en hombres y venían a pelear en servicio del príncipe, porque el Sol y el Dios Viracocha lo mandavan así. Los Chancas, como gente credera de fábulas, desmayaron mucho con esta novela, y ella se imprimió, entonces y después, en la gente común y simple de todo aquel reino, con tanta credulidad dellos como lo dize el Padre Fray Jerónimo Román, en el libro segundo de la *República de las Indias Occidentales*, capítulo onze, hablando desta batalla, que es lo que se sigue, sacado a la letra: “de manera que el campo quedó por el Inga. Dizen hasta hoy todos los indios, cuando se habla de aquella valerosa batalla, que todas las piedras que había en aquel campo se tornaron hombres, para pelear por ellos, y que todo aquello hizo el Sol para cumplir la palabra que dio al valeroso Pachacuti Inga Yupangui, que así se llamava también este moço valeroso”. Hasta aquí es de aquel curioso inquiridor de repúblicas, el cual, en el capítulo alegado y en el siguiente, toca brevemente muchas cosas de las que hemos dicho y diremos de los Reyes del Perú.

También escribe el Padre Maestro Acosta la fantasma Viracocha, aunque trocados los nombres de los Reyes de aquel tiempo, y dize la batalla de los Chancas y otras cosas de las que diremos deste príncipe, aunque abreviada y confusamente, como son casi todas las relaciones que los indios dan a los españoles, por las dificultades del lenguaje y porque tienen ya perdidos los memoriales de las tradiciones de sus historias. Dizen en confuso la sustancia dellas, sin guardar orden ni tiempo, pero, como quiera que la haya escrito, huelgo mucho poner aquí lo que dize, para que se vea que no finxo fábulas, sino que mis parientes las fingieron y que también las alcançaron los españoles, mas no en las mantillas ni en la leche, como yo. Dize, pues, Su Paternidad lo que se sigue, que es sacado a la letra, libro sexto, capítulo veintiuno:

Pachacuti Inga Yupanqui reinó sesenta años y conquistó mucho. El principio de sus victorias fue que un hermano mayor suyo, que tenía el señorío en vida de su padre y con su voluntad administrava la guerra, fue desbaratado en una batalla que tuvo con los Changas, que es la nasción que posseía el valle de Andaguailas, que está obra de treinta leguas del Cuzco, camino de Lima, y así desbaratado se retiró con poca gente. Visto esto, el hermano menor, Inga Yupanqui, para hazerse señor, inventó y dixo que, estando él solo y muy congoxado, le había hablado el Viracocha criador, y quexándosele que,

siendo el señor y criador de todo y habiendo él hecho el cielo y el Sol y el mundo y los hombres y estando todo debaxo de su poder, no le davan la obediencia devida; antes hazían veneración igual al Sol y al trueno y a la tierra y otras cosas, no teniendo ellas ninguna virtud más de la que les dava, y que, para que creyessen que esto era verdad, que, aunque estava solo, no dudasse de hazer gente con este título, que, aunque los Changas eran tantos y estavan victoriosos, que él le daría victoria contra ellos y le haría señor, porque le embiaría gente, que, sin que fuesse vista, le ayudasse, y fue assí que con este apellido començó a hazer gente y juntó mucha cantidad y alcanzó la victoria y se hizo señor y quitó a su padre y a su hermano el señorío, y desde aquella victoria estatuyó que el Viracocha fuesse tenido por señor universal y que las estatuas del Sol y del trueno le hiziessen reverencia y acatamiento, y desde aquel tiempo se puso la estatua del Viracocha más alta que la del Sol y del trueno y de las demás guacas, y, aunque este Inca Yupanqui señaló *chac-ras* y tierras y ganado al Sol y al trueno y a otros guacas, no señaló cosa ninguna al Viracocha, dando por razón que, siendo señor universal y criador, no lo había menester. Havida, pues, la victoria de los Changas, declaró a sus soldados que no habían sido ellos los que habían vencido, sino ciertos hombres barbudos que el Viracocha le había embiado, y que nadie pudo verlos, sino él, y que éstos se habían después convertido en piedras y convenía buscarlos, que él los conocería, y assí juntó de los montes gran suma de piedras, que él escogió y puso por guacas, y las adoravan y hazían sacrificios, y éssas llamavan los *pururaucas*, las cuales llevavan a la guerra con grande devoción, teniendo por cierta la victoria con su ayuda, y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto que con ella alcanzó victorias muy notables.

Etc. Hasta aquí es del Maestro Acosta, y, según lo que su Paternidad dize, la fábula es toda una. Dezir que pusieron la estatua de la Viracocha más alta que la del Sol es invención nueva de los indios, por adular a los españoles, por dezir que les dieron el nombre del Dios más alto y estimado que tuvieron, no siendo assí, porque no tuvieron más de dos dioses, que fueron el Pachacámac, no visto ni conocido, y el Sol, visible y notorio. Al Viracocha y a los demás Incas tuvieron por hijos del Sol.

\*

Los Incas, viendo enflaquecer los enemigos, apellidando todos el nombre de su tío, la fantasma Inca Viracocha, porque assí lo mandó el príncipe, cerraron con ellos con gran ímpetu y los llevaron de arrancada. Mataron gran número dellos, y los pocos que quedaron bolvieron las espaldas, huyendo a más no poder. El príncipe, habiendo seguido un rato el alcance, mandó tocar a recoger, por que no matassen ni hiriessen más enemigos, pues se davan ya por vencidos, y él, por su persona, corrió todo el campo do había sido la batalla y mandó recoger los heridos para que los curassen y los muertos para que los enterrassen. Mandó soltar los presos, que se fuessen libremente a sus tierras, diziéndoles que los perdonava a todos. La

batalla, habiendo sido tan reñida que duró más de ocho horas, fue muy sangrienta, tanto que dizen los indios que, demás de la que se derramó por el campo, corrió sangre por un arroyo seco que passa por aquel llano, por lo cual le llamaron de allí adelante Yáhuar Pampa, que quiere dezir campo de sangre. Murieron más de treinta mil indios. Los ocho fueron de la parte del Inca Viracocha, y los demás, de las nasciones Chanca, Hancohuallu, Uramarca, Uillca y Untunsulla y otras. Quedaron presos los dos maesses de campo y el general Hancohuallu, al cual mandó curar el príncipe con mucho cuidado, que salió herido, aunque poco, y a todos tres los retuvo para el triunfo que pensava hazer adelante.

Un tío del príncipe, pocos días después de la batalla, les dio una grave reprehensión, por haverse atrevido a los hijos del Sol, diciendo que eran invencibles, en cuyo favor y servicio peleaban las piedras y los árboles, convirtiéndose en hombres, porque assí lo mandava su padre el Sol, como en la batalla passada lo havían visto y lo verían todas las vezes que lo quisiessen experimentar. Dixo otras fábulas en favor de los Incas y a lo último les dixo que rindiessen las gracias al Sol, que mandava a sus hijos tratassen con misericordia y clemencia a los indios; que por esta razón el príncipe les perdonava las vidas y les hazía nueva merced de sus estados y a todos los demás curacas que con ellos se havían rebelado, aunque merecían cruel muerte, y que de allí adelante fuessen buenos vassallos, si no querían que el Sol los castigasse con mandar a la tierra que se los tragasse vivos. Los curacas, con mucha humildad, rindieron las gracias de la merced que les hazía y prometieron ser leales criados.

Havida tan gran victoria, el Inca Viracocha hizo luego tres mensajeros. El uno embió a la casa del Sol a hazerle saber la victoria que mediante su favor y socorro havia alcançado, como si él no la huviera visto, porque es assí que estos Incas, aunque tenían al Sol por Dios, le tratavan tan corporalmente como si fuera un hombre como ellos, porque, entre otras cosas que con él hazían a semejança de hombre, era brindarle, y lo que el Sol havia de beber lo echavan en un medio tinajón de oro, que ponían en la plaça donde hazían sus fiestas o en su templo, y lo tenían al Sol y dezían que lo que de allí faltava lo bevía el Sol, y no dezían mal, porque su calor lo consumía. También le ponían platos de vianda que comiesse y, quando havia sucedido alguna cosa grande, como la victoria passada, le hazían mensajero particular, para hazerle saber lo que passava y rendirle las gracias dello. Guardando esta costumbre antiga, el príncipe Viracocha Inca embió su mensajero al Sol con la nueva de la victoria y embió a mandar a los sacerdotes que, recogiendo los que dellos havían huido, le diessen las gracias y le hiziessen nuevos sacrificios. Otro mensajero embió a las vírgines dedicadas para mujeres del Sol, que

llamamos escogidas, con la nueva de la victoria, como que por sus oraciones y méritos se la huviessen dado el Sol. Otro correo, que llaman *chasqui*, embió al Inca, su padre, dándole cuenta de todo lo que hasta aquella hora había pasado y suplicándole que, hasta que él bolviessen, no se moviese de donde estava.

\*

Despachados los mensajeros, mandó elegir seis mil hombres de guerra que fuessen con él, en seguimiento del alcance, y a la demás gente despidió que se bolviessen a sus casas, con promesa que hizo a los curacas de gratificarles a su tiempo aquel servicio. Nombró dos tíos suyos por maesses de campo que fuessen con él y, dos días después de la batalla, salió con su gente en seguimiento de los enemigos, no para maltratarlos, sino para asegurarlos del temor que podían llevar de su delicto, y, así, los que por el camino alcanzó, heridos y no heridos, los mandó regalar y curar, y de los mismos indios rendidos embió mensajeros que fuessen a sus provincias y pueblos, y les dixessen cómo el Inca iba a perdonarlos y consolarlos, y que no huviessen miedo.

Con estas prevenciones hechas, caminó apriessa, y, cuando llegó a la provincia de Antahuaila, que es la de los Chancas, salieron las mujeres y niños que pudieron juntarse, con ramos verdes en las manos, aclamando y diciendo: “Solo Señor, hijo del Sol, amador de pobres, haved lástima de nosotros y perdonadnos”. El príncipe los recibió con mucha mansedumbre y les mandó dezir que de la desgracia recibida habían tenido la culpa sus padres y maridos, y que a todos los que se habían rebelado los tenía perdonados, y que venía a visitarlos por su persona para que, oyendo el perdón de su propia boca, quedassen más satisfechos y perdiessen de todo el temor que podían tener de su delicto. Mandó que les diessen lo que huviessen menester y los tratassen con todo amor y caridad y tuviessen gran cuenta con el alimento de las biudas y huérfanos, hijos de los que habían muerto en la batalla de Yahuarpampa. Corrió en muy breve tiempo todas las provincias que se habían rebelado y, dexando en ellas gobernadores con bastante gente, se bolvió a la ciudad y entró en ella en espacio de una luna, como dizen los indios, que habían salido della, porque cuentan los meses por lunas.

Los indios, así los leales como los que se habían rebelado, quedaron admirados de ver la piedad y mansedumbre del príncipe, que no lo esperavan de la aspereza de su condición. Antes

havían temido que, passada la victoria, havia de hazer alguna grande carnicería. Empero, dezían que su Dios, el Sol, le havia mandado que mudasse de condición y semejasse a sus passados, mas lo cierto es que el desseo de la honra y fama puede tanto en los ánimos generosos que les haze fuerça a que truequen la brava condición y cualquiera otra mala inclinación en la contraria, como lo hizo este príncipe, para dexar el buen nombre que dexó entre los suyos.

El Inca Viracocha entró en el Cozco a pie, por mostrarse soldado más que no Rey. Decendió por la cuesta abaxo de Carmenca, rodeado de su gente de guerra, en medio de sus dos tíos, los maesses de campo, y los prisioneros en pos dellos. Fue recebido con grandíssima alegría y muchas aclamaciones de la multitud del pueblo. Los Incas viejos salieron a recibirle y adorarle por hijo del Sol y, después de haverle hecho el acatamiento devido, se metieron entre sus soldados para participar del triunfo de aquella victoria. Davan a entender que desseavan ser moços para militar debaxo de tal capitán. Su madre, la Coya Mama Chic'ya, y las mujeres más cercanas en sangre al príncipe, como hermanas, tías y primas hermanas y segundas, con otra gran multitud de Pallas, salieron por otra parte a recibirle con cantares de fiesta y regozijo. Unas le abraçavan; otras le enxugavan el sudor de la cara; otras le quitavan el polvo que traía; otras le echavan flores y yervas olorosas. Desta manera fue el príncipe hasta la casa del Sol, donde entró descalço, según la costumbre dellos, a rendirle las gracias de la victoria que le havia dado. Luego fue a visitar las vírgines, mujeres del Sol, y, haviendo hecho estas dos visitas, salió de la ciudad a ver a su padre, que todavía se estava en el angostura de Muina, donde lo havia dexado.

El Inca Yáhuar Huácac recibió al príncipe, su hijo, no con el regozijo, alegría y contento que se esperava de hazaña tan grande y victoria tan desconfiada, sino con un semblante grave y melancólico, que antes mostrava pesar que placer. O que fuesse de embidia de la famosa victoria del hijo, o de vergüença de su pusilanimidad passada, o de temor que el príncipe le quitasse el reino por haver desamparado la casa del Sol y las vírgines, sus mujeres, y la ciudad imperial, no se sabe cuál destas tres cosas causasse su pena o si todas tres juntas. En aquel auto público passaron entre ellos pocas palabras, mas después, en secreto, hablaron muy largo. Sobre qué fuesse la plática no lo saben dezir los indios, más de que por conjeturas se entiende que devió de ser acerca de cuál dellos havia de reinar, si el padre o el hijo, porque de la plática secreta salió resuelto el príncipe que su padre no bolviesse al Cozco, por haverla desamparado, y, como la ambición y deseo de reinar en los príncipes esté tan dispuesta a abraçar cualquier aparente color, bastó sólo esto para quitar el reino a su padre, el cual dio lugar a la



determinación del hijo porque sintió inclinada a su desseo toda la corte, que era la cabeça del reino, y, por evitar escándalos y guerras civiles y particularmente porque no pudo más, consintió en todo lo que el príncipe quiso hazer dél.

Con este acuerdo traçaron luego una casa real, entre el angostura de Muina y Quespicancha, en un sitio ameno, que todo aquel valle lo es, con todo el regalo y delicias que se pudieron imaginar de huertas y jardines y otros entretenimientos reales de caça y pesquería, que al levante de la casa passa cerca della el río de Y'ú cay y muchos arroyos que entran en él. Dada la traça de la casa, cuyas reliquias y cimientos hoy viven, se bolvió el príncipe Viracocha Inca a la ciudad y dexó la borla amarilla y tomó la colorada, mas, aunque él la traía, nunca consintió que su padre se quitasse la suya, que de las insignias se haze poco caudal, como falte la realidad del imperio y dominio. Acabada de labrar la casa, le puso todos los criados y el demás servicio necessario, tan cumplido que, si no era el gobierno del reino, no le faltó al Inca Yáhuar Huácac otra cosa. En esta vida solitaria vivió este pobre Rey lo que de la vida le quedó, desposeído del reino por su proprio hijo y desterrado en el campo a hazer vida con las bestias, como poco antes tuvo él al mismo hijo.

Esta desdicha dezían los indios que había pronosticado el mal agüero de haver llorado sangre en su niñez. Dezían también, razonando unos con otros, bolviendo a la memoria las cosas passadas, que, si este Inca, cuando temía la mala condición del hijo y procurava remediarla, cayera en darle un poco de tósigo, según la costumbre de los tiranos y como lo hazían los hechizeros de algunas provincias de su Imperio, quizá no se viera desposeído dél. Otros, que hablaban en favor del príncipe, no negando lo mal que lo había hecho con su padre, dezían que también pudiera suceder peor al padre si cayera en poder de los enemigos, pues les había buuelto ya las espaldas y desamparado la ciudad; que le quitaran la vida y el reino, la sucession de los hijos, de manera que perecieran del todo, y que el príncipe lo había remediado con su buen ánimo y valor. Otros, hablando en alabança común de sus Reyes, dezían que aquel malhadado Inca no había caído en el remedio del veneno porque todos antes cuidavan en quitarlo del mundo que en usar dél. Otros, que se tenían por religiosos, encareciendo más la nobleza y generosidad de sus Incas, dezían que, aunque le advirtieran del remedio del veneno, no usara dél, porque era cosa indigna de Incas, hijos del Sol, usar con sus hijos lo que a los vassallos prohibían usar con los estraños. Desta suerte dezían otras muchas cosas en sus pláticas, como a cada uno le parecía que era más a propósito, y con esto dexaremos al Inca Lloro Sangre, para no hablar más dél.

## LOS DOS NÁUFRAGOS

Será bien, antes que pasemos adelante, digamos aquí el suceso de Pedro Serrano, que atrás propusimos, por que no esté lexos de su lugar y también por que este capítulo no sea tan corto. Pedro Serrano salió a nado a aquella isla desierta que antes dél no tenía nombre, la cual, como él dezía, tenía dos leguas en contorno. Casi lo mismo dize la carta de marear, porque pinta tres islas muy pequeñas, con muchos vaxíos a la redonda, y la misma figura le da a la que llaman Serranilla, que son cinco isletas pequeñas con muchos más baxíos que la Serrana, y en todo aquel paraje los hay, por lo cual huyen los navíos dellos, por no caer en peligro.

A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos y llegar nadando a la isla, donde se halló desconsoladísimo, porque no halló en ella agua ni leña ni aun yerva que poder pascer ni otra cosa alguna con que entretener la vida mientras passasse algún navío que de allí lo sacasse para que no peresciese de hambre y de sed, que le parecía muerte más cruel que haver muerto ahogado, porque es más breve. Assí, passó la primera noche llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo. Luego que amanesció, volvió a passear la isla. Halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo y se las comió crudas, porque no había candela donde assarlas o cozerlas. Assí se entretuvo hasta que vio salir tortugas. Viéndolas lexos de la mar, arremetió con una dellas y la volvió de espaldas. Lo mismo hizo de todas las que pudo, que para bolverse a endereçar son torpes, y, sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el medio para escapar de la muerte, la degolló y bebió la sangre en lugar de agua. Lo mismo hizo de las demás. La carne puso al sol para comerla hecha tassajos y para desembaraçar las conchas, para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa. Desta manera se sustentó los primeros días con matar todas las tortugas que podía, y algunas había tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles, de manera que las había de todos tamaños. Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas, porque le vencían de fuerças, y, aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechava nada, porque con él a costas se ivan a la mar, de manera que la experiencia le dezía a cuáles tortugas había de acometer y a cuáles se había de rendir. En las conchas recogió mucha agua, porque algunas había que cabían a dos arrovas y de allí abaxo.

Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que, si pudiese sacar fuego para siquiera assar la comida y para hazer ahumadas cuando viesse pasar algún navío, que no le faltaría nada. Con esta imaginación, como hombre que había andado por la mar, que cierto los tales en cualquiera trabaxo hacen mucha ventaja a los demás, dio en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensava hazer esclavón, para lo cual, no hallándolos en la isla, porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entrava en la mar nadando y se çabullía y, en el suelo, con gran diligencia buscaba, ya en unas partes, ya en otras, lo que pretendía, y tanto porfió en su trabajo que halló guijarros y sacó los que pudo y dellos escogió los mejores y, quebrando los unos con los otros para que tuviessen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio y, viendo que sacava fuego, hizo hilas de un pedaço de la camisa, muy desmenuzadas, que parecían algodón carmenado, que le sirvieron de yesca, y, con su industria y buena mañana, habiéndolo porfiado muchas vezes, sacó fuego. Cuando se vio con él, se dio por bienandante y, para sustentarlo, recogió las horruras que la mar echava en tierra, y por horas las recogía, donde hallaba mucha yerva que llaman ovas marinas y madera de navíos que por la mar se perdían y conchas y huessos de pescados y otras cosas con que alimentava el fuego, y, para que los aguaceros no se lo apagassen, hizo una choça de las mayores conchas que tenía de las tortugas que había muerto, y con grandíssima vigilancia cevava el fuego por que no se le fuesse de las manos.

Dentro de dos meses, y aun antes, se vio como nació, porque, con las muchas aguas, calor y humedad de la región, se le pudrió la poca ropa que tenía. El sol, con su gran calor, le fatigava mucho, porque ni tenía ropa con que defenderse ni había sombra a que ponerse. Cuando se veía muy fatigado se entrava en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años y, en este tiempo, vio pasar algunos navíos, mas, aunque él hazía su ahumada, que en la mar es señal de gente perdida, no echavan de ver en ella o, por el temor de los baxíos, no osavan llegar donde él estava y se passavan de largo, de lo cual Pedro Serrano quedaba tan desconsolado que tomara por partido el morir y acabar ya. Con las inclemencias del cielo le creció el vello de todo el cuerpo tan eccesivamente que parecía pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí. El cabello y la barva le passava de la cinta.

Al cabo de los tres años, una tarde, sin pensarlo, vio Pedro Serrano un hombre en su isla, que la noche antes se había perdido en los baxíos della y se había sustentado en una tabla del navío y, como luego que amanesció viesse el humo del fuego de Pedro Serrano, sospechando lo que fue, se había ido a él, ayudado de la tabla y de su buen nadar. Cuando se vieron ambos,

no se puede certificar cuál quedó más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, según lo vio cubierto de cabellos, barvas y pelaje. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fue diciendo: “¡Jesús, Jesús, líbrame, Señor, del demonio!”. Oyendo esto se aseguró el otro y, volviendo a él, le dixo: “No huyáis, hermano, de mí, que soy cristiano como vos”, y, para que se certificasse, porque todavía huía, dixo a voces el Credo, lo cual, oído por Pedro Serrano, volvió a él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura, sin esperanza de salir della. Cada uno dellos brevemente contó al otro su vida pasada. Pedro Serrano, sospechando la necesidad del huésped, le dio de comer y de beber de lo que tenía, con que quedó algún tanto consolado, y hablaron de nuevo en su desventura.

Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del día y de la noche en sus menesteres de buscar marisco para comer y ovas y leña y huesos de pescado y cualquiera otra cosa que la mar echasse para sustentar el fuego, y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él habían de tener, velando por horas por que no se les apagasse. Assí vivieron algunos días, mas no passaron muchos que no riñeron, y de manera que apartaron rancho, que no faltó sino llegar a las manos, por que se vea cuán grande es la miseria de nuestras passiones. La causa de la pendencia fue dezir el uno al otro que no cuidava como convenía de lo que era menester, y este enojo y las palabras que con él se dixerón los descompusieron y apartaron, mas ellos mismos, cayendo en su disparate, se pidieron perdón y se hizieron amigos y volvieron a su compañía y en ella vivieron otros cuatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos y hazían sus ahumadas, mas no les aprovechava, de que ellos quedavan tan desconsolados que no les faltava sino morir.

Al cabo deste largo tiempo, acertó a passar un navío tan cerca dellos que vio la ahumada y les echó el batel para recogerlos. Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelaje, viendo el batel cerca, por que los marineros que ivan por ellos no entendiessen que eran demonios y huyessen dellos, dieron en dezir el Credo y llamar el nombre de Nuestro Redentor a voces, y valióles el aviso, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos. Assí los llevaron al navío, donde admiraron a quantos los vieron y oyeron sus trabajos passados.

El compañero murió en la mar viniendo a España. Pedro Serrano llegó acá y passó a Alemaña, donde el Emperador estava entonces. Llevó su pelaje como lo traía, para que fuesse

prueba de su naufragio y de lo que en él había pasado. Por todos los pueblos que passava a la ida, si quisiera mostrarse, ganara muchos dineros. Algunos señores y cavalleros principales, que gustaron de ver su figura, le dieron ayudas de costa para el camino, y la Majestad Imperial, habiéndole visto y oído, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, que son cuatro mil y ochocientos ducados, en el Perú. Yendo a gozarlos, murió en Panamá, que no llegó a verlos.

Todo este cuento, como se ha dicho, contava un cavallero que se dezía Garcí Sánchez de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conosció a Pedro Serrano y certificava que se lo havia oído a él mismo y que después de haver visto al Emperador se havia quitado el cabello y la barva y dexádola poco más corta que hasta la cinta, y para dormir en la noche se la entrençava, porque, no entrençándola, se tendía por toda la cama y le estorbava el sueño.

### LA AGUDEZA DE ATAHUALPA

Atahualpa, como se ha dicho, fue de buen ingenio y muy agudo. Entre otras agudezas que tuvo, que le apresuró la muerte, fue que, viendo leer y escrevir a los españoles, entendió que era cosa que nascían con ella y, para certificarse desto, pidió a un español de los que le entravan a visitarle o de los que le guardavan que en la uña del dedo pulgar le escribiesse el nombre de su Dios. El soldado lo hizo así. Luego que entró otro, le preguntó: “¿Cómo dize aquí?”. El español se lo dixo, y lo mismo dixeron otros tres o cuatro.

Poco después entró Don Francisco Piçarro, y, habiendo hablado ambos un rato, le preguntó Atahualpa qué dezían aquellas letras. Don Francisco no acertó a dezirlo, porque no sabía leer. Entonces entendió el Inca que no era cosa natural, sino aprendida, y desde allí adelante tuvo en menos al governador, porque aquellos Incas, como diximos en la aprobación que sus noveles hazían para que los armasen cavalleros, tuvieron en su filosofía moral que los superiores, así en la guerra como en la paz, devían hazer ventaja a los inferiores, a lo menos en todo lo que les era necesario aprender y saber para el oficio, porque dezían que, hallándose en igual fortuna, no era decente al superior que su inferior le hiziesse ventaja, y de tal manera fue el menosprecio y el desdeñar que el governador lo sintió y se ofendió dello. Assí lo oí contar a muchos de los que se hallaron presentes.

De aquí podrían los padres, principalmente los nobles, advertir a no descuidarse en la enseñanza de sus hijos, siquiera que sepan leer y escrevir bien y una poca de latinidad, y, quando fuere mucha, tanto mejor les será, por que no se vean en semejantes afrentas, que en

estos tiempos serán más culpados los que en esto fueren negligentes que en los passados, porque entonces no había en España tantos maestros de todas ciencias como los hay ahora, y, pues los cavalleros se precian de la nobleza que heredaron, devrían preciarse de lo que por sí ganassen, pues son engastes de piedras preciosas sobre oro fino.

## EL HUÉSPED ASESINO

Jugando un día el Inca a la bola con Gómez Pérez, como solía hazer con él y con los demás españoles, que por entretenerlos y entretenerse con ellos había mandado hazer un juego de bolos por orden de los mismos españoles, porque los indios no los usavan jugar antes, el Gómez Pérez, todas las vezes que jugava con el Inca, como hombre de poco entendimiento y nada cortesano, porfiava con el Inca demasidamente sobre el medir de las bolas y sobre cualquiera ocasioncilla que en el juego se ofrecía, tanto que el Inca estava ya enfadado dél, mas, por no mostrar que le desdeñava, jugava con él también como con los otros, que eran más comedidos y más corteses.

Jugando assí un día, el Gómez Pérez porfió más y más que solía, porque, con los favores que el Visorrey le había hecho y con la esperanza de salir de aquel lugar muy aína, le parecía que podía tratar al Inca como a un indio de servicio de los que el mismo Inca les había dado. A una mano de las del juego estuvo Gómez Pérez tan desacatado y porfió con tanta libertad y menosprecio del Inca que, no pudiéndolo ya sufrir el pobre príncipe, le dio una puñada o rempujón en los pechos, diziéndole: “¡Quítate allá y mira con quién hablas!”. Gómez Pérez, que era tan colérico como melancólico, sin mirar su daño ni el de sus compañeros, alzó el braço con la bola que en la mano tenía y con ella le dio al Inca un tan bravo golpe en la cabeça que lo derribó muerto.

Los indios que se hallaron presentes arremetieron con Gómez Pérez, el cual, juntamente con sus compañeros, fueron huyendo a su aposento y con las espadas defendieron la puerta, de manera que no les pudieron entrar. Los indios pegaron fuego a la casa. Los españoles, por no verse quemados vivos, salieron della a la plaça, donde los indios los flecharon como a fieras, con mayor ravia que todas las del mundo podían tener, de ver su príncipe muerto. Cuando los tuvieron por muertos, de pura ravia estuvieron por comérselos crudos, por mostrar la ira que contra ellos tenían. Aunque ya difuntos, también determinaron quemarlos y echar los polvos un río abaxo, para que no quedasse rastro ni señal dellos, mas al fin acordaron de echarlos en el

campo, para que aves y animales se los comiessen, pues no podían hazer otro mayor castigo de aquellos cuerpos.

Assí acabó el pobre príncipe Manco Inca a manos de los que él guareció de la muerte y regaló todo lo que pudo mientras vivió, que no le valió su destierro voluntario ni las bravas montañas que eligió para su refugio y defensa, que allá le fueron a hallar las manos y la furia de un loco sin juicio, sin consejo ni prudencia. Francisco López de Gómara toca esta muerte en el capítulo ciento y cincuenta y seis de su libro, aunque difiere en la manera de matarle, pero yo lo supe de los Incas que se hallaron presentes a aquella nunca jamás oída locura, cuando con ternísimas lágrimas la contaron a mi madre los parientes que salieron con el Inca Sairi Túpac, hijo deste desdichado príncipe, cuando salió de aquellas bravas montañas por orden del Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoça, Marqués de Cañete, como adelante diremos, si Dios fuere servido que lleguemos allá.

#### EL ARDID DE LOS ARAUCOS

El primer español que descubrió a Chili fue Don Diego de Almagro, pero no hizo más que darle vista y bolverse al Perú, con innumerables trabajos que a ida y buelta passó, la cual jornada fue causa de la general rebelión de los indios del Perú y de la discordia que entre los dos gobernadores después huvo y de las guerras civiles que tuvieron y de la muerte del mismo Don Diego de Almagro, preso en la batalla que llamaron de las Salinas, y la del marqués Don Francisco Piçarro y la de Don Diego de Almagro el mestizo, que dio la batalla que llamaron de Chupas, todo lo cual diremos más largamente si Dios, Nuestro Señor, nos dexare llegar allá.

El segundo que entró en el reino de Chili fue el gobernador Pedro de Valdivia. Llevó pujança de gente y cavallos. Passó adelante de lo que los Incas habían ganado y lo conquistó y pobló felicísimamente, si la misma felicidad no le causara la muerte por mano de sus mismos vassallos, los de la provincia llamada Araucu, que él propio escogió para sí en el repartimiento que de aquel reino se hizo entre los conquistadores que lo ganaron. Este cavallero fundó y pobló muchas ciudades de españoles y, entre ellas, la que de su nombre llamaron Valdivia. Hizo grandísimas hazañas en la conquista de aquel reino. Governólo con mucha prudencia y consejo y en gran prosperidad suya y de los suyos y con esperanças de mayores felicidades, si el ardid y buena milicia de un indio no lo atajara todo, cortándole el hilo de la vida, y, porque la muerte deste gobernador y capitán general fue un caso de los más notables y famosos que los

indios han hecho en todo el Imperio de los Incas ni en todas las Indias después que los españoles entraron en ellas, y más de llorar para ellos, me pareció ponerlo aquí, no más de para que se sepa llana y certificadamente la primera y segunda nueva que del suceso de aquella desdichada batalla vino al Perú luego que sucedió, y para la contar será menester dezir el origen y principio de la causa.

\*

Es assí que de la conquista y repartimiento de aquel reino de Chili cupo a este cavallero, digno de imperios, un repartimiento rico, de mucho oro y de muchos vassallos, que le davan por año más de cien mill pesos de oro de tributo, y, como el hambre de este metal sea tan insaciable, crecía tanto más quanto más davan los indios, los cuales, como no estuviessen hechos a tanto trabajo como passavan en sacar el oro ni pudiessen sufrir la molestia que les hazían por él y como de suyo no huviessen sido sujetos a otros señores, no pudiendo llevar el yugo presente, determinaron los de Araucu, que eran los de Valdivia, y otros aliados con ellos rebelarse y, assí, lo pusieron por obra, haziendo grandes insolencias en todo lo que pudieron ofender a los españoles. El gobernador Pedro de Valdivia, que las supo, salió al castigo con ciento y cinquenta de a cavallo, no haziendo caso de los indios, como nunca lo han hecho los españoles en semejantes rebueltas y levantamiento. Por esta sobervia han perescido muchos, como peresció Pedro de Valdivia y los que con él fueron a manos de los que havían menospreciado.

Destá muerte, la primera nueva que vino al Perú fue a la Ciudad de la Plata, y la truxo un indio de Chili escrita en dos dedos de papel, sin firma ni fecha de lugar ni tiempo, en que dezía: “A Pedro de Valdivia y a ciento y cinquenta lanças que con él ivan se los tragó la tierra”. El treslado destas palabras, con testimonio de que las havia traído un indio de Chili, corrió luego por todo el Perú con gran escándalo de los españoles, no pudiendo atinar qué fuesse aquel tragárselos la tierra, porque no podían creer que hoviesse en indios pujança para matar ciento y cinquenta españoles de a cavallo, como nunca la havia havido hasta entonces, y dezían, por ser aquel reino, también como Perú, de tierra áspera, llena de sierras, valles y honduras, y ser la región subjeta a terremotos, que podría ser que, caminando aquellos españoles por alguna quebrada honda, se huviessen caído algún pedaço de sierra y los huviessen coxido debaxo, y en esto se afirmavan todos, porque de la fuerça de los indios ni de su ánimo, según la espiencia de tantos años atrás, no podían imaginar que los huviessen muerto en batalla.



Estando en esta confusión los del Perú, les llegó al fin de más de sesenta días otra relación muy larga de la muerte de Valdivia y de los suyos y de la manera como había sido la última batalla que con los indios habían tenido, la cual referiré como la contaba entonces la relación que de Chile embiaron, que, habiendo dicho el levantamiento de los indios y las desvergüenças y maldades que habían hecho, procedía diziendo así:

“Cuando Valdivia llegó donde andaban los Araucos rebelados, halló doze o treze mill dellos, con los cuales hubo muchas batallas muy reñidas, en que siempre vencían los españoles, y los indios andaban ya tan amedrantados del tropel y furia de los cavallos que no osaban salir a campaña rasa, porque diez cavallos rompían a mil indios. Solamente se entretenían en las sierras y montes, donde los cavallos no podían ser señores dellos, y de allí hazían el mal y daño que podían, sin querer oír partido alguno de los que les ofrescían, sino obstinados a morir por no ser vassallos ni sujetos de españoles. Assí anduvieron muchos días los unos y los otros.

”Estas malas nuevas ivan cada día la tierra adentro de los Araucos, y, haviéndolas oído un capitán viejo que había sido famoso en su milicia y estaba ya retirado en su casa, salió a ver qué maravilla era aquélla que ciento y cincuenta hombres truxessen tan avassallados a doze o treze mil hombres de guerra y que no pudiessen valerse con ellos, lo cual no podía creer si aquellos españoles no eran demonios o hombres inmortales, como a los principios lo creyeron los indios. Para desengañarse destas cosas quiso hallarse en la guerra y ver por sus ojos lo que en ella passava. Llegado a un alto, de donde descubría los dos exércitos, viendo el aloxamiento de los suyos tan largo y estendido y el de los españoles tan pequeño y recogido y habiendo mirado bien el sitio del campo, se había ido a los suyos y llamado a consejo y, después de largos razonamientos de todo lo hasta allí sucedido, entre otras muchas preguntas les había hecho éstas: si aquellos españoles eran hombres mortales como ellos o si eran inmortales como el Sol y la luna; si sentían hambre, sed y cansancio; si tenían necesidad de dormir y descansar. En suma, preguntó si eran de carne y hueso o de hierro y azero, y de los cavallos hizo las mismas preguntas, y, siéndole respondido a todas que eran hombres como ellos y de la misma compostura y naturaleza, les había dicho: «Pues idos todos a descansar, y mañana veremos en la batalla quién son más hombres: ellos o nosotros». Con esto se apartaron de su consejo, y, al romper del alva del día siguiente, mandó tocar arma, la cual dieron los indios con mucha mayor vozería y ruido de trompetas y atambores y otros muchos instrumentos semejantes que otras vezes, y en un punto armó el capitán viejo treze escuadrones, cada uno de a mil hombres, y los puso a la hila, uno en pos de otro.

\*

”Los españoles salieron a la grito de los indios, hermosamente armados, con grandes penachos en sus cabeças y en las de sus cavallos y con muchos pretales de cascaveles, y, cuando vieron los escuadrones divididos, tuvieron en menos los enemigos, por parecerles que más fácilmente romperían muchos pequeños escuadrones que uno muy grande. El capitán indio, viendo los españoles en el campo, dixo a los del primer escuadrón: «Id vosotros, hermanos, a pelear con aquellos españoles, y no digo que los vençáis, sino que hagáis lo que pudiéredes en favor de vuestra patria, y, cuando no podáis más, huid, que yo os socorreré a tiempo, y los que huviéredes peleado en el primer escuadrón, bolviendo rotos, no os mezcléis con los del segundo, ni los del segundo con los del tercero, sino que os retiréis detrás de todos los escuadrones, que yo daré orden de lo que hayáis de hazer».

”Con este aviso embió el capitán viejo a pelear los suyos con los españoles, los cuales arremetieron con el primer escuadrón y, aunque los indios hizieron lo que pudieron en su defensa, los rompieron. También rompieron el segundo escuadrón y el tercero, cuarto y quinto con facilidad, mas no con tanta que no les costasse muchas heridas y muertes de algunos dellos y de sus cavallos. El indio capitán, assí como se ivan desbaratando los primeros escuadrones, embiava poco a poco que fuesen a pelear por su orden los que sucedían y, detrás de toda su gente, tenía un capitán, el cual, de los indios huidos que havían peleado, bolví a hazer nuevos escuadrones de a mil indios y les madava dar de comer y de beber y que descansassen para bolver a pelear cuando les llegasse la vez.

”Los españoles, haviendo rompido cinco escuadrones, alçaron los ojos a ver los que les quedavan y vieron otros onze o doze delante de sí y, aunque havia más de tres horas que peleavan, se esforçaron de nuevo y, apellidándose unos a otros, arremetieron al sexto escuadrón, que ivan en socorro del quinto, y lo rompieron, y también al seteno, octavo, noveno y décimo, mas ellos ni sus cavallos no andavan ya con la pujança que a los principios, porque havia grandes siete horas que peleavan sin haver cessado un momento, que los indios no los dexavan descansar en común ni en particular, que apenas havían deshecho un escuadrón cuando entrava otro a pelear, y los desbaratados se salían de la batalla a descansar y ponerse en nuevos escuadrones. Aquella hora miraron los españoles por los enemigos y vieron que todavía tenían diez escuadrones en pie, mas con sus ánimos invencibles se esforçaron a pelear.

Empero, las fuerças estavan ya flacas y los cavallos desalentados, y con todo esso peleavan como mejor podían por no mostrar flaqueza a los indios, los cuales, de hora en hora, cobravan las fuerças que los españoles ivan perdiendo, porque sentían que ya no peleavan como al principio ni al medio de la batalla. Assí anduvieron los unos y los otros hasta las dos de la tarde.

”Entonces el governador Pedro de Valdivia, viendo que todavía tenían ocho o nueve escuadrones que romper y que, aunque rompiessen aquéllos, irían los indios haziendo otros de nuevo, considerando la nueva manera de pelear y que, según lo passado del día, tampoco les había de dexar descansar la noche, como el día, le pareció será bien recogerse antes que los cavallos les faltassen del todo, y su intención era irse retirando hasta un passo estrecho que legua y media atrás habían dexado, donde, si llegassen, pensavan ser libres, porque dos españoles a pie podían defender el passo a todo el ejército contrario. Con este acuerdo, aunque tarde, apellidó los suyos, como los iba topando en la batalla, y les dezía: «A recoger, cavalleros, y retirar poco a poco hasta el passo estrecho, y passe la palabra de unos a otros». Assí lo hizieron y, juntándose todos, se fueron retirando, haziendo siempre rostro a los enemigos, más para defenderse que no para ofenderles.

\*

”A esta hora un indio, que desde muchacho se había criado con el governador Pedro de Valdivia, llamado Felipe y en nombre de indio Lautaru, hijo de uno de sus caciques, en quien pudo más la infidelidad y el amor de la patria que la fe que a Dios y a su amo devía, oyendo apellidarse los españoles para retirarse, cuyo lenguaje entendía por haverse criado entre ellos, temiendo no se contentassen sus parientes con verlos huir y los dexassen ir libres, salió a ellos dando voces, diciendo: «No desmayéis, hermanos, que ya huyen estos ladrones y ponen su esperanza en llegar hasta el passo estrecho. Por tanto, mirad lo que conviene a la libertad de nuestra patria y a la muerte y destrucción destes traidores». Diciendo estas palabras, por animar los suyos con exemplo, tomó una lança del suelo y se puso delante dellos a pelear contra los españoles.

”El indio capitán viejo cuyo fue aquel nuevo ardid de guerra, viendo el camino que los españoles tomavan y el aviso de Lautaru, entendió lo que pensavan hazer los enemigos y luego mandó dos escuadrones de los que no habían peleado que, con buena orden y mucha

diligencia, tomando atajos, fuessen a ocupar el passo estrecho que los españoles ivan a tomar y que se estuviessen quedos hasta que llegassen todos. Dada esta orden, caminó, con los escuadrones que le havían quedado, en seguimiento de los españoles y, de cuando en cuando, embiava compañías y gente de refresco que reforçassen la batalla y no dexassen descansar los enemigos, y también para que los indios que ivan cansados de pelear se saliessen de la pelea a tomar aliento para bolver de nuevo a la batalla. Desta manera los siguieron y fueron apretando y matando algunos hasta el passo estrecho, sin dexar de pelear un momento, y cuando llegaron al passo era ya cerca del sol puesto.

”Los españoles, viendo ocupado el passo que esperavan que les fuera defensa y guarida, desconfiaron del todo de escapar de la muerte. Antes, certificados en ella, para morir como cristianos llamavan el nombre de Cristo, Nuestro Señor, y de la Virgen, su madre, y de los santos a quien más devoción tenían. Los indios, viéndolos ya tan cansados que ni ellos ni sus cavallos no podían tenerse, arremetieron todos a una, assí los que les havían seguido como los que guardavan el passo, y, asiendo cada cavallo quinze o veinte gandules, cuál por la cola, piernas, braços, crines, y otros, que acudían con las porras, herían los cavallos y cavalleros doquiera que les alcançavan y los derribavan por tierra y los matavan con la mayor crueldad y ravia que podían mostrar. Al governador Pedro de Valdivia y a un clérigo que iba con él tomaron vivos y los ataron a sendos palos hasta que se acabasse la pelea, para ver de espacio lo que harían dellos”.

Hasta aquí es la segunda nueva que, como he dicho, vino de Chili al Perú del desbarate y pérdida de Valdivia luego que sucedió, y embiáronla por relación de los indios amigos que en la batalla se hallaron, que fueron tres los que escaparon della, metidos en unas matas, con la escuridad de la noche, y, cuando los indios se huvieron recogido a celebrar su victoria, salieron de las matas y, como hombres que sabían bien el camino y eran leales a sus amos, más que Lautaru, fueron a dar a los españoles la nueva de la rota y destrucción del famoso Pedro de Valdivia y de todos los que con él fueron.

\*

La manera como mataron los Araucus al governador Pedro de Valdivia la contaron, después desta segunda nueva, de diversas formas, porque los tres indios que escaparon de la batalla no pudieron dar razón della, porque no la vieron.

Unos dixeron que lo havia muerto Lautaru, su proprio criado, hallándole atado a un palo, diziendo a los suyos: “¿Para qué guardáis este traidor”, y que el governador havia rogado y alcançado de los indios que no lo matassen hasta que su criado Lautaru viniesse, entendiendo que, por haverle criado, procuraría salvarle la vida.

Otros dixeron, y esto fue lo más cierto, que un capitán viejo lo havia muerto con una porra. Pudo ser que fuesse el mismo capitán que dio el ardid para vencerlo. Matólo arrebatadamente, por que los suyos no aceptassen los partidos que el triste governador ofrescía, atado como estava en el palo, y lo soltassen y dexassen ir libre, porque los demás capitanes indios, fiados en las promessas de Pedro de Valdivia, estavan inclinados a le dar libertad, porque les prometía salirse de Chili y sacar todos los españoles que en el reino havia y no bolver más a él, y, como aquel capitán reconociesse el ánimo de los suyos y viesse que davan crédito al governador, se levantó de entre los demás capitanes que oían los partidos y, con una porra en las manos, mató apriessa al pobre cavallero y atajó la plática de los suyos diziendo: “Haved vergüença de ser tan torpes e imprudentes que fiéis en las palabras de un esclavo rendido y atado. Dezidme qué no prometerá un hombre que está como éste se vee y qué cumplirá después que se vea libre”.

Otros dixeron desta muerte, y uno dellos fue un español natural de Truxillo que se dezía Francisco de Rieros, que estava entonces en Chili y era capitán y tuvo indios en aquel reino, el cual vino al Perú poco después de aquella rota y dixo que la noche siguiente a la victoria la havían gastado los indios en grandes fiestas de danças y bailes, solenizando su hazaña, y que a cada baile cortavan un pedaço de Pedro de Valdivia y otro del clérigo, que tenían atado cabe él, y que los asavan delante dellos mismos y se los comían, y que el buen governador, mientras hazían en ellos esta crueldad, se confessava de sus pecados con el clérigo, y que assí acabaron ambos en aquel tormento. Pudo ser que, después de haverle muerto con la porra aquel capitán, se lo comiessen los indios, no porque acostumbrassen a comer carne humana, que nunca la comieron aquellos indios, sino por mostrar la ravia que contra él tenían, por los grandes trabajos y muchas batallas y muertes que les havia causado.

Desde entonces tomaron por costumbre de formar muchos escuadrones divididos para pelear con los españoles en batalla, como lo dize Don Alonso de Erzilla en el primer canto de su *Araucana*, y ha cuarenta y nueve años que sustentan la guerra que causó aquella rebelión, la cual se levantó a los últimos días del año de mil y quinientos y cinquenta y tres, y en aquel

mismo año fue en el Perú la rebelión de Don Sebastián de Castilla, en la Villa de la Plata y Potosí, y la de Francisco Hernández Girón en el Cozco.

Yo he referido llanamente lo que de la batalla y muerte del gobernador Pedro de Valdivia escribieron y dixeron entonces en el Perú los mismos de Chili. Tomen lo que más les agradare, y hela antepuesto de su tiempo y lugar y por haver sido un caso de los más notables que en todas las Indias han acaescido, y también lo hize porque no sé si se ofrescerá ocasión de bolver a hablar más en Chili y también porque temo no poder llegar al fin de carrera tan larga como sería contar la conquista que los españoles hizieron de aquel reino.

### LAS BATALLA CONTRA LAS RATAS

De la multitud [de ratas] se me ofrece un cuento estraño, por el cual se verá las que andan en los navíos, mayormente si son navíos viejos. Atrévome a contarlo en la bondad y crédito de un hombre noble, llamado Hernán Bravo de Laguna, de quien se haze mención en las historias del Perú, que tuvo indios en el Cozco, a quien yo se lo oí, que lo había visto, y fue que un navío que iba de Panamá a Los Reyes tomó un puerto de los de aquella costa y fue el de Trujillo. La gente que en él venía saltó en tierra a tomar refresco y a holgarse aquel día y otro que el navío había de parar allí, en el cual no quedó hombre alguno si no fue un enfermo que, por no estar para caminar dos leguas que hay del puerto a la ciudad, se quiso quedar en el navío, el cual quedaba seguro, assí de la tempestad de la mar, que es mansa en aquella costa, como de los cosarios, que aún no había pasado Francisco Drac, que enseñó a navegar por aquel mar y a que se recatassen de los cosarios.

Pues, como las ratas sintiesen el navío desembaraçado de gente, salieron a campear y, hallando al enfermo sobre cubierta, le acometieron para comérselo, porque es assí verdad que muchas vezes ha acaescido en aquella navegación dexar los enfermos vivos a prima noche y morirse sin que lo sientan, por no tener quien les duela, y hallarles por la mañana comidas las caras y parte del cuerpo, de braços y piernas, que por todas partes los acometen. Assí quisieron hazer con aquel enfermo, el cual, temiendo el ejército que contra él venía, se levantó como pudo y, tomando un asador del fogón, se volvió a su cama, no para dormir, que no le convenía, sino para velar y defenderse de los enemigos que le acometían, y assí veló el resto de aquel día y la noche siguiente y otro día hasta bien tarde, que vinieron los compañeros, los cuales, al derredor de la cama y sobre la cubierta y por los rincones que pudieron buscar,

hallaron trezientas y ochenta y tantas ratas que con el asador había muerto, sin otras muchas que se le fueron lastimadas. El enfermo, o por el miedo que había pasado o con el regozijo de la victoria alcanzada, sanó de su mal, quedándole bien que contar de la gran batalla que con las ratas había tenido.

## EL MAESTRE BURLADO

No se permite dexar en olvido una burla que en estos tiempos y en estos alcances hizo un soldado a Francisco de Carvajal, entre otras muchas que en el discurso desta guerra le hizieron. Muchos soldados pobres ivan a Francisco de Carvajal en toda la temporada que fue maesse de campo y se le ofrecían, diziendo cada cual: “Señor, yo vengo tantas leguas de aquí a pie y descalço sólo por servir al gobernador, mi señor. Suplico a vuessa merced mande proveerme de lo necessario para que yo le pueda servir”. Francisco de Carvajal les agradecía su voluntad y les pagava el trabajo del camino con proveerles de armas y caballos, vestidos y dineros, lo mejor que podía. Muchos destos soldados se quedaron en su servicio y le sirvieron muy bien hasta el fin de la guerra. Otros muchos no ivan sino a que les proveyesse de armas y cavallos para huirse, en pudiendo, al vando del Rey.

A uno destos soldados proveyó Carvajal en aquellos alcances de una yegua, que no tenía más. El soldado, que tenía intención de huirse, era muy tardío en los alcances, que siempre era de los postreros. Por otra parte hacía grandes bravatas, diziendo que, si tuviera una buena cavalgadura, que fuera de los primeros y el que más persiguiera a los contrarios. Carvajal, enfadado de oírsele tantas vezes, le trocó la yegua por una muy buena mula y le dixo: “Señor soldado, he aquí la mejor cavalgadura que hay en nuestra compañía. Tómela vuessa merced por que no se quexe de mí, y, por vida del gobernador, mi señor, que, si no amanece mañana doze leguas delante de nosotros, que me lo ha de pagar muy bien pagado”.

El soldado recibió la mula y oyó la amenaza y, por no verla cumplida, se huyó aquella noche y tomó el camino en contra del que Carvajal llevaba en seguimiento de sus enemigos, por que no fuesse ni embiasse a nadie tras él, y dióse tan buena diligencia que, al salir del sol, había caminado onze leguas. A aquella hora topó otro soldado, conocido suyo, que iba en busca de Francisco de Carvajal, y le dixo: “Hazedme merced, señor fulano, de dezirle al maesse de campo que le suplico me perdone, que no he podido cumplir lo que me mandó, que no he

caminado más de onze leguas, pero que de aquí a mediodía caminaré las doze y otras cuatro más”.

El soldado, no sabiendo que el otro se había huido, se lo dixo a Carvajal, entendiendo que lo embiava a algún recaudo de mucha diligencia. Carvajal se enfadó más de la segunda desvergüença que del primer atrevimiento y dixo: “A estos texedores”, que así llamava a los que se ivan a él y se bolvían al Rey, “les conviene andar confessados, porque no tengo necessidad de que vengan a engañarme, a quitarme mis armas y cavallos, los que yo procuro para los míos, y que después de armados y arreados se me huyan, y de los clérigos y frailes que fueren espías he de hazer lo mismo. Los religiosos y sacerdotes esténse en sus iglesias y conventos, rogando a Dios por la paz de los cristianos, y no se atrevan, en confiança de sus hábitos y órdenes, a hazer tan mal oficio como ser espías, que, si ellos mismos desprecian lo que tanto se deve preciar, ¿qué mucho que los ahorque yo, como lo he visto hazer en las guerras que he andado?”.

Esto dixo Carvajal con mucho enojo y lo cumplió después en los unos y en los otros, como lo dizen los historiadores, y con estos texedores que le engañaban mostraba él su ira y crueldad, que a los soldados que derechamente servían al Rey, sin passarse de una parte a otra, les hazía honra cuando los prendía y procurava regalarles, por ver si pudiesse hazerlos de su vando.

## EL DEVOTO TEMERARIO

El capitán Diego Centeno, que dexamos en el camino con determinación de ir sobre el capitán Antonio de Robles, que con mucha gente estava en el Cozco por Gonçalo Piçarro, y, aunque el atrevimiento de acometer a un hombre que tenía trezientos soldados bien armados parecía antes temeridad que esfuerço, porque no llevaba más de cuarenta y ocho hombres y éstos mal armados y los más a pie, como gente que había salido de cuevas y cavernas, donde se habían metido huyendo de Carvajal, todavía se atrevió a seguir su viaje, porque Alonso de Hinojosa, ofendido, como atrás diximos, de que Gonçalo Piçarro embiasse a Antonio de Robles en su lugar, solicitó a los hombres principales que en el Cozco había y todos escribieron a Diego Centeno prometiéndole serían en su favor y ayuda si fuesse a aquella ciudad contra Antonio de Robles. Con esto se esfuerçaron mucho los de Diego Centeno y siguieron su viaje a toda diligencia.



Antonio de Robles, sabiendo que el enemigo iba cerca, trató de resistirle. Consultó con sus capitanes el cómo y embió a correr el campo a un hombre de quien él mucho fiava, llamado Francisco de Aguirre, el cual se alargó todo lo que pudo, hasta toparse con Diego Centeno seis leguas de la ciudad, y le dio aviso de la determinación y orden de Antonio de Robles, dónde y cómo pensaba armar su escuadrón para resistirle la entrada. El capitán Diego Centeno y los que con él iban, que los más principales eran Pedro Ortiz de Çárate, Francisco Negral, Luis de Ribera, Diego Álvarez, Alonso Pérez de Esquivel, acordaron que la entrada y el acometimiento fuesse de noche, para asombrar con el ruido a los enemigos y para que los amigos, que eran casi todos los de Antonio de Robles, con la escuridad de la noche no peleassen y se passassen a su vando.

Usaron de un ardid de guerra muy galano, y fue que quitaron los frenos a las cavalgaduras que llevaban y, de las jáquimas y arzones de las sillas, les colgaron mechas encendidas y mandaron a los indios de su servicio que las llevassen por delante y, en llegando a tal puesto, las apretasen malamente, para que entrassen corriendo. La entrada por donde havían de entrar era la calle que en la descripción de la ciudad llamamos del Sol, que sale al medio de la Plaça Mayor. Dada esta orden a los indios, Diego Centeno y los suyos fueron por otra calle, que está al poniente de la que hemos dicho, que sale al rincón de la plaça.

Antonio de Robles, sabiendo el asalto que su enemigo le hazía de noche, formó su escuadrón de trezientos hombres en medio de la plaça. Puso la frente dél a la boca de la calle del Sol, porque no havía otra por donde los enemigos pudiessen entrar, si no era rodeando mucha tierra. Los indios criados de Diego Centeno entraron con las cavalgaduras haciendo grandíssimo ruido, que parecía de mucha más gente que la que iba. Entraron en la plaça y rompieron el escuadrón de Antonio de Robles, sin que ellos pudiessen advertir con quién peleavan, porque, quando salieron a recibir los cavallos, los hallaron sin dueños y se vieron confusos. A este punto assomó por la otra calle Diego Centeno con su gente y acometió al escuadrón contrario por el lado derecho, con ruido de voces y grita y con disparar los pocos arcabuzes que llevaban.

A este tiempo, estava en las casas que eran de Hernando Piçarro, que ahora son de la Santa Compañía de Jesús, un hombre llamado Pedro Maldonado, hombre pacífico y quieto que no professava la soldadesca ni presumía della. Estava rezando las horas de Nuestra Señora, cuyo devoto era. Oyendo el arma, metió las horas en el seno y, con su espada ceñida y una pica que acertó hallar a mano, salió a la plaça, y el primero con quien topó fue Diego Centeno, y,

sin saber quién era, le dio un picazo y le atravesó la mano izquierda y el segundo golpe le tiró a los muslos y le hirió en el muslo izquierdo y no se lo pasó porque el hierro de la pica era un hierro antiguo, de los que llamaban de orejas, que además de la punta con que hería tenía a los lados dos bueltas, a semejança de la pintura que llaman flor de lis, y por tener aquellos cornezuelos a los lados no pasó el hierro el muslo, pero, al tirar que Pedro Maldonado hizo de la pica para dar otro golpe, assieron los cornezuelos de las cuchilladas de las calzas, que eran de terciopelo, y dio con Diego Centeno en tierra.

A este tiempo, un paje suyo, ya hombre, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que iba en su guardia, viendo a su señor caído, dio a Pedro Maldonado un arcabuzazo, de que cayó tendido en el suelo, mas luego se levantó para pelear con Diego Centeno. Entretanto llegaron otros al socorro de Diego Centeno y rindieron a Pedro Maldonado y le desarmaron y siguieron su victoria, que ya la gente de Antonio de Robles unos se habían huido de su escuadrón y los más se habían pasado al Rey, y así no acaeció en aquel trance otro hecho notable que contar, sino el de Pedro Maldonado y del capitán Diego Centeno, a los cuales yo conocí, y no se derramó aquella noche otra gota de sangre sino la de aquel famoso varón.

\*

Pedro Maldonado era el hombre más alto y más corpulento que yo he visto allá ni acá. No murió del pelletazo ni salió herido dél, aunque cayó en el suelo, porque, según después pareció, la Virgen María, Nuestra Señora, cuyo devoto él era, quiso librarle de aquella muerte, porque la pelota dio en las horas que lleva[va] en el seno, en las cuales, como diximos, estava rezando cuando se tocó el arma y él salió a la pelea, y el grandíssimo golpe de la pelota le derribó como si fuera un niño.

Yo vi las horas años después, que, hallándome cerca de Pedro Maldonado a una misa de las que cada sábado se cantan a la Madre de Dios en aquella su casa de las Mercedes, se las pedí, diziéndole que tenía desseo de ver las horas del milagro, que así las llamaron comúnmente desde aquel día. Él me las dio, y yo las abrí, y la pelota entró por el principio de las horas y horadó y rompió del todo las primeras treinta o cuarenta hojas, y otras tantas adelante remolió en redondo, y otras doze o quinze más adelante rompió a la larga, en el tamaño de la pelota, y la postrera hoja destas así rotas era la que estava antes de la missa de Nuestra Señora, que en aquellos tiempos imprimían en las horas que llamaban de Nuestra

Señora no solamente el oficio de la Virgen y la missa, sino otras muchas devociones, cuantas querían los impressores, porque entonces no había la calificación de los libros que ahora hay desde el Santo Concilio de Trento acá. Las horas eran del tamaño de un diurnal ordinario de los que ahora se usan.

## LOS CUENTOS DE FRANCISCO DE CARVAJAL

Tuvo Francisco de Carvajal cuentos y dichos graciosos, que en todas ocasiones y propósitos los dixo tales. Holgara yo tenerlos todos en la memoria para escrevirlos aquí, porque fuera un rato de entretenimiento. Diremos los que se acordaren y los más honestos, por que no enfade la indecencia de su libertad, que la tuvo muy grande.

Topándose Carvajal nuevamente con un soldado muy pequeño de cuerpo, de mal talle y peor gesto, le dixo: “¿Cómo se llama vuesa merced?”. El soldado respondió: “Fulano Hurtado”. Carvajal dixo: “Aun para hallado no es bueno, cuanto más para hurtado”.

Andando Francisco de Carvajal en una de sus jornadas de guerra, topó un fraile lego y, como entonces no los había legos en aquella mi tierra ni sé que ahora los haya, sospechando que era espía, quiso ahorcarle y, por hazerlo con alguna más certificación, le combidó a comer y, para experimentar si era fraile o no, mandó que le diessen de beber en un vaso mayor que los ordinarios, para ver si lo tomava con ambas manos o con una, y, viéndole beber a dos manos, se certificó que era fraile y le dixo: “Beva, Padre, beva, que la vida le da; beva, que la vida le da”. Díxole esto porque, si no beviera assí, se certificava en su sospecha y le ahorcava luego.

Teniendo Francisco de Carvajal preso a uno de sus grandes contrarios y quiriéndole ahorcar, el preso, como que amenazándole con la causa de su muerte, le dixo: “Mande vuesa merced dezirme al descuberto por qué me mata”. Carvajal, entendiendo su intención, respondió: “Muy bien entiendo a vuesa merced que quiere calificar su muerte, para alegarla y dexarla en herencia. Sepa que le ahorco porque es muy leal servidor de Su Majestad. Vaya en buen hora, que él lo recibirá en su servicio y lo gratificará muy bien”. Diciendo esto, lo mandó ahorcar luego.

Andando Carvajal por el Collao, topó con un mercader que llevaba catorze o quinze mil pesos de mercadería de España, empleados en Panamá. Carvajal le dixo: “Hermano, según usança de buena guerra, toda esa hazienda es mía”. El mercader, que era diestro e iva apercebido para los peligros que se le ofreciessen, le dixo: “Señor, en guerra y en paz es de

vuesa merced esta mercadería, porque en nombre de ambos hize el empleo en Panamá, para que la ganancia la partamos entre los dos, y en señal de esto le traigo a vuesa merced desde Panamá dos botijas de vino tinto y dos docenas de herraje con su clavo para sus azémilas”, que en aquellos tiempos, como ya en otra parte diximos, valía cada herradura un marco de plata. Diciendo esto, embió por el vino y por el herraje y, entretanto, mostró a Carvajal una escritura de la compañía de ambos. Carvajal recibió el vino y el herraje y lo estimó en mucho y, mostrándose agradecido, quiso honrar al compañero. Dióle conduta de capitán y mandamiento para que por los caminos le sirviessen los indios y diessen lo necesario para su viaje, y que en Potocsi ningún mercader abriese su tienda ni vendiesse cosa alguna hasta que su compañero huviesse despachado toda su hazienda. Con estos favores fue el mercader muy ufano y vendió como quiso y hizo una ganancia muy grande, de más de treinta mil pesos, y, para asegurarse de Carvajal, volvió en su busca y, habiéndole hallado, le dixo en suma: “Señor, ocho mil pesos se ganaron en la compañía. Traigo aquí los cuatro de vuesa merced”. Carvajal, haziendo muy del mercader, por dar que reír a sus soldados dixo: “No quiero passar por esa cuenta hasta ver el libro del empleo”. El mercader lo sacó y leyó las partidas, en las cuales hubo piezas de brocado y de terciopelo, raso y damasco, paños finos de Segovia, holanda y ruan y todo lo demás que llevaban en España, con sus precios. A las últimas partidas dezía una dellas: “Tres docenas de peines, en tanto”. Carvajal, habiendo callado hasta allí, dixo: “Tené, tené. Bolvé a leer esa partida”, y, habiéndola oído, bolvió el rostro a los suyos y les dixo: “¿No les parece a vuestas mercedes que este compañero me carga mucho estos peines?”. Los soldados rieron mucho, porque, no habiendo reparado en los otros precios, tantos y tan grandes, reparasse en el de los peines, y vieron que lo había hecho por darles que reír. Con esto se acabó la compañía, y Carvajal recibió su parte de ganancia y embió al compañero muy regalado y favorecido, y así lo hazía siempre que le daban algo. Este cuento o otro semejante cuenta un autor muy de otra manera.

Persiguiendo Francisco de Carvajal al capitán Diego Centeno en los alcances tan largos que le dio, prendió un día tres soldados de sus contrarios. Ahorcó los dos que eran de más cuenta y, llegando al tercero, que era extranjero, natural de Grecia, y se dezía maesse Francisco y hazía oficio de cirujano, aunque no lo era, dixo: “A éste, que es más ruin, ahórquenmelo de aquel palo más alto”. Maesse Francisco le dixo: “Señor, yo no he hecho enojo alguno a vuesa merced para que quiera matar a un hombre tan ruin como yo, que le puedo servir de curar sus heridos, que soy gran maestro de cirugía”. Carvajal, viéndole tan cuitado, le dixo: “Anda, vete,

que yo te perdono hecho y por hazer, y ve luego a curar mis azémilas, que ésse es el oficio que tú sabes”. Con esto se escapó maesse Francisco y, passados algunos meses, se huyó y sirvió a Diego Centeno. Carvajal, después de la batalla de Huarina, bolvió a prenderle y mandó que lo ahorcassen luego. Maesse Francisco le dixo: “Vuesa merced no me ha de matar, que en tal parte me perdonó lo hecho y por hazer, y hame de cumplir su palabra como buen soldado, pues se precia de serlo”. Carvajal le dixo: “Válgate el Diablo, y ¿de eso te acuerdas ahora? Yo te la cumplo. Ve luego a curar las azémilas y húyete cuantas vezes quisieres, que, si todos los enemigos del governador, mi señor, fueran como tú, no los tuviéramos por tales”. Este cuento de maesse Francisco quiere un autor que fuesse con un fraile de misa. En la relación le trocaron los sujetos.

En los alcances que dio a Diego Centeno, prendió un día tres soldados de los que él llamava texedores, que a sus necesidades, para socorrerlas, se passavan de la una parte a la otra, y éstos eran los que él no perdonava si los cogía. Mandó que los ahorcassen. Ahorcados los dos, el tercero, por obligarle con algo a que le perdonasse, haziéndose su criado le dixo: “Perdóneme vuesa merced siquiera porque he comido su pan”, y era que muchas vezes, como su soldado, había comido con Carvajal a su mesa, el cual dixo: “Maldito sea pan tan mal empleado”, y, bolviéndose al verdugo, le dixo: “A este cavallero, porque ha comido mi pan, ahórcamelo de aquella más alta rama”, y, por que no sea el capítulo tan largo, lo dividimos en dos partes.

\*

Otro día, saliendo del Cozco, yendo hazia el Collao, llevaba trezientos hombres en escuadrón formado, que muchos días, por su pasatiempo y por exercitar sus soldados en la milicia, llevaba su gente assí puesta en orden. A poco más de una legua de la ciudad se apartó un soldado del escuadrón y se fue detrás de unas peñas que están cerca del camino, a las necesidades naturales. Carvajal, que iba el último del escuadrón para ver cómo caminava la gente, fue en pos del soldado y le riñó que por qué había salido de la orden. El soldado se disculpó con su necesidad. Carvajal le respondió diziendo: “Pesar de tal, el buen soldado del Perú, que por ser del Perú tiene obligación a ser mejor que todos los del mundo, ha de comer un pan en el Cozco y echarlo en Chuquisaca”. Dixo esto por encarecer la soldadesca, que por lo menos hay del un término al otro dozientas leguas en medio.

Otra vez, caminando Carvajal con seis o siete compañeros, le truxeron una mañana una pierna de carnero asada, del ganado mayor de aquella tierra, que tiene más carne en un cuarto que medio carnero de los de España. Un compañero de los que ivan con él, que se dezía Hernán Pérez Tablero, grande amigo de Carvajal, se puso a hazer el oficio de trinchante y, como mal oficial, cortó unas tajadas muy grandes. Carvajal, que las vio, le dixo: “¿Qué cortáis, Hernán Pérez?”. Respondió: “Para cada compañero su tajada”. Carvajal le dixo: “Bien dezís, que harto ruin será el que bolviere por más”.

Francisco de Carvajal, volviendo vitorioso de los alcances que dio al capitán Diego Centeno, en regozijo de su vitoria hizo un banquete en el Cozco a sus más principales soldados, y, como entonces valía el vino a más de trezientos pesos el arroba, los combidados se desmandaron, y, como en gente no acostumbrada a beberlo, hubo algo de sus efectos, de manera que algunos quedaron dormidos en sus asientos y otros fuera dellos, como acertaron a caer, y otros donde pudieron acomodarse. Doña Catalina Leytón, que, saliendo de su aposento, los vio assí, haciendo escarnio dellos dixo: “¡Guay del Perú, y cuál están los que le gobiernan!”. Francisco de Carvajal, que lo oyó, dixo: “Callá, vieja ruin. Dexaldos dormir dos horas, que cualquiera dellos puede gobernar medio mundo”.

Otra vez, tenía preso un hombre rico por ciertas cosas que le havían dicho dél, mas, no hallando bastante averiguación, aunque él no la havía menester para despachar los enemigos, le entretuvo en la prisión. El preso, viendo que se dilatava la execución de su muerte, imaginó que podría rescatar su vida por algún dinero, porque era notorio que en semejantes ocasiones Carvajal tomava lo que le davan y hazía amistad. Con este pensamiento embió el preso a llamar un amigo suyo y le encomendó que le truxesse dos texos de oro que tenía en tal parte y, haviéndolos recebido, embió a suplicar con el amigo a Carvajal y a requerirle que le oyesse los descargos que tenía contra los que le acusavan. Carvajal fue a verle, porque la prisión era dentro en su casa. El preso le dixo: “Señor, yo no tengo culpa en lo que me acusan. Suplico a vuesa merced se sirva desta miseria y me perdone por amor de Dios, que yo le prometo serle de hoy más muy leal servidor, como vuesa merced lo verá”. Carvajal, tomando los texos, dixo en alta voz, para que lo oyessen los soldados que estaban en el patio: “¡Oh, señor, teniendo vuesa merced su carta de corona tan calificada y auténtica, ¿por qué no me la mostró antes? Váyasse vuesa merced en paz y viva seguro, que, ya que seamos contra el Rey, no es razón que lo seamos contra la Iglesia de Dios.

Atrás, en su lugar, diximos brevemente cómo Francisco de Carvajal dio garrote a Doña María Calderón y la colgó de una ventana de su posada. No diximos entonces las palabras y razones que de una parte a otra se dixeron, por ir con la corriente de la historia y no ser aquél lugar de gracias. Ahora se pondrán las que allí faltaron. Doña María Calderón, aunque estava en poder de sus enemigos, hablava muy al descubierto contra Gonçalo Piçarro y sus tiranías, y no era otra su plática ordinaria sino dezir mal dél. Carvajal, que lo supo, le embió amonestar una y dos y más vezes que se dexasse de aquellas gracias, que ni eran discretas ni provechosas para su salud. Doña María Calderón, en lugar de refrenarse y corregirse, habló de allí adelante con más libertad y desacato, de manera que obligó a Carvajal a ir a su posada para remediarlo, y le dixo: “¿Sabe vuesa merced, señora comadre (que cierto lo era), cómo vengo a darle garrote?”. Ella, usando de sus donaires y pensando que Carvajal se burlava con ella, respondió: “Vete con el Diablo, loco borracho, que, aunque sea burlando, no lo quiero oír”. Carvajal dixo: “No burlo, cierto, que, para que vuessa merced no hable tanto y tan mal, vengo a que le aprieten la garganta y, para que vuesa merced lo crea, mando y requiero a estos soldados etíopes que le den garrote”, que eran tres o cuatro negros que siempre traía consigo para semejantes hazañas, los cuales la ahogaron luego y la colgaron de una ventana que salía a la calle. Carvajal, passando por debaxo della, alçó los ojos y dixo: “Por vida de tal, señora comadre, que, si vuesa merced no escarmienta de ésta, que no sé qué me haga”.

Estuvo Carvajal una temporada alojado en una ciudad de aquéllas. Tenía sus soldados aposentados entre los moradores della. Ofrecióse salir de allí con su gente a cierta jornada, y al cabo de dos meses bolvió a la ciudad. Un oficial zeloso, que en el alojamiento passado había tenido un soldado por huésped, salió a hablar a Carvajal y le dixo: “Señor, suplico a vuesa merced que el huésped que me huviere de echar no sea fulano”. Carvajal, que le entendió, inclinó la cabeça en lugar de respuesta. Llegando a la plaça, aposentó sus soldados, diziéndoles a cada uno: “Vuesa merced vaya a casa de fulano, y vuesa merced, a la de çutano”, que con esta facilidad los aloxava dondequiera que iva, como si tuviera la lista de los moradores por escrito. Llegando al soldado señalado, le dixo: “Vuesa merced irá a casa de fulano”, que era lexos de la casa del primer huésped. El soldado respondió: “Señor, yo tengo huésped conocido donde ir”. Carvajal replicó: “Vaya vuesa merced donde le digo y no a otra parte”. Bolvió a porfiar el soldado y dixo: “Yo no tengo necesidad de nueva posada. Iré donde me conocen”. Carvajal, inclinando la cabeça con mucha mesura, le dixo: “Vaya vuesa merced donde le embió, que allí le servirán muy bien y, si más quisiere, ahí está Doña Catalina Leytón”. El soldado, viendo que

le alcançava los pensamientos y proveía a sus deseos, sin hablar más palabra se fue donde le mandaron.

A Francisco de Carvajal le cortaron la cabeça para llevarla a la Ciudad de los Reyes y ponerla en el rollo de aquella plaça con la de Gonçalo Piçarro. Su cuerpo hizieron cuartos y los pusieron, con los de otros capitanes que passaron por la misma pena, en los cuatro caminos reales que salen de la ciudad del Cozco, y, porque en el capítulo treinta y siete del libro cuarto prometimos un cuento en comprobación de la ponçoña que los indios de las Islas de Barlovento usavan en sus flechas, hincándolas en cuartos de hombres, diremos lo que vi en uno de los cuartos de Francisco de Carvajal, que estava puesto en el camino de Collasuyu, que es al mediodía del Cozco. Es assí que, saliéndonos un domingo diez o doze muchachos del escuela, que todos éramos mestizos, hijos de español y de india, que ninguno llegava a los doze años, viendo el cuarto de Carvajal en el campo, diximos todos a una: “¡Vamos a ver a Carvajal!”. Hallamos el cuarto, que era uno de sus muslos. Tenía buen pedaço del suelo lleno de grasa, y estava ya corrompida la carne, de color verde. Estando todos en derredor mirándole, dixo uno de los muchachos: “Mas que no le osa tocar nadie”. Salió otro diziendo: “Mas que sí”. “Mas que no”, y esta porfía duró algún tanto, dividiéndose los muchachos en dos vandos, unos al sí y otros al no. En esto salió un muchacho que se dezía Bartolomé Monedero, que era más atrevido y más travieso que los demás, y, diziendo: “¿No le he de osar yo tocar?”, le dio con el dedo pulgar de la mano derecha un golpe de manera que entró todo el dedo en el cuarto. Los muchachos nos apartamos dél, diziéndole cada uno: “Vellaco, suzio, que te ha de matar Carvajal, Carvajal te ha de matar por ese atrevimiento”. El muchacho se fue a una acequia de agua que passava allí cerca y lavó muy bien el dedo y la mano, fregándola con el lodo, y assí se fue a su casa. Otro día, lunes, nos mostró en la escuela el dedo hinchado, todo lo que entró en el cuarto de Carvajal, que parecía que traía un dedil de guante puesto en él. A la tarde truxo toda la mano hinchada, con mucha alteración, hasta la muñeca. Otro día, martes, amaneció el braço hinchado hasta el codo, de manera que tuvo necesidad de dar cuenta a su padre de lo que havia passado con Carvajal. Acudieron luego a los médicos, ataron el braço fortíssimamente por encima de lo hinchado, fajáronle la mano y el braço y hizieron otros grandes medicamentos contra ponçoña, mas con todo esso estuvo muy cerca de morir. Al cabo escapó y sanó, pero en cuatro meses no pudo tomar la pluma en la mano para escrevir. Todo esto causó Carvajal después de muerto, que semeja a lo que hazía en vida, y es prueba de la ponçoña que usavan los indios en sus flechas.



## LOS GALEOTES PRÓFUGOS

Es de saber que en medio de estos sucesos llegó una carta a la Ciudad de los Reyes de Hernando Niño, regidor de la ciudad de Toledo, para su hijo Rodrigo Niño, de quien hezimos mención en el libro cuarto de la segunda parte de estos *Comentarios*, capítulo onze, cuando hablamos de los sucesos desgraciados del Visorrey Blasco Núñez Vela, en la cual le mandava su padre que, estando desocupado de las guerras contra Gonçalo Piçarro, se partiesse luego para España, a tomar possession y gozar de un mayorazgo que un pariente suyo le dexava en herencia. Al Presidente y a sus ministros les pareció que este cavallero, que tan leal se havía mostrado en el servicio de Su Majestad contra los tiranos en la guerra passada, haría buen oficio en traer a España ochenta y seis galeotes que de los soldados de Gonçalo Piçarro havían condenado a galeras, y assí se lo mandaron, poniéndole por delante que haría mucho servicio a Su Majestad y que se lo gratificaría en España con lo demás que havía servido en el Perú.

Rodrigo Niño lo aceptó, aunque contra su voluntad, porque no quisiera venir ocupado con gente condenada a galeras, mas, como la esperanza del premio vença cualquier dificultad, apercibió sus armas para venir como capitán de aquella gente y, assí, salió de la Ciudad de los Reyes con los ochenta y seis españoles condenados, y entre ellos venían seis menestriales de Gonçalo Piçarro que yo conocí, y el uno dellos me acuerdo que se llamava Augustín Ramírez, mestizo natural de la Imperial Ciudad de México. Todos seis eran lindos oficiales. Traían sus instrumentos consigo, que assí se lo mandaron para que hiziessen salva dondequiera que llegassen y ellos se valiesen de algunos socorros que algunos cavalleros principales y ricos les hiziessen por haver oído su buena música.

Con buen successo y próspero tiempo llegó Rodrigo Niño a Panamá, que por todo aquel viaje, por ser distrito del Perú, las justicias de cada pueblo le ayudavan a guardar y mirar por los galeotes, y ellos venían pacíficos y humildes porque en aquella jurisdicción havían ofendido a la Majestad Real, pero, passando de Panamá y Nombre de Dios, dieron en huirse algunos dellos por no remar en galeras, y la causa fue la poca o ninguna guarda que traían, que no se la dieron a Rodrigo Niño por parecerles a los ministros imperiales que bastava la autoridad de Rodrigo Niño y, también, porque era dificultoso hallar quien quisiesse dexar al Perú y venir por guarda de galeotes.

Con estas dificultades y pesadumbres llegó Rodrigo Niño cerca de las islas de Santo Domingo y Cuba, donde salió al encuentro un navío de un cosario francés, que entonces no los había de otras naciones, como al presente los hay. El capitán español, viendo que no llevaba armas ni gente para defenderse y que los suyos antes le serían contrarios que amigos, acordó usar de una maña soldadesca discreta y graciosa. Armóse de punta en blanco de su coselete y celada, con muchas plumas y una partesana en la mano, y así se arrimó al árbol mayor del navío, y mandó que los marineros y la demás gente se encubriese y no pareciesen, y que solos los menestriles se pusiesen sobre la popa del navío y tocasen los instrumentos cuando viessen al enemigo cerca. Así se hizo todo como Rodrigo Niño lo ordenó, y que no perdiessen el tino de su viaje ni hiziessen caso del enemigo, el cual iba muy confiado de haver la victoria de aquel navío, mas, cuando oyeron la música real y que no parecía gente en el navío, trocaron las imaginaciones, y, entre otras que tuvieron, fue una pensar que aquel navío era de algún gran señor desterrado por algún grave delito que contra su Rey huviere cometido, o que fuese desposeído de su estado por algún pleito o trampa de las que hay en el mundo, por lo cual se huviere hecho cosario, haciendo a toda ropa.

Con esta imaginación se detuvieron y no osaron acometer a Rodrigo Niño. Antes se apartaron dél y le dexaron seguir su viaje. Todo esto se supo después, cuando el Presidente pasó por aquellas islas viniendo a España, que el mismo cosario lo había dicho en los puertos que tomó debaxo de amistad para proveerse de lo necesario por su dinero, de que el Presidente holgó muy mucho por haver elegido tal personaje para traer los galeotes a España.

\*

Rodrigo Niño, haviéndose escapado del cosario con su buen ardid de música, siguió su viaje y llegó a la Havana, donde se le huyó buena parte de sus galeotes por el poco recaudo de ministros que le dieron cuando se los entregaron para que los guardasse. Otros pocos se habían huido en Cartagena. Lo mismo hizieron en las Islas de la Tercera, y de tal manera fue la huida dellos que, cuando entraron por la barra de Sanlúcar, ya no venían más de diez y ocho forçados, y de allí al Arenal de Sevilla se huyeron los diez y siete. Con solo uno que le quedó, de ochenta y seis que le entregaron, se desembarcó Rodrigo Niño para llevarlo a la Casa de la Contratación, donde los había de entregar a todos, como se lo mandó el Presidente en la Ciudad de los Reyes.

Rodrigo Niño entró en Sevilla con su galeote por el Postigo del Carbón, puerta por donde siempre entra y sale poca gente. Estando ya Rodrigo Niño en medio de la calle, viendo que no parecía gente, echó mano del galeote por los cabezones y, con la daga en la mano, le dixo: “Por vida del Emperador, que estoy por daros veinte puñaladas y no lo hago por no ençuziar las manos en matar un hombre tan vil y baxo como vos, que, haviendo sido soldado en el Perú, no os desdeñéis de remar en una galera. ¡Hi de tall, ¿no pudiérades vos haveros huido como lo han hecho los otros ochenta y cinco que venían con vos? Andá con todos los diablos donde nunca más os vea yo, que más quiero ir solo que tan mal acompañado”.

Diziendo esto, le soltó con tres o cuatro puñadas que le dio y se fue a la Contratación a dar cuenta de la buena guarda que había hecho de sus galeotes, dando por descargo que, por no haverle dado ministros que guardassen los galeotes, se le habían huido, porque él solo no los podía guardar ni poner en cobro tantos forçados, los cuales antes le habían hecho merced en no haverle muerto, como pudieran haverlo hecho para irse más a su salvo. Los juezes de la Contratación quedaron confusos por entonces, hasta averiguar la verdad de aquel hecho.

El postrer galeote, usando de su vileza, en el primer bodegón que entró descubrió a otros tan ruines como él lo que Rodrigo Niño le había dicho y hecho con él, los cuales lo descubrieron a otros y a otros, y de mano en mano llegó el cuento a los juezes de la Contratación, los cuales se indignaron gravemente y prendieron a Rodrigo Niño, y el fiscal de Su Majestad le acusó rigurosamente, diziendo que había suelto y dado libertad a ochenta y seis esclavos de Su Majestad, que los pagasse dando por cada uno tanta cantidad de dinero. El pleito se siguió largamente, y, no le valiendo a Rodrigo Niño sus descargos, fue condenado que sirviesse seis años en Orán de jinete, con otros dos compañeros a su costa, y que no pudiesse bolver a Indias.

Apeló de la sentencia para el Príncipe Maximiliano de Austria, que asistía entonces en el gobierno de España por la ausencia de la Majestad Imperial de su tío. Su Alteza oyó largamente a los padrinos de Rodrigo Niño, los cuales le contaron lo que le sucedió en el Perú con los tiranos que passaron al vando de Gonçalo Piçarro, embiándolos el Visorrey Blasco Núñez Vela a prender a otros, y cuán mal lo trataron porque no quiso ir con ellos, como largamente lo cuentan los historiadores y nosotros lo repetimos en el capítulo onze del libro cuarto de esta segunda parte. Assimismo le contaron el buen ardid que usó en la mar con el cosario y todo lo que le sucedió con los galeotes, hasta el postrero que él echó de sí, y las palabras que le dixo, todo lo cual oyó el Príncipe con buen semblante, pareciéndole que la culpa más había sido de

los que no proveyeron las guardas necesarias para los galeotes, y que ellos también habían sido comedidos en no haver muerto a Rodrigo Niño para huirse más a su salvo. Los intercesores de Rodrigo Niño, viendo el buen semblante con que el Príncipe les había oído, le suplicaron tuviese por bien de favorecer al delincuente con su vista.

Su Alteza lo permitió y, cuando lo vio delante de sí, le hizo las preguntas como un gran letrado y le dixo: “¿Sois vos el que se encargó de traer ochenta y seis galeotes y se os huyeron todos, y uno solo que os quedó lo echasteis de vos con muy buenas puñadas que le disteis?”. Rodrigo Niño respondió: “Serenísimo Príncipe, yo no pude hazer más porque no me dieron guardas que me ayudaran a guardar los galeotes, que mi ánimo cuál haya sido en el servicio de Su Majestad es notorio a todo el mundo, y el galeote que eché de mí fue de lástima, por parecerme que aquel solo había de servir y trabajar por todos los que se me habían huido, y no quería yo sus maldiciones por haverlo traído a galeras ni pagarle tan mal por haverme sido más leal que todos sus compañeros. Suplico a Vuesa Alteza mande, como quien es, que me castiguen estos delitos, si lo son”. El Príncipe le dixo: “Yo los castigaré como ellos merecen. Vos lo hezistes como cavallero. Yo os absuelvo de la sentencia y os doy libre della y que podáis bolver al Perú cuando quisiéredes”.

Rodrigo Niño le besó las manos y, años después, se volvió al Perú, donde largamente contava todo lo que en breve se ha dicho y, entre sus cuentos, decía: “En toda España no hallé hombre que me hablasse una buena palabra, ni de favor, si no fue el buen Príncipe Maximiliano de Austria, que Dios guarde y aumente en grandes reinos y señoríos, amén, que me trató como Príncipe”.

## LOS AZOTES VENGADOS

[S]aliendo de Potocsi una gran vanda de más de dozientos soldados para el reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán, habiendo salido de la villa los más dellos con indios cargados, aunque las provisiones de los oidores lo prohibían, un alcalde mayor de la justicia que gobernava aquella villa, que se dezía el licenciado Esquivel, que yo conocí, salía a ver los soldados cómo ivan por sus cuadrillas y, habiéndoles dexado passar todos con indios cargados, echó mano y prendió al último dellos, que se dezía fulano de Aguirre, porque llevaba dos indios cargados, y pocos días después lo sentenció a dozientos açotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la provisión a los que cargavan indios.

El soldado Aguirre, habiéndosele notificado la sentencia, buscó padrinos para que no se executasse, mas no aprovechó nada con el alcalde. Viendo esto Aguirre, le embió a suplicar que, en lugar de los açotes, lo ahorcasse; que, aunque él era hijodalgo, no quería gozar de su privilegio; que le hazía saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vassallos. Con el licenciado no aprovechó nada, con ser un hombre manso y apazible y de buena condición fuera del oficio, pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les truecan la natural condición, como le acaeció a este letrado, que, en lugar de aplacarse, mandó que fuesse luego el verdugo con una bestia y los ministros para executar la sentencia, los cuales fueron a la cárcel y subieron al Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa, viendo la sinrazón, acudieron todos al juez y le suplicaron que no passasse adelante aquella sentencia, porque era muy rigurosa. El alcalde, más por fuerça que de grado, les concedió que se suspendiesse por ocho días.

Cuando llegaron con este mandato a la cárcel, hallaron que ya Aguirre estava desnudo y puesto en la cavalgadura, el cual, oyendo que no se le hazía más merced que detener la ejecución por ocho días, dixo: “Yo andava por no subir en esta bestia ni verme desnudo como estoy, mas, ya que havemos llegado a esto, executese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días havía de tener buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los passados”. Diciendo esto, él mismo aguijó la cavalgadura. Corrió su carrera con mucha lástima de indios y españoles, de ver una crueldad y afrenta executada tan sin causa en un hijodalgo, pero él se vengó como tal, conforme a la ley del mundo.

\*

Aguirre no fue a su conquista, aunque los de la villa de Potocsi le ayudavan con todo lo que huviesse menester, mas él se escusó diciendo que lo que havía menester para su consuelo era buscar la muerte y darle priesa para que llegasse aína y, con esto, se quedó en el Perú y, cumplido el término del oficio del licenciado Esquivel, dio en andarse tras él como hombre desesperado, para matarle como quiera que pudiesse, por vengar su afrenta. El licenciado, certificado por sus amigos desta determinación, dio en ausentarse y apartarse del ofendido, y no como quiera, sino trezientas y quatrocientas leguas en medio, pareciéndole que, viéndole ausente y tan lexos, le olvidaría Aguirre, mas él cobrava tanto más ánimo quanto más el

licenciado le huía, y le seguía por el rastro dondequiera que iba. La primera jornada del licenciado fue hasta la Ciudad de los Reyes, que hay trezientas y veinte leguas de camino, mas dentro de quinze días estava Aguirre con él. De allí dio el licenciado otro buelo hasta la ciudad de Quito, que hay cuatrozientas leguas de camino, pero a poco más de veinte días estava Aguirre en ella, lo cual, sabido por el licenciado, bolvió y dio otro salto hasta el Cozco, que son quinientas leguas de camino, pero a pocos días después vino Aguirre, que caminava a pie y descalço y dezía que un açotado no havia de andar a caballo ni parecer donde gentes lo viessen.

Desta manera anduvo Aguirre tras su licenciado tres años y quatro meses, el cual, viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechavan, determinó hazer assiento en el Cozco, por parecerle que, haviendo en aquella ciudad un juez tan riguroso y justiciero, no se le atrevería Aguirre a hazer cosa alguna contra él, y assí tomó para su morada una casa calle en medio de la Iglesia Mayor, donde vivió con mucho recato. Traía de ordinario una cota vestida debaxo del sayo y su espada y daga ceñida, aunque era contra su profesión. En aquel tiempo un sobrino de mi padre, hijo de Gómez de Tordoya y de su mismo nombre, habló al licenciado Esquivel, porque era de la patria, estremeño y amigo, y le dixo: “Muy notorio es a todo el Perú cuán canino y diligente anda Aguirre por matar a vuesa merced. Yo quiero venirme a su posada, siquiera a dormir de noche en ella, que, sabiendo Aguirre que estoy con vuesa merced, no se atreverá a entrar en su casa”. El licenciado lo agradeció y dixo que él andava recatado y su persona sigura, que no se quitava una cota ni sus armas ofensivas, que esto bastava, que lo demás era escandalizar la ciudad y mostrar mucho temor a un hombrezillo como Aguirre.

Dixo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talle, mas el deseo de la vengança le hizo tal de persona y ánimo que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo, pues se atrevió a entrar un lunes a mediodía en casa del licenciado y, haviendo andado por ella muchos passos y passado por un corredor baxo y alto y por una sala alta y una cuadra, cámara y recámara, donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno dellos y le dio una puñalada en la sien derecha, de que lo mató, y después le dio otras dos o tres por el cuerpo, mas no le hirió, por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostraron por las roturas del sayo.

Aguirre bolvió a desandar lo andado y, quando se vio a la puerta de la calle, halló que se le havia caído el sombrero y tuvo ánimo de bolver por él y lo cobró y salió a la calle, mas, ya quando llegó a este passo, iba todo cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la iglesia a

guarecerse en ella, teniéndola calle en medio. Fuese hazia San Francisco, que entonces estava el convento al oriente de la iglesia, y, habiendo andado buen trecho de la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda, por una calle que iba a parar donde fundaron el Convento de Santa Clara. En aquella plaçuela halló dos cavalleros moços, cuñados de Rodrigo de Pineda, y, llegándose a ellos, les dixo: “¡Escóndanme, escóndanme!”, sin saber dezir otra palabra, que tan tonto y perdido iba como esto. Los cavalleros, que le conocían y sabían su pretensión, le dixeron: “¿Havéis muerto al licenciado Esquivel?”. Aguirre dixo: “Sí, señor, escóndanme, escóndanme”.

Entonces le metieron los cavalleros en la casa del cuñado, donde a lo último della había tres corrales grandes y en el uno dellos había una çahurda donde encerravan los cevones a sus tiempos. Allí lo metieron y le mandaron que en ninguna manera saliesse de aquel lugar ni asomasse la cabeça, por que no acertasse a verle algún indio que entrasse en el corral, aunque el corral era escusado, que, no habiendo ganado dentro, no tenían a qué entrar en él. Dixéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiesse y assí lo hizieron, que, comiendo y cenando a la mesa del cuñado, cada uno dellos, dissimuladamente, metía en las faltriqueras todo el pan y carne y qualquiera otra cosa que buenamente podía y, después de comer, fingiendo cada uno de por sí que iba a la provisión natural, se ponía a la puerta de la çahurda y proveía al pobre de Aguirre, y assí lo tuvieron cuarenta días naturales.

El corregidor, luego que supo la muerte del licenciado Esquivel, mandó repicar las campanas y poner indios cañaris por guardas a las puertas de los conventos y centinelas alrededor de toda la ciudad, y mandó apregonar que nadie saliesse de la ciudad sin licencia suya. Entró en los conventos. Católos todos, que no le faltó sino derribarlos. Assí estuvo la ciudad en esta vela y cuidado más de treinta días, sin que huviesse nueva alguna de Aguirre, como si se lo huviera tragado la tierra. Al cabo de este tiempo afloxaron las diligencias. Quitaron las centinelas, pero no las guardas de los caminos reales, que todavía se guardavan con rigor.

Passados cuarenta días del hecho, les pareció [a] aquellos cavalleros, que el uno se dezía fulano Santillán y el otro fulano Cataño, cavalleros muy nobles, que los conocí bien, y el uno dellos hallé en Sevilla cuando vine a España, que sería bien poner en más cobro a Aguirre y librarse ellos del peligro que corrían de tenerle en su poder, porque el juez era riguroso y temían no les sucediesse alguna desgracia. Acordaron sacarle fuera de la ciudad en público y no a escondidas, y que saliesse en hábito de negro, para lo cual le raparon el cavello y la barva, y le

lavaron la cabeça, el rostro y el pescueço y las manos y braços hasta los codos, con agua en la cual havían echado una fruta silvestre que ni es de comer ni de otro provecho alguno. Los indios le llaman *uítoc*. Es de color, forma y tamaño de una verenjena de las grandes, la cual, partida en pedaços y echada en agua, y dexándola estar assí tres o cuatro días, y lavándose después con ella el rostro y las manos, y dexándola enxugar al aire, a tres o cuatro vezes que se laven pone la tez más negra que un etíope, y, aunque después se laven con otra agua limpia, no se pierde ni quita el color hasta que han passado diez días, y entonces se quita con el hollejo de la misma tez, dexando otro como el que antes estava.

Assí pusieron al buen Aguirre y lo vistieron como a negro del campo, con vestidos baxos y viles, y un día de aquéllos, a mediodía, salieron con él por las calles y plaça, hasta el cerro que llaman Carmenca, por donde va el camino para ir a Los Reyes, y hay muy buen trecho de calles y plaça dende la casa de Rodrigo de Pineda hasta el cerro Carmenca. El negro Aguirre iba a pie delante de sus amos. Llevava un arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevava otro en el arzón, y el otro llevava en la mano un halconcillo de los de aquella tierra, fingiendo que ivan a caça. Assí llegaron a lo último del pueblo, donde estavan las guardas, las cuales les preguntaron si llevan licencia del corregidor para salir de la ciudad. El que llevava el halcón, como enfadado de su proprio descuido, dixo al hermano: “Vuesa merced me espere aquí o se vaya poco a poco, que yo vuelvo por la licencia y le alcançaré muy aína”. Diciendo esto, bolvió a la ciudad y no curó de la licencia. El hermano se fue con su negro a toda buena diligencia hasta salir de la jurisdicción del Cozco, que por aquella parte son más de cuarenta leguas de camino, y, haviéndole comprado un rocín y dádole una poca de plata, le dixo: “Hermano, ya estáis en tierra libre, que podéis iros donde bien os estuviere, que yo no puedo hazer más por vos”. Diciendo esto, se bolvió al Cozco, y Aguirre llegó a Huamanca, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico, de los principales vezinos de aquella ciudad, el cual lo recibió como a proprio hijo y le dixo y hizo mil regalos y caricias y, después de muchos días, lo embió bien proveído de lo necessario. No ponemos aquí su nombre por haver recebido en su casa y hecho mucho bien a un delincuente, contra la justicia real.

Assí escapó Aguirre, que fue una cosa de las maravillosas que en aquel tiempo acaecieron en el Perú, assí por el rigor del juez y las muchas diligencias que hizo como porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho parece que le fueron antes favorables que dañosas, porque, si entrara en algún convento, en ninguna manera escapara, según las diligencias que en todos ellos se hizieron, aunque entonces no havía más de tres, que era el de Nuestra Señora de las



Mercedes y del Seráfico San Francisco y del Divino Sancto Domingo. El corregidor quedó como corrido y afrentado de que no le huviessen aprovechado sus muchas diligencias para castigar a Aguirre, como lo desseava. Los soldados bravos y facinerosos dezían que, si huviera muchos Aguirres por el mundo, tan deseosos de vengar sus afrentas, que los pesquisidores no fueran tan libres e insolentes.

### EL PADRINO IMPERTINENTE

En aquellos tiempos andavan los soldados tan belicosos en el Perú, particularmente en los Charcas y en Potocsi y sus términos, que cada día había muchas pependencias singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman pulperos, nombre impuesto a los más pobres vendederos porque en la tienda de uno dellos hallaron vendiéndose un pulpo, y fueron estas pependencias tantas y tan continuas que no podía la justicia resistirlas y, pareciéndole que sería alguna manera de remedio, mandó echar vando que ninguno se atreviese a meter paz entre los que riñessen, so pena de incurrir en el mismo delito, mas no aprovechó nada esto ni otras diligencias eclesiásticas que los predicadores hazían y dezían en sus sermones, que parece que la Discordia y todos sus ministros maquinavan, traçavan y amenazavan con lo que pocos meses después sucedió en aquella provincia, de motín y guerra al descubierto. Entre los muchos desafíos singulares que entonces hubo, passaron algunos dignos de memoria que pudiéramos contar, que unos fueron en calças y camisas, otros en cueros de la cinta arriba, otros con calçones y camisa de tafetán carmesí, por que la sangre que saliesse de las heridas no los desmayasse. Otras invenciones sacaron muy ridículas. En fin, cada desafiado sacava la invención y armas que mejor le parecían. Reñían con padrinos, que cada uno llevaba el suyo. Salíanse a matar al campo por que en los poblados no los estorvassen.

Uno de los desafíos más famosos que entonces passaron cuenta el Palentino en el capítulo cuarto de su libro segundo, y, porque lo dize breve y confuso, lo diremos más largo, como ello passó, porque conocí a uno dellos, que lo vi en Madrid año de mil y quinientos y sesenta y tres, con las señales y buenas ganancias que sacó del desafío, que fue escapar manco de ambos braços, que apenas podía comer con sus manos. El desafío fue entre dos soldados famosos. El uno dellos se dezía Pero Núñez, que fue el que yo conocí, aunque el Palentino le llama Diego Núñez, y el otro, Baltasar Pérez, ambos hijosdalgo y de mucha presunción. Fue sobre ciertos

puntos de satisfacción de honra que dixeron havían faltado o sobrado entre otros dos desafiados que pocos días antes havían combatido, cuyos padrinos havían sido los susodichos. El uno dellos, que fue Baltasar Pérez, eligió por padrino a un cavallero natural de Sevilla que se dezía Egas de Guzmán, uno de los más famosos que en aquella tierra havía entre los demás valentones de aquel tiempo. Otro, que se dezía Hernán Mexía, natural de Sevilla, de quien Egas de Guzmán hablava mal por la mucha presunción que tenía de su valentía, sabiendo el desafío de los dos nombrados y que Egas de Guzmán era padrino de Baltasar Pérez, alcançó, por pura importunidad, que Pero Núñez le llevasse por su padrino, por reñir con Egas de Guzmán, que lo deseava en extremo. Cuando Egas de Guzmán lo supo, embió a dezir a Pero Núñez que, pues los desafiados y él eran cavalleros hijosdalgo, no permitiesse llevar por su padrino a un hombre tan vil y baxo, hijo de una mulata vendedera que atualmente estava vendiendo sardinas fritas en la plaça de San Salvador, en Sevilla; que llevasse cualquiera otro padrino, aunque no fuesse hijodalgo, como no fuesse tan vil como aquél. Pero Núñez, viendo que Egas de Guzmán tenía razón, procuró con el Mexía que le soltasse la palabra que le havía dado de llevarlo por su padrino, mas no pudo alcançar nada del Mexía, porque entre otras cosas le dixo que Egas de Guzmán pretendía que no se hallasse en el desafío porque sabía que le hazía mucha ventaja en la destreza de las armas. Cuando Egas de Guzmán supo que no havía querido soltar la palabra, embió a dezir al Mexía que fuesse bien armado al padrinzgo, que le hazía saber que él havía de llevar vestida una cota y un casco, aunque los ahijados havían de ir en cueros de la pretina arriba.

Como se ha dicho, salieron a reñir los ahijados en cueros, y los padrinos, bien armados, salieron al campo, lexos de Potocsi. A los primeros lances, el Pero Núñez, que era el hombre de mayores fuerças que se conocía, rebatió la espada de su contrario y, cerrando con él, lo derribó en el suelo y, puesto cavallero sobre él, le echava puñados de tierra sobre los ojos y le dava muchas puñadas en el rostro y en los pechos, por no matarle con la daga. En otra parte del campo, lexos de los ahijados, peleavan los padrinos, pero Hernán Mexía temía de llegarse a Egas de Guzmán porque era de más fuerças y más corpulencia que no él, mas entreteníalo con la destreza de la espada y la ligereza del cuerpo, en que hazía ventaja a Egas de Guzmán, saltando de una parte a otra sin llegar a herirse. Egas de Guzmán, viendo a su ahijado tan mal parado y que no podía haver a las manos a su enemigo porque se le apartava, no hallando otro remedio, tomó la espada por la guarnición y de punta se la tiró al Mexía a la cara, el cual, por repararse de la espada, no miró por su contrario. Egas de Guzmán, tan presto como le tiró la

espada, cerró con él, llevando la daga en la mano, y con ella le dio una puñalada en la frente que le metió más de dos dedos de la daga y se la quebró dentro. El Mexía, desatinado de la herida, huyó por el campo y fue donde los ahijados estaban como hemos dicho y, sin mirar a quién tirava el golpe, dio una cuchillada a su propio ahijado y passó huyendo sin saber a dónde. Egas de Guzmán fue a priessa a socorrer su ahijado y oyó que Pero Núñez le dezía: “Esta herida que tengo no me la distes vos, sino mi padrino”, y con estas palabras le dava muchas puñadas, echándole tierra en los ojos. Egas de Guzmán llegó a ellos y, diciendo: “Pese a tal, señor Pero Núñez, ¿no os rogava yo que no truxéredes tan ruin padrino?”, le tiró una cuchillada. Pero Núñez reparó con el braço, donde recibió una mala herida, y lo mismo hizo con el otro a otras muchas que Egas de Guzmán le tiró y hirió por todo el cuerpo, de manera que quedó hecho un andrajo tendido en el campo.

Egas de Guzmán levantó a su ahijado del suelo y, habiendo recogido las espadas de todos cuatro, que, como Mexía iba desatinado, dexó la suya en el llano, las puso debaxo del braço izquierdo y, tomando a su ahijado a cuestras, que no estava para ir por sus pies, lo llevó a una casa, la más cerca del pueblo, que era hospedería, donde recebían indios enfermos. Allí lo dexó y avisó que quedava un hombre muerto en el campo, que fuessen por él para enterrarlo, y él se fue a retraer a una iglesia. A Pero Núñez llevaron al hespital y lo curaron, y él sanó de sus heridas, aunque quedó tan lisiado como hemos dicho. El Hernán Mexía murió de la herida de la cabeça, porque no pudieron sacarle la punta de la daga que en ella tenía metida. Otros muchos desafíos hubo en aquella tierra en aquel tiempo, no solamente de los moradores de los pueblos, sino de los caminantes que se topavan por los caminos, que yo conocí algunos dellos cuyas pendencias pudiéramos contar, pero baste por todas ellas la que se ha referido.

## EL INDIO SOBERBIO

Yendo pasando las cuadrillas como hemos dicho, para ir en processión, llegó la de los Cañaris, que, aunque la provincia dellos está fuera del destrito de aquella ciudad, van con sus andas en cuadrilla de por sí porque hay muchos indios de aquella nación que viven en ella, y el caudillo dellos era entonces Don Francisco Chillchi Cañari, de quien hezimos mención en el cerco y mucho aprieto en que el príncipe Manco Inca tuvo a Hernando Piçarro y a los suyos, cuando este Cañari mató en la plaça de aquella ciudad al indio capitán del Inca que desafió a los españoles a batalla singular.

Este Don Francisco subió las gradas del cimiterio muy disimulado, cubierto con su manta y las manos debaxo della, con sus andas sin ornamento de seda ni oro, más de que ivan pintadas de diversas colores y en los cuatro lienços del chapitel llevaba pintadas cuatro batallas de indios y españoles. Llegando a lo alto del cimiterio, en derecho del cabildo de la ciudad, donde estava Garcilasso de la Vega, mi señor, que era corregidor entonces, y su teniente, el licenciado Monjaraz, que fue un letrado de mucha prudencia y consejo, desechó el indio Cañari la manta que llevaba en lugar de capa, y uno de los suyos se la tomó de los hombros, y él quedó en cuerpo, con otra manta ceñida, como hemos dicho que se la ciñen cuando quieren pelear o hazer cualquiera otra cosa de importancia. Llevava en la mano derecha una cabeça de indio contrahecha, assida por los cabellos.

Apenas la huvieron visto los Incas, quando cuatro o cinco dellos arremetieron con el Cañari y lo levantaron alto del suelo para dar con él de cabeça en tierra. También se alborotaron los demás indios que havía de la una parte y de la otra del tablado donde estava el Santíssimo Sacramento, de manera que obligaron al licenciado Monjaraz a ir a ellos para ponerlos en paz. El más anciano dellos respondió diziendo: “Este perro auca, en lugar de solenizar la fiesta, viene con esta cabeça a recordar cosas passadas, que estavan muy bien olvidadas”.

Entonces el teniente preguntó al Cañari que qué era aquello. Respondió diziendo: “Señor, yo corté esta cabeça a un indio que desafió a los españoles que estavan cercados en esta plaça con Hernando Piçarro y Gonçalo Piçarro y Juan Piçarro, mis señores y mis amos, y otros dozientos españoles, y ninguno dellos quiso salir al desafío del indio por parecerles antes infamia que honra pelear con un indio uno a uno. Entonces yo les pedí licencia para salir al duelo, y me la dieron los cristianos, y assí salí y combatí con el desafiador y le vencí y corté la cabeça en esta plaça”. Diziendo esto, señaló con el dedo el lugar donde havia sido la batalla y, volviendo a su respuesta, dixo: “Estas cuatro pinturas de mis andas son cuatro batallas de indios y españoles en las cuales me hallé en servicio dellos, y no es mucho que tal día como hoy me honre yo con la hazaña que hize en servicio de los cristianos”.

El Inca respondió: “Perro traidor, ¿heziste tú essa hazaña con fuerças tuyas, sino en virtud deste Señor Pachacámac, que aquí tenemos presente, y en la buena dicha de los españoles? ¿No sabes que tú y todo tu linaje érades nuestros esclavos y que no huviste essa vitoria por tus fuerças y valentía, sino por la que he dicho?, y, si lo quieres experimentar ahora, que todos somos cristianos, buélvete a poner en essa plaça con tus armas, y te embiaremos un

criado, el menor de los nuestros, y te hará pedaços a ti y a todos los tuyos. ¿No sabes que en esos mismos días y en esta misma plaça cortamos treinta cabeças de españoles, y que un Inca tuvo rendidas dos lanças a dos hombres de a cavallo y se las quitó de las manos y a Gonçalo Piçarro se la hubiera de quitar si su esfuerço y destreza no le ayudara? ¿No sabes que dexamos de hazer guerra a los españoles y desamparamos el cerco y nuestro príncipe se desterró voluntariamente y dexó su Imperio a los cristianos viendo tantas y tan grandes maravillas como el Pachacámac hizo a favor y amparo dellos? ¿No sabes que matamos por esos caminos de Rímac al Cozco, durante el cerco desta ciudad, cerca de ochocientos españoles? ¿Fuera bien hecho que, para honrarnos con ellas, sacáramos en esta fiesta las cabeças de todos ellos y la de Juan Piçarro, que matamos allí arriba, en aquella fortaleza? ¿No fuera bien que miraras todas estas cosas y otras muchas que pudiera yo dezir para que tú no hizieras un escándalo, disparate y locura como la que has hecho?”. Diciendo esto, bolvió al teniente y le dixo: “Señor, hágase justicia como se debe hazer para que no seamos baldonados de los que fueron nuestros esclavos”.

El licenciado Monjaraz, habiendo entendido lo que el uno y el otro dixeron, quitó la cabeça que el Cañari llevaba en la mano y le mandó desceñir la manta que llevaba ceñida y que no tratase más de aquellas cosas en público ni en secreto, so pena que lo castigaría rigurosamente. Con esto quedaron satisfecho[s] los Incas y todos los indios de la fiesta, que se habían escandalizado de la libertad y desvergüença del Cañari, y todos en común, hombres y mujeres, le llamaron “¡auca, auca!”, y salió la voz por toda la plaça. Con esto passó la processión adelante y se acabó con la solemnidad acostumbrada.

## EL PAPAGAYO DELATOR

En Potocsi, por lo años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, hubo un papagayo de los que llaman *loro* tan hablador que a los indios e indias que passavan por la calle les llamava por sus provincias, a cada uno de la nasción que era, sin errar alguna, diciendo Colla, Yunca, Huairu, Quechua, etc., como que tuviera noticia de las diferencias de tocados que los indios, en tiempo de los Incas, traían en las cabeças para ser conocidos.

Un día de aquéllos passó una india hermosa por la calle do el papagayo estava. Iva con tres o cuatro criadas, haciendo mucho de la señora Palla, que son las de la sangre real. En viéndola el papagayo, dio grandes gritos de risa, diciendo “¡Huairu, Huairu, Huairu!”, que es

una nación de gente más vil y tenida en menos que otras. La india pasó avergonçada por los que estaban delante, que siempre había una gran cuadrilla de indios escuchando el páxaro, y, cuando llegó cerca, escupió hazia el papagayo y le llamó *çípay*, que es diablo. Los indios dixerón lo mismo, porque conosció la india, con ir disfraçada en hábito de Palla.

## LOS MELONES HURTADOS

[P]orque los primeros melones que en la comarca de Los Reyes se dieron causaron un cuento gracioso, será bien lo pongamos aquí, donde se verá la simplicidad que los indios en su antigüedad tenían, y es que un vezino de aquella ciudad, conquistador de los primeros, llamado Antonio Solar, hombre noble, tenía una heredad en Pachacámac, cuatro leguas de Los Reyes, con un capataz español que mirava por su hazienda, el cual embió a su amo diez melones, que llevaron dos indios a cuestas, según la costumbre dellos, con una carta. A la partida les dixo el capataz: “No comáis ningún melón déstos, porque, si lo coméis, lo ha de dezir esta carta”.

Ellos fueron su camino y a media jornada se descargaron para descansar. El uno dellos, movido de la golosina, dixo al otro: “¿No sabríamos a qué sabe esta fruta de la tierra de nuestro amo?”. El otro dixo: “No, porque, si comemos alguno, lo dirá esta carta, que assí nos lo dixo el capataz”. Replicó el primero: “Buen remedio: echemos la carta detrás de aquel paredón, y, como no nos vea comer, no podrá dezir nada”. El compañero se satisfizo del consejo, y, poniéndolo por obra, comieron un melón. Los indios, en aquellos principios, no sabían qué eran letras. Entendían que las cartas que los españoles se escribían unos a otros eran como mensajeros que dezían de palabra lo que el español les mandava y que eran como espías que también dezían lo que veían por el camino, y por esto dixo el otro: “Echémosla tras el paredón, para que no nos vea comer”.

Queriendo los indios proseguir su camino, el que llevaba los cinco melones en su carga dixo al otro: “No vamos acertados. Conviene que emparejemos las cargas, porque, si vos lleváis cuatro y yo cinco, sospecharán que nos hemos comido el que falta”. Dixo el compañero: “Muy bien dezís”, y assí, por encubrir un delito, hizieron otro mayor, que se comieron otro melón.

Los ocho que llevaban presentaron a su amo, el cual, haviendo leído la carta, les dixo: “¿Qué son de dos melones que faltan aquí?”. Ellos a una respondieron: “Señor, no nos dieron más de ocho”. Dixo Antonio Solar: “¿Por qué mentís vosotros, que esta carta dize que os

dieron diez y que os comisteis los dos?». Los indios se hallaron perdidos de ver que tan al descubierto les huviere dicho su amo lo que ellos habían hecho en secreto y, así, confusos y convencidos, no supieron contradecir a la verdad. Salieron diciendo que con mucha razón llamaban dioses a los españoles con el nombre Viracocha, pues alcanzaban tan grandes secretos.

### EL JUGADOR ARREPENTIDO

Esta figura del Sol cupo en suerte, cuando los españoles entraron en aquella ciudad, a un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Mancio Serra de Leguiçamo, que yo conocí y dexé vivo cuando me vine a España, gran jugador de todos juegos, que, con ser tan grande la imagen, la jugó y perdió en una noche, de donde podremos decir, siguiendo al Padre Maestro Acosta, que nació el refrán que dize: “Juega el Sol antes que amanezca”.

Después, el tiempo adelante, viendo el Cabildo de aquella ciudad cuán perdido andava este su hijo por el juego, por apartarlo dél lo eligió un año por alcalde ordinario, el cual acudió al servicio de su patria con tanto cuidado y diligencia, porque tenía muy buenas partes de caballero, que todo aquel año no tomó naípe en la mano. La ciudad, viendo esto, le ocupó otro año y otros muchos en oficios públicos. Mancio Serra, con la ocupación ordinaria, olvidó el juego y lo aborresció para siempre, acordándose de los muchos trabajos y necesidades en que cada día le ponía, donde se vee claro cuánto ayude la ociosidad al vicio y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud. Bolviendo a nuestra historia, dezimos que, por sola aquella pieza que cupo de parte a un español, se podrá sacar el tesoro que en aquella ciudad y su templo hallaron los españoles.

### LA MUJER INTERESADA

[Don Pedro de Alvarado] bolvió casado a la Nueva España. Llevó muchas mujeres nobles para casarlas con los conquistadores que habían ayudado a ganar aquel Imperio, que estaban prósperos, con grandes repartimientos. Llegado a Huahutimallan, Don Pedro de Alvarado fue bien recibido. Hiziéronle por el pueblo muchas fiestas y regozijos, y en su casa muchas danças y bailes, que duraron muchos días y noches.

En una de ellas acaesció que, [e]stando todos los conquistadores sentados en una gran sala mirando un sarao que había, las damas miraban la fiesta desde una puerta que tomava la sala a la larga. Estaban detrás de una antepuerta, por la honestidad y por estar encubiertas. Una dellas dixo a las otras: “Dizen que nos hemos de casar con estos conquistadores”. Dixo otra: “¿Con estos viejos podridos nos havíamos de casar? Cásese quien quisiere, que yo, por cierto, no pienso casar con ninguno dellos. Dolos al Diablo. Parece que escaparon del infierno, según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos y más vezes”. Dixo la primera: “No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que, según están viejos y cansados, se han de morir presto, y entonces podremos escoger el moço que quisiéremos, en lugar del viejo, como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva”.

Un cavallero de aquellos viejos, que estava a un lado de la puerta, en quien las damas, por mirar a lexos, no havían puesto los ojos, oyó toda la plática y, no pudiendo sufrirse a escuchar más, la atajó, vituperando a las señoras con palabras afrentosas sus buenos desseos, y, bolviéndose a los cavalleros, les contó lo que había oído y les dixo: “Casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiziéredes”. Dicho esto, se fue a su casa y embió a llamar un cura y se casó con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales. Quiso legitimarlos para que heredassen sus indios y no el que escogiesse la señora para que gozasse de lo que él había trabajado y tuviesse a sus hijos por criados o esclavos.

Algunos ha habido en el Perú que han hecho lo mismo, que han casado con indias, aunque pocos. Los más han dado lugar al consejo de aquella dama. Sus hijos dirán cuán acertado haya sido, pues, desde los espitales en que viven, ven gozar a los hijos ajenos de lo que sus padres ganaron y sus madres y parientes ayudaron a ganar, que, en aquellos principios, viendo los indios alguna india parida de español, toda la parentela se juntava a respetar y servir al español como a su ídolo, porque había emparentado con ellos, y assí fueron estos tales de mucho socorro en la conquista de las Indias. Una de las ordenanças que se hizieron para los conquistadores del Nuevo Mundo fue que gozassen de los repartimientos de indios por dos vidas, por la suya y la de un hijo, y, no lo teniendo, heredase la mujer, anteponiéndola a los hijos naturales, como si huvieran hecho más que las madres dellos en ganar la tierra. Por esta



herencia tenía por bien aquella dama de casar con el viejo, para trocarlo, como ella decía, por un moço.

## LOS CABALLEROS PEREZOSOS

Poco tiempo después de la guerra de Gonçalo Piçarro, passaron a aquella tierra dos cavalleros moços, parientes [de Lorenço de Aldana], aunque no cercanos. Recibiólos en su casa y tratólos como a hijos. Al cabo de más de tres años que los tuvo consigo, pareciéndole que sería bien que se encaminassen a tener algún caudal suyo, les embió a dezir con su mayordomo que en aquella tierra se usava granjear los hombres, por nobles que fuessen, mientras no havía guerra ni nuevos descubrimientos; que, si gustavan dello, que él les ofrecía luego diez mil pesos, que son doze mil ducados, para que entrassen en su granjería, por que entendiessen en algo y no anduviessen tan ociosos, sino que ganassen algún caudal para adelante. Embióles a dezir esto con intención de hazerles gracia de aquella cantidad.

Ellos recibieron muy mal el recaudo y la ofrenda y dixeron que eran cavalleros y que no se havían de hazer mercaderes comprando y vendiendo cosa alguna, que era infamia dellos, y, aunque el mayordomo les dixo que aquel trato y contrato se usava entre los españoles, por nobles que fuessen, porque no era medir varas de paños ni sedas en la tienda, sino manejar y llevar ropa de indios y la yerva *cuca* y bastimento de maíz y trigo a las minas de plata de Potocsi, donde se ganava mucho dinero, y que no lo havían de hazer ellos por sus personas, sino sus criados, los indios yanacunas, que eran de toda confiança y bondad, a esto respondieron que de ninguna manera lo havían ellos de hazer, porque eran cavalleros, y que preciavan más su cavallería que cuanto oro y plata havía en el Perú, y que assí lo devían hazer todos los cavalleros como ellos, porque todo estotro era menoscabo y afrenta.

Con esta respuesta bolvió el mayordomo a su señor y le dixo que preciavan tanto los parientes su cavallería que de muy mala gana le havían oído la embaxada. Entonces, con mucha mesura, dixo Lorenço de Aldana: “Si tan cavalleros, ¿para qué tan pobres?, y, si tan pobres, ¿par qué tan cavalleros?”. Con esto se acabó la pretensión de Lorenço de Aldana en sus parientes, y ellos vivieron con necessidad, como yo los vi, aunque el comer y vestir no les faltava, porque, si venían de Arequepa al Cozco, possavan en casa de Garcilasso, mi señor, donde se les dava lo necessario, y, si ivan a otras ciudades, ivan a parar a casas de cavalleros

estremeños, que entonces bastava ser cualquiera de la patria para ser recibidos y tratados como hijos propios.